

ASCENDANCE OF A BOOKWORM

I'll do anything to
become a librarian!

Part 5 Avatar of a Goddess Vol.5

Author: **Miya Kazuki**

Illustrator: **You Shiina**



Honzuki no Gekokujou

Shisho ni Naru Tame ni wa Shudan wo Erandeiraremasen

[Parte 5 - La Encarnación de la Diosa V]

SINOPSIS DEL LIBRO:

La primavera florece y Rozemyne es convocada a la Conferencia de Archidukes. Celebra la Ceremonia de Unión de las Estrellas como Sumo Obispa, y luego descansa y se recupera transcribiendo documentos en el archivo subterráneo de la biblioteca. Sin embargo, la ceremonia tiene consecuencias imprevistas. A medida que aumentan las tensiones en torno a los cada vez más importantes "candidatos Zent", Rozemyne se ve envuelta en la red de la política real. Afortunadamente, esto también le asegura la oportunidad de negociar con uno de los príncipes... "Cuando se te presenta una oportunidad, aprovéchala y saca todo el provecho que puedas, ¿verdad? Pues allá voy." ¡Las negociaciones están en marcha en el nuevo volumen de esta biblio-fantasia! ¡¿Qué técnicas desplegará la santa comerciante nacida plebeya?! Incluye dos historias cortas y un manga de cuatro viñetas de You Shiina.

AUTOR:

Miya Kazuki

GENERO:

Aventura, Drama, Fantasía, Histórico, Slice of Life.

TIPO:

Novela Ligera

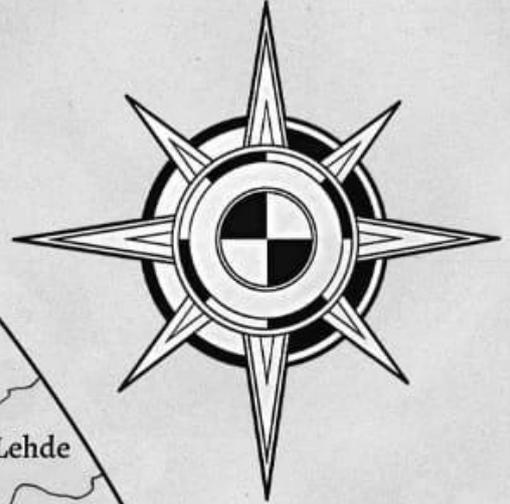
TRADUCTOR ESP:

JuCaGoTo - <https://lector.ralevon.com/>





N



Klassenberg Border Gate



(Formerly) Zausengas Border Gate Under Klassenberg Management

Country Border Gate

Frenbeltaag Border Gate

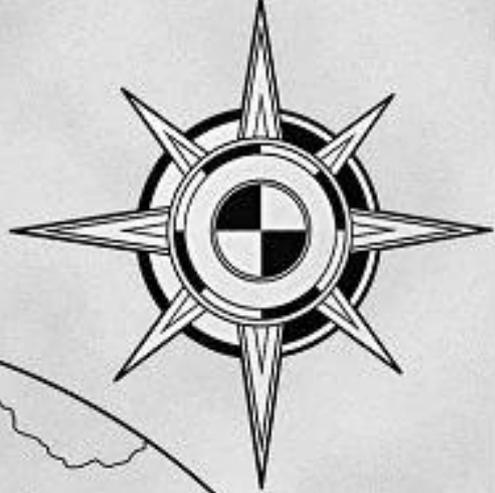
Ehrenfest
Central District



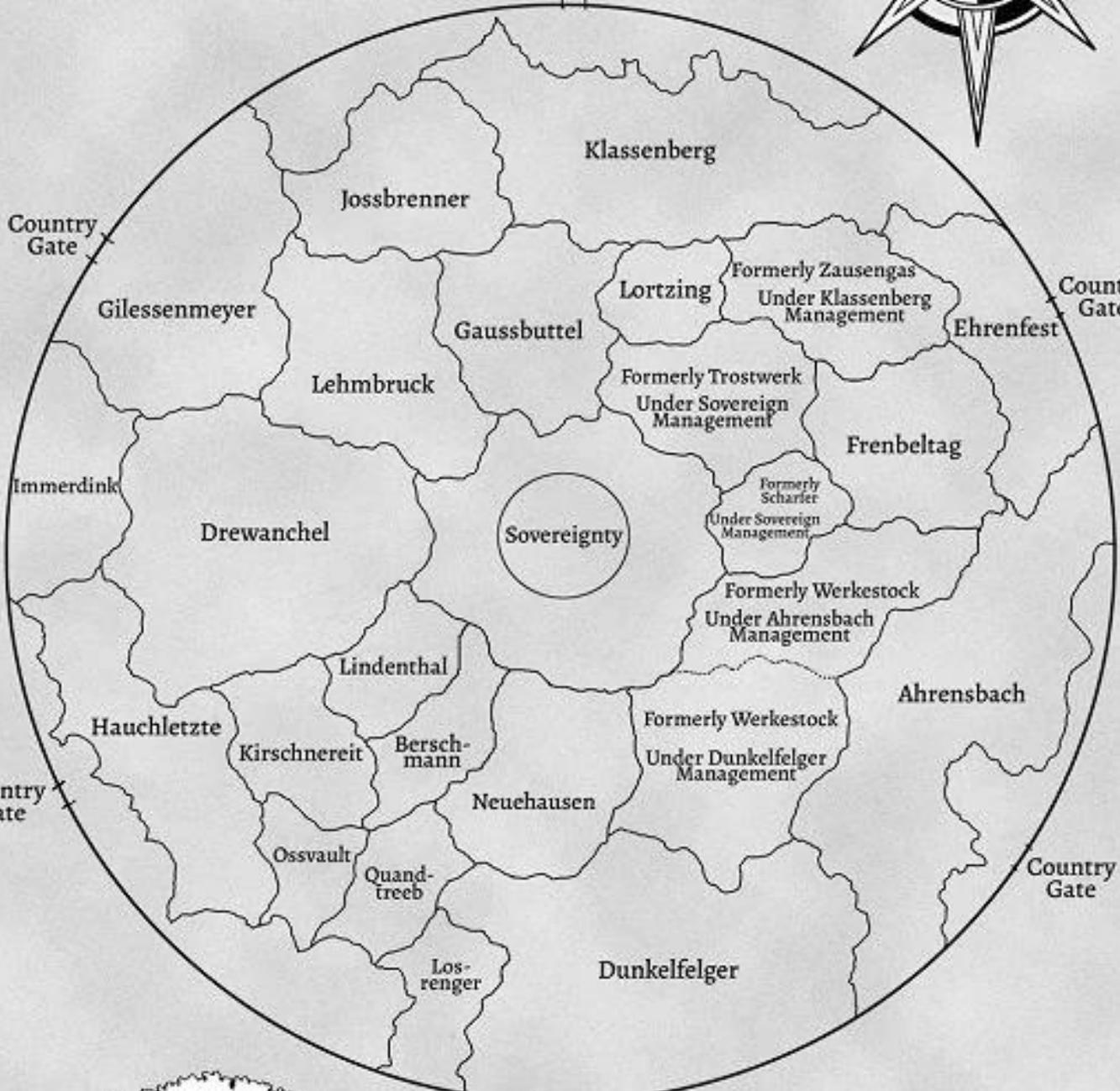
Ehrenfest

Ahrensbach Border Gate

N



Country Gate



Country Gate



HONZUKI NO GEKOKUJOU: SHISHO
NI NARU TAME NI WA SHUDAN WO
ERANDEIRAREMASEN

Ascendence of a Bookworm

本
好
き
の
下
剋
上

00 – Prólogo.

Por la ventana entraba la cálida luz del sol primaveral, que daba a las plantas un verde más vivo y a las flores una vibrante gama de colores. Era la ocasión perfecta para un paseo casual, pero el jardín del castillo estaba deshabitado; todos estaban ocupados con la próxima Conferencia de Archiduques. Algunos atravesaban directamente el jardín para ahorrar tiempo, pero ninguno disfrutaba del paisaje.

Bonifatius, como tantos otros, no tenía tiempo para apreciar el cambio de las estaciones. De hecho, ver la creciente vitalidad del jardín le hizo sentirse peor — era un doloroso recordatorio de que tenían tan poco tiempo antes de la Conferencia de Archiduques. Avanzó hacia el salón de té, procurando que su irritación no se reflejara en su rostro.

Había pedido a sus ayudantes que concertaran una reunión con Sylvester — había algo que debían discutir — y al final se habían decidido por esta hora del almuerzo. Era evidente lo ocupadas que tenía las manos el archiduque por el hecho de que le trajeran la comida a la sala de descanso contigua a su despacho.

“Ah, Rihyarda...”

Entre los que preparaban la comida en la sala de descanso se encontraba nada menos que Rihyarda. Solo entonces Bonifatius recordó — que había vuelto a ser la asistente de Sylvester. Era una asistente poco habitual, ya que cambiaba de asistente según las órdenes del aub. La mayoría de las veces se ocupaba de los miembros de la familia archiducal que se encontraban en una situación difícil y luchaban por tener sus propios asistentes.

Tras haber sido adiestrada como asistente por Gretchen, un antiguo miembro de la familia archiducal, Rihyarda había seguido las órdenes del aub dos generaciones atrás y había servido a Gabriele cuando se casó en Ahrensbach, y luego a Veronica cuando los Leisegang la condenaban al ostracismo. Incluso había sido enviada a la finca de Bonifatius por el padre de Sylvester, Adelbert, el anterior archiduque. Bonifatius había pedido que su hijo, Karstedt, fuera tutelado antes de su bautismo, tras lo cual entraría en el castillo como candidato a archiduque.

Después de bautizar a Karstedt, Veronica había pedido que Rihyarda fuera asignada a Georgine, que necesitaba un tutor de confianza. Adelbert había aceptado, y Rihyarda se había convertido en la principal asistente de Georgine. Más tarde, cuando nació Sylvester, la habían nombrado su nodriza; como varón, había tenido prioridad para convertirse en el próximo archiduque.

Algún tiempo después, Rihyarda había pasado a servir a Rozemyne como su asistente principal. Sylvester lo había ordenado porque Rozemyne se había criado en el templo y, por tanto, tendría dificultades para encontrar asistentes, pero Bonifatius había empezado a sospechar recientemente que Sylvester también había querido evitar que Rozemyne socializara con su familia.

“Bienvenido”, dijo Rihyarda. “El trabajo de Lord Sylvester le ha llevado un poco más de lo previsto; ha enviado un ordonnanz hace un momento y debería estar aquí pronto”. Guió a Bonifatius a su asiento y luego indicó a los demás asistentes que le sirvieran.

“Es culpa suya, pero Sylvester sí que está ocupado, ¿eh?” Comentó Bonifatius.

“En efecto. Nunca ha tenido tanto trabajo que hacer antes. Sé suave con él”.

“No soy tan suave como Ferdinand. Un archiduque haciendo su propio trabajo es como siempre debieron ser las cosas”.

Debido a la purga, Sylvester trabajaba con menos asistentes de lo habitual — pero esa no era ni mucho menos la única razón de su enorme carga de trabajo. En el castillo, Wilfried y Bonifatius estaban a punto de ayudar con las tareas que antes había realizado Ferdinand, pero todo lo que era legítimamente el trabajo de un archiduque había caído directamente en el regazo de Sylvester.

“Aun así”, suspiró Rihyarda, “ojalá esto no hubiera ocurrido tan cerca de la Conferencia de Archiduques, cuando ya está tan ocupado con sus preparativos...”

“Sabes, como archiduque, al menos podría participar en la formación de Wilfried para ocupar su lugar. Ahora que Rozemyne se ha negado en redondo a ayudar al chico, podría incluso empezar a descargar su trabajo en él”.

Bonifatius había apoyado a los tres archiduques — su padre, su hermano menor y su sobrino. En cuanto al propio Bonifatius, Sylvester había acudido a él en busca de ayuda tres años después de convertirse en aub. Quería jubilar a Verónica y a sus asistentes, lo que pretendía hacer relevando de sus funciones a todos los que superasen cierta edad. Al final, Bonifatius y Verónica abandonaron sus funciones, aunque siguieron proporcionando maná a la fundación.

Ahora, sin embargo, Bonifatius era cualquier cosa menos un jubilado. Frecuentaba los campos de entrenamiento, instruía a los caballeros y ayudaba con el trabajo de oficina — todo para impresionar a su adorable nieta y asegurarse más oportunidades de pasar tiempo con ella.

En un principio, Bonifatius también había tenido un segundo motivo: si los Leisegang hubieran conseguido que Rozemyne se convirtiera en la sucesora de Sylvester, podría haber pasado mucho más tiempo con ella con la excusa de entrenarla para ser la próxima archiduquesa. Sin embargo, había renunciado a esa idea después de que Rozemyne lo rechazara y dijera que prefería quedarse en el templo. Conseguir tiempo con su nieta no era tarea fácil.

“Vaya, vaya...” dijo Rihyarda. “Formar al próximo archiduque es su trabajo, Lord Bonifatius. Si mal no recuerdo, esa promesa fue la única razón por la que lograste evitar ocupar tú mismo el puesto de archiduque”.

“Algunas historias son demasiado antiguas para discutir las...”

Rihyarda carcajeó. “Una promesa es una promesa, no importa cuánto tiempo hace que se hizo”.

Bonifatius hizo una mueca instintiva; a menudo le resultaba difícil tratar con Rihyarda cuando sabía tanto sobre su pasado. Como ella había dicho, una vez había hecho una promesa a su padre, que había sido archiduque hacía dos generaciones. Para evitar tener que convertirse él mismo en archiduque, Bonifatius había accedido a educar a su hermano menor, Adelbert, para que ocupara su lugar. Adelbert no había estado nada bien, por lo que había necesitado a alguien que enseñara a su hijo en caso de que falleciera joven.

“Dame un respiro”, refunfuñó Bonifatius. “Debería estar disfrutando de mi jubilación, pero he estado ayudando en el castillo. Incluso he estado educando a Wilfried — que es más de lo que me había propuesto. Adelbert estaba enfermo y necesitaba ayuda; Sylvester podía arreglárselas solo sin problemas. Quiero pasar mi tiempo como cualquier otro abuelo: relajándome y mimando a mi nieta”.

“¿Cómo puedes hacer eso si aún no sabes controlar tu fuerza?”

Para frustración de Bonifatius, todo el mundo parecía temer por la vida de Rozemyne en cuanto se acercaba a ella. La gente trabajaba para mantenerlos separados tanto como fuera posible.

Quiero decir, me siento mal por la vez que me emocioné demasiado y casi la tiro contra el techo, pero...

Después de aquella experiencia, Bonifatius se había aprendido de memoria que Rozemyne no era como sus otros nietos, que siempre estaban deseosos de entrenar con él.

“Parece que se están divirtiendo”, opinó Sylvester al entrar en la sala con su séquito. Pidió a Rihyarda y a Karstedt que se quedaran — como su asistente y su guardia, respectivamente — y luego dijo a sus otros asistentes que se marcharan a almorzar. Les esperaba una tarde igual de dura.

Juntos, el asistente de Bonifatius y Rihyarda presentaron a sus lores platos de verduras decoradas. Presentaron el plato como...

“¿Ensalada cruji-cruji de launeide y suyaru?”

Bonifatius no reconoció el nombre en absoluto. ¿Era otro plato nuevo? Los cocineros de Rozemyne *habían* cambiado radicalmente el menú del castillo. Después de esperar a que Sylvester diera el primer bocado, probó lo que resultó ser una verdura ligeramente ácida.

Sylvester normalmente odia las verduras, pero está comiendo como si no hubiera mañana. Las recetas de mi nieta son las mejores del mundo.

Bonifatius masticaba las verduras amargas — que los niños pequeños despreciaban con fama — mientras alababa en silencio a Rozemyne. Ella las había preparado de tal manera que hasta Sylvester dejó de quejarse.

“Entonces, ¿cuál es el problema?”, preguntó Sylvester a mitad de la comida, la viva imagen del agotamiento. “¿Preocupado por algo?”

“Por *todo*”. Bonifatius sabía que estaba a punto de aumentar la ya fastidiosa carga de Sylvester, pero solo el archiduque podía resolver sus quejas. “En primer lugar, tienes que poner en forma a Wilfried. Si su actitud no cambia pronto, me lavaré las manos con él”.

Sylvester respiró agitadamente, con los ojos muy abiertos. Mientras tanto, Rihyarda exclamó: “¡Lord Sylvester! ¡Tales palabras no deben tomarse a la ligera!”

Bonifatius era el encargado de preparar a Wilfried para convertirse en el próximo archiduque; si se negaba a seguir ayudando al muchacho, básicamente lo estaría declarando no apto para gobernar. Bonifatius lo comprendía perfectamente.

“¿Su actitud?”, repitió Sylvester. “¿Qué quieres decir? Vino a mí con algunas quejas, pero eso fue antes de la Oración de Primavera. Incluso acabó recapacitando. ¿Sigue habiendo algún problema?”

“¿No te han dicho nada sus asistentes?”, preguntó Bonifatius.

“Me informaron de que los nobles de Leisegang le trataron con crueldad y me pidieron que les reprendiera. Por supuesto, les pedí más detalles. Recuerdo a los Leisegang como maleducados, pero nunca especialmente crueles”.

De hecho, los asistentes de Wilfried habían hablado con el archiduque, pero no sobre la ética de trabajo de su lord. En cambio, habían informado sobre cómo le habían tratado los nobles Leisegang durante la Oración de Primavera.

“Cargó temerariamente contra las casas de un Leisegang tras otro, incluidos aquellos que desean utilizar esta purga para eliminar todo rastro de la antigua facción verónica”, explicó Bonifatius. “Un giebe que intentara contener a esos extremistas podría decir que Wilfried estaba agitando la olla, y no se equivocaría. ¿Por qué le dejaste marchar?”

“Florencia me dijo que, para que adquiriera más conciencia de sí mismo como próximo archiduque, necesita experimentar las consecuencias de sus actos”.

Las decisiones de un hombre como archiduque podían acabar teniendo un impacto dramático en el ducado que gobernaba, así que era crucial que siempre rindiera cuentas de ellas. Por eso Wilfried necesitaba más experiencia antes de asumir él mismo el cargo. Reunir información de inteligencia era absolutamente esencial a la hora de tomar la decisión que uno consideraba más correcta; solo después de elegir qué información era digna de confianza y la más precisa se podía emitir un juicio con conocimiento de causa.

Sylvester continuó: “La Oración de Primavera es crucial para el Ehrenfest; la cosecha del ducado depende en gran medida de los cálices que repartamos. Además, como en todos estos eventos religiosos, la responsabilidad recae sobre Rozemyne. Por mucho que los Leisegang odiaran a Wilfried, no se arriesgarían a hacerle nada. Era la oportunidad perfecta para que experimentara su ira de primera mano, en un entorno seguro — y para que la comprendiera

más íntimamente que si nos hubiéramos limitado a explicarle la situación. También le enseñaría la importancia de recabar información... o eso dijo Florencia”.

“Entiendo...” murmuró Bonifatius, y luego se cruzó de brazos. Tal experiencia era realmente importante para el próximo archiduque. “Pero, como resulta, esto era una carga demasiado grande para Wilfried. Su ética de trabajo ha empeorado desde su regreso de la Oración de Primavera. Incluso después de cinco días de advertirle, su actitud no ha mejorado”.

“¿Solo cinco días?!” Rihyarda gritó. “Dale más tiempo; todos nos quedamos cortos de vez en cuando. Seguro que esto no es suficiente para que lo dejes de lado”. Se apresuró a protestar, pero no había visto trabajar a Wilfried. “Cinco días” para ella eran “cinco días atroces” para Bonifatius y los asistentes.

“El problema no es que haya fracasado. Más bien, está abandonando sus deberes como próximo archiduque y alardeando continuamente de su desafío. No puedo ni empezar a describir la estupidez de exponer las debilidades de uno mismo a los nobles contrarios. ¿Cuántos años tiene ese bufón?”

Wilfried se acercaba ya a su cuarto año en la Academia Real y, sin embargo, se comportaba de un modo que le habría valido una reprimenda a un niño recién bautizado. Había que preguntarse si se comportaba de forma tan inmadura con los nobles de otros ducados, y ni que decir tiene que nadie querría confiar el futuro de Ehrenfest a alguien que actuara de forma tan emotiva.

“Todos están bastante ocupados preparando la próxima Conferencia de Archiduques”, dijo Bonifatius. “Si alguien debería tomar las riendas en estos momentos, deberían ser los de la familia archiducal que promulgaron la purga en primer lugar. Sin embargo, el próximo archiduque se niega a trabajar y sigue mostrándose desafiante incluso cuando se le advierte. No puedo imaginar lo que — si es que hay algo — debe estar pasando por su cabeza. Si nada cambia y todo el mundo llega a despreciarle, habrá provocado su propia perdición. ¿No comprende la gravedad de la situación?”

En primer lugar, Bonifatius no podía regañar a Wilfried con demasiada fuerza cuando estaban en público. Si lo hacía, corría el riesgo de que el muchacho pareciera incapaz de gobernar, lo cual era peligroso cuando tantos nobles ya querían que Rozemyne ocupara su lugar. Sin embargo, no importaba cuántas veces le advirtieran, Wilfried solo ponía mala cara y decía: “Solo eres duro conmigo porque quieres que Rozemyne sea la próxima aub”.

De hecho, tenía sentido que Wilfried fuera reacio a aceptar consejos de alguien que apoyaba a Rozemyne. Por esa razón, Bonifatius había pedido a Lamprecht que advirtiera en su lugar. Cinco días después, sin embargo, nada había cambiado.

“Wilfried se enorgullece de haber figurado entre los mejores candidatos a archiduque como estudiante de honor, pero esas buenas notas no significarán nada, a menos que empiece a comportarse como un archiduque como Dios manda”, concluyó Bonifatius.

“A Florencia le preocupaba lo mismo. Temía que su duro trabajo mejorara sus notas y nada más...” dijo Sylvester, llevándose la cuchara a la boca mientras trataba de recordar la conversación.

Bonifatius hizo una mueca. Parecía que Sylvester no se estaba tomando en serio la opinión de su esposa. “Me parece que Wilfried no es el único que tiene que empezar a escuchar más. No me digas que ignoraste una advertencia tan importante”.

“No, no, no la ignoré. Su advertencia fue la razón por la que relevé a Oswald de sus funciones. No le estaba dando a Wilfried una educación adecuada. También fue la razón por la que he empezado a escuchar las quejas del chico sobre cómo la purga ha impactado en su vida”.

Oswald era la encarnación de los métodos de Veronica, y parecía que sus tácticas de manipulación no habían hecho más que empeorar después de que Wilfried se comprometiera con Rozemyne y se asegurara su puesto como próximo Aub Ehrenfest.

“Oswald se tomaba en serio su trabajo y era completamente leal a Wilfried”, continuó Sylvester. “El problema era que expresaba esta lealtad y desempeñaba sus funciones exactamente igual que en la época de Madre. Nunca se dio cuenta de que, lo que antes eran signos de excelencia, ahora eran signos de tiranía. O, bueno... tal vez lo hizo y simplemente no pudo cambiar su forma de ser. Tal vez no quería cambiarlos. En cualquier caso, para honrar su lealtad, le di la opción de dimitir para salvar las apariencias”.

A Bonifatius le habían dicho que Oswald había dimitido a causa de la purga, pero ahora sabía la verdad: el antiguo jefe de asistente había sido relevado de su cargo por no haber dado a Wilfried una educación adecuada.

“Espero sinceramente que dar a Wilfried un nuevo jefe asistente mejore las cosas”, dijo Bonifatius, “pero sus asistentes son todos demasiado blandos con él. Lamprecht incluso dijo que dejara de compararlo con Rozemyne”.

“Fue la propia milady la primera en hacer esa petición...” dijo Rihyarda, refiriéndose a cuando todos habían colaborado para ayudar a Wilfried a ponerse al día a tiempo para su debut. “Dijo que mi hijo acabaría aplastado bajo el peso de la presión”.

Bonifatius hizo una pausa, pensando en todas las veces que había comparado a los dos en el trabajo. “Eso es nuevo para mí. Aun así, Rihyarda... eso fue entre su bautismo y su debut, ¿no? ¿Cuánto tiempo seguirá siendo relevante? En la Academia Real, va a ser comparado con Rozemyne le guste o no. ¿Realmente sus asistentes siguen pisando sobre cáscaras de huevo, incluso ahora que va a entrar en su cuarto año?”

“Milady habló como si siempre fuera a ser relevante, pero no sé cuánto tiempo se mantendrá realmente. Dicho esto, en efecto — no se aplicará cuando se trate de otros nobles”.

La petición de Rozemyne solo había sido factible cuando Wilfried era joven y aún recibía su educación en el aislado edificio del norte. Era inevitable que lo compararan con otros candidatos a archiduque en la Academia Real, y estaba garantizado que la gente se fijaría en

la calidad de su trabajo mientras ayudara en el castillo. Además, cuando alcanzara la mayoría de edad, sería comparado con los demás candidatos a archiduque de Ehrenfest para elegir al próximo aub. Así eran las cosas.

“Sylvester”, dijo Bonifatius, “si tu hijo no tiene intención de mejorar, entonces retírale de su puesto como próximo archiduque”.

“Repudiaría a Rozemyne con el mismo aliento”, replicó Sylvester, entrecerrando sus ojos verde oscuro.

Bonifatius suspiró; sabía que Sylvester no estaba mintiendo. Durante el conflicto con los Leisegang, había descubierto los verdaderos motivos de la adopción de Rozemyne. La habían acogido en la familia archiducal para salvarla de la tiranía de un archinoble de Ahrensbach que se había infiltrado en el templo, para evitar que Veronica deformara la vida de más víctimas y para que Sylvester pudiera utilizar su industria de la imprenta para reunir al agitado ducado bajo una misma bandera.

Aunque Rozemyne tuviera tantos talentos, Sylvester no tenía la menor intención de convertir en el próximo archiduque a un niño que no fuera de Florencia. Bonifatius incluso recordaba a Sylvester diciéndole que, si su verdadero objetivo era convertir a su nieta en la próxima aub, debería haberse convertido él mismo en aub en lugar de huir de su deber.

“¿Cómo está Florencia?”, preguntó Bonifatius, cambiando de tema. Seguía sin creer que Wilfried hablara o actuara como debía hacerlo el próximo archiduque, pero continuar con sus exigencias no le llevaría a ninguna parte.

La expresión de Sylvester se suavizó. “Sus náuseas matutinas se han calmado, pero apenas puede relajarse sabiendo que nuestros hijos están tan ocupados. Incluso estando tan indispuesta, sigue intentando ayudar con la carga de trabajo, lo que solo hace que sus asistentes se preocupen”.

“¿No podría dejar los preparativos de la conferencia a los niños y limitarse a realizar las comprobaciones finales? Charlotte puede ocuparse más o menos de todo lo demás. Está motivada y aprende rápido”.

Cada vez que Florencia se encontraba especialmente mal, Charlotte acudía a la oficina donde trabajaban Bonifatius y los demás para ayudar y hacer preguntas. En esas ocasiones, era evidente lo mucho que se esforzaba por ayudar a su madre. Otras veces, al parecer, ayudaba a Brunhilde con las comunicaciones internas del ducado y la vida social.

“Charlotte está trabajando duro, mientras que Bonifatius y Clarissa se esfuerzan al máximo para preparar la Conferencia de Archiducos”, dijo Sylvester, con cara de alivio. “El lado bueno de todo esto es que podremos asistir sin que Florencia tenga que hacer un sobreesfuerzo”.

Bonifatius se limitó a asentir, con el ceño fruncido. Estaba de acuerdo en que Brunhilde era una ayudante fiable — había dicho que estaba acostumbrada a este tipo de trabajo después de prepararse para el Torneo de Interducados — y era bueno que se tuviera en cuenta la salud de

Florenxia. Sin embargo, el alivio de Sylvester era exactamente la razón por la que estaba ciego ante el problema que los miraba a todos a la cara.

“Brunhilde se convertirá en tu segunda esposa”, dijo finalmente Bonifatius, “pero los nobles del ducado siguen considerándola la asistente de Rozemyne. También ven así a Rihyarda. En cuanto a Philine y Clarissa, trabajan por debajo de Leberecht. A todos les parece que Rozemyne está muy involucrada en esta próxima Conferencia de Archiduques”.

“Bueno, no se equivocan. Ella está transcribiendo libros y realizando una Ceremonia de Unión de Estrellas a petición de la familia real”.

“No me refería a eso”, replicó Bonifatius. Pensó que Sylvester sonaba demasiado relajado, y seguramente no era el único al que le resultaba tan exasperante. “Ni siquiera tienes tiempo de ir al comedor a comer. Florenxia no puede descansar, así que Brunhilde y Charlotte están haciendo todo lo posible para apoyarla. Los asistentes de Rozemyne están trabajando tanto que todos suponen que está muy involucrada en la Conferencia de Archiduques, aunque ni siquiera esté en el castillo. Melchior ha declarado que ocupará su lugar en el templo. Todo el mundo está demostrando su valía — excepto Wilfried, que parece contentarse con refunfuñar por el trato que recibió durante la Oración de Primavera y con eludir sus obligaciones a la vista de tantos otros. ¡Te lo ruego, piensa por un momento cómo deben de verle los nobles que visitan la oficina!”

Sylvester guardó silencio. A los nobles visitantes no les importaba cómo trataban los Leisegang a Wilfried, ni tampoco lo herido que se sentía. Lo único que les preocupaba era si se comportaba como el próximo archiduque y si producía los resultados que se esperaban de él.

“Al final, les corresponde a ustedes decidir quién debe ser el próximo archiduque”, dijo Bonifatius. “No tengo nada más que decir sobre el asunto, pero sabes que me tomo un descanso en la educación de Wilfried. No tiene sentido apresurarlo cuando ni siquiera puede completar el trabajo que se le ha encomendado. Mi tiempo está mejor empleado en mis propios deberes”.

“De acuerdo. Yo mismo advertiré a Wilfried”.

Wilfried estaba obligado a reconocer una advertencia de su propio padre, el archiduque — eso era lo que Bonifatius creía, al menos. Se relajó un poco, aliviado por haberle hecho llegar a Sylvester una de sus preocupaciones, y luego miró el plato de carne que le habían puesto delante. Por la piel dorada sabía que se trataba de algún tipo de ave, pero no podía deducir nada más.

“Esto es crun-crun ju-ju farba, según Lady Rozemyne”.

“Entiendo”, respondió Bonifatius asintiendo con la cabeza. Sabía lo que eran las farbas, pero lo de “crun-crun ju-ju” no significaba absolutamente nada para él. Al menos, parecía que los nombres que se le ocurrían a Rozemyne solían contener onomatopeyas repetitivas. Alguna vez había preguntado si tenían algo que ver con los ingredientes o con la forma de cocinarlos,

pero ni siquiera los cocineros lo sabían. Rozemyne nombraba sus platos a su manera Rozemyne.

Nombres raros aparte, las recetas saben muy bien, y mi nieta sigue siendo increíble.

“Sylvester, ¿has oído algún... rumor sobre Rozemyne últimamente?” Bonifatius preguntó.

“Yo mismo me encontré con algunos extraños...”

“¿Rumores extraños? ¿Cómo cuáles?”, respondió Sylvester. Se volvió para mirar a Rihyarda, pero ni ella ni Karstedt parecían tener ni idea tampoco.

“Al parecer, los que una vez fueron de la antigua facción Verónica dicen — aunque solo entre ellos — que Rozemyne está enamorada de Ferdinand. Afirman que ella le da prioridad sobre su propio prometido, y los dos aparentemente tuvieron contacto físico cuando se reunieron la noche del Torneo Interducados...”

Bonifatius no había estado presente para presenciar algo así, pero Sylvester y Rihyarda sí. Seguro que se habían dado cuenta de algo. Sin embargo, su expectativa se desvaneció pronto, ya que los dos se limitaron a parpadear perplejos.

“¿En la noche del Torneo Interducados...?”, preguntó Sylvester. “No lo sé... Estabas con ella, ¿verdad, Rihyarda? ¿Viste algo?”

“Estuve con milady todo el día, pero no vi nada que justificara los rumores. Ten por seguro que habría denunciado cualquier comportamiento de ese tipo. Como mucho... hubo la inspección médica. Técnicamente sí la tocó entonces, pero solo como parte de un procedimiento estándar para comprobar su mal estado de salud”. Frunció el ceño y se llevó una mano a la mejilla. “¿Fue Oswald quien inició ese rumor? Sin duda tiene una interpretación maliciosa de los acontecimientos”.

Bonifatius parpadeó, sorprendido de que ella hubiera hecho una deducción tan rápida. “¿Por qué estás tan seguro de que fue él?”

“Cuando ocurrió, Lord Sylvester y los demás estudiantes asistentes ya se habían trasladado al comedor para comer. Los únicos presentes éramos Lady Rozemyne, mi muchacho Ferdinand, nuestros otros invitados y los asistentes que les servían la comida: Oswald y yo”.

Todos comprendieron enseguida. Rozemyne o Ferdinand ciertamente no habrían difundido semejante rumor, y que circulara a través de la antigua facción verónica significaba que solo podía proceder de Oswald o Wilfried.

“Sí, lo más probable es que Oswald estuviera implicado”, dijo Bonifatius. “Sin embargo, no deberíamos sacar conclusiones precipitadas. Es posible que otro noble oyera por casualidad a Rozemyne alegrarse de su reencuentro con Ferdinand, exagerara los detalles y luego difundiera algún rumor engañoso”. Un solo actor malintencionado podría convertir incluso la noticia más conmovedora en algo corrupto. Y teniendo eso en cuenta, el rumor podría haber surgido de uno de los asistentes de Rozemyne haciendo un comentario inocuo.

Sylvester parecía contemplativo. “Bonifatius, ¿de dónde procede ese rumor? No la fuente, sino la gente que ayuda a que circule. ¿Realmente se trata solo de la noche del Torneo Interducados?”

Bonifatius ya había intentado investigar el asunto, en vano; los Leisegang estaban demasiado ocupados desesperados por la negativa de Rozemyne a ser la próxima aub y su decisión de permanecer en el templo como para ser de alguna utilidad, mientras que los nobles de la antigua facción verónica evitaban a Bonifatius y a sus asistentes por miedo a ser castigados. A pesar de sus esfuerzos, nadie parecía saber nada.

“Para ser franco, yo tampoco lo sé”, dijo Bonifatius. “Lo más que puedo aportar es que, cuando intenté advertir a Wilfried de todo esto, me dijo que Rozemyne era la culpable de haber inspirado el rumor en primer lugar”.

“¿Qué?” Sylvester apoyó la cabeza en las manos. “¿Quieres decir que Wilfried está *corroborando* el rumor en lugar de negarlo? No puede ser. No puede ser tan desconsiderado. Karstedt, vamos a investigarlo nosotros mismos”.

A partir de ahí, Bonifatius pudo extrapolar que, efectivamente, los rumores solo se extendían entre Wilfried y los de la antigua facción verónica.

“Supongamos por un momento que Oswald fue el responsable”, aventuró Bonifatius. “¿Fue una venganza por haber sido relevado del servicio?”

Rihyarda negó con la cabeza. “Tal y como yo lo veo, Oswald *siempre* tiene a Wilfried como su máxima prioridad. Parece más probable que solo dañara la reputación de milady para proteger a su lord”. Ella creía que había intentado hundir a Rozemyne para desviar la atención negativa de Wilfried. Todos los presentes lo reconocieron como un método que Verónica había empleado a menudo.

“Ese es un tipo de devoción problemática...” murmuró Sylvester, con el rostro torcido por el disgusto. Rihyarda asintió con la cabeza, pero de repente se mostró preocupada.

“Sin embargo... Lady Rozemyne *ha* crecido considerablemente. Junto con el hecho de que Lord Ferdinand ya no está en Ehrenfest, creo que ha llegado el momento de que reevalúe su relación con él. Unas palabras de consejo podrían estar en orden”.

Rozemyne había pasado mucho tiempo pareciendo más o menos una niña, pero ahora parecía lo suficientemente mayor como para asistir a la Academia Real. Esto era ventajoso en muchos aspectos, pero muchas cosas que antes le habían sido permitidas debido a su joven apariencia ahora ya no eran aceptables. Ya no se le podía permitir el mismo margen de maniobra.

Esperemos que Rozemyne no acabe como Georgine.

Bonifatius se cruzó de brazos mientras reflexionaba sobre el pasado. Veronica no había sido más que despiadada al criar a Georgine, todo para asegurarse de que Karstedt — un Leisegang — nunca se convirtiera en el aub. La única persona que había tratado bien a

Georgine y le había dado un respiro era su tío, Bezewanst. Por aquel entonces era el Sumo Obispo, lo que había causado problemas a Georgine a la hora de ingresar en la Academia Real. Como noble, no se le había permitido tener ninguna conexión con el templo, por lo que inmediatamente se le había prohibido ponerse en contacto con él. Este hecho no había sorprendido a nadie, pero Georgine había quedado devastada — algo que había dejado dolorosamente claro.

Bonifatius había querido tender una mano a su sobrina, pero la relación de su primera esposa con Veronica no había sido nada positiva. Además, como Georgine veía a Karstedt como un enemigo, no había podido hacer nada para acercarse a ella.

Esta vez, sin embargo, haré lo correcto. ¡Le daré a Rozemyne todo el amor que tengo!

De hecho, le daría todo su apoyo para ayudarla a superar el tormento emocional de tener que alejarse de Ferdinand. Pero mientras Bonifatius reflexionaba sobre la mejor manera de hacerlo, Sylvester tomó la palabra.

“Si la gente realmente está difundiendo esos rumores, tendremos que acabar con ellos. Bonifatius, ¿ya has tomado medidas?”

“No importa lo que hagamos, vamos a tener dificultades para apagar esos fuegos sin Rozemyne aquí. Nos habríamos dado cuenta antes si ella hubiera estado en el castillo, y también habríamos respondido más rápido”.



Los asistentes de Rozemyne no habrían tardado en darse cuenta de cualquier rumor extraño sobre su lady. Además, si había estado pasando tiempo con Wilfried en el castillo, cualquiera que intentara argumentar que estaba más cerca de Ferdinand no habría tenido mucho en lo que apoyarse. En cuanto al propio Bonifatius, aunque la reputación del templo estaba mejorando con todos los cambios que se estaban produciendo en el país, seguía mostrándose reacio a dejar allí a su adorable nieta.

“Todo el mundo conoce a Rozemyne por su brillantez y encanto, así que ¿por qué seguir llamando la atención sobre su mancha como nacida en el templo?” Preguntó Bonifatius. “Se habría hecho muchos más favores dejando el templo a otra persona y recabando el apoyo de la nobleza”.

“Yo pensaba lo mismo”, intervino Rihyarda, “pero milady realmente atesora su tiempo en el templo. Habría que compararlo con el modo en que a los aprendices de caballeros que se alojan en los dormitorios de caballeros se les permite volver a casa a intervalos regulares”. Ella había empezado a servir a Rozemyne incluso antes de que la muchacha fuera bautizada, así que si decía que Rozemyne valoraba su tiempo en el templo, Bonifatius no veía razón para dudar de ella.

“Aun así, es porque fue criada en el templo que necesita que le enseñen cómo ser una primera esposa apropiada”, dijo, las quejas de los Leisegangs vinieron a su mente. “Debería socializar, no esconderse en el templo”.

Para los Leisegang, su princesa no cooperaba en absoluto. Las cosas se habían calmado un poco tras el anuncio del compromiso de Brunhilde, pero muchas casas seguían queriendo a Rozemyne fuera del templo, y su cooperación sería crucial de cara al futuro.

“Supervisar las industrias del ducado es un trabajo para aubs y eruditos”, declaró Bonifatius. “Tienes que hacerte cargo de la industria de la imprenta con Wilfried a tu lado mientras Florencia enseña a Rozemyne cómo ser una primera esposa. Eso es definitivo”.

Sylvester chilló. “¡Si mi carga de trabajo se vuelve más insoportable, moriré en serio!”

“Eres un profesional cuando se trata de eludir obligaciones; estoy seguro de que descubrirás la manera de descansar”.

Rihyarda y Karstedt sonrieron, divertidos y de acuerdo a partes iguales.

Al ver las sonrisas de sus asistentes, Sylvester soltó un gemido de disgusto. Dio otro bocado a la carne y, mientras masticaba, observó la sala. “Entiendo tu punto de vista, Bonifatius, pero es demasiado tarde para decirle a Rozemyne que regrese del templo. Su marcha ahora solo causaría más problemas”.

“Necesitaría hacer más trabajo, seguro, pero ¿realmente afectaría mucho más?”

El templo no tenía mucha importancia para Bonifatius; era simplemente el lugar donde la gente con deseos demasiado groseros para mencionarlos en público iba a satisfacer sus

necesidades. Aunque había cambiado algo en los últimos años, seguía sin ser un buen lugar para alguien tan joven como Rozemyne.

“Afectaría a nuestras ceremonias religiosas, lo que repercutiría directamente en la cosecha del ducado”, replicó Sylvester. “Considera también que nuestras reuniones con los comerciantes tienen lugar en la ciudad baja — y nadie puede negar que nuestros negocios con otros ducados solo han ido tan bien gracias a la aportación de los plebeyos. Sobre todo, no te olvides de esos niños de la antigua facción verónica que se alojan en el templo; ¿quién los vigilará si no son los asistentes de Rozemyne?”

“Ngh...”

Tenía razón; habían librado de la ejecución a los hijos de aquellos criminales, pero la familia archiducal aún debía vigilarlos de cerca. Rozemyne era muy compasiva con los niños, pero Hartmut y sus otros asistentes permanecerían vigilantes.

“Hablando de eso — sus asistentes también son un problema”, dijo Bonifatius.

“¿Vas a quejarte tanto de ellos como de Wilfried...?” Preguntó Sylvester, sorprendido. Rihyarda y Karstedt parecían igualmente sorprendidos, pero Bonifatius estaba más asombrado de que ellos mismos no se hubieran dado cuenta del problema.

“Sus sirvientes ni siquiera intentan animarla a que haga vida social normal. De hecho, parece que lo evitan a propósito. Este comportamiento está mancillando su buen nombre entre los Leisegangs, su base de poder. Hay que hacer algo”.

Bonifatius ya había intentado advertir a Cornelius, pero el muchacho se había limitado a responder que los viejos métodos no eran aplicables a Rozemyne. Había dicho que, en su lugar, era prioritario acelerar el cambio generacional y prepararse para socializar como los ducados de alto rango.

“No tengo nada en contra de este cambio generacional”, continuó Bonifatius, “pero una futura primera esposa necesita absolutamente saber cómo llevar a cabo la socialización tradicional. Esta nueva forma de apaciguar a los ducados de alto rango puede venir más tarde, una vez que conozca las maneras propias de Ehrenfest”.

En efecto, socializar con los ducados de alto rango requeriría muy probablemente un nuevo enfoque, pero los nobles de Ehrenfest solo responderían a los métodos más tradicionales. Le servirían de cimientos y evitarían que la tierra cediera bajo sus pies.

Aun así, Bonifatius persistió. “Rozemyne se niega a socializar aquí en Ehrenfest porque afirma estar demasiado ocupada con el trabajo del templo, pero sus asistentes no han hecho nada para remediarlo. ¿Cómo puede una primera esposa no saber socializar correctamente? Debería apreciar mejor que nadie el destino de una familia archiducal que ya no entiende a su pueblo”.

Bonifatius no podía ver un futuro en el que la deficiencia de Rozemyne no le causara problemas. Sabía que era importante estar abierta a nuevos métodos, pero ¿cómo iba a

convencer a los demás nobles de que los probaran si no podía comunicarse correctamente con ellos?

“Eso nunca será factible para Rozemyne...” Sylvester dijo. “Ella fue criada en el templo. Y, después de ser bautizada, recibió educación de Ferdinand, no de los Leisegang”.

También Ferdinand tuvo una educación particularmente singular. Su madre había fallecido antes de su bautismo, por lo que había entrado en el castillo como miembro de la familia archiducal sin una base de apoyo en la que apoyarse. Había sido condenado al ostracismo por Verónica, la primera esposa en aquel momento; criado sin la oportunidad de relacionarse adecuadamente con otros nobles de Ehrenfest; y relegado al templo tras la muerte de su padre. Difícilmente se le podría describir como un experto en socialización.

“Milady trabaja duro a su manera” intervino Rihyarda mientras ponía un plato delante de Sylvester, “pero hay muchas cosas que solo entiende a nivel superficial. No está progresando como todo el mundo esperaba. Mi muchacho Wilfried es culpable de un ciclo similar de errores; aunque puede imitar las cosas, rara vez las comprende en lo fundamental”.

“¿Instalarías una pareja archiducal incapaz de socializar adecuadamente?” Preguntó Bonifatius. “Temo por el futuro de Ehrenfest”.

“Brunhilde los apoyará como mi segunda esposa”, replicó Sylvester. “La verdadera fuerza de Rozemyne proviene del hecho de que se rodea de personas que compensan lo que a ella le falta”.

Rozemyne tenía muy pocos asistentes adultos a su servicio, pero sus asistentes menores de edad estaban tan bien entrenados que apenas importaba. Formaban su séquito Hartmut, a quien Ferdinand y Justus habían enseñado a recabar información; sus aprendices eruditos, capaces de negociar con plebeyos; sus caballeros guardianes, que habían superado sus defectos y se habían hecho más fuertes; y sus asistentes, capaces de llevar a la mesa de negociaciones incluso a ducados de alto rango.

“A Rozemyne se le da bien criar gente”, concluyó Sylvester. “Incluso yo codicio a sus asistentes”.

Bonifatius se detuvo a reflexionar. Damuel era un lay-caballero, pero poco a poco iba consiguiendo más maná mediante la compresión y era un experto en utilizarlo con precisión. A Judithe le habían aconsejado que priorizara su puntería sobre el brazo de su espada, y el ritmo al que progresaba sugería que se había tomado esas palabras al pie de la letra. Angélica no era la más reflexiva, pero cumplía lealmente sus órdenes y presumía de reflejos fulgurantes. Leonore tenía buena memoria y excelentes dotes de mando, que ponía en práctica como comandante en ciernes. Y en cuanto a Cornelius, aunque no tenía ningún punto fuerte destacable, tampoco tenía ningún punto débil, lo que significaba que podía luchar fácilmente al lado de cualquiera.

Estos asistentes tenían algo en común: Rozemyne los había aconsejado a todos y los había llevado por el buen camino.

“Me preocupan sus asistentes que dieron su nombre”, aclaró Bonifatius, “pero Rozemyne debería ser capaz de controlarlos”.

“Cierto. Definitivamente podrían convertirse en problemas”.

Bonifatius recordó cuando él y los niños habían investigado las propiedades de los que dieron su nombre a Georgine. Había notado entonces que aquellos que habían usado el juramento para evitar el castigo por asociación tenían opiniones diversas sobre su posición y grados contrastantes de aprecio por la familia archiducal.

“Por no mencionar”, dijo Bonifatius, “que aquellos con edad suficiente para recordar cuando Verónica obligó a otros a dar sus nombres llegaron a ver a Rozemyne con el mismo miedo e inquietud, a pesar de que les estaba salvando la vida”.

“No veo por qué...” Dijo Sylvester, con cara de fastidio mientras empezaba con su postre. “Fui yo quien lo sugirió”.

Bonifatius también probó el postre. Tenía un sabor inusual pero intrigante, lo que significaba que sin duda había sido sugerido por su nieta — y ese pensamiento era precisamente el problema. “Hoy en día, todo el mundo da por sentado que cualquier cosa extraña y original debe proceder de Rozemyne. Se rumorea que tú simplemente apoyaste una idea que se le ocurrió a ella. Y, dado que prescinde de sus asistentes cuando toma decisiones tan importantes, nadie puede confirmar lo contrario”.

“Bueno”, murmuró Sylvester, “supongo que se me ocurrió la idea después de que Rozemyne sugiriera que perdonáramos la vida al vizconde Dahldolf a cambio de su nombre...”

“¿Oh...?”

Ferdinand había estado instruyendo a la Orden de Caballeros y haciendo algún trabajo en la sombra, pero Bonifatius no había conocido los detalles. Para cuando se había dado cuenta, todo había terminado, y todo el evento había sido encubierto.

Así que vino de Rozemyne...

Los insultos no son algo que se deba imponer a los demás”, señaló Bonifatius. “El problema aquí es que algunos nobles creen ahora que Rozemyne ignoró su verdadero significado como expresión de lealtad voluntaria. Los nobles que estuvieron cerca para presenciar la versión distorsionada de Verónica de dar el nombre, incluso temen que la desafortunada tradición pueda resurgir”.

Sin que el archiduque lo supiera, Gabriele, Verónica y Georgine habían pasado juntas tres generaciones exigiendo nombres como prueba de obediencia. En circunstancias normales, los nombres se ofrecían de buen grado y como muestra de respeto absoluto; no eran una mercancía con la que comerciar a cambio de la propia vida. Bonifatius tuvo que preguntarse si Rozemyne sabía que su sugerencia había tergiversado el significado de un gesto tan noble. A este paso, iba a recibir las mismas críticas y reproches que Verónica y Georgine.

No siempre las nuevas ideas descabelladas acaban siendo aceptadas”, comentó Bonifatius. “Debemos aconsejar a Rozemyne que pase un tiempo como una noble normal y tomar medidas para que la gente no le tema”.

Entiendo tu punto de vista, pero nuestra situación actual sería mucho peor si no fuera por la aportación de Rozemyne”, rebatió Sylvester. “Sus ideas originales nos han salvado más veces de las que puedo contar. No voy a hacer que deje de hacerlo. Me limitaré a asumir la responsabilidad de sus actos, sean cuales sean las consecuencias. Otro rumor malo o dos sobre mí no cambiará nada”. De nuevo, hablaba como si no fuera para tanto.

A Bonifatius le invadió un destello de irritación al decir: “Ehrenfest ciertamente no se beneficiará de más rumores groseros sobre su archiduque”. ¿Le parecería bien a la considerada Rozemyne que sus ideas dañaran la reputación de Sylvester y le obligaran a cargar con la culpa de cualquier mal resultado? Lo dudaba.

¿Cuánto sabía ella de todo esto?

¿Estaba Rozemyne siendo mantenida en la oscuridad por sus asistentes al igual que Wilfried por los suyos? ¿Necesitaba el consejo de un tercero? Bonifatius se cruzó de brazos, tratando de imaginar el destino de su nieta, incapaz de relacionarse siquiera con su familia.

01 - La Tristeza de los Aprendices Azules y los Niños del Orfanato.

Cuando la Oración de Primavera terminó por completo, ya había transcurrido la mitad de la estación. El amargo clima había dado paso a un verdor vibrante que parecía prosperar más cada día.

En medio de un sol deslumbrante, los carruajes del castillo llegaron a las puertas del templo. Sus puertas se abrieron, y los niños que pronto se convertirían en túnicas azules se apearon con elegancia. Atrás había quedado la ansiedad que habían mostrado durante la visita; en su lugar, rebosaban vigor al subir los escalones del templo.

Como miembro de la familia archiducal, Melchior había venido en bestia alta y no en carruaje como los demás. Les di la bienvenida a todos como Sumo Obispa; en adelante, vivirían aquí, en el templo.

Como miembro de la familia archiducal, Melchior había venido en bestia alta y no en carruaje como los demás. Les di la bienvenida a todos como Sumo Obispa; en adelante, vivirían aquí, en el templo.

“Bien”, dije, “vayamos a los aposentos de la Sumo Obispa y realicemos la ceremonia de lealtad”.

Para convertirse en túnica azul, primero había que realizar un rito en el que uno juraba servir a los dioses. Me trajo a la mente recuerdos de cuando yo misma lo había realizado, solo que esta vez yo dirigiría las oraciones.

Después de tragarme los nervios y llevar a cabo la ceremonia de lealtad, empecé a dar a los niños sus túnicas. Esperaba que trabajaran duro y crecieran como personas.

“Ahora, permítanme que les explique la vida en el templo”.

Todos desayunaban a la segunda campanada y luego iban a la cámara del Sumo Sacerdote con sus asistentes para recibir trabajo e instrucciones de Hartmut o sus asistentes. También era entonces cuando informaban del día anterior y detallaban los progresos realizados. A partir de ahí, trabajaban en sus aposentos y estudiaban las ceremonias religiosas hasta la tercera campanada, cuando se trasladaban al orfanato para estudiar asuntos nobles como las lecciones escritas y el harspiel bajo la tutela de Wilma y Rosina.

La cuarta campanada era el almuerzo, y los niños podían pasar la tarde como quisieran. Podían entrenarse; ir al taller para ayudar o hablar con los comerciantes; transcribir libros; estudiar para ser caballero, erudito o lo que quisieran ser cuando fueran mayores; estudiar las industrias de impresión y fabricación de papel; etcétera. Incluso podían ir al castillo, siempre que antes obtuvieran permiso.

“La sexta campana marca la hora de la cena”, dije. “Probablemente sea antes de lo que están acostumbrados, pero los del orfanato tendrían que esperar aún más si comiéramos más tarde. En cuanto a la hora de acostarse, depende de ustedes. ¿Alguna pregunta?”

Un niño levanta la mano. “¿Los niños del orfanato siguen el mismo horario?”

“No exactamente. Deben limpiar el templo, recolectar en el bosque, trabajar en el orfanato y realizar otras tareas similares. Dicho esto, podrán pasar tiempo con ellos durante las tardes, cuando hayan terminado su trabajo, y en los días de lluvia”.

La llegada de la primavera significaba que los huérfanos saldrían más, lo que también significaba que no tendrían tanto tiempo para estudiar. Pretendía que algunos días terminaran pronto su trabajo para que al menos tuvieran algunas tardes para estudiar, pero todos en el orfanato debían ser tratados por igual — de ahí que los de túnica azul también recibieran tiempo libre. No importaba si eran nobles, plebeyos o hijos de criminales, cada uno recibiría tanto trabajo — y tanta comida — como los demás.

“¿Podemos ir al bosque también?”, preguntó Nikolaus, con un brillo esperanzador en los ojos.

Negué con la cabeza y respondí sin rodeos: “Me temo que los de túnica azul no pueden ir al bosque”. Si dejábamos ir a los hijos de los nobles y les ocurría algo, la culpa recaería rápidamente sobre los plebeyos — específicamente Gil, Lutz, el mayor de los residentes del orfanato, y los guardias que les habían permitido el paso. No iba a correr ningún riesgo.

“Ahora, diríjense a sus habitaciones con sus respectivos asistentes y cámbiense”, les dije. “Los niños del orfanato les están esperando, así que aprovechen para pasar tiempo con ellos”.

Para ayudar a los uniformados a adaptarse a su nueva vida en el templo, hoy no se les había asignado ningún trabajo. Bueno, tendrían que recorrer las instalaciones del templo después de comer, pero eso era todo. También había querido pasar un rato presentando los libros del Taller de Rozemyne, que estaban almacenados en la sala de libros del templo, así como en el orfanato, pero todos los demás habían rechazado esa idea.

Dijeron que mis apasionadas recomendaciones harían que los niños tuvieran menos ganas de leer los libros. ¿No es eso cruel?

“Rozemyne, ¿tú también irás al orfanato?” Preguntó Melchior, con la túnica azul en la mano.

Asentí con la cabeza; quería escuchar las opiniones de los niños sobre la vida primaveral, ya que significaba salir del orfanato más a menudo.

“¿Vamos juntos, entonces? Hay algo de lo que yo también quiero informar”.

Melchior fue a cambiarse. Mientras tanto, le pregunté a Hartmut cómo iban los trabajos en el templo. Frietack había hecho todo lo posible durante la Oración de Primavera, pero aún no estábamos al día.

“Perder a esos sacerdotes azules ha tenido un impacto mucho mayor de lo que esperaba”, le dije.

“Pero ahora tenemos nuevos aprendices de sacerdotes azules y podemos dar trabajo a sus asistentes”, respondió Hartmut con una sonrisa radiante. “Fue perder a lord Ferdinand lo que más nos hirió. ¿Ya se han decidido los detalles de la Ceremonia de Unión de las Estrellas de la Conferencia de Archiduques?”

“Parece que el templo de la Soberanía preparará los instrumentos divinos, las ofrendas y demás. Yo simplemente sostendré nuestra biblia y vestiré mis ropas ceremoniales”.

Cada biblia debía estar registrada con el maná de su propietario, por lo que no se podía tomar prestada una de otra persona. Aunque el Sumo Obispo de la Soberanía me hubiera dado permiso para usar la suya, no habría servido de mucho; gran parte del texto era invisible, no serviría de nada.

“No olvides a tu asistente más importante, Lady Rozemyne. Asistiré como Sumo Sacerdote para apoyarte”.

“No te olvidé, Hartmut; simplemente sabía que vendrías sin importar lo que yo o cualquier otro dijera”. Después de verle entrar a la fuerza en las ceremonias de la Academia Real, no podía imaginarme una realidad en la que se quedara en Ehrenfest y esperara pacientemente mi regreso.

A continuación, me dirigí a mis caballeros. “Hablando de la ceremonia — la familia real me ha permitido llevar algunos guardias, pero *deben* ir vestidos como sacerdotes azules o doncellas de santuario. Me gustaría que mis caballeros adultos me acompañaran, pero ¿están todos dispuestos?”

“Absolutamente”, respondió Angélica sin perder un segundo. “Después de todo, soy su caballero guardián”.

Cornelius y Damuel asintieron también; ya se habían puesto túnicas para el Ritual de Dedicación. Leonore también asintió.

“Además”, continué, “por instrucción de la familia real, pasaré el resto de la Conferencia de Archiduques oculta en el archivo subterráneo de la biblioteca. Allí también necesitaré guardias y asistentes, pero solo podrán entrar los archinobles. Cornelius, Leonore, tengo la intención de pedirles a ambos que me protejan, pero Otilie es mi única opción para los asistentes. ¿Sería prudente de mi parte darle este deber? Estoy particularmente preocupado por Clarissa”.

Clarissa debía asistir a la Conferencia de Archiduques, donde desempeñaría un papel clave en nuestras negociaciones con Dunkelfelger. Naturalmente, queríamos que Otilie la vigilara, pero eso no sería posible si me acompañaba al archivo subterráneo. Era una situación potencialmente peligrosa.

Mi madre es tu asistente”, dijo Hartmut. “Es natural que se una a ustedes. Mi padre también va a estar allí, y Clarissa nunca haría nada que te molestara. Bueno, probablemente no”.

Me atrapaste en la primera parte... ¡¿pero qué era eso último, Hartmut?!

Mientras la inquietud se apoderaba de mí, Leonore sonrió y dijo: “No tema, lady Rozemyne. Puede que Lieseleta no pueda entrar en el archivo, pero puede ocuparse de todo lo demás, desde preparar el té hasta gestionar sus aposentos. En mi opinión, lo mejor sería que Otilie los acompañara”.

En momentos como este, cuando necesitaba salir del templo y comportarme como un noble como es debido, la ausencia de Rihyarda se hacía aún más dolorosa. Dicho esto, la pareja del archiduque lo tenía mucho peor; no podrían esconderse en un archivo subterráneo.

Suspiré. “Si Damuel pudiera leer los documentos antiguos conmigo...”

Desde el fondo de mi corazón, me *alegro* de no poder entrar en el archivo para miembros de la realeza y candidatos a archiduque”, intervino Damuel, tembloroso. “Me moriría de estrés”.

Si entrar en el archivo era demasiado para él, ¿le parecía bien asistir a la unión de las estrellas de los dos miembros de la realeza? Tendría que ponerse la túnica azul y estar en lo alto del santuario delante de todas las parejas de archiduques de Yurgenschmidt. Probablemente la respuesta era no, pero decidí no decir nada. Darle una salida me dejaría con un guardia menos ese día.

Bueno, estoy seguro de que sobreviviré. Buena suerte, Damuel.

Como soy menor de edad, no pude ayudar con la Oración de Primavera”, murmuró Philine, embargada por la decepción. “No podré asistir a la Conferencia de Archiduques por la misma razón. Haga lo que haga, no podré serle útil...”

Eso no es cierto”, dijo Damuel, tratando de animarla. “Necesitamos gente que cuide del templo mientras Hartmut y Lady Rozemyne están fuera. Eres de gran ayuda para todos nosotros”.

Me alegra oírte decir eso”, respondió Philine, con las mejillas sonrojadas mientras le sonreía. ¿Estaba... radiante? Parecía radiante.

E-Espera, ¿qué? Prácticamente tiene corazones en los ojos. ¿No le gusta Roderick? ¡Estoy bastante segura de que Damuel dijo que le gusta Roderick!

Mientras los miraba confundida, Melchior volvió a entrar en la habitación, después de haber terminado de cambiarse. Me habría gustado dejar a Hartmut aquí, en sus aposentos, para que continuara con su trabajo, pero insistió en venir con nosotros al orfanato; después de verme romper y reformar mi piedra fey para los niños, estaba convencido de que podría volver a hacer algo extraordinario de la nada. Intenté explicarle que no iba a pasar nada, pero se negó a creerme. No entendía por qué.

Me puse en marcha hacia el orfanato con Melchior, caminando a su paso lento. Me contó que sus informes sobre la Oración de Primavera habían sorprendido a Sylvester y que le habían elogiado por transmitir los mensajes de los soldados.

Ahora mismo, estoy memorizando las oraciones que me enseñaste para poder unirme a la Fiesta de la Cosecha”.

Todos en el castillo estaban hasta arriba de trabajo, pero Melchior no podía hacer nada para ayudar. Esto le había hecho sentirse inútil y aislado, lo que le había dado ganas de venir al templo cuanto antes.

Por cierto, ¿tú también recibiste un informe?”, preguntó.

Sobre qué?”

Del paño de plata que encontraron en la finca del antiguo Giebe Gerlach”.

Laurenz y Matthias habían colaborado en aquella investigación, pero aún no me habían comunicado sus hallazgos. Mañana estaban de guardia, y mi intención era que discutiéramos el asunto entonces.

Lord Bonifatius dijo que era extraño”, continuó Melchior, “así que los eruditos lo examinaron. Resulta que tenía razón. Aunque no entendía muy bien por qué. Pensé que tú podrías explicarlo mejor”.

Sí... Lo más que sé es que era raro. No hay mucho más que pueda decir.

Prometí darle una mejor explicación una vez que yo misma estuviera al tanto de la situación, y fue entonces cuando llegamos al orfanato. Dentro, pudimos ver a niños con túnicas azules jugando con los huérfanos.

Melchior”, le dije, “por favor, vete a jugar con los demás. Necesito hablar con Wilma”.

De acuerdo”.

Observé cómo Melchior se mezclaba con los otros niños y luego le pregunté a Wilma por el estado reciente del orfanato. Lanzó una mirada preocupada hacia las escaleras antes de responder.

Algunos de los niños han perdido la motivación desde que se fueron los demás”.

Los niños que crecían sin herramientas mágicas propias tenían que gastar su maná utilizando las herramientas de las fincas de sus familias. La mayoría había asumido que solo el heredero de cada casa recibiría una herramienta y sería tratado como un noble, pero como todos estaban reunidos en el orfanato, pronto se habían dado cuenta de la verdad: algunas casas daban herramientas mágicas también a los hermanos menores.

Se habían mantenido fuertes, diciéndose a sí mismos que sus familias aún los necesitaban”, continuó, “pero cuando nadie llegó, perdieron las ganas de trabajar duro”.

Los niños descorazonados presumían de tener más maná y estatus que los niños laynobles que habían sido llevados de vuelta, pero no tenían herramientas mágicas. Además, sus padres ya no los necesitaban; aunque volvieran a casa, simplemente los convertirían en sirvientes y pasarían el tiempo alimentando las herramientas mágicas de sus casas. Trabajar duro en el orfanato no los convertiría mágicamente en nobles, así que ahora desperdiciaban cada día con la cabeza en las nubes.

Hartmut”, dije, “aunque a los niños les dieran ahora sus herramientas mágicas, seguiría siendo demasiado tarde para ellos, ¿verdad?” Konrad había tenido que renunciar a convertirse en noble tras perder la suya.

No necesariamente. Dependería de sus cantidades de maná y del número de pociones de rejuvenecimiento a las que tuvieran acceso. Dicho esto, rejuvenecer el maná a la fuerza y tratar de introducirlo todo en una herramienta mágica supondrá una carga tremenda para el cuerpo, y el coste combinado de la herramienta mágica y las pociones de rejuvenecimiento no será barato. Fue por este medio que los aprendices de sacerdotes azules fueron devueltos a la sociedad noble después de la guerra civil”.

Por supuesto, aquellos aprendices de sacerdotes azules habían necesitado cierta ayuda económica de su familia para poder costearse el método. Había estado a punto de rendirme, pero al menos quería probar la sugerencia de Hartmut.

Sin embargo”, continuó mirándome, “no puedo permitir que cargues con el peso de preparar herramientas mágicas y pociones de rejuvenecimiento para todos los niños del orfanato. Solo serás Sumo Obispo durante tres años más; no podemos seguir manteniendo a los niños abandonados de esa manera una vez que te hayas ido, y violaría el código de igualdad del orfanato. Por no hablar de lo que te llevaría a llegar tan lejos por el bien de los niños de la antigua facción Verónica. Si te juegas el cuello por ellos, te encontrarás con familias que creen que sus hijos también merecen herramientas mágicas. Bajo ninguna circunstancia puedes poner a los huérfanos como tu máxima prioridad”.

Di una palmada en señal de comprensión. “Bueno, considéralo desde otro punto de vista: Me estoy desviviendo por salvar no solo a los de la antigua facción verónica, sino a todos los niños bajo mi jurisdicción en el orfanato. No importa de qué facción sean, ni si son nobles o plebeyos con los Devoradores — los asistiré a todos, preservando el código de igualdad del orfanato”.

Lady Rozemyne...” Dijo Hartmut, con los ojos muy abiertos. Luego se encogió de hombros. “No podemos tomar una decisión nosotros mismos; el aub debe elegir si ejecuta tu idea. Quizá podrías invitarle a recuperar sus protecciones divinas”.

02 - Protecciones Divinas Por Todas Partes: Parte 1.

“Sylvester. Abuelo. Me alegro de verlos”.

Le había dicho a Sylvester que quería discutir algo cuando viniera para el ritual, y había llegado con Bonifatius auestas. La aversión de este último por el templo debía de haber disminuido desde su anterior visita.

Melchior y yo guiamos a nuestros dos visitantes y a sus asistentes hasta los aposentos de la Sumo Obispa, y luego les dimos té y dulces mientras les preguntábamos por el castillo. Philine y Clarissa ya habían pasado por mi biblioteca para darme un informe, y mis otros asistentes también me habían dado información, pero era importante escuchar las cosas desde distintos puntos de vista.

Todos en la esfera de Sylvester estaban plenamente dedicados a preparar la Conferencia de Archiduques. Mencionó que debía elogiar a Clarissa en particular, ya que estaba trabajando especialmente duro para que Ehrenfest estuviera lista para sus negociaciones con Dunkelfelger.

Naturalmente, no podemos darle pleno acceso a todo cuando acaba de cumplir la mayoría de edad y ni siquiera se ha casado aún con Ehrenfest”, dijo Sylvester. “Leberecht está limitando la información que se le da, y sólo asistirá a nuestra discusión con Dunkelfelger. Aun así, su pasión y atención al detalle están inspirando a todos los que la rodean”.

Clarissa abordaba su trabajo con un fervor casi obsesivo. Quería creer que intentaba compensar los problemas que nos había causado a todos, pero Hartmut me había revelado que en realidad estaba desesperada por mantener su puesto en el grupo de la Conferencia de Archiduques, ya que era la única forma de poder verme realizar la Ceremonia de Unión de las Estrellas.

Bueno, mejor que no estar motivada para trabajar, supongo?

Junto con algunos de los eruditos, la Orden de Caballeros ha estado investigando el paño de plata encontrado en la finca del antiguo Giebe Gerlach”, dijo Bonifatius. “Laurenz y Matthias te han dado una visión general, supongo”.

Asentí con la cabeza. Se refería a la misma tela de plata que había mencionado Melchior. Laurenz y Matthias habían dicho que la tela rechazaba cualquier tipo de maná cuando venían a servir en el templo, pero poco más me habían dicho; al parecer, Bonifatius los había coaccionado para que guardaran silencio y así poder informarme él mismo. En palabras de mis dos aprendices de caballero, había querido que lo invitara aquí para preguntarle por la tela. Su predisposición contra el templo era menos extrema que antes, pero seguía sin estar dispuesto a venir sin una buena razón o una invitación.

Melchior me lo dijo primero”, respondí, “luego recibí un informe de Laurenz y Matthias al día siguiente. Sin embargo, sigo sin entender muy bien de qué va el asunto. Estaba deseando que me lo explicara usted, abuelo”.

Bonifatius sonrió. “Ayer mismo aprendimos algo nuevo. Ya se lo han dicho a Sylvester, así que podemos hablar de ello mientras realiza su ritual”. Se volvió hacia Sylvester y empezó a espantarlo. “Anda, pues. Sabiendo cómo es tu memoria, no tardarás en volver a olvidar los nombres de los dioses”.

A su favor, Sylvester no se enfadó en absoluto. “Desesperado por pasar un rato a solas con tu nieta, ¿eh?”, preguntó a Bonifatius, devolviéndole una sonrisa mientras se levantaba. “Ferdinand dijo una vez que una discusión con Rozemyne puede aturdir la mente, así que sí, haré mi ritual primero. Guíame”.

Permítame, Padre”, declaró Melchior, poniéndose de pie con su túnica azul. “Aprendí deliberadamente el camino a la capilla y preparé las ofrendas para poder asistirle”. Luego, rebotante de motivación, marchó hacia la puerta con sus criados.

Sylvester le siguió y dijo: “Háblame de los otros chicos. No podemos hablar de ellos en el castillo, ¿verdad?”

Me volví hacia Bonifatius, tan ansioso por recibir su informe que me incliné hacia delante a pesar de mí misma. “Ahora bien, háblame de esa tela de plata. Laurenz y Matthias solo me dijeron que no contenía maná en absoluto; me dijeron que te pidiera más detalles a ti”.

Bueno, *este* es el paño en cuestión”, dijo Bonifatius, y lo sacó para que yo lo viera. Le pedí permiso para cogerlo y lo examiné de cerca.

El paño plateado era del tamaño de la palma de mi mano. Un lado era liso, mientras que el otro estaba deshilachado y desigual, lo que indicaba que estaba rasgado. Por lo demás, parecía un trozo de tela normal. No entendía qué tenía de extraño.

No hay nada raro en que no contenga maná, ¿verdad?” Pregunté. “La mayoría de las ropas que llevan los plebeyos están hechas con este tipo de tela. Incluso la teñida con maná que usamos los nobles pierde lentamente su maná con el tiempo”.

La tela que sostienes no ha sido simplemente drenada de maná, ni su capacidad de maná es demasiado baja para que la percibamos. En tales circunstancias, habría sido posible canalizar más maná en ella o mejorar su capacidad. Más bien, esa tela no contiene absolutamente nada de maná, y no se puede verter nada en ella”.

Según los eruditos, la tela se había fabricado exclusivamente con materiales sin maná, mediante un proceso que tampoco requería maná alguno.

Materiales que no contienen maná...?” Pregunté. “Es la primera vez que oigo hablar de algo así”.

Yurgenschmidt se enriqueció primero con el maná de los Zent y luego con el de los aubs y giebes de sus numerosos territorios. En otras palabras, todo contenía al menos algo de maná. Se podía hacer cuero que no lo condujera, utilizando materiales de bestias o plantas feys que fueran resistentes al maná o lo reflejaran, pero eso era todo; los propios materiales seguían conteniendo maná.

La tela de plata encontrada en la finca de verano de Gerlach fue rasgada deliberadamente”, dijo Bonifatius. “Qué extraño que se esforzara tanto cuando intentaba escapar y ya andaba escaso de tiempo”.

Quizá tenía prisa”, aventuré. Había supuesto que se había quedado atrapado en una puerta durante su prisa por abandonar la finca, pero las miradas de mis caballeros daban a entender que ninguno de ellos estaba de acuerdo conmigo.

En una situación en la que la capa se atasca en una puerta o algo parecido, tendría mucho más sentido cortarla con messer”, explicó Cornelius. “A los caballeros se les enseña a transformar sus schtappes lo más rápido posible, y un erudito débil seguramente elegiría un hechizo antes que la fuerza bruta”.

Rasgar la tela a mano no habría sido un comportamiento apropiado para un noble como Dios manda, y habría hecho perder demasiado tiempo durante una huida de última hora. Por eso había llamado la atención de Bonifatius.

En una situación así, mis instintos plebeyos habrían actuado con seguridad. Usar mi schtappe ni siquiera se me habría ocurrido.

En ese caso, ¿por qué estaba rota la tela?”, pregunté.

Recuerdas que dije que no interactuaba con el maná?” Respondió Bonifatius. “No se puede cortar con un arma formada por schtappe”. Luego hizo una señal a su asistente y le dijo: “Prepara el soporte”.

De inmediato, el asistente colocó el paño de plata sobre unas tablas apiladas en la mesa. Bonifatius utilizó el messer para transformar su schtappe en un cuchillo, que hizo caer sobre la tela con una fuerza imparable. Se oyó un estruendo cuando las tablas se hicieron añicos... pero la tela que las cubría ni siquiera había sido perforada. No había amortiguado el impacto, pero el maná no podía atravesarla.

Ahora puedes ver por qué la rompió”, concluyó Bonifatius. “A partir de ahí, lo más preocupante de la tela era su capacidad para atravesar la barrera fronteriza”.

Perdón?”

El aub no puede detectar el paso de pequeñas cantidades de maná, como el de los plebeyos. Supongo que lo recordarás. Se deduce, entonces, que una tela a través de la cual el maná no puede pasar en absoluto tampoco sería detectada”.

Curioso, Bonifatius había decidido experimentar. Le había pedido a Silvester que formara una pequeña y sencilla barrera, a través de la cual había introducido un dedo envuelto en la tela plateada. Silvester no había sido capaz de detectarlo en absoluto.

Entonces... ¿El antiguo Giebe Gerlach podría haber escapado fácilmente del ducado?” Pregunté.

Exactamente. Creemos que utilizó esta tela para atravesar la barrera. Sin embargo, quedan preguntas. ¿Cómo llegó del Barrio de los Nobles a Gerlach, y de dónde sacó la tela en primer lugar?”

Hice una pausa, devanándome los sesos en busca de respuestas. “Suponiendo que estuviera completamente envuelto en la tela, ¿podría haber utilizado un círculo de teletransporte de objetos?”

No. La tela no contiene maná en absoluto, así que el círculo de teletransporte ni lo detectaría ni se activaría. Lo intentamos nosotros mismos, pero nada de lo que envolvimos en la tela se teletransportaba, por pequeño que fuera”.

Al parecer, los eruditos se habían hecho la misma pregunta y, usando la tela, habían intentado que los seres vivos se teletransportaran como objetos. No habían tenido éxito.

Sin embargo”, continuó Bonifatius, “en la habitación oculta donde encontramos la tela, también encontramos rastros de haber quemado algo. Matthias nos contó que su padre siempre quemaba los círculos de teletransporte que utilizaba para cometer fechorías, por lo que parece muy probable que utilizara uno para algo”.

Padre empleaba herramientas mágicas para quemar los círculos de teletransporte que ya no le servían”, añadió Matthias. “Supongo que también intentó quemar la tela de plata, pero su inmunidad al maná hizo que no se viera afectada”.

Bonifatius se cruzó de brazos y asintió. “En cualquier otra circunstancia, sospecho que habría sido mucho más meticuloso a la hora de eliminar las pruebas, pero estaba en una habitación en la que solo podían entrar sus parientes consanguíneos. Probablemente nunca pensó que Matthias se salvaría, y mucho menos que nos ayudaría en nuestra investigación”.

Pero no se suele traer a los parientes para que ayuden en estas investigaciones?”, pregunté. Matthias había estado a salvo en la Academia Real, así que parecía obvio que habría ayudado.

Bonifatius sacudió la cabeza con el ceño fruncido. “Abrir una habitación oculta requiere el maná de alguien registrado en ella, así que podría parecer una buena idea, pero esas personas ya estarían esposadas con maná sellador. Quitarles las esposas tampoco sería una opción: de ninguna manera podríamos permitir que el pariente de un criminal entrara en una habitación oculta potencialmente llena de herramientas mágicas peligrosas”.

Los caballeros investigadores no sabrían qué herramientas mágicas se guardaban en la habitación oculta ni dónde se guardaban. Llevar a un familiar allí sin las restricciones de maná apropiadas introduciría todo tipo de riesgos. Tal vez intentarían un contraataque suicida con lo que tuvieran a mano.

Lo mejor que podíamos hacer por nuestra cuenta era buscar pruebas, y buscar en los recuerdos con el permiso del aub”, explicó. “Por supuesto, el trug había limitado mucho los recuerdos a los que podíamos acceder, e intentar verlos por la fuerza corría el riesgo de causar graves daños a la persona buscada — sobre todo cuando su maná estaba mal

combinado y se resistía todo el tiempo. Supongo que Giebe Gerlach creía haber eliminado todo lo que pudiera remontarse a sus actos, incluido el propio Matthias. Puedo afirmar con toda certeza que no esperaba que su hijo o Laurenz le traicionaran para proteger a los hijos de la antigua facción verónica, ni se le ocurrió que el aub pudiera ofrecerse a perdonarles la vida. Solo pudimos incluirlos en nuestra investigación porque habían dado sus nombres a miembros de la familia archiducal que les habían ordenado que no se resistieran. Fueron extremadamente serviciales, y su ayuda nos permitió encontrar pruebas y objetos valiosos. No hay duda de ello”.

Bonifatius se deshacía en elogios hacia Laurenz y Matthias, pero yo notaba instintivamente que el ambiente se estaba enrareciendo. Me senté erguida, de repente más ansiosa que antes.

El continuo, “Estabas tan decidida a salvar la vida de esos niños que decidiste emplear todos los medios necesarios. Eso te llevó a proponer que los hijos de los criminales tuvieran la oportunidad de dar sus nombres. El aub aceptó tu sugerencia, y los que aceptaron se salvaron”.

Lord Bonifatius, creo que se equivoca”, intervino Hartmut. “Para empezar, fue el aub quien—”

Bonifatius levantó una mano y acalló la protesta con una sola mirada. “Rozemyne hizo primero la sugerencia para el vizconde Dahldolf, ¿no es así? Actuó por compasión y se sintió aliviada cuando tantos se salvaron. Puede que incluso lo considerara algo bueno”. Inspiró lentamente y me miró con severidad. “Sin embargo, quiero que sepas que, como consecuencia, algunos creen que has pisoteado el orgullo y la dignidad de otros — que les amenazaste de muerte para conseguir su servidumbre. Se supone que dar el nombre es un acto sagrado. Incluso ahora, no apoyo que se utilice para permitir que las familias de los criminales escapen al castigo”.

Reconocí aquellos ojos; Roderick me había dirigido la misma mirada mientras decía exactamente lo mismo. Se me encogió el corazón. No me arrepentía de haber salvado a Matthias y a los demás — ni lo más mínimo. Me alegraba de haber encontrado una forma de salvar a aquellos que no habían cometido ningún crimen. Pero, al mismo tiempo, nunca me había parado a pensar en cómo se sentían. Nunca había considerado el hecho de que estaba pisoteando su orgullo.

Ahora que has sentado este precedente”, continuó, “vendrán otros que también querrán dar sus nombres para evitar el castigo. Incluso podría extenderse a otros ducados; en ningún lugar hay tal abundancia de nobles que la ejecución sea una tarea sencilla. Si jurar el propio nombre por este motivo se convierte en algo común, entonces aquellos que lo hubieran hecho por auténtica lealtad empezarán a pensárselo mejor, no sea que se les considere a ellos mismos como criminales. Habrás cambiado radicalmente el significado de dar el nombre”.

Sentí como si me hubiera echado un cubo de agua fría por encima. Esa realidad ni siquiera se me había pasado por la cabeza, y ahora no podía evitar que me temblaran los puños. Nunca

había esperado que esto se convirtiera en un problema tan grave. Mi única intención había sido salvar vidas — pero, al mismo tiempo, supuse que la culpa era de mi propia ingenuidad.

Sylvester siempre permite tus ideas únicas”, dijo Bonifatius. “Incluso dijo que asumiría la culpa de cualquier consecuencia negativa que pudieran tener. Según sus palabras, su reputación ya es tan mala que unas nuevas polémicas no cambiarían nada. ¿Lo sabías?”

Negué con la cabeza; Sylvester nunca me había dicho nada parecido. “Lo siento mucho... No me paré a pensar en las consecuencias...”

Rozemyne, veo tu deseo de salvar vidas nada menos que como una virtud, pero debes considerar tanto la influencia que tu autoridad tiene en la sociedad como el daño que puede suponer modificar las tradiciones. Según tengo entendido, la implementación de tantos cambios aparentemente menores a lo largo de los años es la razón por la que las ceremonias religiosas y el templo en general están ahora tan mal vistos. Has visto con tus propios ojos hasta qué punto algo tan simple como un nuevo Sumo Obispo puede cambiar el ambiente del templo”.

De repente, Bonifatius pareció relajarse. “Pero, eh... es suficiente sermón de mi parte, creo. No hay necesidad de derramar lágrimas. En un mundo ideal, no me habría tocado a mí decirte todo esto. Esas reprimendas deberían venir de tus padres — de los que tienes muchos — y tus asistentes comparten la culpa por no atreverse a amonestarte cuando realmente lo necesitas. Estoy harto de hacer el trabajo sucio y recibir tanta ira por ello”. Luego se dirigió a mis asistentes y les dijo: “Contrólense. Presten más atención a las acciones de su lady para que no se gane más enemigos y ponga al pueblo en su contra”.

Nuestras más sinceras disculpas!”

Apenas gritaron mis asistentes, sonó una campana al otro lado de la puerta. El ritual de Sylvester había terminado.

Ajá!” se rio, irrumpiendo por la puerta con una sonrisa victoriosa. “¡He conseguido veintiuna protecciones divinas! ¡Sumadas a las de antes, puede que te gane, Rozemyne!”

La tensión que pesaba sobre todos nosotros se desvaneció, aunque nos costó igualar de inmediato el entusiasmo de Sylvester. “Ya... Ya veo”, dije. “Supongo que todos esos años de oración realmente valieron la pena”.

Por no mencionar que conseguí el elemento Vida, así que ahora soy omni-elemental. No sé cuánta oración se necesita para conseguir nuevos elementos, pero esto parece bastante importante, ¿eh?”

Si rezar mientras se suministra la propia fundación se convirtiera en costumbre para las familias archiducuales, solo podía suponer que *todos* acabaríamos convirtiéndonos en omni-elementales.

Espera, ¡¿omni-elemental?!”, exclamé. “¡¿Eso significa que tienes la protección divina de Ewigeliebe?!”

No, no la obtuve de él, sino de los subordinados Dauerleben y Schlaftraum. También hubo... En realidad... Olvídalo. No es algo para decir en compañía educada”.

Esperaaaaa. Déjame adivinar... ¿Beischmachart?

En términos socialmente aceptables, Beischmachart se asociaba sobre todo con vigorosos esfuerzos nocturnos. No estaba segura de si mi suposición era correcta, pero no iba a preguntar con Melchior en la habitación. En lugar de eso, esboqué una vaga sonrisa y fingí que lo sabía.

De todos modos — podrían haber sido subordinados, pero recibí muchas protecciones vitales de ellos. Por cierto, ¿ha pasado algo? He oído a tus asistentes disculparse desde fuera. ¿Qué les dijo Bonifatius?” Recorrió cuidadosamente la habitación, claramente más interesado en cambiar de tema que en otra cosa.

Simplemente les regañé por no estar al tanto de todo”, respondió Bonifatius, sin entrar en detalles. “No quiero que piensen que pueden proteger Rozemyne como van”.

Decidí no revelar demasiado tampoco. Así que, en lugar de decirle a Sylvester que ahora sabía hasta dónde estaba llegando por mi bien, me limité a ofrecerle asiento y sonreí mientras Fran servía un poco de té.

Antes de mi conferencia, estábamos intentando averiguar de dónde podría haber sacado Giebe Gerlach esa tela”, explicó Bonifatius.

Entiendo”, murmuró Sylvester. “Sí, eso es importante. Podría ser una nueva herramienta mágica que no se ha anunciado en ningún sitio”.

Umm... No estoy segura de que podamos llamarla herramienta mágica. No contiene maná en absoluto.

Dejando a un lado mi inutilidad, recordé lo que Giebe Kirnberger me había dicho sobre Bosgeiz. “En realidad... Me dijeron que las piedras feys rara vez se encuentran en otros países, así que tal vez este material que no contiene maná proceda de uno de ellos”. Los materiales sin maná no se podían encontrar en Yurgenschmidt, pero tal vez estaban disponibles en otros países.

No he escuchado nada sobre esto — ni siquiera durante nuestras Conferencias de Archidukes. Yurgenschmidt comerciaba con otros países hasta la guerra civil, pero no recuerdo que importáramos telas de ese tipo”.

Bonifatius asintió con la cabeza.

Bueno, las piedras feys eran una de las principales exportaciones de nuestro país antes de la guerra civil”, dije. “No me sorprendería que los países que las recibían también sufrieran muchos cambios después de que se cortara bruscamente su suministro”.

Incluso en la Tierra, cuando empezamos a quedarnos sin petróleo, empezamos a buscar desesperadamente fuentes de energía alternativas. Era obvio que había que preservar los

recursos existentes mientras se buscaba algo nuevo. Si la noticia del cierre de la puerta del Bosgeiz había llegado a otros países, era posible que hubieran empezado a prepararse por si sus propias puertas también se cerraban. Incluso podrían haber decidido mantener sus cartas en secreto en lugar de presentarlas durante la Conferencia de Archiduques.

Si el antiguo Giebe Gerlach está vivo, no me imagino que fuera a otro lugar que no fuera Ahrensbach”, reflexionó Bonifatius. “Además, Ahrensbach es el único ducado que aún tiene una puerta del país abierta. Puede que aún tenga conexión con otros países”. Hizo una pausa, claramente sumido en sus pensamientos, luego sacudió la cabeza y murmuró: “Este tipo de pensamiento era tarea de Ferdinand”.

Entonces preguntémosle a él”, dije. “Él puede investigar si Lanzenave tiene alguna tela similar. Pero, sobre todo, tenemos que informarle de los peligros que hay en Ahrensbach. Giebe Gerlach podría estar allí ahora, y esta tela inmune al maná parece una seria amenaza para nosotros, los nobles. Ni siquiera Ferdinand sería capaz de oponer resistencia si alguien usara la tela para bloquear cada uno de sus ataques. Ahora mismo corre más peligro que cualquiera de nosotros...”

Por no mencionar que, aunque solo habíamos encontrado un retazo de tela, parecía razonable suponer que el mismo material podría haberse utilizado también para fabricar armas y armaduras. Si Giebe Gerlach o Georgine tenían tal equipo, bueno... Uno necesitaría algunas contramedidas muy cuidadosamente pensadas para tener una oportunidad.

Estoy seguro de que Sylvester no se opondrá a que informemos a Ferdinand”, dijo Bonifatius. “Sin embargo, si los censores de Ahrensbach se enteran de nuestras advertencias, solo empeoraremos la situación. ¿Tienes algún medio de pasar sus controles?”

Solo pude parpadear en respuesta. Bonifatius me sonreía, pero sus ojos azules observaban atentamente todos mis movimientos. Sylvester hacía lo mismo. Era como si me estuvieran poniendo a prueba — y, ahora que lo pensaba, Ferdinand me había dicho que mantuviera nuestra tinta invisible en secreto.

Después de esbozar mi mejor sonrisa falsa, me puse una mano en la mejilla y ladeé la cabeza. “¿No es Sylvester quien lo hace? Lo dijo durante la cena. Lo mejor que podría hacer es pedirle a su discípulo, Raimund, que le entregue una carta o un mensaje de nuestra parte cuando regrese a la Academia Real. O tal vez podría intentar encontrar un momento para hablar con él en la Conferencia de Archiduques, durante la Ceremonia de la Unión de las Estrellas. ¿Tienes alguna idea mejor, abuelo?”

La expresión de Bonifatius se suavizó un poco, luego sacudió la cabeza y me dijo: “No”. Al ver cómo se desvanecía la nitidez de sus ojos, me entraron ganas de suspirar de alivio.

Sylvester me miró y se acarició la barbilla. “Siento decirte esto, Rozemyne, pero Ferdinand no asistirá a la Conferencia de Archiduques. Aub Ahrensbach falleció hace unos días, y ahora Lady Detlinde necesita teñir su fundación. Es mejor que su maná no cambie hasta que el proceso esté completo, así que su Ceremonia de Unión de las Estrellas se retrasa hasta el año que viene”.

Ferdinand había enviado a Sylvester una carta en ese sentido. En ella, también había mencionado que participaría en la Oración de Primavera de Ahrensbach, lo que significaba que tendríamos que ajustar un poco nuestra respuesta.

Se retrasa un año entero...?”, pregunté. “¿Entonces qué pasa con Ferdinand?”

Qué quieres decir?”

Su boda no puede celebrarse hasta que se haya teñido la fundación, así que ¿podrá volver a Ehrenfest? ¿O al menos le darán una habitación oculta?” Pregunté con ansiedad. Pasar una temporada entera sin un lugar donde descansar ya era malo, pero ¿todo un año?

Bonifatius me lanzó una mirada de ligera exasperación. “¿Por qué te pones así? No podrá volver a menos que se cancele su compromiso y, en cualquier caso, es normal que no te den una habitación oculta hasta que te cases. Otro año es bastante tiempo, pero no es algo por lo que debas preocuparte”.

Aunque... ¿No lo es?

Mis ojos revolotearon entre Sylvester y Bonifatius, lo que provocó un suspiro del primero. “Parece que no entiendes muy bien las bodas de los nobles”, dijo, y luego se volvió hacia Bonifatius. “Yo me encargo de esto, tío. ¿Por qué no vas a realizar tu ritual de protecciones divinas?”

Hm... Supongo que lo haré”, respondió Bonifatius. “Melchior, por favor”. Abandonó la habitación, aunque no dejó de mirarme mientras salía. Una vez que se hubo ido y la puerta volvió a cerrarse, Sylvester dejó escapar un pesado suspiro y me miró directamente a los ojos.

Rozemyne, ¿cuál es tu relación con Ferdinand?”

Umm...”

Ladeé la cabeza, no muy segura de dónde venía su pregunta. Parecía un poco tarde para preguntar algo así.

03 - Protecciones Divinas Por Todas Partes: Parte 2.

“¿No deberías saberlo ya?” pregunté. “Ferdinand es mi tutor. Es alguien que cuida de mí. ¿Qué más hay que decir?”

Karstedt, que estaba detrás de Sylvester como su guardia, sonrió aprobando mi respuesta. “Pensé que podría ser así. Ferdinand debe sentir lo mismo”.

“Exactamente. ¿No era evidente?”

“Hmm...” Sylvester hizo una pausa como si se armara de valor, luego miró a todos en la habitación, incluyendo a nuestros asistentes. “Para los estándares nobles, Rozemyne... tu relación con Ferdinand es inusualmente cercana”.

Asentí y respondí: “Um, cierto...”, pero no tenía ni idea de a qué se refería. Para empezar, ¿qué eran esas “estándares nobles” a las que se refería? Sylvester debió de darse cuenta de mi total falta de comprensión porque, tras intercambiar una mirada con Karstedt, intentó explicarse.

“Mira”, dijo, luchando claramente para que le salieran las palabras. “La verdad es que... corre el rumor de que estás enamorada de Ferdinand”.

“Esto es nuevo para mí. No tengo ni idea de la causa”.

Mi respuesta causó revuelo entre nuestros asistentes; algunos carraspearon con aparente incomodidad, mientras otros intercambiaban murmullos sorprendidos. Una vez más, estaba completamente perdida. Sí, era cierto que confiaba en Ferdinand más que en cualquier otro noble. Era como de mi familia, y le quería tanto como a Lutz o a Tuuli. Pero, ¿estaba enamorada de él? ¿De dónde había salido esa suposición?

“¿Hay alguna razón para esa mala interpretación?” pregunté.

Karstedt frunció el ceño con desgana. “Eh, bueno... No es demasiado extraño que un tutor ceda su hacienda a su pupilo, pero rara vez se mantiene el mismo personal y mobiliario. Ferdinand optó por dejar las habitaciones como estaban. También puso sus objetos de valor a tu cuidado y confía en que se los envíes cuando los necesite. Es... realmente demasiado”.

Al administrar la finca para Ferdinand y hacer lo que me pedía, aparentemente estaba haciendo los trabajos que la mayoría de la gente confiaría a las mujeres de su familia.

“¿Perdón...?” Dije. “Eckhart y Justus pueden confiar en Madre y Rihyarda para que les envíen sus pertenencias, pero Ferdinand no tiene una madre que haga eso por él, ¿verdad? Además, lo más que hago es decirle al encargado que se ha dejado lo que quiere. No veo el problema”.

No era como si yo cargara personalmente sus cosas por él. Como mucho, enviaría un ordonnanz a Lasfam, que se encargaría del resto. No entiendo cómo la gente puede ver eso como algo remotamente romántico. Además, Ferdinand ya ni siquiera vivía en Ehrenfest; se

había mudado a Ahrensbach hacía dos temporadas. ¿Por qué corrían esos rumores precisamente ahora?

“En circunstancias normales, quienes abandonan su hogar para casarse en otro ducado se llevan consigo todas sus pertenencias”, explicó Karstedt. “Pero Ferdinand no pudo hacerlo. Al ser llamado a Ahrensbach con tan poca antelación, tuvo que dejar sus cosas aquí durante otra temporada”.

Eso me recordó — Clarissa había ido a la puerta fronteriza de Frenbeltag a recoger sus pertenencias, y había anunciado al volver que ya tenía absolutamente todo lo que necesitaba. No era muy importante, pero tenía entendido que la gente que se mudaba a otro ducado no solía llevar demasiada ropa, sino que encargaba ropa nueva que se adaptara mejor a la moda de su nuevo hogar. Traían sobre todo ropa interior, que no se veía y, por tanto, no necesitaba ser elegante.

“Al dejar sus pertenencias en casa”, continuó Karstedt, “Ferdinand está haciendo ver que espera el divorcio”.

“Espera, ¿en serio?” pregunté. “¿Entonces su matrimonio va a ir bien? Le enviamos más equipaje en primavera, pero sólo lo que pidió. Sus habitaciones aún no están vacías ni nada”. Naturalmente, omití el hecho de que Lasfam también estaba esperando ansiosamente que lo llamaran, una vez que las cosas estuvieran listas.

Sylvester me miró fijamente, con los ojos muy abiertos, y dijo: “Creo que debería ocuparme de las pertenencias de Ferdinand a partir de ahora. No puedo seguir dejándotelas a ti”.

Karstedt parecía igualmente sorprendido.

“¿Por qué no?”, le pregunté.

“Sobre todo, porque Ferdinand dejó de ser tu tutor cuando se mudó a Ahrensbach. Ahora, varias temporadas después, todo el mundo ve su relación de otra manera. Deberías espabilar y hacer lo mismo. Ya no estás a su cargo. Él no es tu tutor”.

No había nada de malo en que yo recibiera su herencia; la cuestión era que nuestra relación no había cambiado después.

Karstedt se cruzó de brazos y volvió a fruncir el ceño. “Probablemente estés pensando que todo esto ha salido de la nada, pero lo cierto es que nuestra percepción era tan ingenua como la tuya. Solo cuando la gente empezó a advertirnos del problema nos dimos cuenta nosotros mismos. También has madurado mucho — es decir, físicamente. Has crecido y ahora pareces lo bastante mayor como para ir a la Academia Real. Nuestro conocimiento de tu situación nos hizo ser lentos, pero la gente ya no te ve como una simple niña admirando a su tutor”.

Me miré el cuerpo. El dobladillo de mis vestidos había necesitado ser alargado después de despertarme del jureve, y todo el mundo me había dicho que ahora me veía lo suficientemente mayor como para ser estudiante, pero nadie me había tratado de forma

diferente. Probablemente porque, en aquel momento, parecía que aún no me habían bautizado. Incluso parecía más joven que Wilfried y Charlotte, debido a nuestra estatura.

Ahora, sin embargo, la forma en que la gente me veía había empezado a cambiar. Había celebrado el hecho de que por fin estaba creciendo, pero tampoco me había dado cuenta del impacto que tendría en cómo me veían los demás y en las cosas que hacía.

“Además...” Sylvester continuó vacilante, “algunas personas han estado expresando su preocupación de que estás demasiado preocupada por Ferdinand ahora que vive en Ahrensbach. Creen que no estás ni la mitad de preocupada por tu prometido”.

“Y tienen razón”, dije. “Si alguien me preguntara si ahora mismo estoy más preocupada por Ferdinand o por Wilfried, mi respuesta sería absolutamente la primera”.

Karstedt hizo una mueca de dolor, mientras Sylvester se golpeaba la frente con una mano y gemía. ¿Había dicho algo malo? Los observé atentamente mientras seguían mostrando su exasperación. Karstedt no tardó en hacer muecas y Sylvester se cruzó de brazos mientras miraba al techo pensativo.

Al cabo de un momento, Sylvester volvió a centrar su atención en mí, evidentemente confundido. “Mira... ¿Podrías mostrar también *algo* de preocupación por tu prometido?”, preguntó. “Se enfrenta a Leisegang casi solo, ya sabes”.

“Él tiene *algo* de mi preocupación. Le aconsejé que dejara pasar algún tiempo antes de acercarse a los Leisegang, y he intentado activamente compartir mi inteligencia con él. Sin embargo, pase lo que pase, *siempre* daré prioridad a Ferdinand”.

“¿Por qué?”

Le miré a los ojos y le dije: “Puede que técnicamente Wilfried sea mi prometido, pero ten en cuenta todos los papeles que Ferdinand desempeñó por mi bien. Como mi tutor, hizo una verdadera montaña de trabajo en mi lugar. Como mi mentor, me concedió libros, conocimientos y la perspectiva necesaria para sobrevivir en la sociedad noble. Y, como mi médico, prestó más atención a mi salud que nadie. Él me ha concedido tanto, mientras que Wilfried no me concede casi nada. También hemos pasado mucho más tiempo juntos”.

Para ser franca, no tenía sentido comparar a los dos. En términos de mi aprecio, estaban en mundos completamente diferentes.

“Por no hablar”, continué “de que, aunque digas que Wilfried está librando esta batalla solo, tiene a dos padres considerados que le adoran, así como a Charlotte y Melchior para prestarle ayuda siempre que la necesita. Incluso yo puedo — y lo hago — ayudarle siempre que no interfiera con mi trabajo en el templo. ¿Cómo esperas que me preocupe por él tanto como por Ferdinand?”

Yo quería a Tuuli y a los demás, pero no me pasaba el día preocupándome por si tenían suficiente comida, si sus vidas corrían peligro ni nada por el estilo. Ferdinand, sin embargo, estaba varado en Ahrensbach sin taller ni habitación oculta. Siempre estaba hasta arriba de

trabajo y desconfiaba de todo el mundo menos de los dos asistentes de confianza que tenía a su lado. Aparte de ellos, no había nadie con quien pudiera hablar abiertamente. También tenía tendencia a saltarse las comidas y a no dormir cuando estaba ocupado. Incluso cuando comía, desconfiaba tanto del veneno que se negaba a tocar nada que no le fuera familiar.

Lo peor de todo es que Ferdinand estaba prometido a una chica *idéntica* a Verónica. Si hubiera llevado una vida fácil y despreocupada en Ahrensbach, no habría tenido que preocuparme tanto por él.

“Si llegara el día en que Wilfried empezara a dar prioridad al trabajo por encima de sus necesidades básicas, mientras se alimenta de pociones de rejuvenecimiento e ignora todas las llamadas al descanso de sus asistentes, *entonces* me preocuparía por él y por Ferdinand a partes iguales. Pero eso aún no ha sucedido, ¿verdad? De hecho, no creo que esté actuando fuera de lo normal”.

Sylvester y nuestros asistentes se quedaron sin habla, mientras Karstedt se frotaba la frente y murmuraba: “¿Así *es* como decides de quién preocuparte...?”

“¿Hay algo malo en ello, padre?”

“Bueno, ¿no suele la gente basar esas prioridades en la familiaridad o... cercanía? Estás en una edad en la que deberías llevarte mejor con tu prometido que con tu tutor”.

“¿Así que tenías mi edad cuando te acercaste a mamá?”

“Er, yo, ah... Olvida lo que he dicho”. Se aclaró la garganta y desvió la mirada, intentando evitar el tema, pero aquel gesto incómodo me dijo todo lo que necesitaba saber; *había* empezado a intimar con Elvira por aquel entonces.

Karstedt quería que tuviera más en cuenta mi edad, pero ese era todo el problema. Había pasado veintidós años en la Tierra antes de venir a este mundo, lo que significaba que ya era mayor de edad. Wilfried, en cambio, no era más que un niño. Me costaba verlo como alguien de mi edad, y aún más como mi futuro marido.

Como mínimo, tendría que ser tan mayor como yo cuando muriera.

“Aun así, ¿no estás preocupada por él?” Me preguntó Karstedt. “Eres consciente de los problemas con los Leisegang”.

“Como he dicho, siento *cierta* preocupación por él. Intenté compartir información con sus asistentes e incluso le hice un amuleto protector. Sin embargo, fue todo menos receptivo. Se negó a aceptar cualquier información de mí y ni siquiera me dio las gracias por el encanto que le di”.

Esperaba al menos un mensaje de agradecimiento a través de sus asistentes, pero no. Ni siquiera me había enviado un ordonnanz para confirmar que había recibido el amuleto. ¿Le había gustado? ¿Creía que me estaba pasando? No tenía ni idea y, desde luego, no estaba motivada para hacerle otro. Para ser sincera, estaba tan ocupada y le veía con tan poca frecuencia que a veces me olvidaba de que existía.

“No cabe duda de que se equivocó”, dice Sylvester. “No puedo excusarle por eso”.

“Ah, también — Iba a aconsejarle que no clamara por el apoyo de los Leisegang y que se tomara su tiempo, pero sus asistentes me lo impidieron. Dijeron que estaba demasiado herido por lo que había experimentado durante la Oración de Primavera y que solo arremetería contra mí en respuesta”.

Sylvester exhaló. “No hay sorpresas”.

“Lo más probable es que tampoco se equivocaran...” Añadió Karstedt, suspirando también.

Todos parecían convencidos de que lo mejor era mantener a Wilfried en la oscuridad. Se mostraba distante, desde luego, pero ¿era esa realmente la mejor respuesta? Le conté a Sylvester las vaguedades que me habían dicho Cornelius y los demás, y luego pasé a mis preguntas principales.

“Entonces, ¿en qué estado se encuentra Wilfried ahora mismo, exactamente? ¿Debo abstenerme de acercarme a él, como aconsejan mis asistentes?”

Sylvester se tomó un momento para considerar su respuesta, mientras sus asistentes y Karstedt lo observaban con el ceño fruncido.

“Por ahora... sí”, respondió Sylvester. “Creo que todos estamos de acuerdo en que Wilfried necesita aceptar algunas verdades, por desagradables que sean. Pero también podría decir lo mismo de ti, Rozemyne. Creo que los dos deberían permanecer separados hasta que ambos puedan aceptar las cosas como son”.

“No estoy segura de entenderlo”, dije, ladeando la cabeza hacia él. “¿Qué verdades me niego a aceptar?”

Los ojos verde oscuro de Sylvester se clavaron en los míos. “En primer lugar, Ferdinand ya no es tu tutor; pertenece a otro ducado. Segundo, ya no se espera que te ayude; ahora que Aub Ahrensbach se ha ido, necesita apoyar a Lady Detlinde mientras empieza a teñir su fundación. Y tercero, para colmo, estás comprometida con Wilfried. No diré que está mal que te preocupes por Ferdinand. Quiero decir, yo también estoy preocupada por él. Pero no puedes seguir usando eso como excusa para aferrarte a él. Por muy reconfortante que sea su presencia... tienes que dejarlo ir. Vas a pasar el resto de tu vida con Wilfried, y los dos necesitan empezar a aprender a apoyarse el uno al otro”.

De acuerdo... Me atrapaste.

Por mucho que no quisiera admitirlo, todas esas eran cosas que tendría que aceptar con el tiempo. Sin embargo, era difícil; no quería terminar mi relación con Ferdinand. Incluso ahora, al menos podía quejarme con él en mis cartas, pedirle que me enseñara cosas discretamente y, simplemente, consolarme hablando con él.

“Rozemyne... era agradable tener a Ferdinand cuidando de ti, ¿verdad? Siempre te allanaba el camino o al menos te ponía en el buen camino. Luego se fue, y de repente dejaste de

relacionarte con la gente de la misma manera. A pesar de tus mejores intentos por hacer las cosas como él te enseñó, nunca producen los mismos resultados. ¿Estoy en lo cierto?”

“Sí... Cada vez que me encuentro en una situación complicada, no puedo evitar pensar: ‘Ferdinand me habría parado antes de que las cosas fueran tan mal.’”

Su expresión se suavizó. “Lo mismo digo. Su marcha me hizo darme cuenta de lo poco que pensaba por mí mismo. Pero la triste verdad es que nunca volverá a Ehrenfest. Por mucho que duela, tenemos que aceptarlo”.

Clarissa me había dicho que Sylvester estaba en un estado desastroso en este momento. En sus palabras, él había subestimado las consecuencias de la purga y su torpe ejecución. Bueno, ella lo había expresado más educadamente que eso, pero aún así. Poco sabía ella, la verdadera razón del caos era que inicialmente habíamos tenido la intención de llevar a cabo la purga mientras Ferdinand estaba todavía en Ehrenfest. Había planeado contener a los Leisegang por nosotros, y habíamos supuesto que podría ayudarnos con la limpieza antes de trasladarse a Ahrensbach.

Por supuesto, Ferdinand había acabado marchándose mucho antes de lo previsto, dejándonos a nosotros la gestión de los detalles más sutiles y la corrección de cada pequeño percance o error de cálculo. Sylvester y yo siempre habíamos dependido mucho de él, así que hacerlo todo nosotros mismos había sido mucho más fácil de decir que de hacer.

“Rozemyne, Wilfried es uno de tus lazos más fuertes con Ehrenfest”, continuó Sylvester. “Tienes que hacer más para llevarse bien. Acercarte a él es una de las mejores maneras de evitar que otras partes intenten reclamarte para sí”.

Asentí lentamente. Por desagradable que fuera, era un problema que tendría que resolver yo misma. “Pero, ¿qué puedo hacer para acercarme a él?”

“Por ahora... finge. Puedes empezar actuando como si estuvieras más preocupada por él. Hay que acabar con esos rumores de que te preocupas más por Ferdinand que por tu prometido”.

Me estaba pidiendo lo imposible, pero respondí con un desapasionado “Está bien”. ¿Cómo iba a hacer creer a la gente que me preocupaba por Wilfried? Nada en su situación parecía justificar mi preocupación. No corría el riesgo de pasar hambre como los niños del orfanato, ni se había escapado de casa como Lutz aquella vez. Tal vez podría apoyarle como hacía con Tuuli cada vez que se sentía angustiada por su trabajo de costurera, pero él ya tenía eruditos adultos en los que confiar. De hecho, no creía que tuviera problemas con su carga de trabajo.

Sylvester quería que mostrara más preocupación por Wilfried que por Ferdinand, pero eso era mucho pedir. Para empezar, tendría que enviarle un ordonnanz todos los días a la hora de cenar, recordándole que comiera; pasarme por su habitación oculta de vez en cuando para sacarlo de nuevo al mundo exterior; y mantenerme en estrecho contacto con sus asistentes para asegurarme de que dormía lo suficiente.

Imagino que caeríamos en el primer obstáculo. Me pondría en contacto con él a la hora de cenar, me contestaría que obviamente no está trabajando hasta tan tarde, y entonces tendría que contener las ganas de decirle que entonces no está trabajando lo suficiente.



“Entonces, ¿qué era lo que querías discutir?”, preguntó Sylvester.

Le expliqué que algunos de los niños del orfanato se habían desanimado y le expuse mi intención de prepararles herramientas mágicas y pociones de rejuvenecimiento.

Sylvester hizo una mueca. “No necesitas hacer todo eso. La gente considera suficientemente extremo que les perdonaras la vida y les dieras un hogar en el orfanato. Si haces algo más, te pedirán que dediques esos recursos a los niños de su facción en su lugar”.

Había dicho exactamente lo mismo que Hartmut, así que le di exactamente la misma respuesta: “Solo deseo salvar a los niños del orfanato que debo supervisar. Si podemos mantener a los que no tienen herramientas mágicas, podremos evitar más muertes innecesarias. Si los abandonamos a su suerte, será como si nunca hubieran nacido”.

“Los niños no tendrán suficiente dinero para cubrir los gastos, y tú no podrás mantenerlos a todos. La última vez que hablamos de mantener a los niños del orfanato y la sala de juegos, sugeriste utilizar el dinero de sus padres. Estuve de acuerdo. Pero estos niños no tienen herramientas mágicas por una razón — porque sus padres no pueden pagarlas. ¿Cómo esperas financiar esta empresa?”

Tenía razón — solo habíamos podido mantener a los otros niños porque recibíamos dinero de sus padres. Además, era socialmente aceptable, ya que reforzaba la idea tradicional de que los padres eran responsables de sus hijos. Sin embargo, ese enfoque no nos serviría en este caso; si queríamos empezar a proporcionar herramientas mágicas, tendríamos que adaptarlo.

“Bueno, estaba pensando que podríamos *prestarles* las herramientas y luego pedirles que nos las devolvieran cuando fueran mayores y tuvieran trabajo”, dije. Ya habíamos sentado ese precedente al prestar a los hijos de la antigua facción verónica el dinero que necesitaban para ingresar en la Academia Real, con la condición de que pagaran sus deudas después de graduarse.

Sylvester me lanzó una mirada de exasperación. “Puedo aceptar que se preste el dinero de unos años a los aprendices que ya pueden trabajar para mantenerse, pero estás sugiriendo que carguemos a estos niños con una deuda inmensa antes incluso de que hayan sido bautizados. Debes recordar que vivir como noble ya es bastante caro, y la gente del templo ni siquiera tiene padres o parientes de los que depender. ¿Cómo puedes esperar que se las arreglen para pagar el préstamo además de todo lo demás?”

“Um... Bueno...”

“Me pareció bien salvar la vida de esos niños, pero me niego a cubrir sus gastos. Tienen maná, y si pueden arreglárselas con financiación suplementaria y sus propios ingresos,

entonces que se queden en el templo como sacerdotes azules me parece bien. No se me ocurre ni una sola razón para convertir en nobles a huérfanos sin herramientas mágicas”.

“Pero...”

“Rozemyne, las posesiones arrebatadas a la antigua facción verónica eran más para repartirlas entre mis aliados. Que les diera algo a los niños que salvaste fue bastante generoso, sobre todo cuando esas pertenencias podrían haber ido a parar a los nobles de nuestra facción. En lugar de pedir más, agradece que ya haya ido más allá por ellos. Como dijo Bonifatius, debes considerar las consecuencias más amplias de tus acciones”.

Incapaz de discutir, me limité a agachar la cabeza en respuesta. Ayudar a los niños no sería fácil. No sabía lo que mis acciones podrían inspirar ni hasta dónde llegarían las consecuencias.

Quiero salvarlos, pero no sé cuál es la solución correcta.

“Antes de que empieces a enredarte en cosas que no deberían preocuparte, piensa en las que sí. ¿Has terminado de prepararte para la Ceremonia de Unión de las Estrellas de la Conferencia de Archiduques?”

“Ya hemos decidido quién me custodiará y quién me acompañará a la biblioteca”.

“Bien. Vuelve al castillo. Ya sabes cuándo”.

Mientras seguíamos hablando de la Conferencia de Archiduques, Bonifatius regresó de su ritual. Estaba encorvando sus anchísimos hombros y en general parecía disgustado.

“¿Cómo fue tu ritual?” le pregunté.

Bonifatius lanzó una mirada resentida a Sylvester y luego murmuró: “Recibí... diecisiete”. Estaba frustrado por no haber conseguido tantas protecciones divinas como su sobrino.

“Tío, aunque los dos empezamos a rezar al mismo tiempo, yo pasé mucho más tiempo ofreciendo maná cuando necesité teñir los cimientos”, dijo Sylvester. “Probablemente eso lo explique. De todos modos, ¿qué dioses te dieron su protección?” Sonaba realmente ansioso, probablemente porque había acabado con algunas protecciones inusuales después de su propio ritual.

Bonifatius gruñó, apretando y soltando la mano. “Yo también me convertí en omni-elemental. Obtuve la mayoría de las protecciones de los dioses sobre la lucha. Tendré que ir a los campos de entrenamiento para comprobar cuánto más fuerte me he vuelto”.

“¡De acuerdo, maestro!”, exclamó Angélica, encendiéndose de inmediato. “¡Tengamos un combate ahora mismo!”

Al mismo tiempo, Cornelius soltó un aullido. “A tu edad, ¿por qué todavía te preocupas por hacerte más fuerte?!”

04 - La Ceremonia de Unión de las Estrellas de la Conferencia de Archiduques.

“¿Eso es todo?”, pregunté a Hartmut, que dirigía a los sacerdotes grises mientras cargaban mi Pandabus con el equipaje.

“Sí”, respondió con un movimiento de cabeza, rebosante de confianza. “Las túnicas ceremoniales, los bienes menores, la biblia... Todo”.

A continuación, me volví hacia mis asistentes del templo. “Fran, Monika, Zahm — les confío el templo en mi ausencia. Por favor, supervisen la educación de los nuevos sacerdotes azules”.

“Entendido. Esperaremos su regreso”.



“Bienvenida de nuevo, Lady Rozemyne”.

“Gracias. ¿Se han hecho todos los preparativos?”

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que estuve en el castillo, pero necesitaba asegurarme de que todo estaba listo para la Conferencia de Archiduques antes de deleitarme con mi regreso. Los adultos que me acompañaban parecían nerviosos, tal vez porque tenía que realizar la Ceremonia de Unión de las Estrellas y asistir a la familia real a pesar de ser menor de edad.

“Tenemos con nosotros nuestro atuendo y los bienes que llevaremos a la conferencia”, dije. “Por favor, compruébenlo todo. Esta caja marcada como ‘atuendos ceremoniales’ contiene las túnicas azules, aunque no sé de quién son”.

Esta vez, no solo traíamos mi ropa; también teníamos túnicas ceremoniales para mis caballeros guardianes. Otilie y Lieseleta empezaron a revisar nuestro equipaje del templo.

“Estos trajes son aceptables, aunque necesitaremos preparar tinta extra y papel vegetal...”.

“Permíteme”, intervino Clarissa, radiante ante la oportunidad de actuar como mi asistente. “Supongo que *esto* será suficiente”. Nos mostró una caja de madera con material escolar para todo un día. Era más que suficiente para completar nuestro trabajo de traducción en el sótano de la biblioteca.

“Hartmut”, le dije, “tienes intención de unirme a las negociaciones como erudito una vez que termine la Ceremonia de Unión de las Estrellas, ¿verdad? ¿Tienes todo lo que vas a necesitar?”

“Solo asistiré para obtener información y aumentar el recuento, pero ten por seguro — que estoy lo bastante preparado como para no manchar su buen nombre”.

Debido a la purga, el séquito de la pareja archiducal no tenía el tamaño apropiado para un ducado de octavo rango. Se estaban formando nuevos asistentes mientras hablábamos, pero

no estarían listos a tiempo para la conferencia, razón por la cual Hartmut había aceptado participar después de terminar sus obligaciones como Sumo Sacerdote.

“Me impresiona que hayas conseguido prepararte sin dejar de lado tu trabajo como Sumo Sacerdote”, comenté. “Como siempre, Hartmut, tu excelencia me sorprende”.

“Me siento honrado. Aunque, en este caso... solo fue factible gracias a Clarissa y a mi padre”. Miró a su lado, donde estaba su prometida con una expresión que prácticamente gritaba: “He trabajado superduro”. Probablemente, tendría que consultar a los padres de Hartmut cuánto los estaba agotando, pero al menos estaba haciendo todo lo que podía.

“El aub también elogió tus esfuerzos, Clarissa. Tú y Hartmut son mis únicos eruditos que participan en la Conferencia de Archiduques. Estoy ansiosa por ver sus resultados”.

“¡Sí, mi lady! Puede contar con nosotros”.

Sólo los adultos podían asistir a la Conferencia de Archiduques. De mi séquito, eso significaba Ottilie, Lieseleta, Hartmut, Clarissa, Cornelius, Leonore, Damuel y Angelica. Dos asistentes, dos eruditos y cuatro caballeros.

Una vez comprobado nuestro equipaje, me dirigí al grupo de menores. “Philine, Roderick, visiten el templo tan a menudo como puedan. Quiero que ayuden a Fran y a los demás a cuidar de los sacerdotes azules, al tiempo que vigilan el orfanato”. Su presencia como nobles también disuadiría a los sacerdotes azules adultos de hacer cualquier truco.

“Hemos estado muy ocupados en las cámaras del Sumo Sacerdote ahora que Hartmut está entrenando a los asistentes de Melchior”, dijo Roderick. “Al menos ahora podemos relajarnos un poco y trabajar en nuestras transcripciones”.

Pobre e ingenuo Roderick... Si pensaba que la ausencia de Hartmut le iba a asegurar algo de tiempo libre, se iba a llevar una sorpresa muy desagradable. Seguramente le esperaba una larga lista de tareas en el despacho del Sumo Sacerdote.

“Matthias, Laurenz”, continué, “por favor, vayan al templo los días que no tengan entrenamiento. Me gustaría que ayudaran a Philine y Roderick, y que comprobaran cómo les va a Nikolaus y a los demás con su propio entrenamiento”.

“¿Días que no tenemos entrenamiento?” Repitió Laurenz con una sonrisa de dolor. “Oh, qué sueño sería ese. Lord Bonifatius nos está haciendo trabajar más duro y con más vigor ahora que tiene tantas protecciones divinas”.

Matthias miró la espada que llevaba en la cadera. “También hemos estado aprendiendo a lidiar con la tela de plata inmune al maná. Se ha ordenado a los caballeros que se entrenen con armas normales, que no sean shtappe”.

El descubrimiento de la tela de plata nos había convencido aún más de que el antiguo Giebe Gerlach había sobrevivido. Como su hijo, Matthias debía de estar lidiando con una tormenta de emociones encontradas. Tenía el ceño fruncido.

“Los necesitaremos cuando haga falta, pero son pesados y estorban la mayor parte del tiempo”, añadió Laurenz. “¿Tengo razón, Matthias?” Le dio una palmada en la espalda a su amigo, haciendo que levantara la vista sobresaltado y adoptara una expresión más neutra.

“Solo hemos usado armaduras de piedras fey y armas hechas con schtappe, que casi no tienen peso, así que este misterio de la tela plateada es muy problemático”, opinó Matthias. “Tengo intención de entrenarme para mejorar en el uso de armamento metálico”.

“Judithe”, dije, “quiero que te quedes en el castillo. He recibido noticias de que Brunhilde está de visita con Bertilde para su entrenamiento, pero no me atrevo a dejar a Gretia sola en el fuerte. Algunos nobles no están muy contentos con los que juramentaron su nombre de la antigua facción Verónica...”

Otilie y Lieseleta me acompañaban a la Conferencia de Archidukes, dejando a Gretia sola en el castillo. No podía imaginar que pedir ayuda a Matthias o Laurenz, sus compañeros que juramentaron su nombre, sirviera de mucho, y además había que tener en cuenta la incomodidad de Gretia con los hombres. Una mujer caballero como Judithe era la pareja perfecta.

“Entendido”, respondió ella, aceptando el trabajo con una brillante sonrisa. “Puedes contar conmigo”.

“No habrá ningún problema mientras esté en el edificio norte, pero le agradezco su preocupación”, me aseguró Gretia, bajando la mirada.

“Muy bien. Pero si quedarte en el castillo te resulta demasiado, puedes ir al templo con Judithe”, dije. Perder mi enlace en el castillo no sería lo ideal, pero lo último que quería era que ella sufriera.



Tras una buena noche de descanso, ya era hora de irnos. Los sirvientes y los cocineros fueron los primeros en marcharse. Hugo y Rosina estaban entre ellos, pero Ella ni siquiera estaba en el castillo; estaba embarazada y de baja por maternidad. El equipaje fue enviado caja por caja, mientras los eruditos y asistentes se teletransportaban. Yo debía partir justo antes que la pareja archiducal y quedaría entre Cornelius y Leonore.

“Ten cuidado, Hermana”.

“Yo también quería ver tu ceremonia...”

Después de hablar con Charlotte y Melchior, que habían venido a despedirme, dirigí mi atención a Wilfried. Evidentemente, Sylvester tenía razón al decir que seguíamos negándolo; aparte de algunas despedidas superficiales durante la cena de anoche, no habíamos hablado en absoluto.

No puedo dejar las cosas así. No estaría bien.

“Wilfried”, dije, sonriendo para guardar las apariencias, “mis ordonnanzes no podrán llegar hasta ti desde la Academia Real, así que me temo que tendrás que prescindir de mi correspondencia habitual. A menos que... ¿intercambiemos cartas?”

Palideció. “Me alegro de que te vayas por un tiempo. Por fin podré librarme de tus ordonnanzes”.

“Oh, pero las envié porque me preocupaba por ti”.

“Me acosas sobre mi trabajo y mis comidas todos los días, de sol a sol. Es como si me urgieras a trabajar *más* o algo así”.

Siguiendo la sugerencia de Sylvester, intentaba mostrarle a Wilfried tanta preocupación como normalmente le habría mostrado a Ferdinand. Esto incluía enviarle ordonnanzes diarios, de los que evidentemente no estaba entusiasmado. Estaba pensando si merecía la pena continuar con el empeño cuando vi que uno de sus asistentes le pinchaba en el costado. Al instante, Wilfried dejó a un lado su ceño molesto y adoptó una sonrisa.

“Me preocupa mucho que tengas que ayudar a la familia real en el archivo subterráneo, pero hazlo lo mejor que puedas”, dijo. “Recuerda que representas a todo Ehrenfest”.

“Y tú sigue suministrando magia a la fundación”, respondí. “El abuelo y el aub obtuvieron muchas protecciones divinas como resultado de su dedicada oración. Si bajas la guardia, Charlotte y Melchior podrían superarte”.

Wilfried miró a Charlotte y Melchior, luego esbozó una sonrisa cínica y... nada. Esperaba que declarara que nunca perdería o que no se dejaría vencer por sus hermanos pequeños, pero no dijo nada en absoluto. Cuando entré en el teletransportador, no pude evitar sentirme incómoda por su sonrisa socarrona.



“Lady Rozemyne, por favor, relájese hasta que las habitaciones estén listas”.

Tras llegar a la sala de teletransporte, que tenía más o menos el mismo aspecto que durante el curso escolar, me dirigí a la sala común y esperé mientras mis ayudantes llevaban a cabo los preparativos habituales. En lugar de estar llena de estudiantes parlanchines, estaba inundada de eruditos y asistentes a los que solo había visto durante la fiesta en la que se reunían todos los nobles. Yo estaba más familiarizada con los caballeros, al menos — como era de esperar, ya que los veía durante las cacerías de trombe, cuando los bendecía para luchar contra el Señor del Invierno, y en otras ocasiones por el estilo.

Y, por supuesto, los caballeros, eruditos y asistentes reunidos en la sala común eran todos adultos.

Debo ser la única bajita de la sala... Me hace sentir como si no perteneciera a este lugar — lo cual es totalmente cierto, para ser honesta.

“Lady Rozemyne. Buenos días”.

Elvira se me acercó vestida de erudita y empezamos a hablar de nuestro comercio de imprenta con otros ducados. Sorbí el té que Norbert me había servido mientras tanto, y no pasó mucho tiempo antes de que algunos eruditos muy curiosos en el negocio se reunieran a nuestro alrededor.

“Lady Rozemyne, estos son los libros que el aub nos ha permitido vender. Según tengo entendido, Muriella ya se lo ha comunicado, pero ¿han sido informados los de la ciudad baja?”

“Efectivamente”, dije, “ya me lo han confirmado. Además, el Gremio de Comerciantes ha informado de que la formación de los de Groschel avanza sin problemas y que tienen preparado producto más que suficiente”.

Elvira asintió y luego esbozó una sonrisa, con un brillo inconfundible en sus ojos oscuros. “¿Cómo va el tercer volumen de *La Historia de Fernestine*?”

“Según el encargo, el taller de Rozemyne y los talleres de Groschel van a buen ritmo para tenerlo impreso a tiempo para el verano. No sé cuánto han avanzado los de Groschel, pero en el taller de Rozemyne ya hemos terminado los primeros ejemplares. Los he traído para presentarlos durante la Conferencia de Archiducos y haré que los envíen a tu habitación más tarde”.

“¡Oh, cielos! Te lo agradezco muchísimo”.

Justo cuando Elvira me dedicaba una sonrisa de vértigo, la pareja archiducal entró en la sala común. Sylvester tenía el mismo aspecto de siempre. En cuanto a Florencia, tenía mucho mejor aspecto que durante el Torneo Interducados; sus náuseas matutinas habían mejorado, presumiblemente. Su vientre era un poco más prominente que de costumbre, pero no lo suficiente como para que nadie se diera cuenta de que estaba embarazada a simple vista.

Entre sus asistentes estaban Rihyarda y Karstedt. Los había visto anoche durante la cena, pero siempre era agradable saber que les iba bien.

“Rozemyne, la Ceremonia de Unión de las Estrellas es el primer día”, me dijo Sylvester. “No olvides prepararte. En cuanto termine el desayuno y demás, te reunirás con el templo de la Soberanía en el auditorio donde se celebra el ritual. Sé que trabajar para la familia real no será fácil, pero necesito que lo lleves a cabo”.

“De acuerdo”.

Después de eso, Sylvester y Florencia continuaron hacia sus habitaciones. Su presencia había hecho que los eruditos detuvieran su trabajo — supuse que no habían querido apresurarse en presencia de la pareja archiducal — pero ahora reanudaban afanosamente sus preparativos para mañana. Los caballeros, en cambio, parecían un poco aburridos. Lo mismo me ocurría a mí; su único deber ahora mismo era permanecer de pie en la sala común.

“¿Los caballeros no tienen nada que hacer hoy?” le pregunté a Cornelius.

“Celebramos nuestras reuniones antes de venir aquí y no tendremos mucho que hacer hasta que se hayan programado las fiestas del té y otras reuniones similares”, respondió, mirando también a los apáticos caballeros. Había demasiados en la sala común, incluso para un trabajo tan importante como el de custodiar a la familia archiducal.

“Si no hay ninguna norma que prohíba a los adultos utilizar el lugar de reunión de la Academia Real, tal vez podrías llevar allí a los caballeros”, dije. “Después de obtener el permiso del archiduque, por supuesto”

“¿A cazar?”, preguntó Angélica, forzando inmediatamente la conversación. Se le iluminó la cara ante la sola idea. “He oído que las bestias feys se han vuelto mucho más fuertes gracias a sus bendiciones, Lady Rozemyne. Realmente quiero ir”.

Los otros caballeros debían de estar muy aburridos; me di cuenta de que la mayoría de ellos también estaban escuchando.

“No puedo ir yo misma, ya que necesito prepararme para la Ceremonia de la unión de las Estrellas, pero al menos podré regenerar el lugar el último día de la conferencia. En otras palabras, reúnanse a gusto. También les pido que me traigan algo de lo que recojan; he gastado muchos de mis materiales mientras hacía los amuletos de todos y quiero reponer mis provisiones. Puedo ofrecer una compensación económica”.

Angélica empezó a inquietarse, al igual que Damuel. Cornelius estaba quieto, pero yo notaba que estaba ansioso por empezar; debía de querer participar también en la acción.

En respuesta a su emoción, Leonore soltó una risita. “Me quedaré a vigilar la habitación para que el resto puedan cazar”.

“Er, ¿estás segura?”, preguntó Cornelius. “Tendrías que esperar aquí tú sola”.

“Sí, pero estoy segura de que reunirás para mí la piedra fey más maravillosa”, gorjeó Leonore con una sonrisa radiante, pareciendo más cariñosa de lo que la había visto nunca.

Fue entonces cuando Lieseleta entró en la sala común para informarme de que mi habitación estaba lista. Mientras me dirigía hacia allí con Leonore, me fijé de reojo en Elvira, que escribía algo con impaciencia, como si se le acabara de ocurrir una excelente idea para un cuento.

¡Madre, por favor! Concéntrate en la Conferencia de Archiduces.



“¡Ha sido increíble, Lady Rozemyne!”, exclamó Angélica durante la cena. “Había tantas bestias feys fuertes. Tengo más piedras feys de las que puedo contar”.

Realmente esperaba que no estuviera hablando literalmente.

“Nunca había visto el punto de reunión tan abundante”, añadió Damuel. “Los materiales son mucho mejores que cuando yo era estudiante. No puedo evitar sentir envidia”.

Cornelius mencionó que estaba aún más enriquecido que cuando él era estudiante.

Ah, sí... Todo ese incidente cuando bombeé mi maná desbordante en el punto de reunión ocurrió después de su graduación.

“Quiero cazar todos los días que estemos aquí”, proclamó Angélica.

“Me temo que eso no será posible”, intervino Leonore. “Tendrás que custodiar a Lady Rozemyne durante toda la Conferencia de Archiduques. La acompañaré al archivo subterráneo. Debes protegerla en su habitación”. Su voz era fría y autoritaria.

“Sí, lo sé...” murmuró Angélica, cabizbaja. Solo las mujeres caballero podían custodiarme en mi habitación, y no habría sido razonable pedirselo a Leonore cuando ya tenía que custodiarme en el archivo.

“Mis disculpas, Leonore”, dije.

“No te preocupes”, respondió con una sonrisa. “Ir contigo al archivo no es nada comparado con el incesante entrenamiento al que nos someten en casa”.

A su lado, Clarissa y Hartmut, los más ocupados de los eruditos asistentes, comían algo cansinamente. “¿Un lugar de reunión, bendecido por la propia Lady Rozemyne...?”, murmuró Clarissa. “Ojalá hubiera podido verlo”.

“Podemos ir después de la Ceremonia de Unión de las Estrellas”, intentó tranquilizarla Hartmut. “Por ahora, debes volcarte por completo en nuestras negociaciones con Dunkelfelger”.

“Puedes contar conmigo”.

Estaban trabajando duro — como todos mis asistentes, de hecho. Quería prepararles algún tipo de recompensa, pero no estaba segura de qué elegir.

El restaurante italiano va a estar mucho más concurrido a partir de ahora, y mi séquito es tan numeroso ahora que no podría traer a todos a la vez. Tal vez algo más material serviría...

Con la cena se servía alcohol, lo que me sorprendió momentáneamente — nunca hacía acto de presencia durante el curso escolar, por razones obvias. La charla habitual también había sido sustituida por discusiones más serias, tal vez porque asistía la pareja archiducal. Los eruditos y los asistentes ya tenían preparadas las fiestas del té y otras reuniones por el estilo, y todos deliberaban sobre quién se reuniría con qué ducado, y qué comidas y dulces tendrían que prepararles. Aquello me recordó a las reuniones previas al Torneo Interducados y me hizo darme cuenta de algo: el torneo era realmente la fase preliminar de la Conferencia de Archiduques.

Mientras seguía comiendo, mis ojos se desviaron hacia los que habían sido alumnos de sexto curso cuando me matriculé por primera vez en la Academia Real. Participaban en las conversaciones y sugerían ideas. Luego, volví a mi habitación. Otilie me ayudó a bañarme y

me informó de que había entregado el nuevo volumen de Fernestine a Elvira, que al parecer se había “alegrado positivamente”.

“Lady Hannelore de Dunkelfelger debe de estar igual de inquieta; dijo que era cruel por parte de la autora terminar el libro anterior en el punto álgido del drama”, señalé. No era difícil imaginarla temblando de incredulidad tras terminar el segundo volumen y darse cuenta de que la historia no había terminado. “Con suerte, nuestro tiempo juntas en el archivo subterráneo me dará la oportunidad de prestarle el nuevo...”

“Puede que solo vayas allí por decreto real, pero me alegro de que también hayas encontrado valor personal en la tarea”, dijo Otilie.

Tanto mi participación en la próxima Ceremonia de Unión de las Estrellas como mi trabajo en el archivo subterráneo fueron el resultado de un decreto real. En circunstancias normales, alguien tan joven como yo no asistiría a la conferencia. Otilie parecía bastante preocupada de que yo pudiera desmayarme por el estrés.

“Debo admitir, Otilie... que se siente extraño estar aquí contigo en lugar de con Rihyarda”.

“En efecto. ¿Cuáles son tus planes para este invierno? Como sabes, hay asuntos familiares que debo atender. ¿Seleccionarás a Lieseleta para que te acompañe? Mis manos no estarán tan atadas una vez que Hartmut, como mis hijos mayores, esté casado y establecido, pero hasta entonces...”

Otilie tenía un marido y un hijo que aún no había abandonado del todo el nido. También tenía el importante deber de acompañar a Clarissa en sus desplazamientos al castillo. Había podido salir de casa para la Conferencia de Archiducos, ya que todos los miembros de su familia participaban en ella, pero un viaje de trabajo de larga duración sencillamente no sería viable para ella.

“Brunhilde entrará en su sexto año en la Academia Real el próximo curso, así que sí, creo que Lieseleta me servirá como asistente adulta. El problema es lo que viene después. Sin duda empezará a sentir la tensión cuando Bertilde sea la única archinoble que me quede”. Sería cruel, por mi parte, confiar los negocios con la familia real y los ducados de alto rango a Bertilde, de primer año, pero había algunas cosas que Lieseleta simplemente no podría hacer como mednoble. “Supongo que tendré que pensar en tomar a otro archi-asistente adulto... aunque eso no será fácil”.

La purga ya había hecho bastante para disminuir la población noble, y los nobles de Leisegang se estaban reuniendo para servir como asistentes de Brunhilde cuando se convirtiera en la segunda esposa del aub. No sería fácil para mí encontrarme un archi-asistente adulto.

Tal vez debería hablar de esto con mis madres...



Al día siguiente, después de desayunar, me lavé con agua tibia y me puse la túnica ceremonial de Sumo Obispa. Ottilie y Lieseleta me ayudaban a ponerme los últimos accesorios cuando Leonore y Angélica entraron con sus atuendos ceremoniales azules de doncella de santuario.

Santo cielo. Son demasiado hermosas. Puede que me protejan a mí, pero ¿quién va a protegerlas a ellas?

“Aah, qué maravilla...” Clarissa suspiró. “¡Me duele no poder estar en el escenario con ustedes, pero grabaré a fuego en mi memoria la visión de su ceremonia desde el público!”

Tras recibir aquella ferviente muestra de apoyo, me dirigí escaleras abajo. Hartmut, Cornelius y Damuel me esperaban abajo, todos vestidos con túnicas sacerdotales azules ceremoniales. Llevaban pociones de rejuvenecimiento y piedras feys colgando del cinturón, mientras que Angélica llevaba encima a Stenluke. Hartmut acunaba la biblia.

“Ahora bien”, dije, volviéndome hacia Sylvester, “¿nos vamos?”

“Sí. Recuerda no ser grosero con la familia real”.

Asentí y nos pusimos en marcha hacia el auditorio. Salimos del dormitorio y nos encaminamos por los pasillos del edificio central de la Academia Real. Estaba tan acostumbrada a que el paisaje fuera de las ventanas fuera completamente blanco — edificios de color marfil cubiertos de nieve pálida — que la visión de tanta vegetación me pilló totalmente por sorpresa. Flores vibrantes salpicaban el paisaje, bañadas por la cálida luz del sol y mecidas por la suave brisa.

“La primavera en la Academia Real es una fiesta para los ojos”, dije. “Estoy tan acostumbrada a ver una extensión de blanco”.

“También es la primera vez que lo veo”, dijo Leonore desde mi lado. “Desde luego es precioso”.

Pronto llegamos al auditorio, que se había transformado para la ceremonia de graduación. En el otro extremo de la sala, junto al santuario, pude ver a los sacerdotes de la Soberanía preparándose para el ritual.

“Lady Rozemyne”, se oyó una voz. Me giré y vi a un hombre que se me acercaba — al que reconocí como el Sumo Sacerdote de la Soberanía. Había asistido a la investigación de ternisbefallen durante mi segundo año, y aún podía imaginarme la mirada aterradora que había entrado en sus ojos cuando hice el bastón de Flutrane. Sin embargo, no recordaba su nombre.

“Yo, Immanuel, seré su Sumo Sacerdote por hoy. Considero una bendición contemplar con mis propios ojos a la famosa Santa de Ehrenfest mientras realiza una ceremonia religiosa”.

Oh, cierto. Immanuel. ¿Cómo podría olvidarlo?

Sus ojos grises brillaban con la misma luz febril de antes y parecían inusualmente... desenfocados. Di un paso atrás instintivamente y agarré la manga más cercana.

“¿Lady Rozemyne?”

Levanté la mirada esperando ver a Ferdinand, solo para darme cuenta de que en su lugar estaba aferrada a Hartmut. “Eh... error mío”. Solté su manga, luego volví a centrarme en Immanuel y dije: “Veo que el santuario ha sido preparado”.

“Pronto estaremos listos para la ceremonia — aunque parece que usted aún no ha terminado sus propios preparativos, Lady Rozemyne. No tienes la corona de la Luz ni la capa de la Oscuridad”.

Ladeé la cabeza, sin saber a qué se refería. En el santuario ya había estatuas de la Diosa de la Luz y el Dios de la Oscuridad, la primera con su corona y el segundo con su capa.

“Parece que el santuario ya las tiene”.

“No me refiero al santuario, sino a su propia persona”.

“El Sumo Obispo no lleva instrumentos divinos durante las Ceremonias de Unión de las Estrellas en Ehrenfest”. De hecho, no llevaban instrumentos divinos durante ninguna ceremonia o ritual. A lo sumo, sostenían el cáliz para la Oración de Primavera.

“Qué lamentable...” dijo Immanuel con un fuerte suspiro, y luego sacudió la cabeza. “Lady Eglantine nos aseguró que Ehrenfest había conservado sus antiguas costumbres religiosas, pero ¿cómo puede ser eso si no conocen las disposiciones tan básicas? ¿Acaso su biblia no detalla los pasos de esta ceremonia?”

“Como mínimo, no menciona que los Sumos Obispos necesiten llevar instrumentos divinos. También hablé con Aub Ehrenfest sobre las pasadas Ceremonias de la Unión de las Estrellas de la Academia Real, y parece que no hay precedentes de lo que sugieres”. Sylvester seguramente habría dicho algo si el Sumo Obispo hubiera llevado un atuendo tan extraño durante la Unión de las Estrellas del Príncipe Anastasius y Eglantine.

“Obtuvimos este conocimiento de un antiguo texto que descubrimos durante el verano, en el que se detallaba la ceremonia en cuestión. Creíamos que ese conocimiento ya estaría en su biblia, que es mucho más detallada que la nuestra. Tal vez reside en una sección que ustedes no pueden leer”.

Oh, cierto. Hicimos creer que no podía leerla entera.

Hartmut entró entonces en la conversación. “Si el Sumo Obispo no usó ningún instrumento divino el año pasado, entonces no veo razón para que nosotros hagamos las cosas de otra manera”.

“¿Oh?”, contestó Immanuel, y luego le enarcó una ceja. “Escúchame bien. Como seguro que sabes, Lady Detlinde activó un círculo mágico durante su ceremonia de mayoría de edad.

Aunque nadie cree nuestras afirmaciones de que su propósito era elegir al próximo Zent, el hecho es que apareció. Nuestros textos en el templo de la Soberanía no mienten”.

A partir de ahí, se lanzó a una apasionada perorata sobre las tradiciones del templo de la Soberanía, con sus ojos grises girando todo el tiempo. “Para poder abrazar al Zent legítimo con el ritual adecuado, hemos empezado a investigar las ceremonias en profundidad. Por eso, el rey Trauerqual decidió seguir nuestro consejo y decretó que la santa de Ehrenfest fuera la Sumo Obispa de hoy, ya que ella tiene el poder de llevar a cabo los rituales adecuados. ¡Si estábamos equivocados, entonces hemos cometido un error fundamental desde el principio!”

Mm, suena como si hubiera pasado algo entre la familia real y el templo de la Soberanía.

La familia real quería que bendijera la ceremonia para que el príncipe Sigiswald fuera reconocido como el próximo rey. El templo de la Soberanía quería revivir viejos rituales al servicio de un Zent legítimo, pero carecía del maná necesario. Dio la casualidad de que ambos objetivos requerían que yo realizara la ceremonia de hoy como Sumo Obispa.

“Primero, permíteme ver este texto que has encontrado”, dije.

“Eso no bastará. Si no tienes los instrumentos divinos, verlos no cambiará nada. El Sumo Obispo de la Soberanía bastará para una ceremonia estándar”.

La ceja de Hartmut se crispó; Immanuel no solo intentaba apartarme ahora que no satisfacía sus exigencias, sino que además se negaba a mostrarme el texto que estaba tan decidido a seguir. Di un paso adelante antes de que pudiera responder.

“Immanuel”, dije con una sonrisa, mientras levantaba ligeramente una mano para retener a Hartmut. “Ahora comprendo hasta qué punto te apasionan las ceremonias religiosas. Si el templo de la Soberanía cree que debo llevar la corona de la Luz y la capa de la Oscuridad, entonces las llevaré”.

“¿Es así?”, preguntó Immanuel, con tono burlón. “¿Pero serás capaz de llegar al templo de Ehrenfest y volver a tiempo para la ceremonia?”

Sacudí la cabeza e hice aparecer mi shtappe en la mano derecha. “No hace falta. Puedo crearlos yo misma. Insumhang”. En un abrir y cerrar de ojos, apareció la capa de la Oscuridad. Me la eché sobre los hombros y me abroché el broche dorado en el cuello; después, ajustó automáticamente su longitud para que me quedara perfecta.

Immanuel me miró boquiabierto mientras yo producía un segundo shtappe, proyectaba *Beleuchkrone (Corona de Luz)* y me ponía la corona dorada que había producido.

“Supongo que con esto será suficiente. Ahora, enséñame este texto. Necesitaré verlo antes de poder realizar esta antigua ceremonia tuya”.

Inmediatamente, Immanuel me guió hasta el lugar de espera del Sumo Obispo, cerca del santuario, y luego me mostró con orgullo el texto en cuestión. Estaba inscrito en una pizarra de marfil, casi idéntica a las del archivo subterráneo.

“Es este”, me dijo. “No estoy seguro de que el texto sea legible para ti, pero...”

“Lo es”. Cogí la pizarra y descarté los instrumentos divinos; no había necesidad de mantenerlos ahora que tenía el documento.

“¡Los instrumentos divinos!”, exclamó Immanuel.

“Sería un desperdicio de maná mantenerlos innecesariamente. Si, como has dicho, esta pizarra menciona que son necesarios, *entonces* los llevaré”.

Ojeé el texto de la tablilla blanca. Un observador podría haber supuesto que estaba holgazaneando — después de todo, solo estaba aquí de pie y leyendo mientras todos a mi alrededor se preparaban para la ceremonia — pero ni siquiera habría una ceremonia a menos que yo, la Sumo Obispa, supiera cómo llevarla a cabo. Era mi *deber* leer.

“Eheheh. Eheheheh...”

El lenguaje antiguo podía clasificarse en varios periodos distintos, y este texto estaba escrito en un estilo que reconocí de inmediato; presumiblemente alguien lo había transcrito del archivo subterráneo. Como mínimo, estaba escrito igual que las otras descripciones de rituales que habíamos visto allí.

Aun así, es interesante saber que hay gente en el Templo de la Soberanía que puede leer esto...

Por lo que recordaba, no había nadie en la familia real que pudiera entender el lenguaje antiguo. Realmente se habrían beneficiado de una relación de cooperación con el Templo de la Soberanía, pero por desgracia... Quizá el Templo de la Soberanía había desairado a la familia real por su falso Zent, o la familia real no había esperado que nadie del Templo de la Soberanía fuera capaz de leer los textos antiguos. Tal vez no había habido ninguna comunicación entre ellos.

En cualquier caso, el Templo de la Soberanía probablemente se negaría a ayudar en lo más mínimo, aunque el rey se esté matando para sostener el país.

Dejando todo eso a un lado, como había dicho Immanuel, este texto trataba sin duda de la Ceremonia de la Unión de las Estrellas. La sencilla descripción era idéntica a la que yo conocía, con la excepción de la Corona de Luz y la Capa de Oscuridad. La oración también era la misma — y, dado que en una sola tablilla no cabía mucho texto, no tardé mucho en terminar de leerla.

Esto es extraño. En Ehrenfest, la Ceremonia de la Unión de las Estrellas es un ritual nocturno.

Según la biblia, el Dios de la Oscuridad había querido bendecir el matrimonio del Dios de la Vida y la Diosa de la Tierra. Su unión había tenido lugar de noche para facilitarle el proceso. Ehrenfest había mantenido esa tradición, pero la Ceremonia de la Unión de las Estrellas de la Conferencia de Archiducos iba a tener lugar a la tercera campanada. Personalmente, me parecía una mala idea celebrar una ceremonia para la familia real durante el día. Sin

embargo, la tablilla no decía nada sobre cuándo debía celebrarse, así que mis preguntas quedaron sin respuesta.

“¿Ocurre algo, Lady Rozemyne?”, preguntó Leonore, inclinándose hacia mí.

Negué con la cabeza. “Parece que las oraciones y los pasos son idénticos, aparte de la inclusión de los instrumentos divinos”. Luego devolví la pizarra a Immanuel.

Bueno, da igual. Seguir estos pasos satisfará al templo de la Soberanía, y lo máximo que tengo que hacer por la familia real es bendecir al príncipe Sigiswald.

Aunque parecía peculiar celebrar la ceremonia a plena luz del día, reprogramarla no era una opción; los archiduques de todos los ducados ya habían llegado a la Academia Real. Incluso abordar el tema sería una pérdida de tiempo.

“De momento”, dije, “informaré a la familia real”.

Satisfecha con lo que había visto en la pizarra, envié un ordonnanz a Anastasius, diciéndole que el Templo de la Soberanía estaba intentando revivir un antiguo ritual y que me habían pedido que les ayudara. “El texto parece legítimo”, le dije. “¿Crees que debería llevar a cabo su petición? Me han dicho que, si realizamos el ritual habitual, conseguirán que el Sumo Obispo de la Soberanía actúe en mi lugar”.

La familia real era la que quería que bendijera la ceremonia. Como tal, parecía natural que ellos mismos hablaran con el Templo de la Soberanía para decidir qué ritual se elegiría y quién lo llevaría a cabo. No es que yo quisiera ser la Sumo Obispa de hoy. De hecho, ahora que había leído aquella tablilla, ni siquiera me importaba la idea de que me enviaran a casa. De todos modos, no quería verme envuelta en una disputa de poder entre la familia real y el Templo de la Soberanía.

“Quédate donde estás” fue la respuesta del príncipe. “Llegaré enseguida”.

Para mi decepción, parecía que tendría que quedarme. Me volví hacia Immanuel y Hartmut, que discutían sobre el ritual. Parecían discutir sobre quién desempeñaría las funciones del Sumo Sacerdote. Hartmut seguía comprobando los puntos en los que yo necesitaría apoyo, mientras que Immanuel insistía en que el Templo de la Soberanía debía mantener su presencia a través del Sumo Sacerdote.

“¿Está Rozemyne aquí?” Anastasius preguntó mientras se acercaba.

“Encantado de volver a verle, príncipe Anastasius”, respondí. Nos saludamos, tras lo cual opté por dejar que él e Immanuel decidieran qué papel desempeñaría yo.

No me esforzaré en decir esto, ya que obviamente los enfurecería, pero creo que la familia real fue demasiado descuidada con su ordenamiento del Templo de la Soberanía. Basta con mirar en qué lío se ha convertido.

El Sumo Obispo de la Soberanía había celebrado estas ceremonias durante años sin falta, por lo que parecía bastante obvio que no querría que un forastero se abalanzara sobre él y

ocupara su lugar. Para empeorar las cosas, dicha forastera ni siquiera había sido informada de los detalles cruciales, lo que había provocado que la regañaran. Si la familia real realmente quería que realizara esta bendición, lo menos que podrían haber hecho era vigilar más de cerca la situación.

Aunque supongo que todo esto demuestra lo poco que el templo piensa en ellos.

“Entonces, ¿debo realizar este antiguo ritual o no?”, pregunté.

Anastasius hizo una pausa y luego dijo: “Sí. Estamos mejor preparados para un incidente inesperado que con Detlinde. Después de todo, hasta un tonto podría decir que, contigo involucrada, algo extraño está destinado a suceder”.

Qué descaro. Si tanto le preocupaba que ocurriera “algo extraño”, ¿por qué estaba yo aquí? ¿Había olvidado que era él quien me ordenaba hacer esto?

“Entonces, Rozemyne... ¿Qué consecuencias inusuales podemos esperar cuando realices la ceremonia vestida con los instrumentos divinos?” Preguntó Anastasius.

“No lo sé”.

Sus ojos se abrieron de par en par. “Dijiste que habías leído el texto, ¿no?”

Era cierto, pero la tablilla solo ofrecía una visión general de la ceremonia. No entraba en detalles ni mencionaba lo que podía pasar, y yo no podía predecir el futuro.

“Puedo confirmar que se trataba de la Ceremonia de la Unión de las Estrellas”, dije, “así que la boda en sí debería celebrarse sin problemas”.

Mi explicación provocó un prolongado gemido de Anastasius, pero acabó cediendo.

“Mientras se celebre algún tipo de Ceremonia de la Unión de las Estrellas, será suficiente. Los aubs llegarán pronto... y nosotros, la familia real, entraremos después. Debo irme por ahora. Quédate aquí, y ten cuidado de mantenerte entre líneas”.

Después de ver cómo Anastasius se daba la vuelta y se marchaba rápidamente, con su capa ondeando tras él, observé cómo los aubs iban entrando en el auditorio. Podía distinguir de qué ducados procedían por los colores de sus capas. La ocasión se parecía mucho a la ceremonia de graduación de la Academia Real, pero con adultos en lugar de estudiantes.

Unas fuertes campanadas llenaron el aire, indicando que era la tercera campanada. Aún no todos habían entrado en la sala, pero los que no lo habían hecho pronto aceleraron el paso.

Una vez que los colores de todos los ducados pudieron verse entre el público, Immanuel se situó frente al altar como Sumo Sacerdote y agitó una herramienta mágica cubierta de campanillas. La puerta se abrió a su vez y entró la familia real. Allí estaban el Zent, su primera esposa, Anastasius, y Eglantine, y todos se dirigieron con elegancia a sus asientos. Por un momento me pregunté por qué no estaban presentes la segunda y la tercera esposa, pero luego recordé que a la Conferencia de Archiduques solo asistían las primeras esposas.

La campana volvió a sonar, esta vez para señalar mi entrada. Me levanté y me dirigí al altar. Se oyó un revuelo entre la multitud; parecía que no todos los ducados habían sido informados de que yo celebraría la ceremonia como Sumo Obispa.

Caminé lo más deprisa que pude, con cuidado de no pisar mis vestiduras. Hartmut me seguía con la biblia en la mano, mientras mis caballeros se agolpaban a mi alrededor con sus túnicas azules ceremoniales. Era un espectáculo inusual, sin duda. Normalmente, el Sumo Obispo entraba solo, pero la obstinación de Hartmut y su insistencia implacable habían dado lugar a nuestra formación actual.

Hartmut desconfiaba mucho del Templo de la Soberanía. Cuando sus miembros habían intentado argumentar que el Sumo Obispo debía entrar solo, él los había callado con un solo argumento: “Lady Rozemyne no es una Sumo Obispa cualquiera; también es candidata a archiduque”. Luego, después, se había acercado a mis caballeros guardianes y les había dicho: “Su deber más importante es mantener a los sacerdotes de la soberanía alejados de nuestra lady. Si alguien la toca sin permiso, córtense los brazos inmediatamente”.

Por supuesto, cortarles los brazos suena un poco extremo. Sin embargo, Emmanuel me da escalofríos, así que agradezco tener a todo el mundo cerca.

Llegué ante el santuario y Hartmut me entregó la Biblia. Leonore me ajustó el dobladillo de la túnica y se quedó a un lado.

Immanuel esperó a que termináramos los preparativos, entrecerró ligeramente los ojos e hizo un gesto con la mano. Me estaba indicando que me pusiera los instrumentos divinos. En respuesta, Hartmut le devolvió la señal, instándole a empezar sin ellos; comprendía cuánto maná requería mantener los instrumentos, así que cuanto más tarde pudiéramos sacarlos, mejor.

Se produjo un vaivén repetitivo de ondas mientras los dos Sumos Sacerdotes trataban de superarse mutuamente. No tardaron en oírse murmullos impacientes entre el público, lo que impulsó a Immanuel a romper el estancamiento.

“La Ceremonia de la Unión de las Estrellas dará comienzo. Novios, entren”.

Entraron cinco parejas, con Sigiswald y Adolphine a la cabeza. Los nobles aplaudieron y vitorearon en apoyo de las uniones, dando lugar a un ambiente de lo más alegre.

Ojalá hubiera podido bendecir a Ferdinand...

Obviamente no estaba entre el grupo de parejas, ya que su boda con Detlinde se estaba retrasando. Esta también había sido mi única oportunidad; la familia real me había pedido que viniera expresamente para bendecir a Sigiswald, por lo que era poco probable que me convocaran para futuras ceremonias. La gente de mi edad ni siquiera debía estar aquí.

Vamos, Aub Ahrensbach — ¿por qué no pudiste vivir un poco más?

Ferdinand habría podido casarse con Detlinde y recibir una habitación oculta, mientras que yo habría podido darle la mayor bendición que hubiera podido. En otras palabras, no habría tenido que preocuparme tanto por él.

No podía haber llegado en peor momento...

Suspiré — pero entonces me di cuenta de que era la única cara amargada de la sala y rápidamente forcé una sonrisa. Miré a Sigiswald y a Adolphine, que habían subido al escenario, y los felicité con la cabeza.

Introduje una llave en la biblia del atril, la abrí y pasé las páginas. Un grito que reconocí como proveniente de Fraularm resonó en toda la sala... pero nada le siguió, así que comencé la ceremonia.

Por el rabillo del ojo, vi que Immanuel seguía haciéndome señas para que me pusiera los instrumentos divinos, con cara de pocos amigos. Por desgracia para él, la espera continuaría; necesitaba utilizar un instrumento mágico para amplificar la voz al contar la historia bíblica.

Sí que es quisquilloso. Le dejé claro que me los pondría cuando hiciera falta, ¿no...?

Ignorando sus gestos incesantes, utilicé una herramienta mágica para amplificar la voz y empecé a contar la historia del Dios de la Oscuridad y la Diosa de la Luz. El Dios de la Vida pretendía casarse con la Diosa de la Tierra, y los dioses supremos le concedieron su permiso. Mientras tanto, Hartmut y Cornelius prepararon el mismo tipo de plumas mágicas que yo había utilizado anteriormente para firmar mi nombre con mi maná.

“Ahora, bendigamos el nacimiento de estos recién casados a imagen de los dioses”, dije.

Di un paso atrás, y mis caballeros guardianes me amortajaron tras las grandes mangas de sus túnicas para que pudiera ponerme los instrumentos divinos. En momentos como éste, agradecía ser pequeña; hacía las cosas mucho más cómodas.

Mi reaparición con la capa y la corona provocó la reacción del público. Immanuel esbozó una sonrisa de satisfacción — seguramente le preocupaba que no utilizara los instrumentos divinos — y continuó con la ceremonia.

“Adelante, príncipe Sigiswald, el primero de Zent Trauerqual. Ven, Lady Adolphine, la hija de Aub Drewanchel”.

La pareja salió de su trance y avanzó hacia el santuario. “Anastasius me dijo lo que iba a ocurrir”, dijo Sigiswald, “pero aún me sorprende verte con los instrumentos divinos”.

“El santuario tiene copias idénticas; ¿son las tuyas de Ehrenfest?”, preguntó Adolphine.

Las dos son mis schtappes...

No podía admitirlo aquí y ahora, así que me limité a sonreír, evité la pregunta y les entregué un contrato para confirmar sus voluntades. Desapareció en un estallido de llamas doradas en el momento en que firmaron sus nombres, al igual que los contratos de las parejas que firmaron después.

“Que el Sumo Sacerdote bendiga a estos recién casados”, dijo Immanuel.

Levanté las manos y empecé a rezar. “Oh poderoso Rey y Reina de los cielos infinitos, oh Dios de la Oscuridad y Diosa de la Luz, escucha mis plegarias...”.

De repente, el broche de oro de mi cuello se desprendió por sí solo y la capa de la Oscuridad voló hacia el techo sin hacer el menor ruido. Mientras miraba hacia arriba, aún en oración, la capa se extendió en todas direcciones y creó su propio cielo nocturno.

“Que concedas tus bendiciones al nacimiento de nuevas uniones”.

A continuación, la corona se levantó de mi cabeza y se elevó en el aire, donde comenzó a brillar como el sol en llamas. La presencia del Dios de la Oscuridad envolvió el auditorio, mientras que la Diosa de la Luz nos bañó a todos con su resplandor.



Ah, los dioses supremos...

Estaban aquí; no me cabía la menor duda. Continué rezándoles.

“Que quienes te ofrezcan sus plegarias y gratitud sean bendecidos con tu divina protección”.

El cielo nocturno se contrajo en un solo punto, mientras el anillo brillante que emanaba de la corona comenzaba a girar. Inmediatamente después, pilares de Oscuridad y Luz salieron disparados hacia el techo y volaron hacia alguna parte; parecía ser algo bastante habitual durante las ceremonias de la Academia Real, así que no le di importancia. La mayor parte de la luz restante giró sobre sí misma, superponiéndose y bailando en el aire, y se convirtió en un polvo brillante que llovió sobre los recién casados. Esa parte también sucedía cuando se realizaba el ritual en Ehrenfest.

A pesar de mis preocupaciones iniciales, ahora entendía por qué no se molestaban en esperar a la noche para celebrar la ceremonia aquí, en la Academia Real — mientras llevabas los instrumentos divinos, el cielo nocturno venía a ti.

Tuve la sensación de que mi *schtappes* volvía a mi interior, y con eso...

Está hecho.

La ceremonia había concluido, al igual que la tarea que la familia real me había encomendado. Suspiré aliviada y murmuré: “Las ceremonias aquí en la Academia Real siempre acaban siendo mucho más vistosas que cuando se realizan en Ehrenfest”.

“Y mucho más divinas”, añadió Hartmut con una sonrisa. Estaba a mi lado y probablemente fue el único que se dio cuenta de mi comentario. Cogió la Biblia de su atril, me ofreció la mano y dijo: “Partamos mientras todos están asombrados”.

Una excelente sugerencia.



Juntos, nos dirigimos a una sala de descanso cercana al auditorio. Hartmut entregó la biblia a Leonore y luego ordenó a Damuel que me recogiera y me llevara de vuelta al dormitorio lo antes posible.

“Lady Rozemyne”, dijo Hartmut, “por favor, permítame que le pida prestado a Cornelius para la limpieza y cualquier pregunta que surja”.

“Por supuesto, pero...”

“Debería marcharse ahora, antes de que aparezca algún individuo problemático. Puede que sea un pequeño desvío, pero regrese por esta puerta en su lugar”.

¿Lo habían planeado todos de antemano? Angélica agarró a Stenluke por la empuñadura, dispuesta a luchar en cualquier momento, y se puso en cabeza mientras avanzábamos por el pasillo. Damuel le pisaba los talones; yo seguía en sus brazos, intentando hacerme a la idea de la situación; y Leonore iba en la retaguardia con una sonrisa tranquilizadora.

“Esto es solo por seguridad”, me aseguró Leonore. “Hartmut desconfía enormemente de Immanuel, del Templo de la Soberanía. Describió al hombre como ‘un fanático increíblemente peligroso.’”

Me dijeron que Immanuel tenía una mirada aún más intensa cuanto más tiempo pasaba conmigo, sobre todo ahora que sabía que yo podía llevar los instrumentos divinos y leer la antigua lengua que la familia real no había sido capaz de entender. Hartmut lo veía ahora como una auténtica amenaza.

Bueno... para que Hartmut de todas las personas lo haya llamado fanático, realmente debe ser serio. O, eh... tal vez fue un poco cruel de mi parte. Hartmut nunca tiene la misma mirada enloquecida que Immanuel, ni es tan aterrador...

“Parece que planea sacarte de Ehrenfest y meterte en el Templo de la Soberanía”, explicó Damuel. “Su problema es que, aunque pueden entender los textos antiguos y obtener de ellos valiosos conocimientos, carecen del maná necesario para realizar realmente las ceremonias. Desean utilizar el suyo para encontrar en el país un verdadero Zent”.

Hartmut había acabado oyendo esto directamente de la boca del caballo. Immanuel le había dicho que, en estos tiempos calamitosos, lo que Yurgenschmidt necesitaba más que ninguna otra cosa era un verdadero Zent. Había proclamado que Ehrenfest debía apoyar al Templo de la Soberanía en su estudio de las antiguas ceremonias y que era deber de Hartmut, como nuestro Sumo Sacerdote, instruir a Aub Ehrenfest para que me enviara allí. “*Hay que conseguir un verdadero Zent*”, había dicho. “*Por el bien de Yurgenschmidt en su totalidad*”.

Hartmut se había negado con una sonrisa. “*Solo actúo por el bien de Lady Rozemyne, y ella desea permanecer en Ehrenfest*”.

“Bueno, ¿no podemos simplemente ignorarlos?”, pregunté. “No deberíamos tener muchos problemas para tratar con el Templo de la Soberanía”.

“En efecto, si solo tratáramos con el templo, ese enfoque funcionaría”, dijo Leonore. “El problema es que la familia real está igual de apasionada por obtener la Grutrisseheit y un verdadero Zent. Nadie puede predecir qué decretos podrían tomarse cuando los intereses de estos dos grupos se alineen. Hartmut está más preocupado por eso que por cualquier otra cosa”.

Ehrenfest no tenía medios para rechazar un decreto real. Hartmut opinaba que la familia real nos exigía demasiado, aunque sin duda comprendía el peligro de tal opresión.

“Puede que tengas una conexión personal con la familia real, pero aun así — nunca antes habían hecho tantas peticiones a un individuo”.

También por orden suya iba a leer documentos del archivo subterráneo. Aún era menor de edad, así que, para empezar, no debería haber recibido permiso para ir allí. Además, aún era estudiante, lo que hacía que mi participación en estos asuntos fuera muy poco convencional. La familia real me hacía estas peticiones aun a costa de romper la tradición.

Leonore me dedicó una sonrisa preocupada. “Hartmut nunca te lo diría, pues sabe lo mucho que te apetece visitar el archivo, pero le inquieta mucho la voluntad de la familia real de involucrarte en antiguas ceremonias y ordenarte que realices traducciones mientras ya estás tan ocupada con el trabajo del templo y los negocios de los comerciantes allá en Ehrenfest. Aunque no se puede evitar un decreto real, tus deberes en casa son mucho más importantes”.

“Supongo...” respondí. Ayudar en el castillo definitivamente beneficiaría más a Ehrenfest que ayudar a la familia real. Empecé a sentirme un poco culpable por lo mucho que disfrutaba yendo al archivo subterráneo.

“Um, er...” Damuel tanteó, probablemente buscando una forma de aliviar la atmósfera opresiva que se había apoderado de todos nosotros. Sus ojos se desviaron, luego sonrió y dijo: “Ciertamente, se ha vuelto más pesada, Lady Rozemyne”.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Era obvio que había querido decir algo como “¡Oh, cómo has crecido!”, o “¡Ahora eres mucho más alta!”, pero que me dijeran que *pesaba* más era tan agradable como un cuchillo en el pecho.

“B-Bájame”, dije.

“No, no, Lady Rozemyne”, intervino Leonore. “Damuel... ¿quizás las mujeres te evitan porque les dices cosas tan crueles?”

“¿P-Perdón?” Damuel titubeó, sus ojos revoloteando entre Leonore y yo. “Solo me alegraba ver que Lady Rozemyne está creciendo...”

“Entiendo lo que querías decir y que pretendías aligerar el ambiente, pero decirle a una chica que ha *engordado* es sin duda una de las peores cosas que se pueden decir”.

“Lo siento...” murmuró Damuel, bajando la cabeza. Al parecer tan triste, en realidad consiguió aligerar el ambiente — aunque solo fuera un poco.

Nos reímos al doblar la esquina, pero entonces Angélica se detuvo bruscamente. Immanuel y varios sacerdotes bloqueaban el pasillo. Damuel me agarró con más fuerza.

“Oh, Lady Rozemyne”, dijo Immanuel. “Parece que tienes mucha prisa. Quería darte las gracias por celebrar la ceremonia por nosotros...”

“En efecto”, respondí. “Me encuentro bastante mal por haber consumido demasiado maná, así que estoy regresando a mi dormitorio. Qué vergüenza que me hayas visto en ese estado...” Mi explicación era poco más que un intento de ganar tiempo mientras me devanaba los sesos buscando una forma de traspasar su línea defensiva.

“Lady Rozemyne, el Templo de la Soberanía contiene muchos más documentos antiguos. Por favor, venga a leerlos con nosotros”.

Fui a levantar las manos en señal de celebración, pero Damuel me detuvo rodeándome con sus brazos.

Ups. Gracias.

“La familia real declara que nuestros documentos son falsos”, continuó Immanuel, “por lo que se niegan a hacernos caso. Esperábamos que usted los leyera y demostrara que solo decimos la verdad divina”.

“Mis disculpas. Me encuentro tan mal que ni siquiera puedo pensar con claridad. Además, creo que tales peticiones deben hacerse a través de Aub Ehrenfest”. Entonces le hice una señal con los ojos a Angélica, indicándole que avanzara. Ella asintió y continuó.

“Permítame mostrarle un lugar excelente para descansar”, dijo Immanuel, y me tendió una mano. En un abrir y cerrar de ojos, Angélica había desenvainado a Stenluke.

“Si tocas a Lady Rozemyne sin permiso, *te cortaré el brazo*”.

Immanuel tragó saliva. No debía de esperar que Angélica fuera un caballero, ya que seguía vistiendo su túnica azul de doncella de santuario. Leonore aprovechó la conmoción y la confusión para adelantarse, y Damuel le siguió de cerca.

No fue hasta que estuvimos lejos de los sacerdotes de la soberanía que Angélica volvió a envainar a Stenluke.

05 - Trabajo en el Archivo Subterráneo.

"Prácticamente parpadeamos y ya te habías ido", se quejó Sylvester. "Ni siquiera nos avisaron. ¿Sabes cuántos problemas nos causó eso?"

Al parecer, tras mi abrupta marcha, Sylvester y Florencia habían sido sometidos a un aluvión de preguntas por parte de los nobles sentados a su alrededor. Con el rostro pálido, habían repetido una y otra vez que esa información sólo la conocía la familia real — pero eso no había sido suficiente. El alboroto los había seguido hasta el dormitorio.

Yo estaba sentada en la sala común, por orden de Sylvester, con literalmente todos los de Ehrenfest que habían venido a la Conferencia del Archiduque mirándome. Estar pegada a tantos adultos era más que un poco intenso; a diferencia de los demás estudiantes, ellos no estaban nada acostumbrados a los asuntos relacionados con la realeza y otros incidentes extraños, así que me miraban con expresión rígida.

Sylvester sacudió la cabeza, exasperado. "En circunstancias normales, habríamos pasado el tiempo después de la ceremonia sopesando los otros ducados mientras organizábamos fiestas del té y comidas, pero obviamente eso estaba fuera de lugar. Exijo una explicación. La conferencia empieza después de comer, y no me apetece nada."

"Incorporé a la ceremonia algunas prácticas antiguas que el templo de la Soberanía encontró escritas en documentos igualmente antiguos", dije. "El Sumo Obispo de la Soberanía carecía de maná para realizarlas él mismo, así que el templo me pidió que actuara en su lugar. A instancias de la familia real, acepté."

A partir de ahí, expliqué los irritantes intercambios que se habían producido, y recalqué que había hablado con Anastasius antes de tomar ninguna medida. Yo había estado dispuesta a dejar la ceremonia en manos del Sumo Obispo de la Soberanía y volver a casa, pero el príncipe se había opuesto personalmente a la idea.

"El incidente de hoy sólo ocurrió porque el príncipe Anastasius me dijo que obligara al Templo de la Soberanía", dije. "Así pues, si tienen más quejas, diríjanlas a la familia real. El texto antiguo que me mostraron enumeraba los pasos de la ceremonia y nada más, así que no sabía lo que ocurriría antes de realizarla."

"¿Realizaste la ceremonia sin saber siquiera lo que haría?!" exclamó Sylvester. Florencia parecía igualmente sorprendida.

"Sí", respondí con un movimiento de cabeza. "El texto no ofrecía ninguna explicación, pero aun así la familia real decidió que merecía la pena correr el riesgo. Cualquier pregunta que puedan tener los demás ducados, diríjanse a ellos."

La realeza me había encargado llevar a cabo la molesta petición, para que ellos se ocuparan de las secuelas. No esperaba que ni ellos ni el Templo de la Soberanía fueran capaces de dar respuestas satisfactorias, pero eso no importaba; no había razón para que Ehrenfest pasara por todos estos problemas cuando, para empezar, no era culpa nuestra.

"En esencia, la ceremonia puede explicarse tan sencillamente como el ritual que Dunkelfelger llevó a cabo durante el Torneo Interducados", dije. "Utilizamos instrumentos divinos para ofrecer maná a los dioses, y nuestra observancia de las prácticas ancestrales produjo los resultados que han visto hoy."

Sylvester empezó a mostrarse más convencido. Probablemente recordaba la demostración de Dunkelfelger.

"En realidad", continué, "me preocupa más el Templo de la Soberanía. Quieren utilizar estos rituales revividos para obtener un verdadero Zent."

"Ten cuidado con el Templo de la Soberanía ", intervino Hartmut. "Immanuel no es de los que hacen caso a las palabras de los demás. Estoy seguro de que hará lo que sea para obtener lo que desea, y nuestro sentido común como nobles no se aplicará a él." Habló con expresión severa, pues había estado en guardia durante toda la ceremonia. Su preocupación no había hecho más que aumentar después de que Immanuel predijera e intentara bloquear nuestra ruta de escape secundaria.

Continué: "Immanuel busca controlar a Lady Rozemyne, ya que ella posee el maná necesario para revivir las antiguas ceremonias que sobreviven a través de los registros del Templo de la Soberanía. Sus ceremonias podrían, en efecto, desempeñar un papel importante en la obtención de un verdadero Zent, pero tales preocupaciones corresponden a la familia real y al Templo de la Soberanía, no a un candidato a archiduque de Ehrenfest."

Pedir mi ayuda podría haberse considerado razonable en circunstancias más afortunadas, pero Ehrenfest no tenía recursos para andar preocupándose por esas cosas. Ferdinand vivía ahora en Ahrensbach, aún estábamos lidiando con las secuelas de la purga, y el ducado sufría una falta tanto de maná como de mano de obra.

Hartmut miró fijamente a Sylvester. "Existe una posibilidad muy real de que Lady Rozemyne nos sea robada — la familia real o el Templo de la Soberanía sólo necesitan encontrar una excusa que los demás ducados acepten. Si esperamos priorizar su seguridad por encima de todo, entonces debemos considerar rechazar esta petición para que ayude en la biblioteca."

La mayoría de los adultos retrocedieron ante la mera idea de oponerse a la familia real. Pero mientras murmuraban su desaprobación, Sylvester cerró los ojos y contempló la situación.

"Sé que muchos de vosotros piensan que sería demasiado descortés por nuestra parte rechazar a la familia real", dijo finalmente, "pero voy a protestar si es necesario. Incluso sacaré a relucir cómo nos extorsionaron para llevarse a Ferdinand."

"Se lo agradezco", respondió Hartmut.

"¡Estuvo *fenomenal*, Lady Rozemyne!" exclamó Clarissa en cuanto nos sentamos a comer. Había asistido a la ceremonia como miembro de Ehrenfest y estaba realmente embelesada. "¡Todos tus movimientos fueron tan trascendentalmente elegantes! Y su deslumbrante traje blanco — ¡oh, cómo destacabas en medio de aquel mar azul! Todas las miradas se dirigían naturalmente hacia usted, y—"

"Clarissa. Cálmate", dijo Otilie. "Ese 'mar azul cansado' eran los caballeros guardianes de Lady Rozemyne. De hecho, apenas podías verla cuando estaba rodeada."

"¿Ni siquiera tenías los ojos abiertos?!" exclamó Clarissa, negándose a prestar la menor atención a la advertencia de Otilie. "¿No viste la forma divina de Lady Rozemyne? ¿No fuiste testigo de la deidad y la compasión que irradiaba su expresión? No tengo palabras."

Como yo. ¿En serio le asignaste tanto significado a una simple expresión?

"Cuando vi a Hartmut coger la mano de Lady Rozemyne y guiarla hasta el escenario, sentí que Eifersuneid se soltaba el pelo y extendía su capa. Oh, pero entonces Lady Rozemyne empezó a hablar a los dioses supremos, y mi atención se fijó en su bonita y cautivadora voz — ¡un regalo de Kunstzeal, nada menos!".

Er... lo siento, Clarissa. Me doy cuenta de que me estás haciendo un cumplido, pero no tengo ni idea de lo que intentas decir. ¿Es bueno que Eifersuneid se suelte el pelo? ¿O es la parte de su capa lo que más importa?

Con el texto escrito, podía observar el flujo de cada línea y luego extrapolar el significado a partir de ahí. Eso no era posible cuando escuchaba a alguien hablar; las palabras salían todas a la vez y no había tiempo para analizarlas cuando se esperaba de ti una respuesta rápida. Para empeorar las cosas, a veces una persona mencionaba a uno de los dioses y luego empezaba a mencionar a varios más antes de que pudieras entender el primero. Todo era demasiado confuso.

Sálvame, Otilie...

Me volví hacia mi posible salvadora, pero ya había vuelto a comer — señal de que había renunciado por completo a calmar a Clarissa. Mientras tanto, Hartmut echaba leña al fuego, salpicando la conversación con pequeños comentarios sobre lo que había visto desde el santuario.

"Efectivamente, se puede decir a simple vista que Lady Rozemyne es un avatar divino de Mestionora", dijo, "y parecía totalmente como si los dioses supremos respondieran a su llamada. ¿Cómo podría alguien olvidar cómo la capa de la Oscuridad ondeaba en el aire? Se podrían llenar muchos libros intentando captar la divinidad de aquel momento en que recreó el cielo nocturno. ¿No estás de acuerdo en que incluso Grammaratur tendría dificultades para expresar con palabras la belleza de la escena?"

"¡Sí, de verdad!" se regocijó Clarissa. "Las estrellas centelleaban en lo más profundo del seno del Dios de la Oscuridad, mientras que la Diosa de la Luz..."

No entiendo... Voy a dejarlos en su pequeño mundo.

Sin embargo, había algo que tenía muy claro: Hartmut y Clarissa eran el uno para el otro. Los dejé con su parloteo entusiasmado y me volví hacia Lieseleta, que también había ido al auditorio a ver la ceremonia.

"¿Qué te ha parecido? le pregunté. "Las ceremonias en la Academia Real son siempre tan elegantes, ¿verdad?" Esperaba conseguir su asentimiento como alguien que una vez había sido mi compañera de estudios, pero en lugar de eso me dedicó una sonrisa preocupada.

"Lady Rozemyne, la palabra 'elegante' es menos que ideal... Yo sugeriría 'maravilloso' o quizá 'místico.' Realmente fue un espectáculo para la vista."

"¡Sí, místico!" exclamó Clarissa, con sus ojos azules brillando al entrometerse en nuestra conversación. "¡Los dioses místicos se hicieron presentes! ¡Prácticamente podíamos sentirlos entre nosotros! No esperaba menos de usted, Lady Rozemyne. Puedes conversar incluso con los propios dioses."

"No era a eso a lo que nos referíamos..." Le dije. "Clarissa, ¿no deberías dejar toda esta efusividad sobre la ceremonia para más tarde, cuando puedas hablar más libremente de ella con Hartmut? Por ahora, céntrate en la comida. No te has tomado ni un momento para saborearla."

El almuerzo de hoy era especialmente extravagante, pues servía tanto para celebrar el inicio de la Conferencia de Archiduques como para que los nobles del ducado socializaran. El delirio de Clarissa había pasado de ser divertido a convertirse en un molesto zumbido en mis oídos, razón por la cual le había sugerido indirectamente que lo abotonara.

"No se preocupe — cualquier comida es deliciosa mientras pueda comerla mientras hablo de usted, Lady Rozemyne."

"Entiendo. Entonces, ¿deberíamos pedir a los cocineros que empiecen a prepararle platos menos apetitosos?"

"Mis disculpas. Comeré tranquilamente."

Se oyeron suspiros de alivio cuando Clarissa por fin dejó de divagar. No pude evitar preguntarme cómo Dunkelfelger había conseguido aguantarla tanto tiempo.

Comenzaba un nuevo día. Según los informes que había recibido, Ehrenfest había recibido un montón de preguntas muy curiosas durante las reuniones de la tarde anterior, pero todas habían sido evitadas con el uso de tres respuestas de plantilla: "Fue a petición de la familia real que incluyó esas costumbres ancestrales", "El pilar de luz era de naturaleza idéntica al que Dunkelfelger produjo durante el Torneo Interducados y "Por favor, pregunten a la familia real por cualquier detalle adicional". También habíamos recibido más invitaciones a comidas que el año pasado, pero no era nada que no pudiéramos gestionar, aparentemente.

"Hartmut, Clarissa, por favor, cumplan con sus deberes como eruditos con la máxima diligencia", dije.

"Entendido."

Despedí a los adultos al tercer timbre y me quedé leyendo en mi habitación. Sólo iría a la biblioteca cuando todos hubieran llegado a sus destinos y los pasillos estuvieran en silencio.

"Lady Hannelore estará allí", dije, "así que no olvides traer el tercer volumen de *La Historia de Fernestine*."

Los caballeros guardianes celebraron una reunión mientras Lieseleta y Otilie se preparaban.

"Sólo los archicaballeros pueden entrar en el archivo subterráneo, así que Leonore y yo acompañaremos a Lady Rozemyne", dijo Cornelius. "Damuel, Angelica, monten guardia fuera de la biblioteca mientras estamos dentro."

"Si llega alguien sospechoso, infórmennos enseguida", añadió Leonore. "No podremos huir ni escondernos sin antes abandonar el archivo. Aunque no quiero ni imaginarme qué tipo de alboroto desataría Lady Rozemyne si la biblioteca fuera utilizada como campo de batalla."

Damuel y Angelica asintieron.

"Prefiero con mucho el sonido de vigilar la biblioteca a pasar el día allí", declaró alegremente Angélica, en cuyo momento un ordonnanz de Solange entró volando en la habitación. Hannelore había llegado.

"Vamos, pues."

Y así, con mis cuatro caballeros guardianes y dos asistentes a cuestas, me dirigí a la biblioteca.

"Aquí, milady."

"Mana por favor, milady."

Schwartz y Weiss habían venido a darme la bienvenida, así que les acaricié la frente y les suministré maná. Lieseleta esbozó una sonrisa al ver a los shumils, pero Otilie se los quedó mirando; ninguna advertencia podría haberla preparado para ver cómo las herramientas mágicas de la biblioteca me saludaban como su lady.

"Lady Rozemyne. Bienvenida", dijo Solange. "Todos están esperando en el despacho. Hay tanta gente hoy que debo pedirte que no traigas más de tres asistentes contigo."

Resultó que Hannelore no era la única que había llegado; la familia real también estaba aquí. Damuel y Angélica salieron de la biblioteca para vigilar la puerta, mientras Lieseleta sonreía y se alejaba para preparar el té. Eso me dejó con Otilie, Cornelius y Leonore.

Entré en el despacho con mis tres asistentes y me encontré con Anastasius, Eglantine, Hildebrand y Hannelore. También estaba con ellos una mujer que no reconocí. Llevaba el pelo recogido y era de un color muy parecido al de Hildebrand, mientras que sus ojos eran más rojos que los de Hannelore y sugerían una personalidad fuerte y despiadada. Probablemente tendría unos veinte años.

"Así que, Rozemyne", dijo Anastasius, "la ceremonia de ayer tomó un tinte inusual. Lo esperábamos, pero produjo resultados aún mejores de lo que habíamos previsto."

¿Qué significa eso...?

No sabía a qué se refería Anastasius. Sin embargo, parecía ser positivo, así que decidí no darle más vueltas. En su lugar, le hice una señal con los ojos para que me presentara a la nueva mujer.

"Aah, ella es Lady Magdalene, la tercera esposa de Padre y madre de Hildebrand. Como miembro de Dunkelfelger, conoce bien la lengua antigua y contribuirá a las traducciones de hoy."

De inmediato, me arrodillé ante ella y realicé el saludo habitual. "Soy Rozemyne, candidata a archiduque de Ehrenfest. ¿Puedo pedir una bendición en agradecimiento por este encuentro fortuito, ordenado por los ríos puros que fluyen de Flutrane, la Diosa del Agua?"

"Puedes hacerlo. Lady Rozemyne... He oído hablar mucho de usted a los príncipes y estoy encantado de que por fin podamos conocernos. Espero con interés trabajar con usted durante esta Conferencia de Archiduces."

Era hora de moverse. Atravesamos el archivo de estanterías cerradas y bajamos al sótano. Hortensia iba en cabeza, ya que era archibibliotecaria, y Schwartz y Weiss la seguían a saltitos. Incluso ahora, el estatus era importante. Vi cómo los miembros de la realeza hablaban con sus asistentes, que esperaban fuera, y luego bajé.

"He oído hablar de este lugar, pero aún me sorprende que exista debajo de la biblioteca..." Cornelius dijo con una expresión notablemente severa. Luego murmuró que Leonore había tenido razón al decir que no tendríamos adónde huir si nos atacaban.

Hortensia, Hannelore y yo introdujimos nuestras llaves en la pared de aspecto metálico, que se cubrió de complejos patrones mientras líneas de maná recorrían su superficie. Entonces, con un crujido, se dividió en tres secciones giratorias. Ver aparecer el archivo subterráneo tras la pared transparente siempre me aceleraba el corazón.

Schwartz entró, mientras Weiss esperaba fuera — como era habitual. A los asistentes no se les permitía ir más lejos, y todos los demás me superaban en estatus, así que tenía que entrar a continuación para demostrar que era seguro. Cogí papel y tinta y atravesé la pared transparente.

"Milady. No hay suficiente oración", dijo Schwartz, como de costumbre.

"Trabajaré en ello", respondí mientras colocaba tinta y papel sobre la mesa.

"Hannelore. No hay suficientes elementos. No hay suficiente oración."

Hannelore también estaba acostumbrada al comentario de Schwartz. Lo ignoró y en su lugar preparó algunos utensilios de escritura.

"Oh, ¿Príncipe Hildebrand?"

Después de girarse para ver quién venía a continuación, había visto a Hildebrand alcanzar la pared transparente con una expresión tensa en el rostro. Había sido derribado durante su intento anterior, pero ahora pasó sin incidentes.

"Hildebrand. No hay suficientes elementos. No hay suficiente oración."

"He entrado..." Hildebrand murmuró. No había reaccionado lo más mínimo ante Schwartz, sino que se limitaba a mirarse las manos, con una expresión mezcla de sorpresa y alegría. Al cabo de un momento, se volvió hacia Magdalena, que entraba tras él, y gritó: "¡He entrado, madre!"

"Bien hecho, Hildebrand. Tu duro trabajo ha merecido la pena."

"Magdalena. No hay suficientes elementos. No hay suficiente oración."

Resulta que Hildebrand le había dicho al rey que quería obtener más maná para poder ayudar en todo lo posible, lo que había hecho que le enseñaran el método de compresión de maná de la familia real. Su madre, Magdalena, también le había enseñado un método de compresión de maná de los Dunkelfelger.

"También aprendí algunas letras antiguas", dijo, "ya que quiero poder ayudar a transcribir los documentos."

Por supuesto, había otros nobles de la soberanía que sabían leer la lengua antigua, pero no podían entrar en el archivo. Hildebrand se limitaría a transcribir los documentos tal cual, y sus transcripciones se traducirían más adelante.

Magdalena se rió. "El rey Trauerqual también me pidió que entrara, así que participé en mi primera lección de repaso de lengua antigua en bastante tiempo."

A continuación entraron Eglantine y Anastasius.

"Eglantine. No rezas lo suficiente."

"Anastasius. No hay suficiente oración."

"Hmm. Su mensaje cambió", dijo Anastasius. "Repetir el ritual de protección divina completó mis elementos después de todo. Sigiswald debería recibir una nueva evaluación también."

La familia real también había repetido el ritual — y, en el proceso, tanto Anastasius como Eglantine se habían convertido aparentemente en omni-elementales.

"¿Es eso realmente cierto, Príncipe Anastasius?" pregunté. "¿Ahora tienes todos los elementos?"

"Así es. Tú nos enseñaste que rezar mientras reponíamos el maná produciría esos resultados, ¿verdad? Como recé a los dioses sin falta al suministrar maná durante el invierno, se me concedieron cuatro nuevas protecciones divinas."

Mientras tanto, Eglantine había ganado dos. Volverían a repetir la ceremonia el año que viene.

"Vaya. ¿Usted también se convirtió en omni-elemental, Lady Eglantine?" preguntó Hannelore. "¿Significa eso que también podré obtener más protecciones divinas cuando me gradúe?"

Eglantine se puso una mano en la mejilla y negó lentamente con la cabeza. "Para empezar, yo era omni-elemental."

"Obtener más protecciones divinas y elementos es importante, pero podemos ganar mucho más transcribiendo y traduciendo los documentos que hay aquí", continuó Anastasius.

"Ahora, démonos prisa y pongámonos a trabajar. Eglantine y yo tenemos planes esta tarde, así que el tiempo es esencial."

Siguiendo sus instrucciones, comenzamos nuestro trabajo de traducción y transcripción de las pizarras blancas. Magdalena, Hannelore y yo nos dedicamos a traducirlas, mientras Anastasius, Eglantine e Hildebrand las transcribían palabra por palabra. Este último grupo acababa de empezar sus estudios, por lo que les habría llevado demasiado tiempo intentar algo más.

Trabajamos en silencio, haciendo pausas cuando las necesitábamos, y llegamos a la cuarta campanada.

"Esto es todo por nuestra parte", anunció Anastasius. "Comprendo que trabajar durante tanto tiempo puede resultar cansado, pero debo pedirles que continúen durante toda la tarde." Luego se despidió, junto con Eglantine y sus asistentes.

Hannelore y yo íbamos a almorzar fuera del archivo subterráneo, en un área de descanso especialmente preparada. Aún éramos menores de edad, así que no queríamos que ningún noble nos viera deambulando durante la Conferencia de Archiduques. La familia real también quería mantener en secreto que contrataba los servicios de simples estudiantes, ya que una noticia así no beneficiaría en nada a su reputación.

En un principio, Magdalena e Hildebrand tenían intención de regresar a sus villas, pero al final decidieron comer también en el archivo. Sus asistentes les estaban preparando la comida.

Magdalena cogió los cubiertos. "Está bastante lejos de la villa, y no sería respetable que yo, la tercera esposa, fuera vista deambulando por la Academia Real durante la Conferencia de Archiduques. Permítame acompañarlas." Parecía que había estado evitando activamente el ojo público en un intento de apuntalar a la primera esposa. Si llamaba más la atención, la gente inevitablemente empezaría a presionar para que la nombraran primera esposa en su lugar — sobre todo porque era de Dunkelfelger.

La primera esposa de los Zent es de... ¿Gilessenmeyer, creo? Es un ducado medio más que uno grande, y ocupa el cuarto lugar en la clasificación. Por supuesto, la gente preferiría Magdalena.

Magdalena había pasado años evitando la Conferencia de Archiduques, así que cualquiera que la viera ahora supondría que estaba trabajando en la sombra o filtrando información a su ducado natal. Nunca se sabía cuándo podían surgir esos rumores.

"En esta época del año, un picnic al aire libre sería delicioso", comentó Magdalena. "Pero, por desgracia, no hay enemigo más molesto que ese ser informe que es la sociedad. Lady Rozemyne, Lady Hannelore, tengan cuidado."

Asentí y dije: "Les agradezco mucho su advertencia."

"Por cierto, Lady Rozemyne... Quería preguntarle sobre la ceremonia de ayer. No pude ir al auditorio, así que me perdí un acontecimiento aparentemente maravilloso."

Hildebrand y Hannelore asintieron, con los ojos brillantes de interés. Eran menores de edad, así que tampoco habían podido asistir.

"Yo también quería verlo", dijo Hildebrand. "Padre describió la visión de la luz radiante que atravesaba el cielo nocturno como la divinidad misma."

Hannelore soltó una risita. "La escena era tan hermosa que mi hermano regresó con un deseo irrefrenable de pintarla. Estoy impaciente por ver lo que produce. Sin embargo, su entusiasmo le valió una reprimenda de mi madre — que le dijo que debería esperar a que terminara la conferencia antes de obsesionarse con su arte."

"Y, por supuesto", continuó Magdalena, "un tenue círculo mágico surgió durante unos instantes en el escenario donde el Príncipe Sigiswald y Lady Adolphine recibieron su bendición. Algunos incluso han empezado a decir que el príncipe ha sido reconocido por los dioses como el próximo Zent."

"¿Surgió un círculo mágico en el escenario?" repetí, quedándome inmóvil con el tenedor a medio camino de la boca. El trozo de carne que estaba a punto de comer cayó de nuevo en el plato, pero estaba tan sorprendida por la noticia que ni siquiera me di cuenta.

Los ojos de Hannelore se abrieron de par en par. "¿No has visto el círculo, Lady Rozemyne? Todo el mundo de nuestro ducado ha estado hablando de ello. Estabas celebrando la ceremonia desde el santuario, ¿verdad?"

Hice una pausa, tomándome un momento para reflexionar sobre todo lo que había ocurrido. "Estaba mirando hacia arriba — como es costumbre cuando se reza — así que no vi el escenario en absoluto."

"¿Y nadie de Ehrenfest lo mencionó siquiera?" Preguntó Magdalena con cara de sorpresa. Desde luego, no había oído ninguna noticia de ese tipo ayer en el dormitorio.

"Erm, fue ayer por la mañana cuando el Templo de la Soberanía me dijo que realizara el ritual al estilo tradicional", dije. "Ehrenfest no sabía nada al respecto antes de que sucediera realmente, así que pasamos la mayor parte de la hora del almuerzo discutiendo lo que había hecho y cómo responder a las inevitables preguntas de los nobles de otros ducados. Además, Clarissa y Hartmut..."

"Podemos extrapolar el resto", dijo Hannelore. "Sólo hablan de ti, ¿verdad?"

En efecto, siempre se fijaban en mis acciones, y ayer no había sido una excepción. Sus alabanzas se habían convertido en un tedioso estribillo que se repetía una y otra vez. Leberecht había acabado regañándoles por ello antes incluso de llegar a la hora de la cena.

"Recibimos tantas peticiones por la tarde que, a la hora de la cena, todo el mundo hablaba sólo de cómo atenderlas. La ceremonia en sí no recibió ni siquiera una mención. Es la primera vez que oigo que surgió un círculo mágico."

Realmente parece que soy la última persona en enterarse, a pesar de que fui yo quien celebró la ceremonia.

Si realmente ése había sido el círculo mágico para seleccionar a los candidatos a Zent, entonces entiendo por qué el Templo de la Soberanía estaba tan desesperado por revivir las antiguas costumbres. El comentario de Anastasius sobre que los resultados habían sido incluso mejores de lo esperado también tenía mucho más sentido.

"Lo plantearé en la cena", dije. "La ignorancia sobre este tema sólo me traerá perjuicios de cara al futuro."

Después de comer, volví al trabajo, traduciendo y modernizando línea tras línea las antiguas pizarras. Realmente era divertido poder leer textos completamente nuevos.

"¡Lady Rozemyne!" llamó Magdalena, sacudiéndome bruscamente por los hombros. La miré sobresaltada, y ella continuó: "Sus asistentes han recibido una ordonnanz. Abandonemos el archivo."

Así lo hicimos y nos reunimos con Cornelius. Le dio las gracias a Magdalena, luego transmitió lo que la correspondencia de Damuel había dicho:

"Parece que Lady Detlinde de Ahrensbach ha venido a la biblioteca."

"Se convirtió en candidata a Zent tras activar el círculo mágico durante su ceremonia de mayoría de edad", añadió Leonore. "Podría ser que viniera aquí para obtener los conocimientos necesarios para ocupar el trono."

Magdalena parpadeó. "Pero pocos saben siquiera que el archivo existe."

"Puede que eso no sea cierto", dije. "Lord Ferdinand no lo veía como un secreto a guardar, sino como un lugar en el que cualquier candidato a archiduque podía entrar, siempre que cumpliera las condiciones adecuadas. Si partimos de la base de que todo tipo de miembros de la realeza y candidatos a archiduque frecuentaron alguna vez el archivo, entonces tendría todo el sentido del mundo conocerlo."

"Sí, podría ser el caso..." murmuró Magdalena, aunque no parecía del todo convencida. Entonces sus labios se curvaron en una sonrisa, como si se hubiera dado cuenta de algo. "Hace tiempo que quería hablar con esta Lady Detlinde, que dice ser candidata a Zent."

Dejadme esta situación a mí, Lady Rozemyne. Tú, Hildebrand, y Lady Hannelore pueden continuar su trabajo."

06 - Candidatos a Zent.

Estaba a punto de volver al archivo, decidida a dejarlo todo en las hábiles manos de Magdalena, cuando Hannelore llamó tímidamente: “E-Erm, Lady Magdalena...”.

“¿Sí, Lady Hannelore?”

“En lugar de seguir trabajando en el archivo, tal vez deberíamos... escondernos, o algo por el estilo, para no cruzarnos con Lady Detlinde. ¿No deberíamos mantener en secreto nuestro trabajo aquí?”

Magdalena se quedó pensativa. “Lo más seguro sería que se quedaran aquí, ya que no sabemos cuántos guardias ha traído Lady Detlinde ni qué pretende hacer... pero en gran medida tienes razón”.

Si nos quedábamos aquí, daría igual cuántos guardias acompañaran a Detlinde; ninguno de ellos podría entrar con ella en el archivo. Eso lo convertía en el lugar más seguro para nosotros, pero evitar la detección por completo seguía siendo el mejor resultado.

“Un encuentro en las escaleras resultaría lo más peligroso de todo...” dijo Leonore. Todos nos quedamos sin palabras, pero la repentina aparición de un ordonnanz nos devolvió la cordura. Se posó en la muñeca de Magdalena y empezó a transmitir un mensaje de Solange. Hablaba en voz baja, como si le preocupara quién pudiera oírla.

“Soy Solange. Lady Detlinde viene a mi despacho para recibir su inscripción en la biblioteca. Si desea mantener a los pequeños fuera de la vista, escóndalos al fondo del archivo de estanterías cerradas. Les ayudaré a salir por otra salida más tarde”.

Solange sabía que íbamos a almorzar aquí, en el archivo subterráneo, y por eso se había tomado la molestia de ponerse en contacto con nosotros. Si podía hacernos ganar tiempo y ayudarnos a escapar, nos estaría haciendo un gran favor.

Y yo que pensaba que me iba a pasar todo el día en el archivo. Maldita seas, Lady Detlinde.

“Si usted también desea evitarla, Lady Magdalena, podríamos escondernos todos juntos”, sugerí.

Ella negó con la cabeza. “No, sería extraño que el archivo estuviera abierto sin nadie dentro. Además, debo averiguar quién y cuándo informó a Lady Detlinde de la existencia de este archivo. Ella no debería conocer un lugar que ni siquiera la familia real superviviente conocía. También podemos suponer que fue un descubrimiento reciente para ella; de lo contrario, se habría registrado mientras era estudiante”.

Cierto... Si hubiera conocido el archivo antes, ¿por qué no se habría inscrito en la biblioteca?

“Incluso después de que la profesora Solange les guíe al exterior”, continuó Magdalena, “tengan cuidado de no acercarse al edificio central. Es posible que los que han terminado de

comer aún estén en los pasillos. Enviaré un ordonnanz en cuanto Lady Detlinde abandone la biblioteca”.

Asentí, le entregué mis traducciones y recogí mis cosas preparándome para partir. Mientras tanto, Cornelius envió ordonnanzes a mis asistentes, advirtiéndoles que no volvieran a la biblioteca por el momento.

“Solo yo me ocuparé de Lady Detlinde”, anunció Magdalena con una sonrisa. “Hildebrand, no retrases a los demás”. Ella lo confió a sus caballeros guardianes, luego nos apresuró a todos a salir de la habitación.

Nos precipitamos escaleras arriba. La puerta que conducía al archivo cerrado había quedado desbloqueada para nuestros asistentes, así que no tuvimos ningún problema por ese lado.

Cornelius estaba junto a la entrada de la sala de lectura y escaneaba el archivo en busca de puntos ciegos. “Príncipe Hildebrand, escóndase allí, detrás de las estanterías más alejadas. Los de Dunkelfelger, hagan lo mismo. Lady Rozemyne, acérquese a esta estantería de aquí — y tenga cuidado de no salir de detrás de ella”.

Las estanterías del archivo de pila cerrada, donde se guardaban tantos documentos valiosos, tenían todas paneles traseros sólidos, lo que significaba que eran perfectas para esconderse detrás de ellas. Hildebrand y Hannelore estaban al fondo de la sala, ya que tenían muchos asistentes, mientras que mi séquito y yo esperábamos detrás de una estantería más cercana a la entrada.

“¿Aún no han terminado...?”

No importaba cuánto esperáramos, Detlinde nunca aparecía. Agradecí que Solange nos hiciera ganar tiempo, pero quedarnos completamente quietos empezaba a doler.

“La puerta está desbloqueada para que puedan pasar los asistentes. Permanezcan en silencio, podrían entrar en cualquier momento”.

Quiero leer los libros aquíííí...

Había tantos títulos nuevos ante mis ojos, y no poder profundizar en ellos era agonizante.

Oh, ¿Y si prometo guardar silencio? ¿Puedo leer entonces? ¿No? Me lo imaginaba. Sabía que esa sería la respuesta, pero valía la pena intentarlo.

Decidí morderme la lengua, consciente de que mi petición no haría más que molestar a mis asistentes — y fue entonces cuando la puerta se abrió con un chasquido. Una luz brillante entró en el archivo cerrado.

“Vaya. ¿Y esa carta era la razón por la que has venido?” Preguntó Solange, con su voz suave llenando la habitación. Se aseguraba a propósito de que supiéramos el motivo de la visita de Detlinde.

“Efectivamente. No sé quién la envió, pero dijeron que deseaban sinceramente que me convirtiera en la próxima Zent y que esta biblioteca contenía información crucial para convertirme en la próxima gobernante del país. Seguramente fue un regalo de los dioses”.

Espera un segundo... ¿Viniste hasta aquí simplemente porque una carta anónima te lo dijo...? ¡¿No es ridículamente desconsiderado para un candidato a archiduque?!

Lo sabía precisamente porque había recibido muchas críticas por mis propias acciones irreflexivas. Si hubiera hecho lo que Detlinde estaba haciendo ahora, seguro que Ferdinand me habría dado un escarmiento. Para empezar, me sorprendió que ella hubiera recibido la carta, teniendo en cuenta que toda correspondencia de este tipo debía pasar por los asistentes.

Es un comportamiento impensable para un candidato a archiduque, pero me sorprende más que haya encontrado lo que buscaba.

Ferdinand había dicho que Detlinde no pudo activar el círculo mágico porque no tenía suficiente maná — pero si realmente quería convertirse en la próxima Zent, había venido al lugar adecuado.

“La carta mencionaba que la biblioteca de la Academia Real abre durante la Conferencia de Archiduques, así que aquí estoy”, dijo Detlinde. “Las reuniones y las fiestas del té siguen llenando mi agenda mientras hablamos; si no hubiera aprovechado esta oportunidad para venir, ¿quién sabe cuánto tiempo habría tenido que esperar?”

Era raro que alguien estuviera tan ocupado desde el principio de la Conferencia de Archiduques. Durante los primeros días, las parejas archiducuales de cada ducado se reunían, y solo entonces se cursaban invitaciones y se hacían planes. La agenda de cada uno solía empezar bastante vacía y luego se iba llenando con el tiempo.

En la época en que Ehrenfest ocupaba los últimos puestos de la clasificación, nuestros nobles habían recibido tan pocas invitaciones que muchos se habían planteado volver a casa antes de tiempo. Sin embargo, ya no era así; Sylvester me había informado de que las agendas de todos estaban completamente llenas.

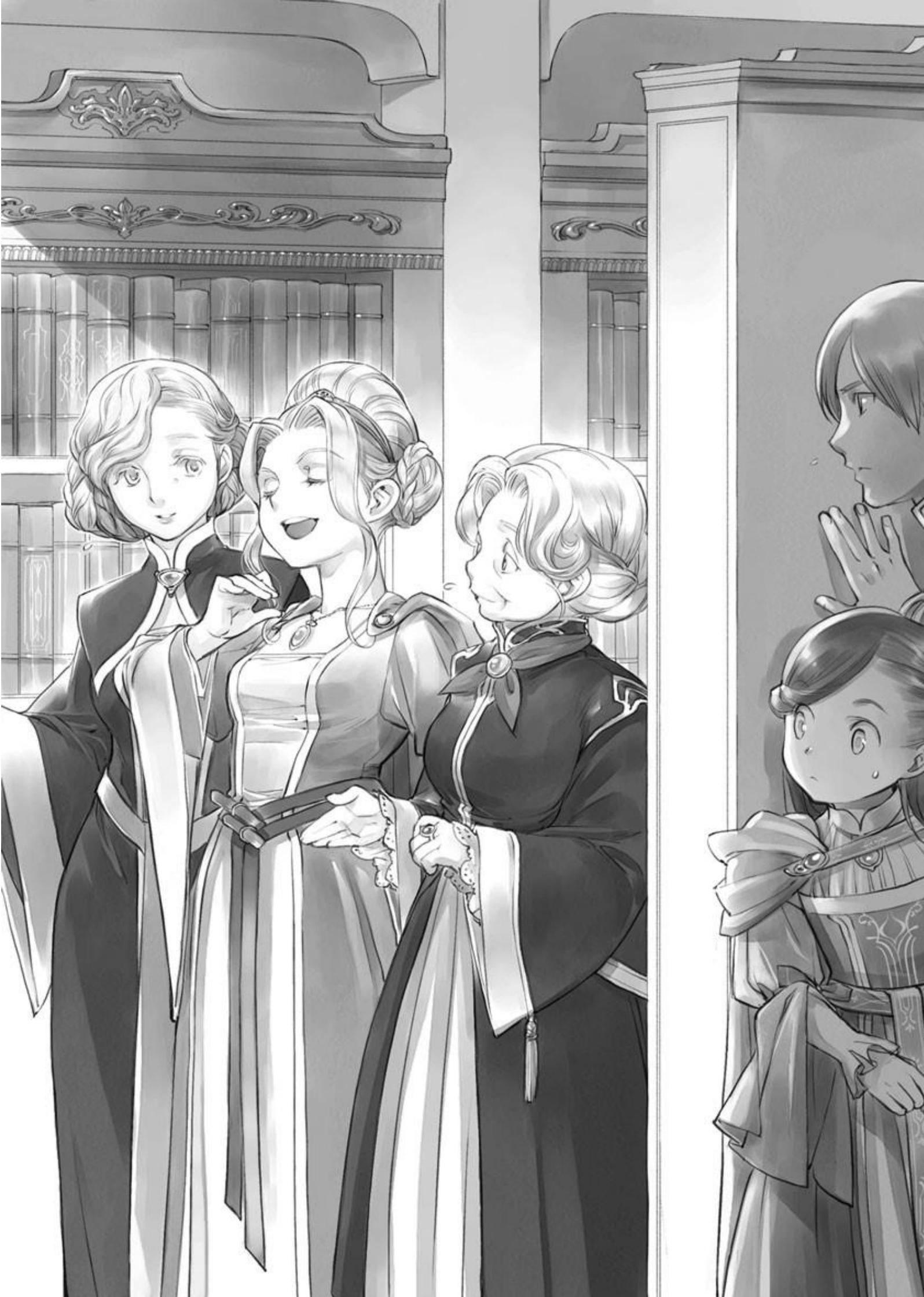
En otras palabras, no podrá marcharse y luego aparecer heroicamente en otro lugar como hacía cuando yo era una aprendiz de doncella de santuario azul.

Detlinde continuó: “El príncipe Sigiswald activó el círculo mágico durante su Ceremonia de Unión de las Estrellas. Es lógico, pues, que la familia real también acuda a este archivo subterráneo durante la conferencia. Simplemente no puedo permitir que el príncipe se me adelante — no cuando fui reconocida como candidata a Zent primero”.

Hortensia esbozó una sonrisa conflictiva y dijo con voz castigadora: “Esas expresiones pueden considerarse una falta de respeto a la familia real”.

En respuesta, Detlinde soltó una risita. “Una familia sin la Grutrissheit difícilmente puede considerarse auténtica realeza. Fui elegida por los dioses — y, por su voluntad, me convertiré

en una verdadera Zent”. No estaba segura de dónde provenía su confianza, pero su risa aguda resonó en todo el archivo cerrado.



“Pero tú eres la próxima Aub Ahrensbach, ¿no?”

“Por ahora, pero obtendré la Grutrissheit antes de convertirme en aub”.

Los asistentes de Detlinde no habían dicho una palabra en todo este tiempo. No estaba segura de por qué — quizá le creían, o quizá corregirla era un esfuerzo tan inútil que fingían no oírla — pero era una muy mala jugada. A este paso, la iban a encarcelar por traición, y a Ferdinand junto a ella.

Hortensia se aclaró la garganta, poniendo fin por fin a la risa desgarradora. “Lady Detlinde, si me permite una pregunta...” Luego, con voz deliberadamente clara, continuó: “¿Están floreciendo este año las flores del Schlaftraum tan hermosamente como siempre?”

“¿Las flores del Schlaftraum?”

“¿No las conoce? Solo se consiguen en Ahrensbach, y a mi marido le gustan mucho. Pregúntele por ellas a Lady Georgine la próxima vez que tenga ocasión”.

Hortensia condujo a Detlinde y a sus asistentes escaleras abajo y desaparecieron de su vista.

¿Qué son las flores del Schlaftraum? ¿Lady Detlinde no las conoce, pero Lady Georgine sí? Hortensia está casada con Raublut, el comandante de los Caballeros de la Soberanía, ¿verdad?

Schlaftraum era el Dios de los Sueños, lo que probablemente era una pista. No dudaba de que fuera algún tipo de código secreto que los nobles utilizaban cuando querían ser discretos, o parecer poco llamativos, o tantear el terreno para ver cuánto sabía la otra persona.

Tal vez debería preguntarle a Ferdinand. Aunque quizá no fuera una decisión inteligente...

Me parecía poco inteligente escribirle inmediatamente después de que me dijeran que redujera al mínimo el contacto con él, pero este peso me parecía demasiado pesado para soportarlo yo sola. De repente se habían mencionado dos nombres muy importantes: Georgine, que apuntaba a Ehrenfest, y Raublut, que había enviado a Ferdinand a Ahrensbach por sospechas de traición. Hasta yo me daba cuenta de que se trataba de un problema grave y potencialmente peligroso.

Como esto tiene algo que ver con Georgine, tendré que discutirlo también con Sylvester, pero eso no hace falta decirlo.

En cuanto a Raublut, no estaba seguro de que Sylvester lo conociera. Solo había interactuado con él cuando me citaron en la Academia Real por lo de la biblia, y cuando vino a la biblioteca y me reveló que Ferdinand era una semilla de Adalgisa.

Espero poder explicar los acontecimientos de hoy manteniendo en secreto todo lo de Adalgisa.

Un ruido repentino me sacó de mis pensamientos cuando Solange cerró la puerta del sótano. La cerró con llave, luego se dio la vuelta y dijo: “¿Están todos ahí?”

“Sí, profesora Solange”.

“Hay otra salida por aquí”.

Nos llevó al exterior a través de una salida de emergencia. Pasar de la penumbra del archivo a la luz del exterior hizo que me escocieran los ojos.

“Esta es la parte trasera de la biblioteca. Da la casualidad de que está enfrente del edificio central, así que, mientras no monten en sus bestias altas, nadie debería verlos”.

¿Así que este era el jardín de la biblioteca? Pude ver mesas y sillas en su sitio, pero la hierba crecida había empezado a tragárselas. Supuse que alguna vez había servido para que los bibliotecarios descansaran y tomaran el té, cuando la biblioteca no tenía tan poco personal.

“Tal vez podrías pasear un poco mientras esperas a que Lady Detlinde se marche”, sugirió Solange. “Pasar todo un día bajo tierra seguramente sería malo para la salud. En cualquier caso, no puedo quedarme aquí con usted; debo cerrar las puertas del archivo y volver a mi despacho”.

Solange regresó entonces a la biblioteca. Habíamos conseguido evitar a Detlinde, pero era demasiado esperar que me quedara dando vueltas hasta que ella se marchara.

Si al menos hubiera sacado un libro...

Pero bueno... de nada servía llorar sobre la leche derramada. Me quedé mirando a lo lejos, aturdida, mientras Hannelore recorría el jardín, evidentemente preocupada.

“Con este tiempo tan agradable me gustaría que pudiéramos hacer un picnic”, dijo, “pero nos hemos dejado el té y los dulces en el archivo subterráneo. ¿Cómo pasaremos el tiempo?”

Arthur, el asistente jefe de Hildebrand, examinó nerviosamente nuestro entorno. “Lady Hannelore, aunque un picnic suena muy bien, debemos pensar en el peor de los casos y trasladarnos a un lugar más escondido. Si nos quedamos donde estamos ahora, podríamos ser visibles a través de las ventanas de la sala de lectura”.

“Estoy de acuerdo”, añadió Leonore. “No creo que nadie utilice los pupitres de la sala de lectura durante la Conferencia de Archidukes, pero el hecho es que estamos completamente expuestos. ¿Nos dirigimos hacia allí? Nadie debería vernos en el bosque”.

Señalaba hacia el extremo sur del jardín, hacia un denso grupo de árboles. La luz del sol se filtraba entre sus ramas, pintando el suelo del bosque con un complejo patrón de sombras. Desde luego, parecía más cómodo que permanecer a la intemperie.

“Leonore tiene razón”, dijo Otilie. “Lady Rozemyne, lo mejor para usted sería viajar allí en su bestia alta de una sola persona. Corre el riesgo de enfermarse bajo la intensidad de esta luz solar”.

“Creo que estás subestimando lo mucho más sana que estoy ahora...” murmuré, con los labios fruncidos. El segundo jureve había hecho maravillas conmigo. Era posible que Otilie

no fuera consciente de mi mejoría; no me había acompañado a la Academia Real, y yo pasaba la mayor parte del tiempo en Ehrenfest en el templo.

“Lady Rozemyne, soy consciente de que su salud mejora poco a poco, pero no ganamos nada corriendo riesgos innecesarios. Si cae enferma, tendrá que esperar bastante tiempo antes de poder volver a visitar el archivo”.

¡Es cierto, pero no lo digas delante del príncipe Hildebrand y de Lady Hannelore!

Miré en su dirección, conteniendo un grito. Como era de esperar, seguían traumatizados por haberme visto desplomarme; ellos y sus asistentes me empujaron hacia los árboles, con la sangre desaparecida de sus rostros.

“Rozemyne, puedes hacerlo”, dijo Hildebrand. “Puedes usar tu bestia alta. Si te pones enferma mientras nos ayudas, la familia real estará bastante perdida...”

Hannelore asintió. “El príncipe Hildebrand tiene razón. Según recuerdo, el dormitorio de Dunkelfelger está justo al sur de aquí. Quizá podamos verlo después de avanzar un poco por el bosque”.

No pude protestar más cuando incluso Hildebrand me presionaba para que usara mi bestia alta. Produje un pequeño Pandabus unipersonal y me dirigí al bosque con los demás. Era bastante molesto que yo fuera la única que no estaba de pie.

Esto no es justo. Definitivamente podía seguirle el ritmo al Príncipe Hildebrand.

Cornelius envió un ordonnanz, y nos reunimos con Damuel y Angelica justo al llegar al bosque. No me hacía mucha gracia que la sobreprotección de todos me hubiera presionado para usar mi bestia alta, pero nuestro paseo entre los árboles me dio un respiro muy necesario; el aire aquí debía de estar lleno de iones negativos.

“Es realmente extraño ver que la Academia Real no está cubierta de nieve”, dije, “pero este es un bosque bastante agradable”.

“En efecto”, coincidió Hannelore. “Es la primera vez que me fijo en su belleza. El verdor y las flores de colores contrastan maravillosamente con los edificios de marfil”. Al igual que yo, solo había visto la Academia Real durante el invierno, y estaba igualmente impresionada por su belleza primaveral.

Una vez que todos habíamos elogiado nuestro entorno, Hannelore empezó a contarme sus impresiones sobre *La Historia de Fernestine* hasta el momento. No había querido hablar de ella mientras estábamos con Magdalena.

“Tengo tanta, *tanta* curiosidad por saber qué pasará a continuación”, dijo temblando de expectación. “No puedo soportarlo. Si la pobre Fernestine no tiene un final feliz después de todo lo que ha pasado, entonces no sé qué hará Dunkel — um, qué haré yo...”

El segundo volumen había terminado con una nota tan cruel: Fernestine recibió la propuesta del príncipe, solo para que el rey se opusiera. Los planes de su suegra la casaron con otro hombre, lo que la hundió en un pozo sin fondo de desesperación.

“Hanelore, no tienes por qué afligirte”, le dijo Hildebrand con firmeza. “El príncipe vendrá a salvar a Fernestine. Su amor mutuo es tan puro que no hay mundo en el que él la abandone”. Estaba claro que él también estaba al día con la serie.

“¿Es cierto, Lady Rozemyne?”, preguntó Hanelore.

Ambos me miraban con ojos tan esperanzados que no pude evitar sonreír. “No veo razón para estropear la historia cuando pueden leerla por ustedes mismos. Me traje el tercer volumen a la Academia Real”.

“¡Vaya!”, exclamó Hanelore. “¿De veras? Estoy impaciente. Y...” Se tensó un poco. “Espero que este sea el último volumen”.

Asentí, y solo entonces sonrió aliviada.

“¿Qué es eso...?”, se preguntó en voz alta Angélica, que se había subido a un árbol para ver mejor nuestro entorno. “Veo un edificio blanco”. Ni siquiera pudimos vislumbrarlo nosotros, pero ella mencionó que no era especialmente grande.

“¿Podría ser el dormitorio de Dunkelfelger?” Le pregunté.

“No lo creo. Su dormitorio es más grande y está más lejos. Este edificio es tan pequeño y está tan cubierto de maleza que no se veía desde arriba”.

Nadie más parecía saber lo que Angélica había visto; los dormitorios de la Academia Real siempre llegaban por encima de las copas de los árboles. Cada uno tenía un sótano para los trabajadores y el almacén, un primer piso para el comedor y la sala común, un segundo piso para las habitaciones de los chicos, un tercer piso para las habitaciones de las chicas, y un cuarto piso que funcionaba más bien como un desván para almacenamiento extra. De ninguna manera podían describirse como “pequeñas”.

“Angélica”, le dije, “por favor, investiga, si puedes. Puede que haya una zona abierta alrededor del edificio donde podamos descansar”.

Al instante, utilizó magia de mejora física sobre sí misma y saltó ágilmente de una rama a otra, dirigiéndose hacia el edificio. Hanelore dio instrucciones similares a uno de sus guardias, que también salió corriendo.

“La puerta estaba cerrada y no se abría”, informó Angélica. “Estaba muy sucia y es de suponer que no se ha utilizado desde hace al menos una década”.

El guardia de Hanelore asintió. “Su existencia fue una sorpresa para todos nosotros, así que parece un lugar ideal para que descansemos mientras nos mantenemos fuera de la vista”.

Así que, siguiendo el consejo de nuestro escuadrón de reconocimiento, nos dirigimos al curioso edificio entre los árboles. Su aspecto desaliñado y la hierba crecida a su alrededor bastaban para demostrar que nadie había venido aquí en mucho tiempo.

“Los edificios de marfil no se degradan así cuando alguien les suministra maná. Realmente debe estar abandonado”.

“Y ciertamente es pequeño”, añadió Hildebrand. “¿Es el cobertizo de un guardabosques, tal vez?”

Arthur negó con la cabeza. “Esos son mucho más pequeños”. Aquel edificio era pequeño comparado con los dormitorios y los castillos, pero aún así era mucho más grande que un cobertizo de guardabosques o un pabellón. Tampoco tenía ventanas, por lo que no podíamos ver el interior.

El edificio era extraño, pero las estatuas a ambos lados de la puerta me recordaron a la entrada al templo desde el lado de la ciudad baja. “¿Podría ser un santuario?”, aventuré. “Recuerdo haber oído que mi abuelo destruyó una vez uno en las afueras de la Academia Real durante un partido de ditter de robo de tesoros. La profesora Solange también mencionó que un estudiante problemático hizo una vez travesuras en los santuarios de la Academia dedicados a los dioses — antes de su repentina desaparición, claro”.

Salí de Lessy y me acerqué al edificio. No estaría bien dejar un santuario dedicado a los dioses en un estado tan terrible.

“¿Lady Rozemyne?”

“Por ahora, lo limpiaré. No podemos sentarnos aquí a descansar mientras siga tan sucio”.

Era lógico que yo me ocupara de esto; Hildebrand y Hannelore habían llegado hasta aquí a pie y sin duda necesitaban descansar, mientras que yo había viajado en la comodidad de mi Pandabus. Metí la mano en la bolsa de cuero que llevaba en la cadera y saqué una hoja de papel fey con un círculo mágico.

“¿Qué es eso?”

“Un producto de la investigación de Clarissa”, dije. “Este círculo mágico hace que sea mucho más fácil lanzar hechizos sobre un área mayor”.

Creé mi schtappe y vertí maná en el círculo. El papel se elevó en el aire y empezó a brillar, momento en el que entoné: “*Waschen*”. En un instante, todo el edificio se vio envuelto en una enorme bola de agua. Después, el líquido desapareció tan rápido como había aparecido, dejando tras de sí un reluciente santuario de marfil.

“Y ahí lo tenemos”, anuncié.

“Es la primera vez que veo a un waschen limpiar un edificio entero de una vez”, tartamudeó Hannelore.

Después de ver a Ferdinand limpiar toda la parte baja de la ciudad tras el entwickeln, había supuesto que era práctica común utilizar waschens a gran escala. Por lo visto, no. Todos me miraban como si acabaran de presenciar un milagro.

“Por supuesto, no habría sido capaz de lograr tal hazaña sin el círculo mágico. Todo gracias a Clarissa, alabado sea su nombre. Ojojo...”

Intentaba desternillarme de risa cuando se me ocurrió algo — tal vez Ferdinand tuviera la culpa de mi falta de sentido común noble.

“En cualquier caso, descansemos”, dije, invitando a los demás a sentarse en los escalones junto a la puerta. “Príncipe Hildebrand, Lady Hannelore, ¿quieren unirse a mí? Deben de estar cansados”.

Hildebrand se acercó con una sonrisa. “Aceptaré su invitación, pero nuestro viaje hasta aquí no me ha cansado lo más mínimo. Madre me ha estado entrenando según el estándar Dunkelfelger, así que no estoy menos en forma que cualquier otro niño de mi edad”.

Claro que Hildebrand era miembro de la familia real, pero aún corría sangre Dunkelfelger por sus venas. Hannelore tampoco parecía cansada; de hecho, ya estaba pensando si enviar a un asistente a su dormitorio para que nos preparara el té.

Después de todo, viajar en mi bestia alta fue una decisión acertada. No habría podido seguirles el ritmo mucho tiempo.

“Nuestro dormitorio está relativamente cerca”, comentó Hannelore. “¿A alguien le apetece un té?”

Los asistentes de Hildebrand negaron con la cabeza. “Tranquilos”, dijo uno de ellos. “No deseamos darnos a conocer, y sus asistentes se esforzarían en preparar el té a lo bestia”.

“En ese caso, yo también descansaré”.

“Ven a sentarte con nosotros”, dije. “Podemos hablar de *La Historia de Fernestine* mientras esperamos a que Lady Magdalena se ponga en contacto con nosotros”.

Cuando moví la mano para indicarle que se sentara, rozó la puerta cerrada tras de mí. Lo siguiente que supe fue que estaba siendo absorbida por el santuario.

“¡¿Bwuh?!”

En un abrir y cerrar de ojos, mi entorno cambió del bosque al interior de una habitación desconocida. Tenía unos veinte metros cuadrados y contenía estatuas de trece dioses, la más central de las cuales representaba a un hombre de aspecto heroico que blandía una lanza y una pizarra azul translúcida. Debía de tratarse de un santuario dedicado a Leidenschaft, el dios del fuego.

Esperaba que el interior del edificio estuviera muy oscuro porque no había ventanas, pero la pizarra azul proporcionaba luz más que suficiente.

“Es la primera vez que veo un santuario así...”, murmuré para mis adentros.

Los santuarios del templo y de la Academia Real tenían estatuas de los dioses supremos y de los Cinco Eternos, pero este era el primero que veía dedicado por completo al Fuego. Ahora me daba cuenta de que las otras doce estatuas eran de los subordinados de Leidenschaft.

“Whaa... Voy a pegar un estirón después de esto”, dije, y luego levanté las manos en señal de oración. “Oh Leidenschaft el Dios del Fuego, oh Erwachlehren el Dios de la Guía, oh Anwachs el Dios del Crecimiento...”

¡Por favor, déjame crecer hasta alcanzar un tamaño normal!

Cuando terminé de rezar, mi maná chispeó y fue absorbido por la pizarra azul que sostenía Leidenschaft. La pizarra parpadeó y apareció un texto en ella.

Vamos a ver... *“Vuestras plegarias han llegado hasta mí y vuestro valor ha sido reconocido. Yo, Leidenschaft, te concederé la palabra necesaria para obtener el Libro de Mestionora. Esta...”*

El resto del texto — palabra mística incluida — estaba oculto tras los dedos de la estatua. “¡Oh poderoso Leidenschaft, no puedo leer tu mensaje desde aquí!”, refunfuñé, y le quité la pizarra de las manos.

“Esta palabra sola, sin embargo, no bastará; un candidato a Zent debe obtener también las palabras de los demás dioses”.

En cuanto leí la última parte del mensaje, la pizarra azul fue absorbida por mi pecho y se fusionó con el schtappe que llevaba dentro. Pude sentir que era una combinación de una Voluntad Divina y todo el maná que había ofrecido a través de la oración hasta el momento. Al mismo tiempo, la palabra Leidenschaft surgió en mi mente, como cuando había aprendido los nombres del Dios de la Oscuridad y de la Diosa de la Luz.

“Kraeftark”.

“Me parece estupendo, gracias”, dijo Hannelore con una sonrisa mientras se sentaba.

Miré a mi alrededor, confusa. Nada más pronunciar la palabra, me encontré de nuevo fuera del santuario, con la mano aun tocando la puerta. Evidentemente, Leidenschaft me había llamado, y no había pasado ni un momento en mi ausencia.

“¿Lady Rozemyne, pasa algo?”, preguntó Hannelore.

“Oh, no. Nada en absoluto”, respondí, devolviéndole la sonrisa. Todos actuaban igual que antes, lo que significaba que nadie se había percatado de mi desaparición. Sin embargo, la palabra de Leidenschaft seguía grabada en mi mente.

Dijo que era necesario obtener el Libro de Mestionora, ¿verdad? Aaaaaah... Tengo muchas ganas de leerlo...

¡La idea de un libro nuevo ya me atraía bastante, pero este pertenecía a la mismísima Diosa de la Sabiduría! Percibí que Hildebrand y Hannelore discutían algo, pero yo estaba demasiado distraída para prestarles atención.

Me pregunto cómo será el libro de una diosa... Estoy deseando descubrirlo. Espera... Espera. ¿No es “el Libro de Mestionora” otro nombre para el Grutrissheit? Eso significa que tengo prohibido leerlo, ¿verdad?

Mientras mis sueños se desmoronaban en pedacitos, empecé a reflexionar sobre mis acciones con la cabeza mucho más despejada. ¿Debería haber intentado contactar con mis caballeros antes de leer la pizarra? ¿Debería haberme acercado a ella en primer lugar?

Esto me recuerda aquella extraña experiencia que tuvimos en el Baño de las Diosas en la Noche de Flutrane...

Entonces, una interferencia mágica nos había hecho olvidar contactar con nuestros aliados, y una barrera había impedido que los hombres llegaran hasta nosotros. ¿Había ocurrido algo similar mientras yo estaba en el santuario?

De acuerdo. Calmémonos y pensemos en esto racionalmente.

Si el Libro de Mestionora era realmente la Grutrissheit, entonces sería seriamente peligroso para mí adquirirlo; definitivamente no quería convertirme en la próxima Zent. La mejor manera de evitar verme envuelta en un gran desastre sería permanecer completamente en silencio.

¿A quién quería engañar? No iba a perder la oportunidad de leer un libro perteneciente a una diosa. Tenía tantas ganas de tenerlo en mis manos. Tanto, tanto.

Sin mencionar que la familia real está buscando la Grutrissheit, ¿verdad? Y agradecerían cualquier pista sobre su paradero.

Estaban tan desesperados por conocer los requisitos para convertirse en un verdadero Zent que estaban traduciendo documentos de un archivo del que ni siquiera habían tenido noticia hasta hacía poco. Mi experiencia en el santuario sería tremendamente valiosa para ellos.

¿Pero, serían capaces siquiera de repetirla...?

Mi teoría era que cada vez que un ritual realizado en la Academia Real creaba un pilar de luz, al menos una parte iba a parar a estos santuarios y contribuía a las tablillas translúcidas de su interior. En otras palabras, para recibir las palabras de los dioses había que realizar innumerables bendiciones y dedicar mucho maná. ¿Sería capaz la familia real de conseguirlo cuando apenas podían evitar que el país se desmoronara?

De hecho... ¿Qué pasaría si la familia real *no pudiera* manejarlo? Como alguien acostumbrada a delegar en otras personas tareas que me superaban, mi primer instinto sería descargar el trabajo en otra persona. Su único deseo era que alguien obtuviera la Grutrissheit, así que parecía la solución perfecta.

El único problema era que, si la familia real *decidía* confiar esta tarea a otra persona, sin duda sería a mí.

Entonccccessss... ¿Qué haría la familia real si me encomendaran la tarea de conseguir la Grutrissheit y luego realmente lo hiciera...?

En un mundo ideal, me limitaría a leerlo yo mismo y luego se lo entregaría... pero ¿y si las cosas no fueran tan sencillas? El rey había ordenado que Ferdinand se trasladara a Ahrensbach por ser una amenaza para Yurgenschmidt; si la gente empezaba a considerarme igual de peligrosa, era probable que yo también recibiera algún tipo de decreto real.

En el peor de los casos, incluso podrían ejecutarme.

Después de todo, fue una disputa sobre la Grutrissheit lo que inició la guerra civil. La situación con Ferdinand ya había demostrado lo que ocurriría si alguien que no fuera de la familia real la obtuviera — y, mientras reflexionaba sobre ello, su voz acudió a mi mente de forma espontánea.

“¿Deseas gobernar, Rozemyne?”

Esa había sido su pregunta cuando la Biblia me mostró el camino para convertirme en Zent. Mis sentimientos no habían cambiado desde entonces: Solo quería leer libros. No quería ser reina, ni quería ser la razón de otra guerra. A la familia real le convenía que yo compartiera esta información. Pero a mí me convenía guardármela para mí.

Quería consultárselo a alguien, pero era demasiado grave; no había nadie a quien pudiera contárselo. Miré al cielo mientras reflexionaba sobre mis opciones... y vi varios haces de luz azul dispersarse desde el tejado del santuario.

“¿Qué son esas luces azules...?”, pregunté señalando.

Hildebrand siguió mi dedo con los ojos y entrecerró los ojos. *“¿Qué luces azules?”*

Hannelore también entrecerraba los ojos; parecía que ninguno de los dos veía las luces, aunque sobresalían como un pulgar adolorido. Incluso sus asistentes me miraban con la cabeza gacha.

Parpadeé un par de veces y sacudí la cabeza. *“Me equivoqué. Quizá fuera la luz del sol”*. Si los otros realmente no podían ver las luces, entonces mi mejor opción era dejarlo.

“Ciertamente es brillante”, dijo Hannelore, todavía entrecerrando los ojos hacia el cielo. Las luces estaban claramente allí, pero ella no podía verlas en absoluto.

Me pregunto adónde conducirán...

De repente, apareció un ordonnanz. Se posó en el brazo de Arthur y dijo tres veces con la voz de Magdalena que podíamos volver al archivo.

07 - La Ubicación de los Santuarios.

“¿Salir fuera fue un buen cambio de ritmo?”, preguntó Magdalena.

A nuestro regreso, nuestros asistentes nos prepararon inmediatamente un té. Yo estaba muerta de sed por el sol, así que me sentó de maravilla.

“Sí, madre”, respondió Hildebrand. “La profesora Solange nos ayudó a escapar por una puerta del archivo de la pila cerrada. Nos condujo a un jardín, pero el sol era demasiado fuerte para Lady Rozemyne, así que nos aventuramos en el bosque. Encontramos un santuario escondido entre los árboles y acabamos descansando allí — aunque la puerta estaba cerrada, así que no pudimos entrar...”

Magdalena escuchó con expresión maternal. “Si no podías entrar, ¿cómo sabías que era un santuario?”, le preguntó, incitándole a continuar.

“Rozemyne dijo que su entrada se parecía a la del templo de Ehrenfest”.

“Las ceremonias tuvieron una importancia sorprendente aquí en la Academia Real. El santuario que encontraste seguramente también era importante”.

Resistí el impulso de asentir como una loca y en su lugar ofrecí una respuesta más inocua: “Ya ha sido reparado, pero mi abuelo rompió una vez un santuario durante un partido de ditter de robo de tesoros. Sin embargo, dijo que estaba cerca del límite de los terrenos de la Academia Real, así que no debe de ser el que nos hemos encontrado hoy. Dudo que llegáramos a las afueras tras salir de la biblioteca y dar un breve paseo por el bosque cercano”.

Los edificios centrales, académico y auxiliar — así como la biblioteca — estaban todos en el centro de la Academia Real. El “borde” estaba seguramente más cerca de donde se encontraban los dormitorios. Daba a entender que había otros santuarios por allí, pero ¿se darían cuenta los demás?

Hannelore pareció captar lo que yo decía. “Parece que hay otros santuarios o lugares de culto en los alrededores de los terrenos de la Academia Real. ¿Tiene la familia real un mapa de la Academia, tal vez? ¿Las llaves de los santuarios...?”

“En el pasado, cada dormitorio mantenía sus propios mapas para ditter”, dijo Magdalena, “pero la familia real nunca ha tenido un mapa que marque la ubicación de ningún santuario — no que yo sepa, al menos. Preguntaré a Solange y a los bibliotecarios de la biblioteca real”.

Eso me recordó — que los manuales de instrucciones del ditter de Ferdinand incluían un sencillo mapa de la Academia Real. Tal vez sería buena idea echar un vistazo a la residencia cuando volviéramos.

“¿Lady Magdalena, de qué habló con Lady Detlinde?”, le pregunté.

“Permítame decirle lo siguiente: es a la vez muy extraordinaria y muy atrevida al llamarse a sí misma candidata a Zent”. Sonrió. “Ahora, reanudemos nuestro trabajo. No tenemos mucho más tiempo”.

Entendí el mensaje — fuera lo que fuera de lo que habían hablado, Magdalena no quería repetirlo aquí.

Bueno, Detlinde consiguió aturdir incluso a la primera esposa de Dunkelfelger. Me gustaría pensar que no repitió lo que dijo en el archivo de pila cerrada a la cara de Magdalena, pero nunca se sabe con ella...

Detlinde había dicho cosas bastante groseras incluso durante una merienda de la Academia Real — pero eso había sido a un noble de rango inferior, y solo había sido lo bastante grave como para inspirar unas cuantas arrugas. Además, ahora que Aub Ahrensbach se había ido, ella iba a convertirse en la máxima autoridad de Ahrensbach; era difícil imaginarla siendo descortés con la familia real y poniendo en peligro todo su ducado. Los asistentes que normalmente no se detendrían ante nada para evitar que tal cosa sucediera.

Sin embargo, la negativa de Magdalena a discutir el asunto me preocupó sobremanera. Realmente parecía que Detlinde se había autoproclamado la próxima Zent delante de un miembro de la realeza. Su descarada... *traición* ponía a su futuro marido, Ferdinand, en peligro de ser considerado culpable por asociación. Por lo menos, me alegré de que su ceremonia de enlace estelar se hubiera retrasado; Ferdinand no podía asistir a la Conferencia de Archiducos mientras siguiera siendo su prometido, así que presumiblemente estaba a salvo del castigo.

Espera, en realidad... ¿Sería mejor para mí obtener la Grutrissheit lo antes posible?

Al hacerlo, me aseguraría la perfecta moneda de cambio. No tenía sentido llegar a la mesa de negociaciones con las manos vacías, y no me cabía la menor duda de que la familia real perdonaría a Ferdinand a cambio de su querida Grutrissheit. Cualquier otra cosa que pudiera ofrecer probablemente acabaría castigándole de todos modos.

¿Me estoy preocupando demasiado?

Me llevé una mano al pecho. Si realmente Detlinde había sido tan tonta como para repetirme a Magdalena lo que había dicho en el archivo, era solo cuestión de tiempo que mis temores se hicieran realidad. Sin duda estaba en mi derecho de callarme y preocuparme un poco.

Puede que el Libro de Mestionora ni siquiera sea la Grutrissheit. Tal vez solo sirva como trampolín. Aun así, probablemente no sea fácil de obtener. Por ahora buscaré en secreto.

Cogí papel y utensilios de escritura de Otilie y volví al archivo subterráneo. Schwartz me miró y dijo: “Milady. No hay suficiente oración”. Solo tenía la tablilla azul dentro de mí, así que me pareció una evaluación justa.

Tengo que averiguar dónde están los otros santuarios.

“¿Schwartz, hay un mapa de la Academia Real con las ubicaciones de los santuarios para la oración?” Pregunté. Valía la pena intentarlo.

“Sí”, respondió Schwartz, y cogió varias pizarras del extremo derecho de una de las estanterías. Habría tardado siglos en alcanzarlas, teniendo en cuenta que siempre empezaba por arriba a la izquierda.

“Gracias, Schwartz”.

Le di una palmada en la cabeza al shumil y empecé a examinar los mapas. Los más burdos y los más detallados tenían marcadores en lugares completamente distintos, así que seguía sin tener respuestas definitivas. Ni siquiera podía ver en ellos los dormitorios ni ningún otro punto de referencia, así que estaba aún más confusa sobre adónde ir. Tendría que hacer copias de los mapas y compararlas con los mapas del Dormitorio Ehrenfest. Probablemente tardaría un rato.

“¡Rozemyne! ¡Se acabó el tiempo!”

“¡¿Eep?!”

Estaba trabajando en una de las pizarras cuando de repente me la arrebataron. Levanté la mirada conmocionada y vi a Sylvester devolviéndosela a Schwartz.

“Realmente bloqueas el mundo que te rodea cuando lees, ¿eh?”, dijo. “¿Sabes cuántas veces te he llamado por tu nombre?”

“En absoluto...”

“Date prisa y prepárate para salir”, dijo, exasperado.

Le entregué a Magdalena mis traducciones completas, luego doblé mis copias de los mapas y las guardé en mi bolsa. “No esperaba que vinieras a buscarme”, le dije a Sylvester.

“Me pareció bastante obvio. No es posible que Florencia entre en una herramienta mágica tan grande estando embarazada”.

Resultó que se podía describir el archivo subterráneo como una herramienta mágica gigante. Había esas puertas, para empezar, y solo aquellos que cumplían estrictos criterios de maná podían entrar. Era imposible saber qué tipo de impacto podría tener una herramienta mágica así en un feto, y por eso Sylvester no quería que Florencia viniera aquí.

“¿Eso significa que me vas a recogerme todos los días?”, pregunté.

“Ese es el plan. Vamos”. Sylvester me ofreció la mano, pero yo me limité a ladeársela. ¿Se suponía que tenía que cogerlo o algo así?

“¿Cuál es el problema? ¿Mi escolta no es lo bastante buena para ti?”

“Oh, no... Es que nunca esperé que escoltaras a alguien que no fuera Florencia”.

“Si ella estuviera aquí, sería mi primera opción”.

Estiré la mano y me agarré del brazo de Sylvester; entonces él me acompañó fuera del archivo. Fue extraño: mientras subíamos las escaleras, me sentí un poco como una princesa.

Salimos de la biblioteca y recorrimos los oscuros pasillos; el sol ya había empezado a ponerse. En mis tiempos de plebeya, a veces había caminado de la mano de mi familia y mis amigos, pero no recordaba haberme agarrado así del brazo de nadie. Incluso como noble, solo lo había hecho para los banquetes.

A veces me agarro al dedo del abuelo, pero eso se parece más a asumir una misión peligrosa que a ir escoltada. Además, siempre que estoy en el castillo, tiendo a montar en mi bestia alta.

“Rozemyne, ¿tienes que estar tan sombría?”

“Simplemente no estoy acostumbrada a ser escoltada de esta manera. A decir verdad, estoy algo perdida”.

“¿No estás acostumbrada? Pero ya has tenido mucha experiencia con Ferdinand y Wilfried, ¿no?”

Sylvester parecía sorprendido, pero yo estaba completamente desconcertada. “Ferdinand nunca me acompañaría en una situación normal como esta. Oh, pero teníamos un pequeño arreglo — cada vez que iba demasiado deprisa, yo le agarraba de la manga, entonces él aminoraba la marcha lo suficiente para evitar que me cayera de bruces. Pasaba de un trote ligero a una caminata rápida”.

“¿Quéééé? ¿Eso es todo?”

Intenté desesperadamente recordar las otras cosas que Ferdinand había hecho por mí.

“Siempre que montábamos en su bestia alta, me ayudaba a subir y luego me bajaba. Aunque eso era solo porque yo era demasiado bajita para hacerlo por mí misma...”

“¿Y Wilfried...? Estás prometida, ¿verdad?”

“Me acompañó a la fiesta, pero eso fue todo... Oh, cuando tenemos nuestras clases de candidatos a archiduques, él lleva mis pertenencias más pesadas al aula por mí, ya que mis asistentes no pueden seguirme dentro”. Había impresionado a Hannelore y le había inspirado la idea de que estaba prometido a alguien muy amable, así que probablemente era algo bueno.

Sylvester frunció el ceño contrariado. “Sé que sueles montar tu bestia alta en el castillo, pero vamos. ¿Qué demonios hace ese chico cuando están paseando juntos?”

“Bueno, no se me ocurre ningún alumno que haga de escolta a diario”.

“Yo sí”.

Sí, porque buscabas una excusa para pasar tiempo con Florencia. En cualquier caso, sus situaciones realmente no se pueden comparar. Tú intentabas desesperadamente que la chica

de tus sueños se fijara en ti, mientras que Wilfried cumple mecánicamente las funciones de un compromiso político.

Eso parecía obvio, pero al parecer Sylvester era amable con todas las mujeres, no solo con Florencia. Los hombres del mundo podrían aprender mucho de él.

“Eres mucho más considerado con las mujeres que Wilfried o Ferdinand, eso seguro. Debo decir — que estoy sorprendida”.

“Yo también... ¿Cómo ha acabado mi hermano menor siendo tan inepto con las mujeres? Claro, hace el papel de perfecto caballero durante las fiestas y cosas así, pero, ¿qué, ni siquiera acompaña a alguien a diario?”

“Cuanto más cerca estás de Ferdinand, menos esfuerzo pone en cómo te trata”.

Estaba bastante segura de que Sylvester había recibido el mismo trato mediocre. Ferdinand actuaba a menudo con una atención excepcional a los detalles, y en las raras ocasiones en que era amable, lo era de *verdad*... pero interactuar con él podía ser bastante duro.

Lo siguiente que supe fue que Sylvester me miraba con una sonrisa conflictiva. “¿Qué pasa?”, le pregunté.

“Nada serio. Solo se me ocurrió que algunas cosas solo el tiempo puede revelar”.

“Bueno, si estamos siendo honestos... tal vez quieras empezar a actuar un poco más joven. Has sido demasiado tacaño últimamente”.

“¿Y de quién crees que es la culpa?”

Mía, sin duda... Lo siento.

Empezaba a sentir nostalgia — Benno solía regañarme así — cuando de repente recordé que tenía que tener una conversación muy importante con Sylvester. “Por mucho que me duela decir esto, tengo que decirte algo que podría envejecerte uno o dos años más”.

“La verdad es que no quiero oírlo, pero supongo que no tengo elección...” Sylvester respondió con una mueca, instándome a continuar. Seguíamos avanzando por los pasillos, y nuestros asistentes estaban al alcance del oído, pero para este asunto no era importante “despejar la sala”.

“Así que... la Ceremonia de Unión de las Estrellas provocó la aparición de un círculo mágico, ¿eh?”

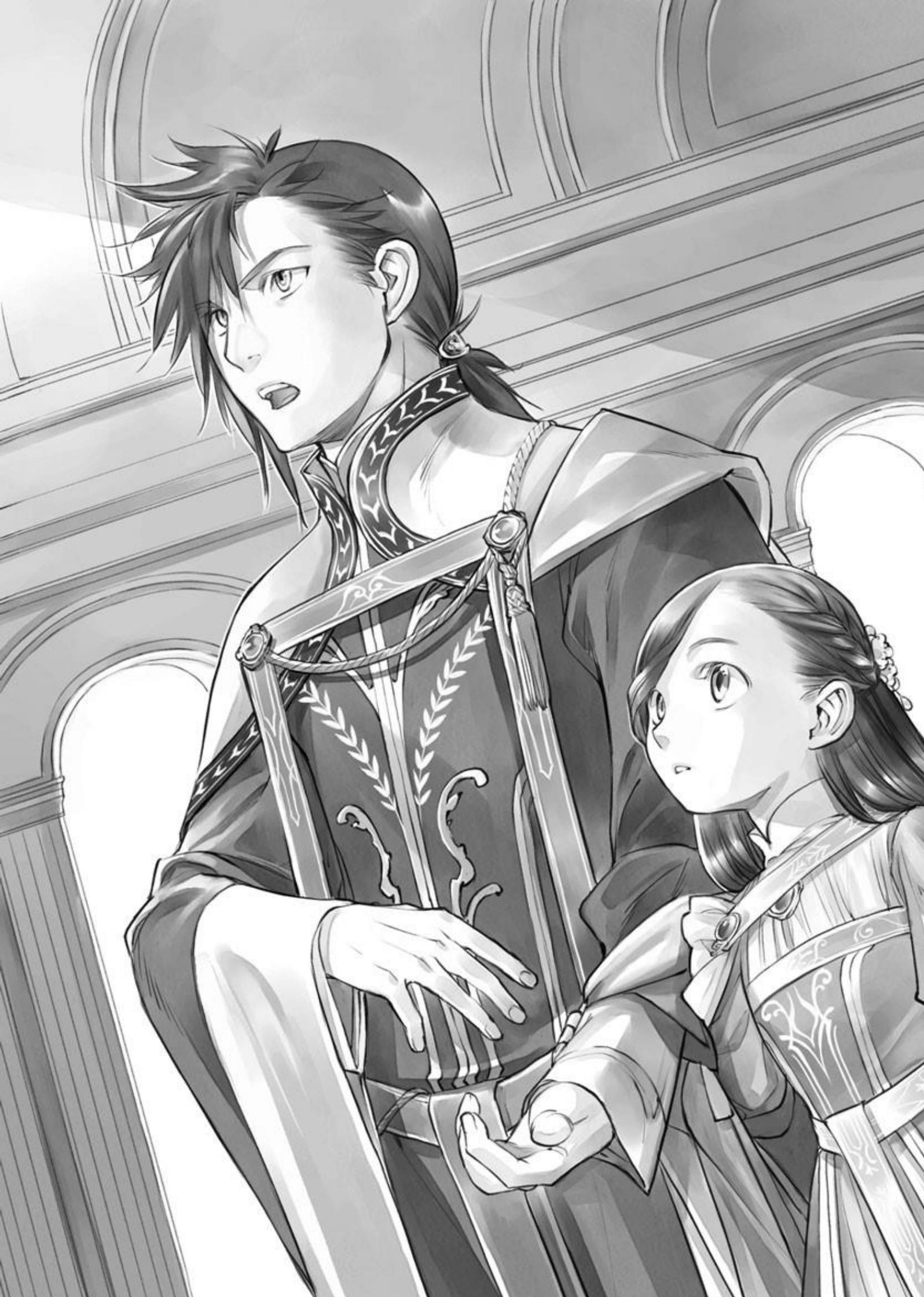
“Sí. ¿Qué pasa con él?”

“No me di cuenta en ese momento, ya que estaba mirando hacia arriba en oración, pero era el mismo círculo que apareció durante la ceremonia de mayoría de edad de Lady Detlinde — la de selección de candidatas a Zent”.

Parecía que el público había aceptado a Sigiswald como próximo Zent. Eso era bueno en sí mismo, pero el círculo no era más que una parte del proceso de selección. El mero hecho de activarlo no lo convertía en Zent.

“Ya veo por qué el Templo de la Soberanía estaba tan desesperado por revivir antiguos rituales en su búsqueda por obtener un verdadero Zent...” murmuré. “Por supuesto, no llegarán muy lejos sin un Sumo Obispo que pueda realizarlos... y seguro que querrán mi ayuda tras el éxito de la ceremonia”.

Sylvester me dio una palmadita en la mano derecha, que seguía enredada en su brazo izquierdo. “Tranquila. Tu compromiso con Wilfried cuenta con la aprobación del rey; no voy a cancelarlo”.



¿Tal vez no, pero y si obtengo la Grutrisheit y acabo cualificada para convertirme en el próximo Zent? En el peor de los casos, quiero que estés preparado para rescatar a Ferdinand.

Sylvester hacía todo lo posible por protegerme y, al mismo tiempo, insistía en que tratáramos a Ferdinand como a un forastero de Ahrensbach. Me pregunté cómo reaccionaría al enterarse de que ahora yo era candidata a Zent — pero no iba a decírselo, no cuando no tenía el menor deseo de gobernar Yurgenschmidt. En su lugar, informé de que Detlinde había acudido al archivo subterráneo y repetí lo que había dicho.

“No sé qué se supone que representan las flores de Schlaftraum”, dije, “pero al parecer solo pueden obtenerse en Ahrensbach. Y parece haber algún tipo de conexión entre Lady Georgine y el caballero comandante de la Soberanía”.

“Interesante”.

“Vas a informar de la tela de plata que encontramos a la familia real, ¿verdad?” Pregunté. “Creo que sería prudente decírselo en un entorno *sin* el caballero comandante”.

Sylvester frunció el ceño. Apenas había visto antes al caballero comandante de la Soberanía. Ignoraba por completo que aquel hombre hubiera considerado a Ferdinand un enemigo o que fuera el responsable de que Ferdinand fuera enviado a Ahrensbach. Tampoco tenía intención de decírselo; Ferdinand había dicho que no iba a decírselo a Sylvester, y mi comprensión de la situación de Adalgisa distaba mucho de ser perfecta.

Una vez de vuelta en el dormitorio, me dirigí a la estantería común, donde se guardaban los documentos para el curso de caballero, y recuperé el mapa que una vez se utilizó durante los preparativos del antiguo ditter. Los adultos estaban ocupados preparándose para mañana y en adelante, así que opté por volver a mi habitación antes de ponerme manos a la obra.

“¿Lady Rozemyne, qué podría estar haciendo?”, preguntó Leonore, observando el mapa del ditter con gran interés. Su curiosidad no me sorprendió, teniendo en cuenta que yo solo estaba revisando documentos para el curso de caballero.

Extendí los mapas que había copiado y empecé a comparar las ubicaciones de los santuarios. “Había mapas en el archivo subterráneo que parecían mostrar la ubicación de otros santuarios como el que hemos visto hoy. Eran bastante descuidados, así que aún no estoy segura de cuáles de las marcas son correctas, pero pensé que compararlos con este mapa podría ser esclarecedor... Oh, ¿es este círculo donde encontramos el santuario de hoy?”

“Parece estar justo al sur de la biblioteca, así que imagino que sí”. Empezó a señalar los otros círculos del mapa. “Este está cerca del edificio de los eruditos, mientras que este otro está a poca distancia del edificio de los asistentes... Lady Rozemyne, ¿no parecen estar colocados a intervalos equidistantes, con el edificio central como, bueno, el centro?”

Me quedé mirando los seis grandes círculos de igual tamaño del mapa. Ahora que lo mencionaba, parecía que sí.

“¿Pero qué pasa con estos círculos más pequeños de aquí?” Pregunté.

“Quizá indiquen algo más”.

“Mañana informaré de estos hallazgos en el archivo subterráneo”, dije, y luego empecé a retirar los mapas. Quería visitar el resto de los santuarios durante la Conferencia de Archidukes; a la vuelta del invierno, todos estarían envueltos en nieve, y viajar hasta ellos sería demasiado descabellado.

¿Pero, cómo? Los demás no me dejarán ir solo porque les diga que quiero.

Sería extraño que un estudiante menor de edad que ni siquiera debía estar en la Conferencia de Archidukes se pusiera a vagar por los terrenos de la Academia Real, y mis asistentes no me dejarían ir sin una buena razón. Por si servía de algo, decirles que estaba intentando conseguir la Grutrisheit para salvar a Ferdinand — y también para poder leerla — probablemente solo conseguiría que todos se enfadaran conmigo.

Al día siguiente, volví al archivo subterráneo. Anastasius y Eglantine estaban allí cuando llegué; de nuevo, iban a pasar la mañana transcribiendo documentos.

“He investigado la ubicación de los santuarios”, dije, extendiendo mis mapas mientras empezaba a dar mi informe. “Parece que están situados a intervalos equidistantes, formando un círculo alrededor del edificio central. ¿No destila misterio?”

“Eso sí que parece sospechoso...” Anastasius dijo, entrecerrando los ojos en mis mapas. “Pediré a la biblioteca real que busque documentos más detallados”.

“No es necesario, príncipe Anastasius”, dijo Magdalena. “Me puse en contacto con ellos ayer”. Ya había hecho buen uso de todo lo que le habíamos contado, por pequeño que fuera.

Anastasius le dio las gracias y se levantó. “Me gustaría ver estos santuarios por mí mismo. Describírselos a Padre resultaría difícil de otro modo”.

“En efecto...” dijo Magdalena, y se levantó también. Parecía que, con Hildebrand como guía, todos los miembros de la realeza irían a ver el santuario de ayer.

Hannelore y yo nos quedamos en el archivo y seguimos traduciendo. El ambiente era mucho más cómodo cuando no estábamos en presencia de la familia real.

“No dudé en empezar a leer el volumen de Fernestine que me prestaste ayer”, dijo Hannelore. “De hecho, me sumergí tanto en él que Cordula acabó regañándome. Debo admitir que hoy me falta un poco el sueño”. Incluso después de ser reprendida, al parecer había seguido leyendo hasta la parte en que el príncipe corría a salvar a Fernestine. Solo entonces se había calmado lo suficiente como para dormir, pero seguía ansiosa por leer el resto.

“No veo la hora de llegar al final”, dijo.

Seguimos traduciendo hasta que Anastasius y los demás regresaron del santuario. Eglantine parecía muy enferma y me miraba como si tuviera algo en mente.

“¿Ocurre algo, Lady Eglantine?”

“Lady Rozemyne, deseo consultarle algo. ¿Me concede un momento de su tiempo?”

Anastasius me fulminó con la mirada, pero yo solo tenía una respuesta que dar: “Estaré encantada de ofrecerle mi ayuda”.

08 - Consulta.

El archivo era demasiado público para lo que Eglantine deseaba discutir, así que me invitó a tomar el té en su villa. Debía de ser urgente, porque quería que nos viéramos mañana por la mañana. Lo único que tenía en la agenda era mi trabajo de traducción, y era una invitación de Eglantine; cualquier momento era bueno.

“¿Qué es exactamente lo que pretende discutir con Rozemyne?” Preguntó Anastasius.

“Eso es...” Eglantine hizo una pausa. “Te informaré *después* de nuestra discusión”.

“Eso suena como si no tuvieses la intención de permitirme unirme”. Su voz era baja y teñida de ira, pero ni siquiera él podía convencer a su esposa; ella simplemente le devolvió una mirada firme y respondió sin vacilar.

“Es con Lady Rozemyne con quien deseo hablar. Absténgase de acudir mañana”.

“Me niego. Las cosas siempre se salen de control cuando Rozemyne está involucrada. Debo estar al tanto de la situación en todo momento, por eso no puedo dejarlos solos”.

La batalla de Eglantine y Anastasius continuó. Personalmente, no me importaba que asistiera, pero esperaba que al menos me salvara de malas miradas, si esta pelea terminaba en su derrota.

Me preocupa más que Lady Eglantine se vea tan mal...

Me parecía que Anastasius debería cuidar de su enferma esposa en lugar de discutir con ella, pero estaba totalmente decidido a unirse a nuestra fiesta del té. En cualquier caso, mi participación sólo complicaría más las cosas, así que decidí despedirme y volver a traducir.

Los profundos celos del príncipe Anastasius siempre resultan problemáticos. Voy al archivo.

Me desentendí rápidamente de su disputa amorosa, pero Otilie estaba menos acostumbrada a lidiar con la realeza y se esforzó en seguir mi ejemplo. Me tomó por sorpresa de camino a la puerta y me susurró: “Lady Rozemyne, ¿cuál será su agenda para mañana? No habíamos previsto que asistiera a una merienda de este tipo durante la Conferencia de Archidukes, así que habrá que hacer los preparativos e informar al aub”.

Desde los trajes hasta los regalos, había muchas cosas que había que tener en cuenta al reunirse con la realeza. Mis planes estaban en el aire hasta que se decidiera un ganador, y eso significaba que mis vasallos aún no podían hacer su trabajo. Por no hablar de que no estábamos preparados en absoluto para semejante acontecimiento; me habían dicho que permaneciera oculta durante la Conferencia de Archidukes, lo que obviamente significaba que nada de fiestas del té. La cabeza de Otilie presumiblemente daba vueltas.

“¿Quién puede decirlo?” Respondí, luego miré a Eglantine y Anastasius con una mano preocupada en la mejilla. “Habrá que esperar a que se tome una decisión”.

Magdalena dejó su taza de té, se levantó de su asiento y se acercó con elegancia a la pareja en disputa. Luego, con un suspiro exagerado, dijo: “Príncipe Anastasius, Lady Eglantine, esto es antiestético”.

“Lady Magdalena...”

Les estaba tomando el pelo, y eso me hizo respetarla de todo corazón. Yo nunca habría podido hacer algo tan atrevido — y lo mismo debía de ocurrirle a Hannelore, que se limitaba a observar desde una cómoda distancia.

“Príncipe Anastasius”, continuó Magdalena, con clara exasperación, “¿no sabes por qué Geduldh, la Diosa de la Tierra, prefirió evitar a Ewigeliebe, el Dios de la Vida, y buscó la protección de quienes la rodeaban? Tal vez deberías volver a matricularte en la Academia Real y repetir sus estudios sobre lo divino”.

Anastasius se crispó. Su expresión adusta era exactamente como imaginaba que había sido el Dios de la Vida cuando fue rechazado por primera vez por la Diosa de la Tierra.

“Hay cosas de las que una mujer sólo puede querer hablar con otras mujeres”, explicó Magdalena. “Lady Eglantine tiene la magnanimidad de escuchar tu voluntad en la mayoría de las ocasiones; debe tener una razón especialmente buena para rechazarte ahora. ¿No es el deber de un marido comprender estas cosas y actuar en consecuencia? Si sigues atándola con tanta fuerza, como hizo el Dios de la Vida con la Diosa de la Tierra, sólo conseguirás ganarte su ira”.

Luego, tras amenazar a Anastasius para que guardara silencio, volvió sus ojos rojos hacia Eglantine. “En cuanto a ti, Lady Eglantine, te aconsejo que te tomes más tiempo para pensar antes de hablar. Usted conoce una razón perfecta para excluir al príncipe Anastasius, ¿no es así? Si no concluyes tales debates *antes* de hablar con Lady Rozemyne, entonces su marido acabará dirigiendo su descontento hacia ella”.

Eglantine levantó la cabeza sobresaltada y nos dirigió a Anastasius y a mí miradas de preocupación.

Los ojos de Magdalena se suavizaron mientras continuaba: “Las invitaciones repentinas de la familia real no sólo molestan a quienes las reciben, sino también a sus asistentes y al ducado. La carga es pesada. Aunque podemos atribuir parte de esto a tu aparente mala salud, debo decir que te mostraste bastante desconsiderada”.

“Parece que permití que mi compostura se deslizara... Mis disculpas por mi falta de consideración”, nos dijo Eglantine. “Lady Rozemyne, debo pedirle disculpas por partida doble. Aunque deseo hablar con usted de inmediato, nuestra discusión tendrá que esperar”.

Eglantine lo tenía difícil; ni siquiera podía organizar una fiesta del té sin antes tener que aplacar a su marido. Le contesté que no se preocupara por mí, agradecí a Magdalena que hubiera resuelto el asunto y me dirigí al archivo. Mientras me dirigía, vislumbré el alivio de Otilie por el retraso de la fiesta del té.

Continué con mi trabajo de traducción hasta que Sylvester llegó a buscarme, entonces los dos nos dirigimos de nuevo al dormitorio. De camino, le informé del plan de Eglantine de invitarme a tomar el té. La noticia debió de sorprenderle, porque enseguida se echó atrás.

“¿Por qué te invitan a *ti* antes que a *mí*, el aub?”, preguntó, irritado. “¿No puede decirte lo que sea que tenga en mente, en la biblioteca? Si te enviamos a esa villa real, supongo que causarás todo tipo de problemas. Dile que yo también quiero estar allí”.

“Lady Eglantine aún no me ha dicho de qué desea hablar, pero imagino que tendrá algo que ver con asuntos religiosos. Ya me preguntó una vez por el templo”.

Sylvester me miró fijamente, poco convencido. “Así que quiere consultarte, ¿eh...? Puede que seas su mejor opción, ya que la familia real y el templo de la Soberanía están en tan malos términos, pero... no me siento cómodo con esto”.

“El Príncipe Anastasius dijo que quería unirse a nosotros por la misma razón. Lady Eglantine se negó, sin embargo, y todavía no hemos acordado una fecha”.

“No parece que haya muchas posibilidades de que yo sea admitida, entonces. Supongo que Lady Eglantine es más digna de confianza, al menos”. Suspiró, con expresión de sufrimiento.

“Te informaré cuando los detalles estén resueltos. Todavía no se ha decidido nada, después de todo”.

“De acuerdo. No lo olvides”.

Al final, Anastasius acabó cediendo; tal y como él lo veía, perderse la fiesta del té era mejor que tener a su mujer resentida con él. No mucho después de mi regreso al dormitorio me llegó un ordonnanz anunciándome que debía reunirme con Eglantine dentro de dos días. Hasta entonces, continuaría mi trabajo de traducción con normalidad. Parecía que no iba a tener tiempo de ir a cazar santuarios.

Es una pena, pero nuestra investigación preliminar es igual de importante, pensé. No tenía sentido apresurarme a visitar los santuarios cuando aún no conocía su ubicación exacta.

“Angélica, Damuel, ¿cómo han pasado el día?” Pregunté después de cenar. No podían entrar en el archivo subterráneo y, por lo que yo sabía, estaban vigilando el exterior de la biblioteca.

“Vigilé el pasillo exterior de la biblioteca”, respondió Angélica, confirmando de inmediato mi suposición.

Damuel asintió. “Cornelius y Leonore nos dijeron que permaneciéramos vigilantes, pues Lady Detlinde podría volver a visitarnos”.

Hice una pausa pensativa. “¿Podría alguno de ustedes utilizar este mapa para investigar la ubicación de los santuarios? Según tengo entendido, se encuentran a intervalos regulares alrededor del edificio central, así que no debería ser muy difícil encontrarlos una vez que tengamos una idea general de dónde están. Pueden turnarse”.

Les mostré el mapa en cuestión y aceptaron de inmediato. Vigilar el mismo lugar día tras día era agotador por sí solo, así que se turnarían para buscar los santuarios y cambiarían al mediodía.

“¿Qué piensa hacer una vez encontrados los santuarios, Lady Rozemyne?” Preguntó de repente Clarissa. Se suponía que estaba trabajando con los otros eruditos en la preparación para mañana, así que me sorprendió verla colarse en nuestra conversación. Aun así, le respondí con una sonrisa.

“Tengo intención de limpiarlos. Albergan a los dioses, y no estaría bien dejarlos tan sucios. Limpié el santuario que encontramos el otro día, y debo añadir que tu círculo mágico para potenciar la magia de área amplia fue de gran ayuda. Me gustaría tener algunos para los otros santuarios también, pero—”

“Considéralo hecho. Es un honor que mi investigación le haya resultado útil, Lady Rozemyne. Pero, ¿puedo preguntarle cómo utilizó el círculo exactamente?” Aún no había entendido que lo había emparejado con mi waschen, pero Damuel se lo explicó en mi nombre.

“Entiendo...” murmuró Clarissa. “Mi investigación se utilizó para realizar un hechizo a gran escala. Y pensar que no pude presenciarlo con mis propios ojos... Oh, en qué vibrantes colores debieron haber brillado las gotas cuando Lady Rozemyne devolvió la vida al santuario...” Sus ojos se humedecieron con lágrimas de dolor.

“Lady Hannelore estaba allí con nosotros”, dije, “así que supongo que todo lo que hemos hablado ya es conocido por Dunkelfelger. Sin embargo, como todo esto ocurrió mientras asistíamos a la familia real, debo pedirte que lo mantengas en secreto. Eso va también por ti, Hartmut; me doy cuenta de que estás escuchando a escondidas”.

“Entendido”.

Mientras continuábamos nuestra discusión, Otilie y Lieseleta se preparaban afanosamente para la reunión real. Les estaba resultando difícil, ya que Rihyarda y Brunhilde se habían encargado de estos asuntos en el pasado, pero al menos Rihyarda seguía por aquí como vasalla de Sylvester; tendríamos que solicitar su ayuda con la ropa, los regalos, etcétera.

“Lady Rozemyne, pensar que todos los días son así cuando se está en la Academia Real...” Dijo Otilie con una sonrisa irónica, pues nunca antes había tratado con la familia real. “Eso explica por qué Gretia está inusualmente bien entrenada a pesar de ser tan nueva en su séquito”.

“Lady Rozemyne, muchas gracias por venir”.

Después de saludarnos, Eglantine dio un sorbo demostrativo al té y luego mordió uno de los dulces proporcionados. Era realmente extraño estar a solas con ella, sin Anastasius respirándonos en la nuca.

“Me alegra ver que tu salud ha mejorado”, le dije. “Realmente me preocupé cuando vi lo pálida que te habías puesto después de visitar el santuario”.

“Siento haberte preocupado. Simplemente usé demasiado maná y necesitaba tiempo para recuperarme”.

“¿También limpiaste el santuario, Lady Eglantine?” No sabía de qué otra forma podría haber usado tanto maná.

Al instante, los brillantes ojos naranjas de Eglantine se abrieron de par en par, y luego soltó una risita. “No hacía falta; aún estaba brillando por tu propia visita”.

Eglantine y Anastasius compartían una villa ahora que estaban casados, pero seguíamos estando las dos solas — Anastasius había ido a trabajar al archivo subterráneo y Eglantine había pedido a los demás que abandonaran la sala. Aun así, me ofreció una herramienta mágica para bloquear el sonido.

“Nunca esperé que fueras tan firme con el príncipe Anastasius”, comenté mientras bebía un sorbo de té.

Ella sonrió. “Me resultará más fácil involucrarlo después de que hayamos tenido nuestra discusión”.

“¿Y qué es lo que deseas discutir? Te ayudaré en lo que pueda”.

“Como sabes, fui a ver el santuario antes de pedirte que te reunieras conmigo”, dijo Eglantine, observándome atentamente. Continuó explicando que había tocado la puerta, sintió que le succionaba parte de su maná y, de repente, apareció en el interior del santuario.

Eso es básicamente lo que me pasó a mí.

Bueno, excepto por la parte del maná. Eglantine había dicho que sintió que le succionaban parte de su shtappe, pero a mí no me había pasado.

A menos que... ¿Era tan poco que no me di cuenta?

Estaba cubierta de amuletos de piedras feys en todo momento, así que siempre me succionaban maná. Podría decirse que era bastante insensible a la sensación; sólo cuando perdía una cantidad significativa de maná lo notaba.

Eglantine continuó, “El santuario estaba dedicado al Dios del Fuego y a sus subordinados. Al contemplar la estatua de Leidenschaft, sentí la imperiosa necesidad de rezar. Así que realicé un giro de dedicación”.

Hmm... Yo recé para crecer.

Resultó que la reacción de uno al presentarse ante los dioses dependía de la persona. La idea de girar ni siquiera se me había ocurrido. Tal vez los giros de dedicación estaban arraigados en la mente de Eglantine como lo que uno hacía para ofrecer plegarias a los dioses.

“Mi maná fue succionado por sí solo, como si llevara piedras feys sobre el escenario del auditorio”, dijo Eglantine, “pero no le di importancia y seguí girando. Cuando ofrecí más maná, empezó a formarse una piedra fey azul en las manos de Leidenschaft”.

¿Oh? Leidenschaft ya tenía una tablilla azul cuando entré. Supongo que nunca la vi como una piedra fey, porque noté el texto brillante en ella desde el principio. Debe de depender de la cantidad de maná que uno ofrezca de antemano.

Recordaba la tablilla azul como una combinación del maná que había ofrecido previamente y una Voluntad Divina, así que probablemente iba por buen camino.

“Mi giro agotó casi todo mi maná, así que usé una de las pociones de rejuvenecimiento que llevo en la cadera. No son tan efectivas como las que usted distribuyó, Lady Rozemyne, pero siguen siendo bastante poderosas”.

Eglantine había utilizado una poción de rejuvenecimiento de la realeza para recuperar su maná. Luego, me informó, había vuelto a sentirse obligada a rezar.

“¿Otra vez?” le pregunté. “¿Rezaste inmediatamente después de recuperar tu maná...?”

“En efecto. Sentí la necesidad de hacerlo”.

Al final, Eglantine había hecho una ofrenda tras otra hasta agotar todas y cada una de sus pociones de rejuvenecimiento.

“Cuando terminé”, dijo, “la piedra fey azul ya era bastante grande. Aun así, el texto que había en ella me informaba de que necesitaba rezar aún más”.

¡¿Cuánto maná pretendes sacarle, poderoso Leidenschaft?!

“Agotado el maná, fui expulsada del santuario. Me pareció que había pasado una eternidad dentro, pero al volver descubrí que no había pasado nada de tiempo. Tampoco parecía haber entrado nadie más en el santuario”.

Eglantine había deducido que Anastasius no había estado dentro porque, al parecer, había tocado la puerta y dijo: “Así que realmente está cerrada”. En cuanto a Magdalena, no había reaccionado en lo más mínimo.

“Entonces, Lady Rozemyne, ¿ese santuario no es un lugar para que los candidatos a Zent ofrezcan sus oraciones?” Preguntó Eglantine. “El archivo subterráneo contiene un registro sobre un Zent del pasado, en el que se describe cómo rodeaban continuamente la Academia Real y rezaban. No puedo evitar preguntarme qué ocurre cuando uno ha rezado lo suficiente y la piedra fey azul está completa”.

“Tengo la misma curiosidad”, respondí. El hecho de que hubiera un candidato Zent en la familia real significaba que me convenía fingir ignorancia y mantenerme lo más distante posible del asunto. Ser tontamente sincera y admitir que ya poseía una tablilla azul haría más por enemistarme con la realeza que cualquier otra cosa que Detlinde ya hubiese hecho hasta el momento.

“¿Diría eso a pesar de haber entrado usted misma en el santuario, Lady Rozemyne?”

“Por favor, dígame, ¿qué le hace pensar que lo hice...?”

“Creo que has rezado más que la mayoría y has obtenido suficientes protecciones divinas. Tampoco mostraste ni una pizca de sorpresa ante la historia que acabo de contarte”.

Oh-Oh. Tenía razón. Mi atención se había centrado inmediatamente en comparar nuestras experiencias, así que ni siquiera se me había ocurrido fingir sorpresa. Me había limitado a escuchar con cara de póquer.

“Oh, pero me sorprendió. Tan sorprendida que me vi incapaz de hablar. Y, hablando de sorpresas, me quedé especialmente atónita cuando subiste al escenario del auditorio llevando piedras feys”, dije, cambiando el tema de nuestra conversación. “¿Fue ese el intento de la familia real de hacer brillar el círculo?”

Eglantine sonrió. “Así es. Tú y lord Ferdinand dijeron que era para seleccionar a los candidatos a Zent, ¿verdad? Después de que los estudiantes graduados repitieran el ritual de las protecciones divinas, también lo hizo la familia real. También intentamos activar el círculo”.

La familia real se habían adornado con piedras feys y giraron mientras gastaban maná; Detlinde había logrado activar el círculo mágico, así que confiaban en que ellos también lo conseguirían. En el proceso, Trauerqual, Sigiswald, Anastasius y Eglantine habían hecho que el círculo se iluminara.

“El príncipe Sigiswald, Anastasius y los Zent se convirtieron en omni-elementales gracias a sus recién obtenidas protecciones divinas”, me informó Eglantine, “y sin embargo yo fui la única atraída al santuario. No tiene sentido; ¿qué diferencia hay entre Anastasius y yo?”

“Sus schtappes”, respondí.

“¿Ah, sí?” Parpadeó sorprendida.

“¿Aún no lo has escuchado de Lady Magdalena? Una tablilla que tradujo al final del día de ayer explicaba cómo usar los santuarios grandes y pequeños”.

Los santuarios pequeños estaban dedicados a los dioses subordinados, y rezando en ellos se creaban piedras feys como la que había descrito Eglantine. Al obtenerlas, se fortalecían los elementos. Realizar el ritual de protección divina tras obtener las piedras fey de todos los subordinados aseguraba también la protección divina de los dioses primarios, por lo que el Zent había rezado casi sin cesar mientras asistía a la Academia Real.

“Sólo se puede obtener un schtappe una vez, ¿correcto?” pregunté. “Por eso el Zent que escribió la tablilla estaba desesperado por obtener la protección de cada dios primario antes de graduarse. Los candidatos a Zent deben adquirir sus schtappes en el Jardín de los Comienzos. Como usted era omni-elemental desde el principio, Lady Eglantine, supongo que fue allí donde obtuvo la suya”.

“Es la primera vez que oigo el nombre, pero sí, serviría como una descripción adecuada del lugar donde obtuve mi shtappe. Era un lugar extraño con un árbol blanco”, dijo un poco aturdida. Luego sus hombros se hundieron. “¿Pero eso no significa que el príncipe Sigiswald no puede convertirse en candidato a Zent? No tenía todos los elementos cuando obtuvo su shtappe...”

Anastasius no había sido absorbido por el santuario tras convertirse en omni-elemental a través del ritual, así que dudaba que Sigiswald tampoco pueda hacerlo.

“Podría ser posible para el príncipe Hildebrand”, señalé. “Si volvemos a la vieja costumbre de que los estudiantes obtengan sus shtappes inmediatamente antes de su graduación, hacemos que el rece en los pequeños santuarios para aumentar sus elementos, y nos aseguramos de que obtenga protecciones divinas de todos los dioses primarios durante su ritual, entonces también debería convertirse en candidato a Zent”.

Ya había demostrado su determinación — comprimir maná a su corta edad no era tarea fácil — así que probablemente se las arreglaría de algún modo. También beneficiaría a Eglantine; si ella no quería ponerse al frente, Hildebrand podría simplemente trabajar duro en su lugar. Tenía que ser posible ahora que sabíamos cómo obtener las protecciones de los dioses primarios.

El problema sería si el actual Zent puede durar hasta que el príncipe Hildebrand alcance la mayoría de edad.

Pensé que era bueno que la familia real tuviera otro posible candidato a Zent, pero el rostro de Eglantine se nubló. “Lady Rozemyne, ya se ha anunciado que el príncipe Sigiswald será el próximo en ocupar el trono. Si el Príncipe Hildebrand o yo nos convertimos en candidatos Zent, Yurgenschmidt se enfrentará a la guerra una vez más”.

La Soberanía ya estaba en proceso de establecer a Sigiswald como el próximo rey — había logrado activar el círculo mágico, luego su Ceremonia de Unión de Estrellas había recibido una bendición a un nivel nunca antes visto. Dar el puesto a Hildebrand o Eglantine ya no era una opción; hacerlo causaría demasiado caos.

“Comprendo tu deseo de no provocar más conflictos”, dije, “pero ¿no es la ausencia de una Grutrissheit el problema más apremiante al que se enfrenta Yurgenschmidt en estos momentos? ¿No debería priorizarse su regreso para poder reabrir por fin las puertas fronterizas y redibujar las fronteras de los ducados? Además, aunque podría haber problemas si usted o Hildebrand obtuvieran la Grutrissheit, cualquier resultado es mucho mejor que si fuera a parar a manos de alguien ajeno a la familia real”.

“Eso es cierto, pero...”

Tras casarse con Anastasius, Eglantine era ahora también de la realeza, pero seguía mostrándose reacia a adquirir la Grutrissheit. No podía culparla; perder a tantos miembros de la familia por asesinatos durante el conflicto anterior debió ser traumatizante.

Mmm... Tal vez lo mejor sería que yo misma obtuviera la Grutrissheit y luego se la diera al príncipe Sigiswald con la condición de que devolviera a Ferdinand a Ehrenfest...

Eglantine estaba mentalmente acorralada; no podía discutir este asunto con Anastasius, ya que no había sido aceptado en el santuario.

Consideré mis opciones, aunque no las expresé. Parecía probable que yo estuviera más cerca de obtener la Grutrissheit que nadie, simplemente por lo mucho que había rezado desde que me matriculé en la Academia Real. La tablilla azul ya estaba entera cuando entré en el santuario, y parecía razonable suponer que podría obtener las demás sin mucha dificultad.

Sin embargo... Ferdinand me dijo que la Grutrissheit estaba en el archivo prohibido, al que sólo podía entrar la realeza.

Todavía había muchos documentos en el archivo subterráneo que me quedaban por leer; era muy posible que algún factor desconocido me impidiera convertirme en el Zent, incluso después de obtener las tablillas de todos los santuarios de los dioses primarios. Por eso, era mejor no darles ideas extrañas.

Sin mencionar...

Obviamente, la familia real no pasaría por alto a un candidato a Zent que pareciera capaz de obtener la Grutrissheit a través de los santuarios. Si estaban decididos a que Sigiswald ocupara el trono, probablemente me obligarían a casarme con él. En el peor de los casos, simplemente me matarían y tomarían la Grutrissheit por la fuerza. Lo mejor era permanecer en silencio; no quería abandonar Ehrenfest, donde estaba mi familia.

Puse una sonrisa noble y dije: “Quizá nuevas investigaciones en el archivo subterráneo revelen lo que hay que hacer para conseguirle al príncipe Sigiswald una Grutrissheit”. Por supuesto, no me lo creía en absoluto; eran poco más que tonterías que sonaban bien.

Eglantine me lanzó una mirada escrutadora y luego bajó los ojos. “Muchas gracias por prestarme su oído, Lady Rozemyne”.

Me despedí y regresé al dormitorio — donde recibí noticias emocionantes de Damuel y Angélica. Habían encontrado todos los santuarios de los dioses primarios marcados en el mapa que les había dado.

09 - Recorriendo los Santuarios.

Aunque ya conocíamos la ubicación de los santuarios, estaba demasiado ocupada con el archivo subterráneo para visitarlos. Había que encontrarse una solución de alguna manera. En un mundo ideal, repetiría lo que habíamos hecho con el primer santuario e iría allí con Hildebrand o Hannelore, pero eso no era viable cuando teníamos órdenes estrictas de no deambular por el exterior.

Supongo que no me importaría compartir las ubicaciones con Lady Eglantine si ella misma quisiera visitarlos...

Incapaz de pensar en ninguna idea satisfactoria, me dirigí al archivo subterráneo, donde Eglantine y Anastasius iban a pasar la mañana una vez más. Era un día como cualquier otro, pero cuando iba a entrar al archivo con mis utensilios de escritura en la mano—

“Lady Rozemyne, espere un momento”.

Me di la vuelta y dije: “¿Sí, Lady Eglantine?” Ella lucía una sonrisa como una flor floreciente, mientras que Anastasius parecía bastante amargado a su lado.

“Hay un cambio de planes para hoy — debo pedirle que visite los santuarios con nosotros. Deseo ver con mis propios ojos su magia de limpieza a gran escala. Entre otras cosas, tal vez...”

Anastasius se explayó: “Eres la única que puede limpiarlos tan rápido”. Eso lo confirmó: esta era la voluntad de la familia real.

Así que así es como van a jugar a esto, ¿eh?

Esta era la consecuencia de haber sido tan poco clara con Eglantine. Iban a obligarme a entrar en los santuarios mientras me vigilaban todo el tiempo.

Realmente no quería creer que recurrirían a ser tan contundentes, pero... aquí estamos.

Sentí una repentina pesadez en la boca del estómago, como si acabara de tragarme una piedra, pero mis opciones eran dolorosamente limitadas. Tras agachar la cabeza en señal de derrota, seguí de mala gana a Eglantine y Anastasius fuera de la biblioteca con mis asistentes a cuestas. Yo iba en mi bestia alta, por supuesto; Anastasius nos iba a llevar al santuario, al otro lado del edificio de los eruditos, y no había forma de seguir a los adultos a pie.

“Rozemyne. Toma”, dijo Anastasius, y me ofreció un bloqueador de sonido. Lo cogí y lo miré, sólo para ver cómo me devolvía la mirada con desagrado. “Parece que le ocultaste secretos a Eglantine en esa reunión que tuvieron, incluso después de que ella se desviviera por excluirme. Anoche estaba abatida, ¿sabes?”

“Si alguien debe sentirse abatida, esa soy yo. Fue totalmente malicioso por parte de Lady Eglantine hacerme preguntas que mi estatus me impide responder”.

Decir que no podía entrar en el santuario habría hecho que me acusaran de mentir a la familia real. Admitir que podía y que había adquirido una tablilla no me habría servido de nada; me

habrían considerado una traidora aún mayor que Detlinde, cuyas transgresiones hasta ahora no iban más allá de algunos comentarios traicioneros.

¿Se me puede culpar por guardar silencio?

Por mucho que quisiera ocultar la verdad, no podía negarme a una orden real; tendría que tocar el santuario si me lo ordenaban. Me deprimía que esos dos, de entre todas las personas, fueran tan enérgicos. Nunca pensé que mi noble respuesta a Eglantine acabaría con la obligación de revelar mis secretos.

“Mis disculpas”, dijo Eglantine. “Hago esto sólo porque no me queda otra opción”.

Por mucho que se disculpara, seguía sintiendo el pecho apretado. Supuse que buscaba algún tipo de técnica secreta que permitiera a Sigiswald entrar en los santuarios y evitar así otra guerra, pero yo no tenía las respuestas que ella buscaba. Como mucho, sólo podía sugerir que siguiéramos leyendo las tablillas del archivo. Desde luego, no podía admitir que quería obtener el Libro de Mestionora, leerlo y luego utilizarlo como moneda de cambio para asegurarme de que Ferdinand no fuera castigado.

“Debes de haber entrado en ese santuario”, razonó Anastasius. “Has rezado tantas veces, obtenido tantas protecciones divinas, controlado instrumentos divinos a voluntad y realizado innumerables ceremonias. ¿Por qué intentar ocultarlo?”

“Si no recuerdo mal, fue *usted* quien me dijo que aprendiera cuánto vale la información y no la revelara libremente. ¿No deberías alabarme por haberme tomado a pecho tu lección?”

“Rozemyne”, dijo, con los ojos entrecerrados.

“¿Vas a ordenarme que te lo cuente todo?”

“Sí. Cualquier cosa que intentes ocultar seguramente se convertirá en algo monstruoso tras bastidores. Las cosas han ido bien hasta ahora porque hemos sido sinceros el uno con el otro, ¿no? No veo ninguna razón para que cambiemos eso ahora. No hay mundo en el que a alguien tan religioso como tú no se le permita entrar en los santuarios”. En lugar de elogiarme por actuar como una verdadera noble, me estaba ordenando que no le ocultara nada.

“Tal vez yo tenga aquí la culpa, ya que ha sido mi propio comportamiento el que les ha llevado a reprenderme, pero que conste que no puedo aportar la solución conveniente que busca lady Eglantine”.

Decía la verdad, pero Anastasius se limitó a enarcar una ceja y decir: “Eso me pregunto...” Por su expresión, me di cuenta de que dudaba de mí, pero lo único que me guardaba era un comentario demasiado grosero para ser dicho.

Sigiswald no podía entrar en el santuario porque no había sido omni-elemental cuando obtuvo su *schtappe*. No había sido omni-elemental porque la familia real no había leído los documentos del archivo subterráneo, que detallaban la importancia de los elementos. No habían leído esos documentos no sólo por el colosal número de muertos de la guerra civil y la

purga, y la abundancia de conocimientos que se habían perdido como consecuencia de ello, sino también porque ninguno de los miembros de la realeza sabía leer ni había estudiado lengua antigua.

Para ser franca, nada de esto era culpa mía. No era culpa mía que la gente sólo pudiera obtener su *schtappe* una vez, ni yo estaba en posición de cambiar las cosas. ¿Era realmente tan malo por mi parte pensar que Eglantine o Hildebrand debían visitar los santuarios, ya que eran los únicos miembros de la familia real que podían obtener de forma plausible la *Grutrissheit*? Los nobles lo considerarían mucho más aceptable a que lo hiciera alguien de Ehrenfest. Sólo se me ocurría una forma de que Sigiswald fuera el próximo rey sin poder obtener él mismo la *Grutrissheit*.

“¿Alguien puede culparme por querer guardar silencio cuando es obvio cómo respondería la familia real al hecho de que yo pudiera entrar en los santuarios?” Pregunté. “Prefiero morir a dejar a mi familia en Ehrenfest para convertirme en la tercera esposa de un hombre cuyo segundo matrimonio acabo de bendecir”.

“Así que has aprendido a usar la cabeza...” murmuró Anastasius.

“¿Significa esto que hablarás abiertamente en lugar de eludir mis preguntas?” Eglantine soltó una risita, luciendo su habitual sonrisa suave. Había ignorado por completo la parte de “preferiría morir” de mi respuesta. “Entiendo cómo te sientes, Lady Rozemyne, pero debemos evitar la guerra en la Soberanía a toda costa; la paz ha empezado a volver hace poco. Obtener la *Grutrissheit* es de suma importancia. Usted nos ayudará, ¿verdad?”

Desvié la mirada. Su postura tenía tanto sentido que no podía negarme, pero al mismo tiempo no quería estar de acuerdo. Siguieron presionándome con sonrisas silenciosas mientras pasábamos por el jardín de hierbas de los profesores, junto al edificio de los eruditos, y pronto llegamos al santuario.

“Así que de verdad hay más santuarios...”, dijeron los asistentes reales, incapaces de ocultar su sorpresa. Mis propios asistentes estaban demasiado preocupados por mi situación como para reaccionar; sus ojos iban de Eglantine a Anastasius y a mí.

Devolví a Anastasius la herramienta mágica que bloqueaba el sonido y sonreí a mis asistentes. “Sólo hablábamos de cómo limpiar los santuarios”. Salí de mi *Pandabus* y utilicé un *waschen* a gran escala. La suciedad desapareció en un santiamén y la zona quedó reluciente.

“Qué maravilla”, dijo Eglantine con una sonrisa, claramente impresionada.

“Rozemyne”, añadió Anastasius, “comprueba si la puerta está cerrada”.

Hice lo que me ordenó, con el corazón encogido. Apenas rocé la puerta con los dedos, fui succionada.

“¿Es este... el santuario del Dios de la Oscuridad?”

Al igual que en Leidenschaft, había trece estatuas alineadas ante mí. La del centro representaba al mismísimo Dios de la Oscuridad, con una gran capa que brillaba tan maravillosamente como el cielo nocturno. En su mano había una tablilla de piedra fey, como era de esperar, pero ésta era negra en lugar de azul. Estaba completa, a diferencia de la que Eglantine había descrito, así que ya podía ver el texto que había en ella.

“Supongo que aún debo ofrecer una oración. Sólo para estar segura”.

Vacilante ante la idea de coger la tablilla sin rezar, levanté ambas manos y la pierna izquierda. “Oh Dios de la Oscuridad, Oh Steraht el Dios de las Estrellas, Oh Verbergen el Dios de la Ocultación, Oh Verdraeos el Dios de la Liberación... Líbrame de esta molesta familia real que sólo piensa en sí misma y me exige cosas tan crueles. Alabados sean los dioses”.

Rezaba llena de ira. Entre los subordinados del Dios de la Oscuridad estaba el Dios de la Liberación, que idealmente se encargaría de la familia real por mí.

“Oh, el texto de esta tablilla difiere de lo que vi en el santuario del Dios del Fuego. Veamos... ¿‘Di el nombre que te concedí?’”

Er, ¿el nombre de quién? ¿El del Dios de la Oscuridad?

De repente, el nombre que había estado grabado en mi mente durante mis clases prácticas de tercer año resurgió. “Alabado sea Schicksantracht, el Dios de la Oscuridad”, dije, lo que hizo que la tablilla negra absorbiera parte de mi maná y el texto de su superficie cambiara.

“Tus plegarias han llegado hasta mí y tu valor ha sido reconocido. Ahora te concederé la palabra necesaria para obtener el Libro de Mestionora. Sin embargo, esta palabra por sí sola no bastará; un candidato a Zent debe obtener también las palabras de los demás dioses”.

Terminé de leer el texto, entonces la tablilla negra entró en mí y se fusionó con mi shtappe interno. Una vez desaparecida, la palabra de Schicksantracht acudió a mi mente.

“Willedeal”.

Un instante después, estaba de nuevo fuera del santuario. Mis ojos se cruzaron con los de Anastasius y Eglantine, que me miraban atentamente — determinados a no perderse el momento en que fui succionada a través de la puerta, sin duda. Me di cuenta de que intentar mentirles y decirles que no había funcionado simplemente no funcionaría.

“Bueno, ahora hay líneas negras...” Dije.

“¿Cómo dice?”

Sobre el santuario había ahora líneas negras además de azules. Eglantine y Anastasius siguieron mis ojos e intercambiaron miradas de confusión.

Les dediqué una vaga sonrisa. “¿Visitamos los demás santuarios?”

Eglantine parpadeó, incrédula, y luego se mostró preocupada. “¿Resistirá tu cuerpo...?”

“Por supuesto. De momento estoy bien. Aunque seguramente me derrumbaría sin mi bestia alta”.

Una parte de mí quería derrumbarse en el acto y arruinar sus planes por despecho, pero usar a Lessy significaba que no estaba usando mucha resistencia en absoluto. Tampoco estaba empleando mucho maná, por desgracia.

“Ese camino lateral nos llevaría antes al siguiente santuario”, dije mientras Anastasius y Eglantine regresaban al edificio de los eruditos. Se volvieron hacia mí, en cuyo momento señalé hacia un delgado sendero que atravesaba el bosque. Parecía brillar para mí, pero lo más probable es que no lo hiciera para nadie más de los presentes; era presumiblemente la ruta que los candidatos a Zent del pasado habían utilizado para rodear los santuarios.

Anastasius cerró los ojos y los volvió a abrir. “Sube a tu bestia alta, Rozemyne. Iremos al siguiente”. Luego, sin dudarle ni un momento, se puso en marcha por el sendero del bosque. Debía de haber deducido la ubicación del siguiente santuario, en parte gracias a que le dije que estaban a intervalos equidistantes alrededor de la Academia Real.

Mientras avanzábamos por el bosque, Anastasius volvió a entregarme la herramienta mágica. Confirmó que la tenía en la mano y luego dijo: “Mi hermano te tomará como tercera esposa. Eso lo resolverá todo”.

“No, no lo hará. Por muy ansiosa que esté por leer el libro de una diosa, no quiero casarme con el príncipe Sigiswald”. Sí, su sugerencia “lo resolverá todo” para la familia real... pero, ¿qué hay de mis propios deseos?

“Eglantine no quiere ser la razón de otra guerra, y teme convertirse en la próxima Zent. Si ella obtiene la Grutrissheit, los ducados de mayor rango se moverán todos a la vez, empezando por Klassenberg”.

Ahora sí que me estaba sacando de quicio — pensaba en conceder el deseo de Eglantine y nada más. “En efecto, ni la familia real ni la Soberanía sufrirían si me impusieran esta guerra y obligaran a Ehrenfest a rendir cuentas a los ducados de mayor rango, pero ¿de verdad creés que nos daríamos por vencidos y aceptaríamos eso? Ya tengo un prometido en Ehrenfest, y mi intención es permanecer allí”.

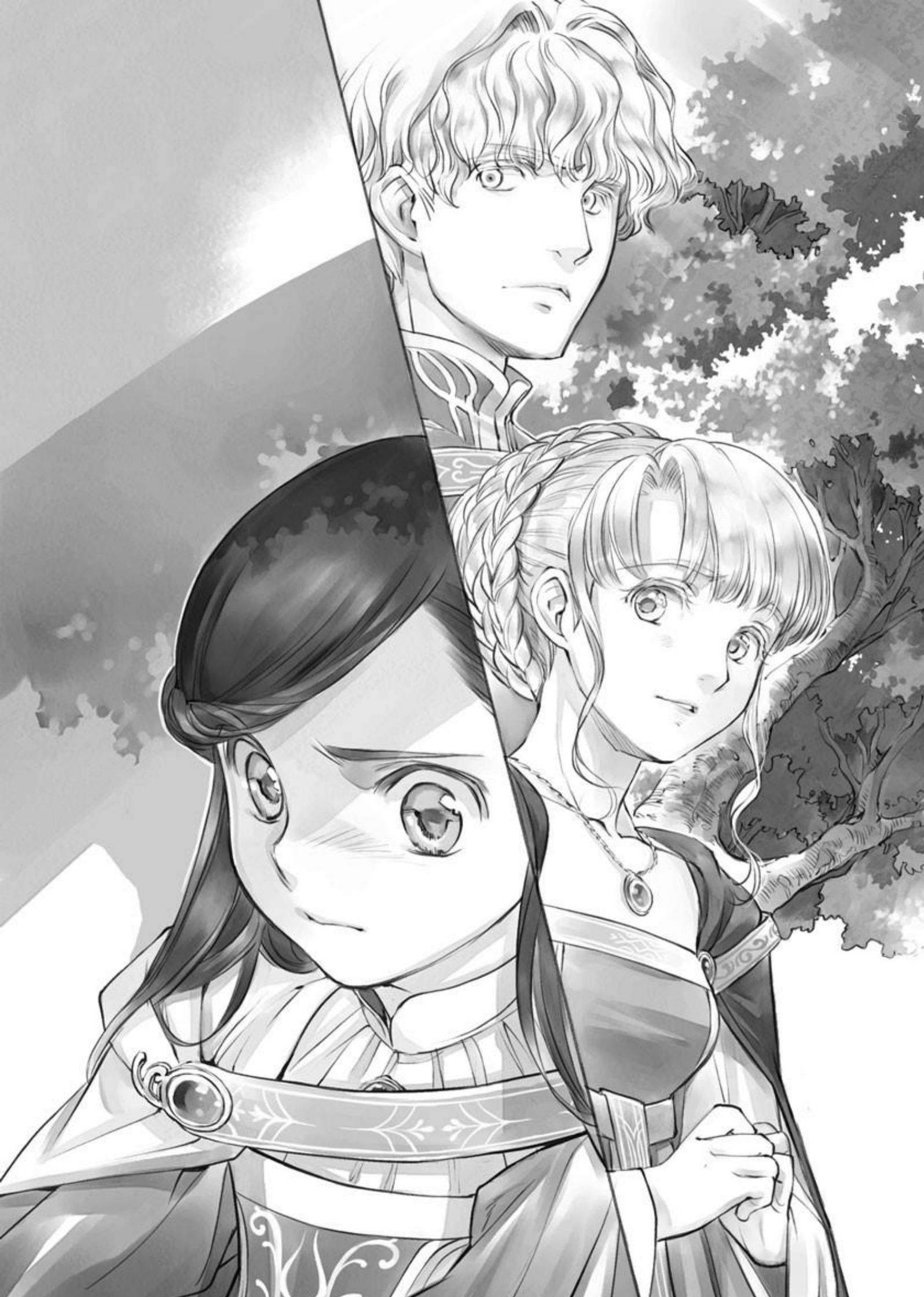
“Sí”, comentó Anastasius, “eso dijiste durante ese intercambio con Dunkelfelger”. Me di cuenta por su tono de que seguía sin ceder.

Fruncí los labios mirando a los dos miembros de la realeza. “Así que, en resumen... a ninguno de los dos les importa Ehrenfest en lo más mínimo”.

Eglantine me miró. “No deseamos el mal a su ducado, pero su sufrimiento es un pequeño precio a pagar para evitar la guerra en la Soberanía. Debes entenderlo, seguramente”. Resultó que se sentía tan personalmente desconectada de Ehrenfest como yo de la Soberanía.

“Por encima de todo”, continuó Anastasius, “debo dar prioridad a Yurgenschmidt, a la Soberanía y a la familia real. Que muestre una preocupación tan profunda por Eglantine debería ser evidente. Si mi sugerencia de hoy es necesaria para calmar su corazón y aliviar sus preocupaciones, ¿qué otra cosa puedo hacer? Ehrenfest puede sufrir, pero sólo a Ehrenfest le importará”.

Era realmente amargo oír que a la familia real le importaban tan poco mis sentimientos, sobre todo después de haber aceptado hacer tanto por ellos. Anastasius había admitido abiertamente que me ignoraría por completo por el bien de aquellos que le importaban más.



“Si realmente quiere decir que Ehrenfest debe ocuparse de sus propios problemas, ¿no se aplica la misma lógica a la Soberanía?” Pregunté. “En el caso de que Lady Eglantine obtuviera la Grutrisheit, Klassenberg la apoyaría, y el templo de la Soberanía ya no podría protestar. Imagina cuánto más devastador sería que el libro acabara en manos de alguien que *no* perteneciera a la familia real. Por favor, abstente de cazar uno tras otro a los candidatos a archiduque de Ehrenfest”.

“Ten cuidado, Rozemyne”, me advirtió Anastasius con la mirada. “Hablas por encima de tus posibilidades”.

Yo lo fulminé con la mirada. “*Me* dijiste que no me guardara nada, príncipe Anastasius. Si vas a ordenarme por decreto real que me case con el príncipe Sigiswald, entonces al menos devuelve a Ferdinand a Ehrenfest. Perderlo nos ha dejado a todos en un estado calamitoso”.

“Esa no es una opción. Ahrensbach se derrumbaría”.

Apreté el bloqueador de sonido, furiosa por la disparidad de nuestro trato. “Desde luego, te pones rápidamente del lado de Ahrensbach. ¿No debería ocuparse de sus propios problemas? Al fin y al cabo, esa fue tu postura con Ehrenfest. Dime, ¿qué pasó con tu promesa de tratar a Ehrenfest como a los otros ducados que ganaron la guerra civil? Aceptaron comenzar durante esta misma Conferencia de Archiducos. ¿Acaso la familia real piensa tan poco de mis contribuciones y las de mi ducado?”

Si decían que sí y que así era simplemente como la familia real hacía las cosas, entonces no habría nada más que yo pudiera hacer. Aun así, estaba tan frustrada que quería rechinar los dientes y morderme el labio.

Eglantine me sonrió. Era una sonrisa condescendiente, como si estuviese viendo a un niño hacer una rabieta. “Sus contribuciones no son insignificantes en absoluto, Lady Rozemyne — pero el hecho es que Ahrensbach es más importante y se encuentra en una situación mucho más precaria que Ehrenfest”.

Ahrensbach era un ducado mayor del bando vencedor de la guerra civil, y actualmente era responsable de la mitad del Antiguo Werkestock. Era mucho más importante que Ehrenfest, con más tierras, más población y la única puerta abierta de Yurgenschmidt, y también estaba mucho peor. En la actualidad, sólo había dos adultos entre su familia archiducal — tres si se contaba a Ferdinand. Eso realmente no era suficiente para mantener un ducado mayor.

Entiendo que Ahrensbach sufra una falta de candidatos a archiduque, pero ¿no es eso el resultado de su extraña tradición de degradar a todos los demás candidatos a archiducos cada vez que hay un cambio de archiduque? Parece injusto que Ferdinand — y Ehrenfest — sufran por las costumbres de otro ducado.

“Así que quieres decirme que mis contribuciones a la familia real nunca importaron”, dije. “Mis deseos siempre iban a ser anulados”.

“Eso no es cierto”, replicó Anastasius. “Hay cosas que podemos hacer y otras que no. Tu petición de que devolvamos a Ferdinand puede parecer factible, pero él es el único pilar

que mantiene Ahrensbach en pie. No podemos arriesgarnos a llevárnoslo sin un Zent empuñando la Grutrissheit”.

“No estoy segura de entender...”

“No podemos devolver a Ferdinand a Ehrenfest hasta que seamos capaces de dividir las tierras de Ahrensbach, crear ducados menores y asignarles aubs de entre las familias archiducuales de los otros ducados”.

Eglantine asintió. “Como no hay Grutrissheit para redibujar las fronteras del país, ha recaído en la Soberanía y los ducados mayores la gestión de los territorios que perdieron la guerra civil. En este caso, si Ahrensbach se derrumbara ahora, no habría nadie que ocupara su lugar ni que mantuviera sus tierras. ¿Cómo crees que le iría a Ehrenfest si, como su vecino, tuviera que cargar con tales obligaciones?”

Ehrenfest ya estaba luchando con su propia tierra después de purgar a tantos nobles; no teníamos margen de maniobra para cuidar también de otros ducados.

“La agobiante escasez de maná de Ahrensbach fue la única razón por la que se ha pasado por alto el comportamiento de Lady Detlinde”, continuó Eglantine. “Lady Magdalena estaba bastante furiosa tras su visita del otro día”.

Al parecer, Detlinde había sido lo suficientemente grosera como para justificar su ejecución inmediata. La escasez de maná había obligado a perdonarla, pero sólo mientras fuera necesaria. Su destino estaba sellado, y darme cuenta de ello me sorprendió como una zambullida en agua helada.

“En ese caso, al menos prométeme que Ferdinand no será castigado junto a ella”, dije. “Para empezar, sólo está en Ahrensbach, casado con una mujer a la que no ama y atascado bebiendo una poción tras otra, porque el rey le hizo elegir entre eso y asesinar a su propio hermano. Príncipe Anastasius, ¿cómo te sentirías si te pusieran en la misma situación, obligado a decidir entre matar al príncipe Sigiswald o casarte con Lady Detlinde? En el caso de esta última, ¿cómo te sentirías si luego fueras ejecutado por su rudeza?”

Anastasius hizo una mueca ante la sola idea; entonces, sus ojos grises se posaron en mí. “No podremos evitar castigar a Ferdinand una vez que esté casado”, dijo provocadoramente. “Si quieres salvarlo de ese destino, consigue la Grutrissheit ahora, mientras se retrasa su Ceremonia de Unión de las Estrellas”.

Me estremecí. Por la expresión de su rostro estaba claro que no dudaría en explotarme para sus propios fines, pero me negué a que eso me detuviera. “¿Entonces devolverías a Ferdinand a Ehrenfest?”

“Si puedes prever los problemas que causaría sacarlo de Ahrensbach y se te ocurre cómo resolverlos, entonces sí, como quieras”.

No permitiré que Ferdinand sea ejecutado junto a Lady Detlinde.

Esta era mi oportunidad de salvarlo. Me exigiría visitar los santuarios, obtener la Grutrisheit y convertirme en la tercera esposa de Sigiswald... pero eran sacrificios que estaba dispuesta a hacer.

No importa lo que me exijan, usaré la Grutrisheit como escudo y lo salvaré.

“Hemos llegado”, dijo Anastasius, poniendo fin a nuestra conversación antes de instarme a avanzar. Estábamos ante un santuario blanco. Lo limpié, como a los demás, y luego toqué la puerta. Al instante, me vi transportada al interior.

“Éste es para la Diosa del Viento...” Murmuré para mis adentros. “Esa tablilla tiene su color divino”.

Pude ver una estatua de una diosa que sostenía un escudo redondo en la mano izquierda y una tablilla amarilla en la derecha, de pie entre estatuas que representaban a sus subordinados.

“Oh Schutzaria la Diosa del Viento, Oh Ordoschnelli la Diosa de los Mensajeros, Oh Dregarnuhr la Diosa del Tiempo, Oh Mestionora la Diosa de la Sabiduría... Concédeme el Libro de Mestionora para que pueda salvar a Ferdinand. Alabados sean los dioses”.

Entonces, tomé la tablilla ya terminada.

“Tus plegarias han llegado hasta mí y tu valor ha sido reconocido. Yo, Schutzaria, te concederé ahora la palabra necesaria para obtener el Libro de Mestionora”.

Como era de esperar, mostraba el mismo texto repetitivo que las demás, con la única diferencia de las palabras de la diosa. La tablilla se fundió con el schtappe dentro de mí, entonces repetí lo que estaba grabado en mi mente.

“Teidihinder”.

Y con eso, estaba fuera de nuevo. Comprobé que la puerta estuviera cerrada y volví junto a Eglantine y Anastasius. Junto a las líneas negras y azules del cielo había ahora una franja amarilla, y casi podía ver cómo se formaba un patrón complejo.

“Pasamos a la siguiente”, ordenó Anastasius. “A partir de este punto, todos monten sus bestias altas”.

Parecía que hacer todo el viaje a pie estaba siendo demasiado para los demás. Todos cabalgamos por el siguiente sendero, y gracias a nuestro nuevo medio de transporte llegamos al siguiente santuario en un abrir y cerrar de ojos. De nuevo, lo limpié y entré.

“Veamos... Esta debe ser para el Dios de la Vida”.

Allí estaba Ewigeliebe con su espada y sus subordinados, pero este lugar era notablemente diferente a los demás; las trece estatuas estaban colocadas alrededor de un pequeño santuario. ¡De hecho, era un santuario dentro de otro santuario!

¿Espera, es el santuario de la Tierra? me pregunté. Parecía improbable que Ewigeliebe y sus subordinados vigilaran otra cosa con tanta atención. *Pero, ¿por qué molestarse en recrear la Biblia tan de cerca...?*

Quise suspirar, pero algo me obligó a rezar. Levanté los brazos y miré a Ewigeliebe, el Dios de la Vida.

¡Oh! ¡La tablilla aún no está completa!

Estaba a medias, lo cual tenía sentido, ahora que lo pensaba; rara vez rezaba al Dios de la Vida. La única vez que recordaba haberlo hecho en la Academia Real fue cuando nos preparábamos para nuestro partido de ditter contra Dunkelfelger. Un pilar blanco se había levantado cuando yo enseñaba a Wilfried a utilizar el instrumento divino.

“Oh Ewigeliebe el Dios de la Vida, Oh Schneeahst el Dios del Hielo, Oh Schlaftraum el Dios de los Sueños, Oh Cuococalura el Dios de la Cocina...”

Me pregunto si rezando a Cuococalura conseguiré nuevas recetas...

Con esa idea en mente, seguí rezando. No pasó mucho tiempo hasta que empecé a sentir que me succionaban un montón de maná, exactamente como había descrito Eglantine. La tablilla culminó justo cuando me estaba resultando más difícil mantener la postura.

Una voz resonó en mi cabeza: “*Tus plegarias han llegado hasta mí y tu valor ha sido reconocido. Te concedo permiso para rezar a mi esposa, Geduldh*”.

Espera, ¿eh? ¡¿Y la palabra para obtener el Libro de Mestionora?!

Estaba perdida; esto no había ocurrido en los otros santuarios. Entonces, la puerta del santuario interior comenzó a abrirse, revelando una estatua de Geduldh, la Diosa de la Tierra. La tablilla que tenía en la mano estaba completa, probablemente debido al Ritual de Dedicación que habíamos realizado aquí en la Academia Real.

Pero, espera... ¿cómo la consigo?

Las estatuas de Ewigeliebe y sus subordinados seguían rodeando el santuario de la Tierra, impidiéndome entrar. Estaba segura de que, si intentaba acercarme, el Dios de la Vida me cortaría con su espada — una idea aterradora, sin duda. Tomé y bebí una de las pociones de rejuvenecimiento que llevaba en la cadera mientras pensaba qué hacer.

¿Puedo al menos acercarme ahora que Ewigeliebe me ha aceptado?

Y entonces caí en la cuenta — me había permitido rezar y nada más. En ningún momento me había invitado a acercarme. Contemplé la estatua de Ewigeliebe frente al santuario y supliqué a la Diosa de la Tierra que me ayudara.

“¡Por favor, enséñame a obtener la tablilla! ¡Alabada sea Geduldh, la Diosa de la Tierra!”

El maná salió volando de mi anillo. Entonces, la tablilla roja de la mano de Geduldh brilló, desapareció y reapareció junto a la tablilla blanca que sostenía Ewigeliebe.

“Tus plegarias han llegado a Geduldh, y tu valor ha sido reconocido. Ella y yo te concederemos ahora las palabras necesarias para obtener el Libro de Mestionora”.

Así que Ewigeliebe habla y da la tablilla... Realmente es protector.

Era un truco bastante molesto, pero me impresionó que el primer Zent se hubiera tomado la molestia de encapsular tanto de lo que estaba escrito en la biblia. Mientras reflexionaba sobre lo meticuloso que debía de ser, la puerta del santuario de Geduldh volvió a cerrarse.

Cogí la tablilla blanca de las manos del Dios de la Vida. Después de una experiencia tan inusual, pensé que podría decir algo único, pero el texto era el mismo de siempre; sólo cambiaba la palabra dada. La tablilla se fundió con el schtappe dentro de mí, y la nueva palabra brotó de mis labios.

“Neigungsch”.

A continuación, cogí y examiné la tablilla roja.

“Esta palabra sola, sin embargo, no bastará; un candidato a Zent debe obtener también las palabras de los otros dioses”.

La tablilla roja también se fundió con mi schtappe interior.

“Tolerakeit”.

De nuevo, estaba fuera. Me pareció que había pasado mucho más tiempo del habitual en el santuario, ya que esta vez había necesitado obtener dos tablillas, pero en realidad no había pasado ni un momento. Miré al cielo — alguien me dio las gracias por lavar el santuario mientras tanto — y vi aún más colores que antes. ¿Qué pasaría después de conseguir todas las tablillas? Nos adentrábamos en territorio desconocido, y la verdad es que resultaba aterrador.

“Pasamos a la siguiente “, dijo Anastasius.

Sacudí la cabeza, tratando de disipar el miedo que se acumulaba en mi interior. Ya era obvio que la familia real nunca me ayudaría por mera compasión; necesitaba algo para negociar con ellos.

No tengo miedo. Voy a salvar a Ferdinand.

A medida que avanzábamos por el sendero lateral, no pude evitar darme cuenta de que el camino se volvía cada vez más claro.

“¿Cuántos de estos santuarios hay?” murmuró Otilie, con la voz teñida de preocupación.

“Seis”, respondió Damuel sin perder un segundo. Su rapidez le valió una mirada extraña de Otilie, pero había confirmado su ubicación antes de nuestra partida.

“Ahí está”, dijo Anastasius cuando apareció el siguiente santuario. “Rozemyne, lo de siempre”.

Lavé el santuario y entré mientras fingía comprobar si estaba cerrado.

“Este es para la Diosa de la Luz”.

Había doce estatuas rodeando a una que parecía llevar la corona de la Luz. En la mano de la estatua central había una tablilla dorada que brillaba débilmente y me recordaba a las llamas producidas por la magia de contrato.

“Oh Diosa de la Luz, oh Gebordnung la Diosa del Orden, oh Unheilschneid la Diosa de la Purificación, oh Liebeshilfe la Diosa de la Vinculación... Haré lo que sea necesario para salvar a Ferdinand, así que, por favor, ofréceme su guía. Alabados sean los dioses”.

Puse mis ojos en la tablilla de piedra fey, y...

“Sí, es lógico. Como el Dios de la Oscuridad, quiere que pronuncie el nombre que me dio”.

Surgió en mi mente sin demora. Había recibido los nombres de ambos dioses supremos durante una de mis clases prácticas de tercer año.

“Alabada sea Versprechredi, la Diosa de la Luz”.

La tablilla dorada que tenía en la mano absorbió parte de mi maná y el texto de su superficie cambió de inmediato.

“Tus plegarias han llegado hasta mí y tu valor ha sido reconocido. Ahora te concederé la palabra necesaria para obtener el Libro de Mestionora. Sin embargo, esta palabra por sí sola no bastará; un candidato a Zent debe obtener también las palabras de los otros dioses”.

Entonces, como era de esperar, la tablilla dorada se fundió con mi schtappe interno. Pronuncié la palabra que me había dado la Diosa de la Luz.

“Austrag”.

Fuera del santuario, vi que Anastasius también tocaba la puerta, con el ceño fruncido por la frustración y el pesar. Debió de darse cuenta de que le estaba mirando, porque entonces adoptó una expresión más neutra.

“¿Terminaste?”, me preguntó. Yo asentí con la cabeza y él se volvió hacia sus asistentes con una dramática floritura de su capa y dijo: “Al siguiente, entonces”.

El siguiente y el último.

En el mapa había seis grandes santuarios. Llegamos al último, lo limpié y toqué la puerta. Dentro había otras trece estatuas, la más central de las cuales sostenía un bastón en la mano derecha y una brillante tablilla verde en la izquierda. Eso me bastó para identificarla como Flutrane, una diosa lo bastante poderosa como para limpiar el suelo con Ewigeliebe al comienzo de la primavera utilizando el agua de la nieve derretida, pero también lo bastante bondadosa como para curar al herido Geduldh.

“Oh Flutrane, la diosa del agua, oh Verdrenna, la diosa del trueno, oh Heilschmerz, la diosa de la curación, oh Verfuhereer, la diosa de los océanos... Quiero que limpies la montaña de desastres que pesa sobre Ferdinand. Alabados sean los dioses”.

Aunque había viajado en mi Pandabus, debía de estar cansada de visitar todos los santuarios con la familia real; pronuncié una oración algo descuidada y luego cogí la tablilla verde. Para mi sorpresa, el texto era distinto al habitual, quizá porque se trataba del último santuario.

“Tus plegarias han llegado hasta mí y tu valor ha sido reconocido. Ahora te concederé la última palabra necesaria para obtener el Libro de Mestionora. Oh gran candidata a Zent, que has obtenido también las palabras de los otros dioses, extiende la mano y toma lo que buscas”.

La siguiente parte del proceso fue muy familiar: la tablilla verde se fundió con mi schtappe, entonces pronuncié la nueva palabra que había recibido.

“Rombekur”.

Tras haber visitado todos los santuarios, recibí la tan esperada instrucción de alargar la mano y coger el Libro de Mestionora. Si lo que la Diosa del Agua había dicho era cierto, entonces la Grutrisheit estaba al alcance de la mano.

Créeme, lo quiero, pero... ¿¿a dónde se supone que debo llegar exactamente?!

Lo más sospechoso de todo eran las líneas de varios colores que habían ido apareciendo en el cielo mientras yo iba de santuario en santuario. Alcé la mano como si quisiera agarrarlas.

Ven aquí, Libro de Mestionora...

“¿Qué demonios estás haciendo?” preguntó Anastasius, entrecerrando los ojos. No había pasado nada.

Maldición.

“Oh, simplemente pensé que debía rezar en celebración ahora que los santuarios están todos limpios”. Era una excusa al azar, pero valía la pena intentarlo. Así que, con Anastasius, Eglantine y sus asistentes observándome, pronuncié una plegaria y disparé algo de maná al cielo.

Aun así, no pasó nada.

¿Qué se supone que debo hacer...? Los dioses podrían haber sido un poco menos ambiguos.

En cualquier caso, aún era demasiado pronto para desesperarse. El archivo subterráneo contenía más documentos sobre los santuarios; quizá me dieran una idea de qué hacer a continuación.

Pero, bueno, supongo que una poción de rejuvenecimiento viene primero.

Limpiar los santuarios me había costado bastante maná, y nuestro largo viaje había agotado mi resistencia, a pesar de ir montada en mi bestia alta. Quería recuperar ambas cosas antes de volver al archivo subterráneo, así que fui a coger la poción llena de bondad de mi cadera.

La expresión de Otilie cambió a una de preocupación. “Lady Rozemyne, ¿realizar todos esos lavados fue demasiado para que su cuerpo lo soportara? Aunque no fuera así, creo firmemente que hoy has viajado demasiado lejos...”

“No temás”, dijo Anastasius, “ese era el último santuario. Le daremos a Rozemyne algo de tiempo para descansar antes de volver a la biblioteca”.

Hice caso omiso de las preocupaciones de Otilie y sonreí. “Estaré bien en cuanto recupere mi maná”.

¿Ah...?

Mientras esperaba a que la poción hiciera efecto, la sensación de que era incapaz de controlar el maná que rebosaba en mi interior empezó a desvanecerse de repente. Poco a poco, incluso empecé a comprimir mi maná. Ahora podía aumentar mi cantidad con la misma facilidad que antes de mi ritual de protecciones divinas.

Me miré las manos e incliné la cabeza. *¿Podría ser que mi schtappe hubiera crecido...?*

“¿Ocurre algo, Lady Rozemyne?”, dijo Eglantine. Se había dado cuenta de mi mirada y me ofrecía una herramienta mágica para bloquear el sonido. Anastasius se percató hábilmente de nuestra intención de mantener una conversación privada y se acercó, así que Eglantine también le dio un bloqueador de sonido con una media sonrisa.

“Parece como si mi schtappe hubiera evolucionado”, les dije.

“¿Qué?”, dijo Anastasius. “Explícate”.

“Realmente es sólo una sensación — no puedo decir si es verdad — pero ¿recuerdan cómo el schtappe que obtuve en mi primer año ya no me sentaba bien después de realizar el ritual para obtener protecciones divinas?”

“Sí”, respondió Anastasius con un movimiento de cabeza.

Abrí y cerré la mano. “Las tablillas que uno adquiere en los santuarios son muy parecidas a las Voluntades Divinas. Tras obtenerlas todas, conseguí un control superior sobre mi maná”.

“¿Así que uno puede cambiar su schtappe obteniendo las tablillas de los santuarios...?” Eglantine reflexionó en voz alta y luego esbozó una sonrisa radiante. “Eso significa que aún puede haber esperanza para el príncipe Sigiswald”.

Era demasiado pronto para alegrarse, en mi opinión; había que recoger piedras feys y ofrecer maná continuamente en los santuarios pequeños para obtener las protecciones de los dioses primarios, y ni siquiera sabíamos si obtenerlas mediante un ritual repetido permitiría entrar en los santuarios grandes. En cualquier caso, le quedaba un largo camino por recorrer.

“Es un camino largo e incierto”, dije. “Tendría que rezar en los santuarios pequeños, repetir su ritual de protecciones divinas para asegurarse la protección de cada dios primario, y luego volver al Jardín de los Comienzos para mejorar su schtappe. No sé si este último paso es posible. Tales asuntos están en manos de los dioses, así que no puedo aceptar ninguna responsabilidad por ellos”.

“Aun así, es mejor que no tener ninguna esperanza”, replicó Eglantine. Su deslumbrante sonrisa casi me conquistó, pero sacudí la cabeza para ahuyentar sus falsos encantos. “¿Lady Rozemyne?”

“Hemos terminado de rodear los santuarios, pero ¿y ahora qué?” Pregunté, cambiando de tema.

“Volveremos al archivo subterráneo”, dijo Anastasius. “La cuarta campana se acerca rápidamente. Todos, a sus bestias altas”.

Devolví la herramienta mágica de bloqueo de sonido y subí a Lessy. Luego, todos emprendimos el camino de regreso a la biblioteca.

¡Ah!

Una vez en el aire y por encima de los árboles, vi que las líneas de colores que conectaban los santuarios habían formado un gigantesco círculo mágico. No estábamos a suficiente altura para verlo todo, y no podía saber qué haría cuando se activara, pero parecía cubrir toda la Academia Real, con el edificio central en su centro. Probablemente el círculo se centraba en la Sala Más Lejana en particular.

No sabía qué estaba ocurriendo, pero me daba cuenta de que era algo extremo. El corazón me latía desagradablemente en el pecho.

10 - Profundizando en el Archivo Subterráneo.

“Tendré que informar a Padre que has visitado los santuarios, y hablar con él sobre lo que vendrá a continuación”, dijo Anastasius. Después de llevarme de vuelta al archivo subterráneo, él y Eglantine iban a almorzar y luego asistirían a una reunión por la tarde.

“Príncipe Anastasius... ¿De casualidad sus acciones de hoy se hicieron en secreto?”

“No diría eso, pero soy consciente de que puede que me haya adelantado un poco”.

¿Realmente? ¿Sólo un poco?

Anastasius intentaba ser inexpresivo, como era tan común entre los nobles, pero pude ver la preocupación en sus ojos. Al menos, era mucho más fácil de leer que Ferdinand.

Hm... Él y Eglantine eran realmente obstinados hoy. ¿Será que ha pasado algo en la familia real?

Suspiré ante mi propio optimismo — incluso ahora intentaba encontrar una razón para confiar en ellos — y bajé las escaleras del archivo subterráneo. Schwartz y Weiss estaban de pie a ambos lados de la pared transparente, más allá de la cual Hildebrand y Magdalena ya estaban trabajando. Hannelore debía de estar descansando, porque no se la veía por ninguna parte.

Nuestros asistentes estaban preparando el almuerzo, pero se detuvieron a recibirnos cuando llegamos.

“Volveremos a la villa después de hablar con lady Magdalena”, anunció Anastasius a sus propios asistentes tras llegar al pie de la escalera. “Hay mucho que tendremos que discutir con padre y mi hermano. Contacten con ellos enseguida”.

Los asistentes de Anastasius y Eglantine enviaron ordonnanzas, empezaron a empaquetar algunas cosas y dijeron a los asistentes de Magdalena que llamaran a su lady. Pasé entre ellos y me dirigí al área de descanso, donde encontré a Hannelore. Dejó su taza de té y me dedicó una sonrisa cálida y reconfortante.

“Bienvenida, Lady Rozemyne. ¿Ha terminado de limpiar todos los santuarios?”

“Sí. He limpiado el último hace un momento”.

Entonces Weiss se acercó de un salto, para mi sorpresa; rara vez abandonaba su puesto junto a la pared transparente mientras visitábamos el archivo.

“Weiss, ¿qué ocurre?”, preguntó Hannelore, parpadeando. “Te has movido tan repentinamente que pensé que había pasado algo”.

El shumil no respondió. En lugar de eso, se acercó directamente a mí, me cogió la mano derecha y me dijo: “Sígueme, milady”.

“¿Eh? ¿Weiss?”

Antes de que pudiera preguntar adónde, me di cuenta de que solo había un lugar al que me llevarían los shumils una vez terminase de rezar en todos los santuarios — el siguiente punto del viaje para obtener el Libro de Mestionora. Tragué saliva y vi a Schwartz empujando a Hildebrand fuera del archivo.

“Schwartz empezó a decirme que me fuera de repente”, se quejó Hildebrand. “¿Qué rayos pasa — Rozemyne?”

Todos se quedaron mirando a los shumils por su extraño comportamiento — y a mí por estar involucrada en él.

Supongo que debería seguir...

Me volví hacia Anastasius, que me hizo un gesto afirmativo con la cabeza y con una expresión rígida. Su gesto implicaba el permiso de la familia real, así que entré en el archivo con Weiss. Schwartz me cogió la mano izquierda nada más entrar.

“Transcriba, milady”.

Ni siquiera necesité preguntar qué; sin duda estaba esperándome el Libro de Mestionora. Schwartz y Weiss me guiaron hasta una de las paredes blancas de la sala y tocaron un hueco de su superficie. Mi maná fue absorbido a su interior; un círculo mágico cobró vida, como cuando habíamos desbloqueado el archivo, y apareció una abertura.

Bueno, parece que esto es un camino.

Me giré para ver las reacciones de los demás, pero me di cuenta de que la pared transparente que nos separaba se había vuelto opaca. Desde dentro del archivo, no podía ver a ninguno de ellos.

“Milady. Por aquí”.

Juntos, Schwartz y Weiss tiraron de mis brazos y me guiaron a través de la recién formada entrada de color blanco puro. Mi corazón se aceleró. El simple hecho de saber que el Libro de Mestionora estaba delante hacía que me temblaran las piernas de anticipación y me desbordara de emoción.

Me pregunto cómo será el libro...

Pronto llegamos a una puerta marcada con un complejo círculo mágico luminoso. Estaba claramente bien cerrada, lo que me puso aún más tensa.

“Aquí, milady”.

A petición de los shumils, alargué la mano y toqué el círculo mágico. Mi mano retrocedió al instante y una chispa eléctrica me atravesó. Era como cuando alguien tocaba a Schwartz o a Weiss sin permiso.

“¡Eep!”, exclamé, retirando la mano con sorpresa.

Schwartz y Weiss me miraron.

“No registrada, milady”.

“No puede entrar”.

Antes de que pudiera procesar lo que acababa de ocurrir, los dos shumils rechazaron mi entrada. “¿Registrada en qué?”, pregunté aturdida.

“La familia real”.

Su simple respuesta hizo que la sangre abandonara mi rostro de golpe. En el archivo que contenía la Grutrissheit solo podían entrar los que tenían sangre real — Ferdinand ya me lo había dicho. Me había dicho que mis orígenes plebeyos me impedirían llegar a ser Zent, pero después de que se me permitiese entrar en los santuarios y de obtener fácilmente las pizarras de cada elemento, una parte de mí se había mantenido obstinadamente optimista. En retrospectiva, era obvio que un archivo que contuviera algo tan importante investigaría a los que entraran con un control de sangre forzado por la magia.

¿Qué debía hacer...?

Necesitaba obtener la Grutrissheit este año; de lo contrario, no podría salvar a Ferdinand. Había sido la mejor opción de que disponía, y el camino que tenía por delante parecía de repente mucho más sombrío.

Tardaría tres años en ser registrada como miembro de la realeza...

Para evitar que los candidatos a archiduque cualificados fueran tomados por la fuerza, los candidatos a archiduque tenían prohibido trasladarse a la Soberanía fuera del matrimonio. En otras palabras, yo solo podría entrar en la familia real casándome con Sigiswald, y nuestra ceremonia de unión de las estrellas tendría que esperar hasta después de mi mayoría de edad. Para eso faltaban tres años como mínimo, lo cual era completamente inútil; Ferdinand se casaba el año que viene.

“Abre...” Murmuré y di un manotazo a la puerta. Mi mano volvió a salir despedida, esta vez con más fuerza. Pasé la mirada de mi mano al círculo mágico — las chispas me habían entumecido los dedos — y luego volví a golpear la entrada.

“Abre”.

De nuevo, fui repelida, y con más fuerza si cabe. Me palpitaba la mano y una tormenta de emociones se agolpaba en mi pecho: frustración porque la Grutrissheit estaba fuera de mi alcance, desesperación por no haber podido salvar a Ferdinand, indignación porque el círculo mágico exclusivo para la realeza seguía rechazándome... Todo aquello me repugnaba.

“¡DÉJAME ENTRAR!”



Dejándome llevar por mis emociones, cerré la mano entumecida en un puño y golpeé la entrada tan fuerte como pude. Saltaron chispas cuando mi maná destructivo chocó con el maná que protegía la puerta. Mi muñeca emitió un chasquido repentino, y luego otro. Los contraataques del círculo mágico estaban destruyendo mis amuletos de Ferdinand, uno a uno, lo que me sacó de mi furia. Presa del pánico, aparté la mano.

“Milady es peligrosa”.

“Debe ser eliminada”.

Tras mi pequeño arrebató, Schwartz y Weiss debieron identificarme como una amenaza; las piedras feys de sus frentes se iluminaron mientras se preparaban para atacarme.

No podía permitir que destruyeran ninguno de los amuletos que me habían dado, así que murmuré: “Me voy...” y emprendí la marcha atrás, con los hombros caídos. Schwartz y Weiss me siguieron, todavía en guardia y listos para atacar.



Incluso tras volver al archivo, la entrada seguía siendo opaca. Me desplomé sobre ella y me miré la mano, que me escocía y hormigueaba. La parte de mi puño que había golpeado el círculo estaba cubierta de manchas rojas y negras, como si se hubiera quemado gravemente. Ni siquiera los amuletos de Ferdinand me habían protegido del todo.

“Me duele...” murmuré.

Mientras seguía mirándome las heridas, Schwartz y Weiss cerraron el camino que habíamos abierto, luego saltaron y se pararon frente a la puerta del archivo. Weiss la atravesó y la entrada volvió a ser transparente. Pude ver a todo el mundo esperando con la respiración contenida.

“¡Rozemyne!”, exclamó Hildebrand, pero Anastasius le impidió correr hacia mí. Les dijo a todos que se apartaran y entró solo.

“Rozemyne, ¿has...?”

“No he podido. La puerta más lejana solo puede ser abierta por aquellos registrados como realeza”.

“Entiendo...” murmuró Anastasius, sonando arrepentido. Entonces vio mi mano y se quedó inmóvil. “¿Qué te paso?”

“El círculo mágico me rechazó. Violentamente”.

“Nunca pensé que pasaría esto... Sal del archivo y cúrate de una vez”.

Le agarré la mano y negué con la cabeza. “¿Qué va a pasar con Ferdinand? Un año no me bastará para obtener la Grutrissheit. ¿Qué debería de hacer...?”

“Rozemyne, cálmate. Tu maná...”

Su instrucción era inútil; nunca era tan sencillo. Le lancé una severa mirada a Anastasius y le dije: “Pretendes castigar a Ferdinand junto a Lady Detlinde, ¿no es así? ¿Serías capaz de ‘calmarte’ si alguien te dijera que van a ejecutar a lady Eglantine o a tu familia por completo debido a las acciones de lady Detlinde?”

Anastasius apretó los dientes con expresión de dolor y luego parpadeó confundido. “¿Cómo puede ser esa una comparación apropiada? No estás casada ni prometida con Ferdinand, ni es miembro de tu familia”.

“Fue mi tutor desde antes de que me bautizaran, así como mi mentor y mi médico; equivale a familia. Cuenta entre aquellos a los que necesito proteger más que a nadie ni a nada, así que ¿por qué no iba a preocuparme por él? ¿Cómo te atreves a amenazarlo con ejecutarlo por los crímenes de una mujer con la que nunca quiso casarse — especialmente cuando ha estado tomando una poción tras otra para mantener Ahrensbach a flote? ¿Quién no se pondría furioso cuando alguien que le importa es tratado de forma tan abominable?”

En cuanto me emocioné, los amuletos que cubrían mi cuerpo empezaron a iluminarse. Cada uno de ellos se llenó de maná y empezó a brillar.

Oh no. A este paso, voy a Aplastar a un príncipe...

Al tener conciencia de ello, se me enfrió la cabeza de inmediato. Respiré hondo y comprimí el maná que se hinchaba en mi interior. El proceso fue mucho más fácil de lo que estaba acostumbrado, y los amuletos se atenuaron antes de que nada de mi maná pudiera filtrarse — mi *schtappe* realmente había evolucionado.

Anastasius frunció el ceño. “‘Equivalente a la familia’... ¿hmm? Esperaba encender un fuego bajo tus pies — aumentar tu motivación para obtener la *Grutrissheit* — pero parece que me pase de la raya”. Suspiró y empezó a aplicarme magia curativa. “Es costumbre que los matrimonios sean castigados juntos, pero Detlinde solo será castigada cuando la situación en Ahrensbach se haya estabilizado — es decir, cuando la familia real obtenga la *Grutrissheit*, o cuando Hildebrand y Letizia alcancen la mayoría de edad y se casen. Pasaremos por alto que haga lo que le plazca para ayudar a Ferdinand a maniobrar hasta una posición en la que pueda protegerse. Tal aspiración aún es posible de alcanzar”.

Me limité a ladear la cabeza hacia el príncipe, sin saber qué decir. Parecía que, después de todo, Ferdinand no corría un peligro inmediato.

Anastasius esbozó una sonrisa burlona. “Realmente debí perderme por la urgencia... Actué muy descuidadamente y olvidé por completo que a menudo no compartes el sentido común de la mayoría de los nobles. Aunque hablé de forma bastante provocativa para motivarte, lo que acabo de decir es tan evidente que estoy seguro de que Ferdinand ya lo entiende”.

¿Ferdinand entiende que va a ser castigado por asociación...?

De pronto recordé nuestro encuentro con Eglantine tras el giro de dedicación de Detlinde; Ferdinand había utilizado una grabación para demostrar que había intentado detener a su

testaruda prometida. Aun así, yo estaba en contra de que tuviera que demostrar su inocencia por el simple hecho de estar comprometido con una buscapleitos.

“Lo más probable es que Ferdinand tenga sometido a Ahrensbach en el próximo medio año”, continuó Anastasius. “En lugar de preocuparte por él, harías bien en preocuparte por ti misma”.

“¿Por mí...?”, repetí. ¿Había algo por lo que tuviera que preocuparme aparte de Ferdinand y Ehrenfest?

“Me retracto de mi afirmación anterior de que mi hermano mayor te tomará como tercera esposa; si solo un miembro de la familia real puede obtener la Grutrissheit, entonces el peligro que representas disminuye enormemente”. Dio un suspiro de cansancio, luego me miró con una mirada de preocupación parcial y añadió: “Al igual que tu valor potencial para nosotros”.

“¿Qué? ¿El peligro que represento? ¿Valor potencial?”

“Ya hemos hablado con Aub Ehrenfest sobre estos asuntos. ¿No te ha dicho nada?”

“Nada en absoluto”.

“Entonces *pídele* los detalles”, dijo Anastasius, moviendo la cabeza con incredulidad. Parecía que Sylvester y yo estábamos experimentando un pequeño fallo de comunicación. “Si hubieras conseguido la Grutrissheit, ya fuera para ti o para dársela a mi hermano, habríamos necesitado asegurarte por todos los medios. Pero si después de todo no estás cualificada para ser candidata a Zent, tendremos que replantearnos las cosas”.

Luego me acompañó fuera del archivo y me entregó a mis asistentes. “Pido disculpas por haberle obligado a limpiar todos los santuarios hoy. Y, como advertencia... haría bien en tener unos cuantos guardias más a tu alrededor”.

En ese momento, Anastasius se fue a almorzar, acompañado por Eglantine. Tan pronto como se fueron, mis asistentes me rodearon.

“Lady Rozemyne, ¿qué demonios, paso...?”

“Umm... ¿Qué les pareció a todos ustedes?”, pregunté.

Resultó que la barrera se había vuelto blanca y opaca en cuanto Weiss y yo entramos en el archivo. Mis asistentes no habían podido atravesarla, ni tampoco los miembros de la realeza que habían logrado entrar antes.

“Díganos — ¿qué hizo detrás de la pared blanca, Lady Rozemyne?”, me preguntó Hannelore. Me di cuenta de que mis asistentes querían hacer la misma pregunta.

Sin saber qué responder, me volví hacia Magdalena. Sus labios se curvaron y negó discretamente con la cabeza, indicando que aquello era demasiado importante para mí como para discutirlo.

Sonreí y dije: “Nada de nada. No estaba cualificada”.

“¿En qué sentido?”, preguntó Hildebrand, curioso. “¿Y para qué necesitabas cualificaciones en primer lugar?”.

Eglantine había dicho que no quería conflictos innecesarios con los ducados de alto rango, así que me negué a responder y, en cambio, sugerí que le preguntara a Anastasius. No quería decir nada innecesario que pudiera involucrarme aún más con la realeza, así que dejaría que ellos decidieran cómo responder a Hildebrand.

Tan solo esta mañana, había servido como agónica demostración de por qué Silvester y Ferdinand querían desesperadamente que evitara involucrarme con la familia real y los ducados de alto rango: por muy bien que pareciéramos congeniar, solo éramos amigos de nombre. Tenían mucho más poder que yo, lo que significaba que tendría que aceptar cualquier “petición” poco razonable que me hicieran, y nuestras prioridades rara vez coincidirían. Mis únicas opciones para evitar sus exigencias eran hacerme lo bastante poderosa como para rechazarlas, o hacer todo lo posible por alejarme de su vista.

“Los acontecimientos de esta mañana me han dejado hambrienta”, le dije a Ottilie, y me aparté de Hildebrand. “Vamos a comer”.

“Como quiera, Lady Rozemyne”, respondió ella. “Acaba de sonar la cuarta campana, así que es lógico que tenga hambre. Cornelius, prepárale un asiento”.

Cornelius me había estado mirando, con el ceño fruncido por la preocupación, pero no perdió tiempo en cumplir con su deber. Me ofreció la mano, la cual tome, y juntos nos dirigimos a mi asiento.

“Espera un momento, Rozemyne”, dijo Hildebrand. “Yo —”

“Querido, no molestes a Lady Rozemyne con más preguntas”, intervino Magdalena.

En ese momento, todos volvieron a sus preparativos— aunque me di cuenta de que seguían preocupados por mí. Los asistentes sirvieron el té y los guardias se dispusieron alrededor de los asientos de sus protegidos. Hildebrand se fue con Magdalena, aunque no dejaba de lanzarme miradas preocupadas.



Tras un incómodo almuerzo transcurrido casi siempre en silencio —nadie había querido decir nada— dediqué la tarde a transcribir. Mientras trabajaba en una pizarra concreta, recordé de repente mi época con el libro de historia de Dunkelfelger.

¿Cómo es que un rey procedía de Dunkelfelger?

Si había que inscribirse como miembro de la realeza para obtener la Grutrisshheit, ¿cómo había sido posible? El libro era un registro muy antiguo, por lo que no había ofrecido una explicación, pero implicaba la existencia de alguna otra forma de convertirse en rey. O tal

vez alguien de una generación posterior había puesto ese círculo mágico de comprobación de sangre para evitar que surgieran reyes de ducados distintos al suyo...

No puedo creer que me hayan negado mi mejor método.

Anastasius había dicho que pasaría mucho tiempo antes de que Detlinde fuera castigada y que, sin duda, Ferdinand estaba poniendo en marcha un plan para salvarse, pero yo no sabía si decía la verdad. Quería ponerme en contacto con Ferdinand para informarle del peligro y asegurarme de que, como mínimo, estuviera a salvo, pero me habían dicho firmemente que no me preocupara por él.

“Um, Lady Rozemyne...” Hannelore miró a su alrededor muy vacilante y luego continuó en voz baja: “Su manga...”

Miré hacia abajo y me di cuenta de que mi manga estaba manchada de sangre; los contraataques del círculo mágico habían hecho algo más que abrasarme.

“Le agradezco mucho su preocupación, Lady Hannelore, pero el Príncipe Anastasius ya ha curado mis heridas. Estoy bien”.

“¿Perdón? ¿El príncipe Anastasius usó magia curativa contigo?”

Asentí, mirándola con curiosidad. Anastasius había entrado en el archivo y luego se negó a permitir que nadie más se uniera a nosotros, así que ¿quién más podría haberme tratado?

Al ver mi confusión, Hannelore se explayó con cuidado. “En circunstancias normales, la familia real nunca curaría a otro...” Necesitaban dedicar su maná a Yurgenschmidt, así que la sola idea era aparentemente impensable. Curar mis heridas había sido la forma indirecta de Anastasius de disculparse conmigo, ya que su estatus le impedía admitir su culpa o acabar en deuda conmigo.

¿Cómo iba a darme cuenta de eso? De todos modos, no habrá mucha diferencia — si Ferdinand acaba siendo castigado por culpa de Detlinde, nunca perdonaré a Anastasius, por mucho que se disculpe.



“Hora de irse, Rozemyne”, dijo Sylvester. Los últimos días debieron de hacerle comprender que no bastaba con llamarme por mi nombre, porque me arrancó la pizarra de un tirón sin dudarle un instante.

Guardé mis útiles de escritura, entregué el trabajo de hoy a Magdalena y salí de la biblioteca con Sylvester.

“¿Estoy en peligro?”, pregunté mientras regresábamos al dormitorio. “El príncipe Anastasius dijo que hay cosas que no me has contado”.

“Ya hablaremos de eso más tarde”, respondió Sylvester con una mueca, luego me sonrió y dijo: “Menuda conversación debieron haber tenido para que haya sacado ese tema”.

“Ya hablaremos de eso más tarde”.

Nos miramos el uno al otro y luego soltamos pesados suspiros. Parecía que Sylvester también se había visto envuelto en un montón de asuntos desagradables.

“Sabes, mi querido padre adoptivo... los acontecimientos de hoy me han hecho dolorosamente consciente de por qué todo el mundo quería que me mantuviera alejada de la familia real”.

Sylvester me miró con una expresión completamente agotada. “Hah. Te ha llevado mucho tiempo entenderlo, ¿verdad? Lamento decírtelo, pero deberías haberte dado cuenta antes. Ya es demasiado tarde”.

Espera, ¿qué quieres decir con eso?

11 - Cartas y una Discusión.

Sylvester y yo pasamos el resto del trayecto de vuelta al dormitorio conversando entre nosotros y pidiendo a nuestros asistentes que programaran una reunión para después de la cena. A nuestro regreso, Lieseleta se abalanzó sobre mí.

“Bienvenida. La profesora Hirschur le espera en la sala común”.

“¿La profesora Hirschur?”

Sylvester y yo intercambiamos miradas y luego entramos en la sala común. Hirschur nos llamó la atención de inmediato; en una sala llena de adultos desesperadamente ocupados corriendo de aquí para allá para prepararse para los días venideros, ella estaba despreocupadamente de pie junto a la estantería, leyendo.

“¿Hirschur?!”, exclamó Sylvester. “¿Qué haces aquí?!”

“Aub Ehrenfest, Lady Rozemyne”, nos saludó, aunque sus ojos seguían pegados a su libro. Solo cuando lo devolvió a su lugar, nos miró. “Por fin de vuelta, por lo que veo. Vengo con una carta de Ferdinand”.

“¿De Ferdinand...?” Repetí. “Pero su Ceremonia de Unión de las Estrellas se retrasó. ¿Quieres decir que vino a la Academia Real de todos modos?”

“Ese mismo retraso significa que sigue siendo ciudadano de Ehrenfest. Como resultado, aunque no pueda asistir a la conferencia, imagino que hay poco que le impida visitar la residencia. Uno de sus asistentes me dio esto”.

Eso me recordó — Ferdinand no había asistido a la Conferencia de Archiducos en el pasado, pero de todos modos había sido convocado a la Academia Real. Quizá había vuelto a ocurrir.

Hirschur señaló una caja mágica que había cerca y dijo: “Por favor, ábrala inmediatamente, Aub Ehrenfest”. Parecía demasiado grande para una simple carta, pero tenía la ventaja de que solo el archiduque podría abrirla. “Me han dicho que Ferdinand puso también dentro algunos documentos de investigación, para asegurarse de que yo la recibiera rápidamente. Un movimiento bastante descarado, ¿no le parece?”

“Si no, ¿no se habría olvidado de entregarlo hasta el próximo invierno?” Le pregunté. “Simplemente la conoce demasiado bien, profesora Hirschur”.

“Obviamente”.

¡No pongas esa cara de orgullo!

Sylvester abrió la caja con una sonrisa irónica, y Hirschur se abalanzó sobre los documentos que había dentro. Una vez los tuvo en sus manos, empezó a hojearlos con cara de completa satisfacción.

“¿De qué tratan?”, pregunté.

“De las herramientas mágicas de la biblioteca. Parece que se pueden hacer más fácilmente dividiendo las funciones de organización y búsqueda de documentos. Aun así, el proceso de creación es bastante difícil, y requiere materiales de alta calidad...”

¿Herramientas mágicas que pueden organizar y buscar documentos? Espera, ¿eso significa que puedo poner versiones simplificadas de Schwartz y Weiss en mi biblioteca?!

Los dos shumils también se encargaban de guiar a la realeza hasta la Grutrisheit, pero esa parte no me serviría de nada.

“¡Profesora Hirschur, déjeme echarles un vistazo a mí también!” Grité. “No le importa la organización de documentos, ¿verdad?” Di un respingo, intentando al menos vislumbrar la investigación, pero Hirschur la levantó mucho más alto de lo que yo podía alcanzar.

“Yo soy la primera, Lady Rozemyne. Estas herramientas me serán de mucha más utilidad, ya que mis documentos permanecerán desorganizados sin ellas”.

Guh... ¡Tiene razón!

Recordé el estado del laboratorio de Hirschur y enseguida cedí. Ella necesitaba una herramienta mágica de organización más que nadie.

“Espero haber terminado los últimos retoques para el comienzo del próximo curso académico”, me informó Hirschur. “Puede venir entonces a mi laboratorio, si le interesa”.

“¿Esperas que espere hasta el invierno...? Quiero leerlos ahora”.

“Harías bien en recordar que se supone que estás en Ehrenfest. Espera al momento y lugar adecuados”.

Como todos me recordaban, no quería que me vieran deambulando por la Academia Real. Estaba aquí únicamente para ayudar a la familia real, así que visitar el edificio de los eruditos o quedarme en el laboratorio de Hirschur para mi propio disfrute estaban completamente fuera de lugar.

Ngh... Pero mis herramientas mágicas...

Me dijera lo que me dijera, la idea de tener mis propios Schwartz y Weiss era para morir. Empecé a pensar en cómo conseguir su método de producción, pero Hirschur me miró y soltó una risita.

“Escribiré una lista de los ingredientes necesarios y los llevaré al dormitorio. Quizá puedas esconderte en mi laboratorio este invierno para elaborar pociones con ellos”.

“¡Sí!” Declaré, con los puños cerrados con determinación. Pero antes de que pudiera decir mucho más, Sylvester me golpeó en la cabeza con un papel.

“Rozemyne, esto es para ti”, dijo sacando una carta de la caja. Fui a cogérsela, pero me detuve; ¿y si tenía tinta invisible? No había pasado nada cuando la golpeó contra mi cabeza, así que probablemente no había nada de qué preocuparse.

Puedo tomarla, ¿no? Ferdinand no usaría por descuido tinta brillante en una carta que iba a empaquetar con otra correspondencia... ¿no?

Mi mano tembló un poco al extenderla para aceptar la carta. Sylvester debió de darse cuenta, porque me miró con desconfianza y dijo: “¿Qué te pasa?”, mientras me la entregaba.

“Bueno... ¿Me dejarán contestarle?” Pregunté mientras comprobaba si la tinta de la carta brillaba. “¿No está mal por mi parte preocuparme o ponerme en contacto con él?”

Sylvester parecía preocupado de repente. “Puedes responderle, sí. Estoy seguro de que me va a dar mucho en qué pensar, así que retrasemos nuestro encuentro hasta mañana”. Entregó la correspondencia dirigida a él a uno de sus eruditos, y luego dirigió su atención a la excéntrica profesora. “Buen trabajo, Hirschur. Puedes cenar hoy con nosotros”.

“Agradezco el ofrecimiento”, respondió, “pero debo regresar a mi laboratorio de inmediato”.

“Entiendo. Bueno, no te detendré”.

Tras liberar a Hirschur con un gesto de la mano, Sylvester se dirigió a su habitación. Yo hice lo mismo, sujetando firmemente la carta de Ferdinand.



Después de cenar y bañarme, entré en mi habitación oculta. Ya había preparado papel y tinta normal para escribir mi respuesta, pero no tenía tinta brillante, como era de esperar, ya que no había previsto la necesidad de escribir una carta a Ferdinand durante la Conferencia de Archiducos.

“Hay tantas cosas que quiero mencionar, como el paño de plata y la posibilidad de que sea castigado por asociación... pero cualquier cosa que escriba acabará siendo comprobada, así que necesito mantenerlo todo inocuo. Bueno, estoy segura de que Sylvester cubrirá todas las partes importantes”.

Suspiré y abrí la carta, que iba precedida de una advertencia: “*Escribí esto mientras todos estaban ausentes por la Conferencia de Archiducos y conseguí que Eckhart lo incluyera con mis cartas a Sylvester. Escriba su respuesta bajo el supuesto de que será revisada*”. Evidentemente, estaba en una posición en la que podía escribir, pero no leer libremente.

Sabes, Ferdinand, incluso yo entiendo que mis cartas a ti serán sometidas a inspección.

Era obvio que cualquier cosa que escribiera sería examinada cuidadosamente no solo por Ahrensbach, sino también por Sylvester. Insatisfecha por haber sido empujada a un panorama tan molesto, empecé a leer la carta escrita con una letra familiar. Las primeras líneas del primer párrafo eran una reprimenda.

“Así que has dejado de escribirme. ¿Cómo debo interpretarlo? Tú fuiste quien exigió esta correspondencia en primer lugar, como una forma de confirmar que estoy bien”.

Ngh... Lo siento.

No había enviado una carta a Ferdinand desde que Sylvester me dijo que dejase de preocuparme y de contactar con él tan a menudo. Estaba en su derecho de quejarse.

“¡Hay tantas cosas que quiero contarte!” Refunfuñé, con los labios fruncidos.. Sin embargo, tenía que apegarme a lo que Sylvester me había dicho, así que puse la pluma sobre papel y escribí lo que en esencia podría resumirse como “Tengo que tener más cuidado ahora que aparento mi edad”.

Pero eso solo no bastaba para desahogar todas mis frustraciones; ya que estaba, mencioné que me estaban instando a mostrar la misma preocupación por Wilfried que la que había mostrado por Ferdinand cuando estaba aquí, y que Wilfried no estaba nada contento con los resultados. Aquí nadie escuchaba mis quejas, así que el mero hecho de poder escribirlas resultaba sorprendentemente terapéutico.

“Desahogarme me ha tranquilizado mucho. Por supuesto, no puedo enviar esto; Ahrensbach se enteraría demasiado de los asuntos internos de Ehrenfest”.

Doblé mi hoja de reclamaciones y empecé una nueva carta con mi resumen de una línea y una nota adicional de que, efectivamente, estaba creciendo a un ritmo impresionante. Con eso estaba todo dicho.

Seguí leyendo la carta de Ferdinand. En ella explicaba que los nobles de Ahrensbach también habían sido obligados a participar en la Oración de Primavera, y que había reunido muchos ingredientes en el proceso. Al parecer, Letizia había rechazado las pociones con infusión de bondad que Sergius le había entregado, ya que “aún no necesitaba pociones de tan alta calidad”.

Mi resistencia había sido alguna vez tan escasa que acababa inmovilizada en un abrir y cerrar de ojos, pero Letizia podía arreglárselas con pociones de rejuvenecimiento normales. Había acabado privada de maná, claro, pero no se había derrumbado ni una sola vez durante la Oración de Primavera. Ferdinand escribió que había vuelto a sorprenderse al recordar lo enfermiza que era en comparación con un niño normal.

“Bueno, ahora estoy mucho más sana que cuando estabas tú. Acabé postrada en cama solo tres veces esta última Oración de Primavera, y me recuperé tras solo dos días de reposo. ¿Qué te parece?”

Garabateé mi respuesta, llena de indignación, pero lo cierto era que compararme con Letizia me deprimía. Sentía que aún estaba muy lejos de ser normal.

Solo tienes que mejorar, Rozemyne. Poco a poco.

Volví a prestar atención a la carta.

“Junto a esta carta hay algunas flores de wehrnoor que obtuve mientras daba vueltas por Ahrensbach para la Oración de Primavera. Son un ingrediente ideal para hacer amuletos. Yo mismo no puedo hacer mucho con ellas, debido a la falta de mi taller, pero espero que ahora seas lo bastante capaz como para elaborarlas por tu cuenta”.

Así que por eso la correspondencia había llegado en una caja tan grande — también nos había enviado algunos materiales. Muchos de mis amuletos acababan de romperse, así que era un buen momento.

No sólo bueno, en realidad — perfecto. Clásico de Ferdinand.

Leí una sección en la que se describían los amuletos ideales para hacer con las flores wehrnoor, y luego continué.

“A cambio, hay algunas cosas que debo pedirte que prepares antes de la Conferencia de Archidukes del año que viene. En primer lugar, un mínimo de trescientas hojas de papel hechas con plantas feys de la mejor calidad disponible. Ehrenfest y Drewanchel publicaron investigaciones para mejorar aún más la calidad, ¿no es así? Aprovéchalo. De mi taller, también requiero algo de cuero gestfortner, así como sonneschlag y piedra fey de regisch, también de la más alta calidad”.

Espera un segundo. ¡¿Cómo es eso un intercambio justo por unas míseras flores?!

No sabía qué pretendía hacer Ferdinand con esos materiales, pero sus exigencias me parecían poco razonables. Probablemente podría encontrar todo excepto el papel fey en el taller que me había dado, pero aun así — era mucho pedir.

Papel fey de primera calidad, ¿eh?

Un mínimo de trescientas hojas significaba que ni siquiera nuestra provisión de papel trombe sería suficiente. Los niños nobles que habían entrado en el orfanato este año me habían hecho dudar sobre si producir más.

Quizá debería pedírselo a Brigitte después de volver a Ehrenfest...

Nuestra investigación sobre nuevos usos para el papel fey de Illgner había dado lugar a un proyecto de investigación conjunto con Drewanchel, y era posible que la provincia hubiera inventado otro tipo de papel entretanto. Si no, solo tendría que hacer que los niños cosecharan trombes — sin decírselo a los nobles, por supuesto.

Ferdinand me pedía mucho, pero le escribí que haría todo lo posible por prepararlo todo. Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura, su lista de exigencias se iba alargando. También quería que lleváramos varias cosas cuando asistiéramos al funeral de Aub Ahrensbach el próximo verano, entre ellas algo de equipaje y más comida. Empezaba a sentir que me estaba utilizando como una herramienta muy conveniente.

Hmph. ¡Yo también estoy ocupada, sabes!

La carta continuaba: *“No me gusta tener que pedirte tanto, así que pienso prepararte algo de pescado a cambio. Aceptaré cualquier petición”.*

“¡Yupi!” Grité. “¡Tendré tus papeles y tus comidas listas en un instante! ¡Alabados sean los dioses!”

Hice una nota para decirle a Sylvester que enviara el equipaje que Ferdinand necesitaba, y luego empecé a tararear para mis adentros mientras escribía el pescado que quería comer.

“No quiero taunadel ni ningún otro pescado venenoso, pero *sí* mucho spresch; esa sopa de bolas de spresch que comimos estaba deliciosa. También quiero pescado que hasta los cocineros más plebeyos sean capaces de despellejar. Así que... un poco de eso... y un poco de esto... Hecho”.

Sonreí ante mi respuesta, emocionada por volver a comer pescado después de tanto tiempo. Ahora sí que estaba deseando que llegara el verano. Sin embargo, tal entusiasmo duró trágicamente poco; mi humor cayó en picada cuando leí la siguiente parte de la carta.



“¿Qué demonios te llevó a revivir una antigua práctica durante la Ceremonia de Unión de las Estrellas?”

No sabía mucho sobre los tejemanajes de la Conferencia de Archiduques; Hartmut y Clarissa solo informaban de que estaban ocupados. Sin embargo, según Ferdinand, el Sumo Sacerdote de la Soberanía y el Sumo Obispo estaban solicitando a la familia real y a los ducados distintos de Ehrenfest que cancelaran mi compromiso con Wilfried. Querían que me uniera al templo de la Soberanía como su nueva Sumo Obispa y luego enseñara a Yurgenschmidt a realizar ceremonias religiosas de acuerdo con las antiguas tradiciones. No podía ser enviada a otros ducados mientras sirviera como Sumo Obispa en Ehrenfest, pero tales restricciones no serían aplicables en el templo de la Soberanía.

Ahora se había demostrado que existía una correlación positiva entre la cantidad que uno rezaba y el número de protecciones divinas que obtenía, por lo que revivir los antiguos rituales y difundir la forma correcta de realizarlos aumentaría la media de maná en todo Yurgenschmidt. El templo de la Soberanía también proclamaba que resucitar los antiguos rituales permitiría elegir a un verdadero Zent.

Ahrensbach ya tenía un candidato Zent, por lo que apoyaba fervientemente los esfuerzos del templo de la Soberanía. Georgine afirmaba activamente que, haciendo que Ferdinand y los demás nobles participaran en las ceremonias, obtendrían más protecciones divinas, y su cosecha aumentaría. También estaba irritando a las parejas archiducuales de otros ducados diciendo cosas como “Es injusto que Ehrenfest monopolice un conocimiento tan valioso” y “Todo el país se beneficiaría de que Lady Rozemyne se convirtiera en la Sumo Obispa de la Soberanía Soberana”.

Ferdinand aún no estaba casado con Detlinde, lo que significaba que no podía participar en la Conferencia de Archiduques ni impedir que Georgine dijera lo que pensaba durante las fiestas del té y las comidas. Escuchaba los informes de los eruditos y asistentes que estaban presentes, y luego se quejaba a Georgine de sus acciones, pero ella le callaba diciendo que solo decía la verdad.

“Como la princesa de Lanzenave ha sido rechazada, espero que las negociaciones con ellos sean desagradables una vez que regresemos a Ahrensbach. Eso sigue siendo preferible a haberla aceptado, pero...”

Ferdinand tendría que participar en dichas negociaciones, pero ya parecía mentalmente agotado. Había decidido dejar a Justus en Ahrensbach y estaba pasando la Conferencia Archiducal intentando mantener la atención de Georgine lejos de su ducado.

En cuanto a Detlinde, al parecer había estado echando humo tras un encuentro con “una mujer tremendamente grosera” en la biblioteca de la Academia Real. Sin embargo, ahora estaba de mucho mejor humor; los demás miembros de su ducado habían conseguido levantarle el ánimo diciéndole que el resurgimiento de las antiguas ceremonias podría llevarla a ser elegida como la próxima Zent. Me pareció que solo le seguían la corriente para

evitar más rabietas histéricas antes de que su fundación estuviera totalmente teñida. Ninguno de ellos pretendía detenerla.

Uf... Ahrensbach se está volviendo loco.

En respuesta a los ducados que se ponían del lado de Georgine, Ehrenfest había intentado protestar. “¿Qué les parecería si uno de *sus* candidatos a archiduque fuera llevado por el templo de la Soberanía?”, habíamos dicho. “En primer lugar, tal acto está prohibido”. Por desgracia para nosotros, estábamos librando una batalla perdida; Ehrenfest y Frenbeltag ya habían demostrado que un ducado podía mejorar sus cosechas haciendo que nobles con abundante maná participaran en sus ceremonias religiosas, y teniendo en cuenta que la mayoría de los ducados se encontraban en una situación desesperada, teniendo que luchar contra la escasez de maná y el empeoramiento del rendimiento de las cosechas, Ferdinand pensó que estábamos básicamente condenados. Incluso si nos adelantábamos a ellos ahora, teníamos garantizado el fracaso el año que viene.

“Si te convirtieras en la Sumo Obispa de la Soberanía, te permitiría contener a la familia real y al templo de la Soberanía, difundir la forma tradicional de realizar las ceremonias y ayudar a otros ducados. También liberaría al Rey Trauerqual de su carga actual, si tus esfuerzos condujeran al establecimiento de un Zent por los medios adecuados”.

Ehrenfest y yo sufriríamos, pero nadie más. Por eso todos buscaban la forma de llevarme al templo de la Soberanía.

“Puesto que entraste en la familia archiducal por adopción, si fueras repudiada y degradada a la condición de archinoble, entonces sería posible que te trasladaras a la Soberanía. Sin embargo, tú, Sylvester y Karstedt tendrían que estar de acuerdo. Por mucha presión que la familia real pueda ejercer sobre ti, no pueden utilizar un decreto real para cancelar tu adopción”.

Una cosa que sí podía *conseguir* un decreto real era cancelar mi compromiso con Wilfried. El rey simplemente tendría que retractarse de su aprobación, lo que nos devolvería a la época en la que todos habían estado luchando por mi mano en matrimonio, sin importar lo que Sylvester intentara decir o hacer.

“En general, no te niegues a ayudar a la familia real — hacerlo solo dañará aún más la reputación de Ehrenfest. Ahora que se nos trata como si estuviéramos en el bando ganador de la guerra civil, seguramente nos enfrentaremos a la envidia de los ducados perdedores. Al mismo tiempo, sin embargo, los ducados victoriosos buscarán su ayuda. Esperen a ser convocados y consultados, como yo lo fui una vez. Y, si recibes tal petición, no te niegues; en lugar de eso, gana tiempo. Debes resistir al menos un año, aunque intenta aguantar incluso más”.

Ferdinand me recomendó una respuesta por si la familia real intentaba forzar mi mano: Yo ya hacía mucho por ellos, así que ¿por qué iba a aceptar que me degradaran a archinoble? También me aconsejó que dijera a los admiradores de las historias de Elvira que estaba tan

profundamente enamorada de Wilfried que quería evitar bajo cualquier circunstancia que se cancelara nuestro compromiso.

Agradezco la advertencia y el consejo, pero... No creo que pudiera fingir estar enamorada de Wilfried. Nunca he estado enamorada de nadie. Hmm...



Incluso cuando me metí en la cama esa noche, seguí reflexionando sobre mi situación. Habían pasado tantas cosas... que probablemente por eso me desperté a la mañana siguiente con fiebre.

“Te *pasaste* toda la mañana de ayer fuera”, dijo Otilie mientras me preparaba unas pociones rejuvenecedoras. “Al menos hoy es el Día de la Tierra — puedes descansar como siempre sin miedo a lo que piensen los demás. El aub ha dicho que tu discusión puede esperar hasta que te hayas recuperado”.

Verme postrada en la cama le había provocado a Clarissa un pequeño ataque de pánico. Lieseleta la consolaba diciéndole que era algo habitual en mí.

“Eh, Clarissa... ¿Crees que acabaré en el Templo de la Soberanía?” Pregunté.

“Ehrenfest no puede permitirse perderla, Lady Rozemyne. Pero no tema”. Se golpeó el pecho con fuerza. “¡Hartmut y yo la protegeremos!”

Aprecié su entusiasmo, pero Ferdinand había dicho que estábamos básicamente condenados. Sylvester debía de estar muy presionado. Aunque dudaba que alguna vez lo admitiera; siempre se hacía el duro y trataba de ocultarme las cosas más raras. Probablemente eso era lo que Anastasius había querido decir ayer.

“Como alguien de otro ducado, ¿qué crees que debería hacer Ehrenfest?” Le pregunté. “Si el Templo de la Soberanía quisiera a alguien que no fuera yo, ¿qué pensarías?”

La expresión de Clarissa se aplanó; luego me dirigió una mirada de completa seriedad.

“Pensaría que es la mejor oportunidad que tendríamos de ganarnos el favor de la familia real y de otros ducados. Cumpliendo con el Templo de la Soberanía, Ehrenfest demostraría que merece su lugar entre los victoriosos. Tendríamos que negociar algunos términos — cuánto duraría el acuerdo, el orden en que se enseñaría a los ducados, etc. — pero nunca volveríamos a tener otra oportunidad de ganar tanto con la pérdida de un solo candidato a archiduque”.

Me dedicó una sonrisa preocupada. “Por otro lado, si te monopolizamos, nos ganaremos los celos y la ira de todos los demás ducados. Debido a mi familiaridad con la situación interna de Ehrenfest, entiendo por qué no podemos permitirnos perderte... pero no habría sido tan comprensiva cuando vivía en Dunkelfelger. ¡Me habría escandalizado ver a Ehrenfest tan egocéntrica, sobre todo cuando debe de haber hordas de gente ansiosas por ver a la Santa de Ehrenfest hacer sus milagros!”

Era una lástima; Clarissa había dado la impresión de ser una erudita muy competente antes de esas últimas palabras. En cualquier caso, ahora tenía una mejor idea de cómo veían los demás ducados nuestra situación. Sin duda, Sylvester había pasado por un infierno mientras yo transcribía en el archivo, me convertía en candidata a Zent y era rechazada por no ser de la realeza.



A la hora de la cena, la fiebre me había bajado, así que fui a una de las salas de reunión del dormitorio para hablar con Sylvester. Florencia estaba con él y me recibió con una sonrisa.

“Me alegra ver que te ha bajado la fiebre”.

“Ferdinand me ha contado lo que ha ocurrido durante la conferencia de este año”, observé, y luego saqué la carta que me había dirigido y mi respuesta. Sylvester leyó ambas antes de devolver la primera y entregar la segunda a uno de sus eruditos.

“En cualquier caso”, dijo con una sonrisa, “no tengo intención de cancelar tu compromiso ni de enviarte a la Soberanía”.

Florencia nos miró a ambos, claramente preocupada. “¿Ha dicho algo la familia real?”

“Quieren que les entregue Rozemyne, ya que eso reparará su relación con el Templo de la Soberanía y concederá los deseos de los demás ducados. En sus palabras, ‘una comprensión más profunda de las ceremonias religiosas beneficiará a todo el país’. Pero eso no importa; voy a rechazarlos”.

Sylvester había argumentado que la idea era impensable cuando la mayoría de los nobles seguían despreciando agresivamente los templos del país. Además, la familia real había prometido que mi participación en la Ceremonia de Unión de las Estrellas de la Conferencia de Archiducos sería cosa de una sola vez y que consolidaría al príncipe Sigiswald como el próximo Zent; exigir que ahora me uniera al Templo de la Soberanía era poco menos que indignante.

Sylvester había continuado diciendo que la razón de la familia real para querer mi ayuda — la fuerza de mi maná — era también la razón por la que Ehrenfest me consideraba un pilar de apoyo tan crucial. “Sería inaceptable que tanto Ferdinand como Rozemyne nos fueran robados para apoyar a otras tierras”, había dicho. “Además, ¿no va contra la ley trasladar candidatos a archiduque a la Soberanía?”

“El Zent aceptó mi argumento”, continuó Sylvester. “Supongo que solo me lo pidió por la remota posibilidad de que cediera, ya que casi todos los ducados están presionando para ello. El caso es que...” Se cruzó de brazos y nos contó lo más importante: Sigiswald estaba de acuerdo con los otros ducados.

Al parecer, el primer príncipe había dicho que esta era la única oportunidad de Ehrenfest para ganarse el favor de todos los demás ducados, y que las máximas prioridades de Yurgenschmidt eran realizar ceremonias religiosas, obtener protecciones divinas y hacer más

eficiente el maná de todos. Me estaba presionando para que me uniera al Templo de la Soberanía.

Espera, ¿qué? ¿Cuándo tuvo lugar este intercambio, exactamente? ¿Ni Trauerqual ni Sigiswald saben que ahora soy candidata a Zent?

Todo lo que estaba diciendo Sylvester tenía que ver con convertirme en Sumo Obispa de la Soberanía; Anastasius parecía ser la única persona que pensaba en asegurarme como candidata a Zent. Apenas habíamos visitado los santuarios ayer, así que tal vez Trauerqual y los demás de la familia real simplemente no estaban al tanto, pero Eglantine y Anastasius presumiblemente les habían contado todo al respecto.

¿O es que, no les han contado nada en absoluto...?

Anastasius no había confiado en mi condición de candidata a Zent antes de acompañarme a los santuarios. Después me había dicho que actuaba solo, y si Eglantine mantenía en secreto la finalidad de los santuarios para no desatar el caos, Magdalena tampoco se habría enterado.

Debió de darse cuenta de todo ese alboroto en el archivo subterráneo, pero, de nuevo, eso solo ocurrió ayer... Quizá el Zent esté enterándose de lo ocurrido mientras hablamos.

Estaba contemplando cuánta información se estaba compartiendo entre la familia real cuando vi que Sylvester se encogía de hombros. “Recibí una carta de invitación esta mañana”, comentó. “La familia real me ha convocado para una reunión dentro de dos días. El Zent parece seguir de mi lado, así que pienso quedarme quieto y esperar a que termine la Conferencia de Archiduques. Digan lo que digan, la única forma de que un candidato a archiduque pase a la Soberanía es mediante el matrimonio”.

Sylvester tenía la intención de esperar a que terminara el plazo, pero si esta nueva invitación era el resultado de que toda la familia real se enterara de que ahora yo era candidata a Zent, entonces nos enfrentábamos a una situación completamente nueva.

“Bueno...” Empecé de mala gana. “Creo que a partir de ahora te va a costar mucho más rechazarlos”.

“¿Y eso por qué?”, preguntó Sylvester. Tanto él como Florencia me miraban sorprendidos.

Le indiqué a Otilie que sacara unos bloqueadores de sonido, luego le di uno a Sylvester y otro a Karstedt, que estaba de pie en su posición habitual de guardia. No le di ninguno a Florencia, que parecía muy preocupada.

“El shock de lo que voy a decir podría ser lo suficientemente grande como para impactar al bebé...” dije. “Sylvester, te permitiré decidir si corremos ese riesgo”.

“¿Es realmente tan grave?”

“Sí. Incluso te aconsejaría que desalojaras la habitación”.

Sylvester hizo un gesto con la mano y todos nuestros asistentes salieron, dejándonos solo a nosotros dos, a Karstedt y a Florencia. Agarré uno de los bloqueadores de sonido e hice mi declaración:

“Soy candidata a Zent”.

Sylvester y Karstedt chillaron, con los ojos muy abiertos por el terror. “Eso no tiene ningún sentido”, replicó Sylvester. “¿Qué estás diciendo?!”

“Yo tampoco lo entiendo, pero aquí estamos. Me dejé llevar por la corriente, haciendo lo que me pedía la familia real, y... Sí”.

Había rezado en la Academia Real y en el templo de Ehrenfest, y luego había dejado que Anastasius me llevara a todos los santuarios de los dioses. Eso me había convertido en candidata a Zent, pero luego me habían dicho que no estaba cualificado, pues no estaba registrado como miembro de la realeza.

“Te ahorraré los detalles, ya que no estoy segura de si debería estar diciendo algo de esto en primer lugar, pero creo que estoy más cerca de convertirme en la próxima Zent que nadie en el país. Aunque en realidad no podría gobernar; mi sangre no está registrada como perteneciente a la familia real. Supongo que la realeza nos presionará más que nunca”.

“¿Cómo es que me entero de esto ahora?!”

“Sucedió ayer”.

Quería decírselo inmediatamente después de mi regreso del archivo subterráneo, pero mi carta de Ferdinand había tenido prioridad. Después, acabé con fiebre. Ahora me encontraba mejor, precisamente por eso estaba aquí.

“No importa lo que hagamos, mi compromiso va a ser cancelado”, dije. “Podemos esperar que un miembro de la familia real obtenga la Grutrisheit en los tres años que median entre ahora y mi mayoría de edad, pero me querrán en el bolsillo por si no lo consiguen por su cuenta”.

Anastasius se había retractado de su afirmación de que Sigiswald me tomaría como tercera esposa, pero solo para que él y su familia pudieran explorar otras opciones. Puede que el Zent estuviera dispuesto a respetar las circunstancias de Ehrenfest e ignorar las exigencias para que yo me convirtiera en la próxima Sumo Obispa de la Soberanía, pero dudaba que hiciera la vista gorda ante el hecho de que yo era su mejor opción para instalar a un Zent adecuado con una Grutrisheit lo antes posible.

“La carta de Ferdinand se refería a que el Templo de la Soberanía podría acogermé”, dije, “pero, en cualquier caso, escribió sobre cómo la familia real podría obligarme a trasladarme a la Soberanía. También me dio algunos consejos sobre cómo actuar en ese caso. Tendremos que pensar qué haremos si Ehrenfest recibe un decreto real”.

Sylvester arrugó la cara. Se trataba de un asunto más importante que todo lo relacionado con el Templo de la Soberanía. Ni siquiera un archiduque sería capaz de rechazar una orden relacionada con el próximo Zent y la obtención de la Grutrissheit.

“Quizá deberíamos convocar también a Wilfried”, dije. “Los resultados de esto podrían cambiar su vida”.

Sylvester contempló la idea por un momento y luego negó con la cabeza. “No. Esta vez no”.

“¿Estás seguro? Esto podría cambiarlo todo para él, ¿no?”

“Podría, pero ¿logrará algo convocarlo? No podremos desafiar las órdenes del rey, no importa lo que pensemos de ellas, y lo último que necesitamos ahora es que Wilfried monte una escena aquí en la Academia Real. Si la noticia lo desata en frenesí o se lo cuenta todo a sus asistentes, tendremos aún más problemas”.

Era cierto que Sylvester y Florencia no necesitarían su ayuda para argumentar por qué debía quedarme en Ehrenfest. Además, no queríamos que difundiera la noticia de que yo era candidata a Zent antes de que tuviéramos la oportunidad de discutirlo formalmente con la familia real.

“No tengo tiempo que perder sacando a mi hijo de un estado de ánimo depresivo”, dijo Sylvester. “Tenemos que decidir la postura oficial de Ehrenfest, planear cómo negociar con la familia real y pensar qué condiciones debemos poner. Además, Wilfried aún es menor de edad; no puede asistir a la Conferencia de Archiducos, ni ha sido convocado por la familia real. No veo ninguna razón para que venga aquí. Tendrá que aceptar lo que ocurra, pero eso no debería ser un problema; como sus padres, para empezar, nosotros decidimos con quién se casa”.

Sylvester hablaba con la imparcialidad de un archiduque, pero su ceño estaba fruncido de un modo que dejaba más que claro su disgusto. “La familia real tampoco te ha invitado a esta próxima reunión”, continuó. “Negociaré lo mejor que pueda, pero soy el archiduque de un ducado que no es un actor muy influyente en el escenario del país. Puede que el resultado no sea el deseado, así que quiero que estés preparada para lo que pueda pasar”.

Mi única opción era dejar toda la negociación en manos de Sylvester y Florencia. Lo entendí perfectamente.

“No he olvidado que me salvaste a mí y a mi familia hace tanto tiempo”, dije. “Aunque las cosas rara vez salen como espero, siempre he intentado cumplir con mis deberes de hija adoptiva. Así pues, mientras sigas protegiendo a mi familia y a los del templo, así como a los Gutenberg, obedeceré cualquier decisión que tomes como archiduque”.

Me di cuenta de que Sylvester apretaba los dientes. Su frustración delataba su amor por mí y, mientras disfrutaba de la alegría que me producía darme cuenta de ello, le entregué un bloqueador de sonido a Florencia. “Si les han invitado a los dos, ella también tiene que saberlo. Sylvester, por favor, explícale todo”.

Sylvester abrió la boca, pero estaba tan abrumado que no le salieron palabras.

Florencia sonrió. “Por la cara de urgencia que pones, ¿puedo suponer que no tenemos tiempo que perder en tu agonía?”, le preguntó, instándole a hablar.

“La verdad es que...”

Al oír que era candidata a Zent, Florencia se quedó helada, con sonrisa y todo. Luego, tras una pausa, se llevó una mano a la frente. “Creía que estaba acostumbrada a sus sorpresas después de los informes de invierno, pero quizá no...”

“Es probable que la familia real desee evitar cualquier caos innecesario”, dije, “así que no le digas a nadie lo que te conté”.

“Eso es obvio”, respondió Sylvester. “El verdadero misterio es el objetivo final de la familia real”.

Eglantine me había dicho que la familia real esperaba mantener el statu quo. A sus ojos, el mejor resultado incluiría evitar otra guerra entre los grandes ducados y establecer a Sigiswald como el próximo Zent.

Entonces me di cuenta de algo: eso era sólo lo que Eglantine quería. Anastasius había dicho que esperaba aliviar sus temores, así que tal vez eran los dos únicos que pensaban así. Definitivamente, no había oído ni al Zent ni al propio Sigiswald decir una palabra sobre querer que yo obtuviera la Grutrissheit y que me convirtiera en la tercera esposa del primer príncipe. Dado lo mal que parecía fluir la información entre los miembros de la familia real, era peligroso sacar conclusiones precipitadas sobre lo que deseaban.

“Tienes razón”, le dije a Sylvester. “No sabemos lo que quiere la familia real. Por lo tanto, dejemos de pensar en sus objetivos y en su lugar consideremos cómo podemos exprimirles tanto valor para Ehrenfest como sea posible”.

“¿¡Rozemyne?!”, exclamó Sylvester. Tanto él como Florencia estaban sorprendidos por mi sugerencia.

“Después de decir que quería que me convirtiera en la tercera esposa del primer príncipe, el príncipe Anastasius declaró que Ehrenfest debía ocuparse de sus propios problemas. La familia real no nos mostrará ninguna consideración, ni se preocupará por lo que más nos beneficie. Por eso debemos centrarnos en nuestros propios intereses. Usando como guía las negociaciones editoriales del año pasado con Dunkelfelger, pensemos en un término en el que se nieguen a ceder, uno que crean que probablemente puedan asegurar, y uno que marcaría la victoria más dulce si se obtuviera”.

Sylvester intercambió una mirada con Karstedt, luego esbozó una sonrisa irónica y dijo: “Suenas mucho como una comerciante”. Parecía improbable que su reunión con la familia real se convirtiera inmediatamente en una dura negociación, pero adoptar la mentalidad adecuada no haría daño. Decidí plantear las condiciones básicas tanto si la discusión versaba sobre mi entrada en el Templo de la Soberanía como si se trataba de mi candidatura a Zent.

“Ahora, en cuanto a mis tres condiciones... Me niego a aceptar que haya una limitación en el número de asistentes que puedo llevar a la Soberanía. Si me envían al Templo de la Soberanía, entonces pediría que me trataran como candidata a archiduque, no como aprendiz de doncella azul del santuario. También intentaría negociar por más libros de los que ya se pueden encontrar en la sala de libros de Ehrenfest”.

“Vamos, Rozemyne”, dijo Sylvester con una mueca. “Esas cosas son valiosas para ti, no para Ehrenfest”. Probablemente estaba acostumbrado a limitarse a revisar las opciones que sus eruditos le presentaban y elegir la que le parecía mejor.

“Si así lo crees, entonces haz algunas sugerencias por tu cuenta. Aún no sabemos a cuántos podemos hablar de mis circunstancias, así que no pueden limitarse a consultar a sus eruditos como harían normalmente. Todos tendrán que aportar sus propias ideas para asegurar el valor de Ehrenfest”.

Sylvester y Florencia finalmente entraron en razón y empezaron a considerar lo que beneficiaría a nuestro ducado. Habían pasado tiempo más que suficiente escuchando a eruditos y discutiendo cosas con los demás aubs que asistían a la conferencia, así que no tardaron mucho en ponerse manos a la obra. Anoté sus sugerencias en mi díptico; clasificarlas según su importancia nos facilitaría mucho las cosas a la hora de decantar las negociaciones a nuestro favor.

“Es de suponer que la familia real expondrá sus intenciones sin preguntar por las nuestras, pero aun así podemos negociar con ellos”, dije. “Dejen claro que estamos dispuestos a cooperar con ellos, pero solo si el acuerdo es mutuamente beneficioso. Deben ser firmes al respecto. Por último, díganles que también tendrán que hablar conmigo. Al fin y al cabo, necesitarán mi consentimiento si quieren cancelar mi adopción”.

12 - La Santa Comerciante.

Amanecía un nuevo día — un día que no pasaría en el archivo subterráneo. A Otilie le preocupaba que volviera a trabajar tan pronto después de la fiebre, y Clarissa quería que evitara cualquier cosa que supusiera un esfuerzo. “Su salud es lo más importante, Lady Rozemyne”, me había dicho.

“Debe de estar agotada después de pasar tantos días bajo tierra, estudiando minuciosamente los documentos”, dijo Otilie. “Por favor, aproveche para descansar”.

Volví a la cama y señalé la caja de libros cercana. “En ese caso, Clarissa, tráeme algo para leer”.

“¿Tienes intención de seguir leyendo?!”

“Por supuesto. La lectura es un pasatiempo para mí, y ¿qué mejor para relajarme que un libro de mi elección? Puede parecer similar a mi trabajo de transcripción, pero te aseguro que lo considero un descanso”.

Clarissa siguió mirándome boquiabierta.

“Hacía mucho tiempo que nadie respondía de forma tan dramática”, dije con una risita, y luego le di el título de un libro en el que estaba a media lectura.

“Hartmut me lo advirtió, pero aun así... Es impactante verlo en persona”.

“Lady Rozemyne ha estado tan ocupada y con tan buena salud últimamente que no ha tenido mucho tiempo para leer ociosamente”, explicó Lieseleta con una risita mientras me ayudaba a ponerme cómoda en la cama.

Clarissa abrió la caja de libros y sacó el título que le había pedido. Pedí a Otilie que informara a Hannelore o Magdalena de mi ausencia y empecé a leer. Cuando Clarissa anunció que se marchaba para asistir a la Conferencia de Archiduques, su voz apenas me llegó; mi libro ya tenía toda mi atención.

De repente, un ordonnanz se posó sobre mi libro, obligándome a levantar la vista. “Soy Hildebrand”, decía. “Lamento que haya caído enferma. Mi intención era enviarte un regalo para levantarte el ánimo, pero mi madre me dijo que no lo hiciera, ya que no deberías estar aquí. Eeh... recupérate pronto”.

Sonreí ante su bonito mensaje y envié mi respuesta: “Me ha bajado la fiebre, pero mis preocupados asistentes me han aconsejado que descansé un día más. Estaré de vuelta mañana”.

Como había prometido, al día siguiente fui al archivo subterráneo. Sylvester y Florencia asistían a su reunión con la familia real — no me enteraría de cómo había ido hasta mi regreso al dormitorio — mientras Anastasius y Eglantine estaban ocupados socializando.

“Buenos días, Lady Rozemyne”, dijo Hannelore cuando me vio. “Es maravilloso volver a verla bien”. Sabía por experiencia que un simple té podía hacerme colapsar, así que no le sorprendió demasiado que mi viaje por la Academia Real me hubiera puesto enferma.

Sonreí y le confirmé que efectivamente me encontraba mejor, y fue entonces cuando Hildebrand se acercó.

“Rozemyne. Me alegra ver que te has recuperado”.

“En efecto, príncipe Hildebrand”, respondí. “Le agradezco muchísimo su amable ordonnanz”.

Él respondió con una sonrisa, y sus ojos violetas brillaron de alegría. Para ser un príncipe, era muy franco con sus sentimientos, lo cual era encantador. La forma en que actuaba me recordaba a Melchior, así que acabé dejando que mis emociones afloraran también.

Mientras continuábamos nuestra conversación, de repente tuve la sensación de que me estaban observando. Un rápido vistazo a la habitación reveló que Magdalena me estaba inspeccionando de cerca. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, sonrió y dijo: “Vamos todos al archivo”.

Una vez dentro, empecé a trabajar en silencio en mi traducción... hasta que alguien me dio unos golpecitos en la espalda.

“¿Rozemyne, tienes un momento?”

Me di la vuelta para ver al Príncipe Hildebrand. “¿Sí?” Le pregunté. “¿Hay alguna palabra que no reconoce?” No era la primera vez que solicitaba mi ayuda.

“Quería preguntarle algo mientras Madre y Hannelore se toman un descanso. Rozemyne...” Hizo una pausa, claramente agonizando sobre sus próximas palabras. “¿Vas a obtener la Grutrisheit y convertirte en la próxima Zent?”

“No pertenezco a la familia real. Por lo tanto, no estoy cualificada para asumir ese papel”.

Así que mi condición de candidata a Zent por fin había sido compartida entre la familia real. Había hecho bien en esperar a que Hannelore se marchara, pero yo seguía sin estar segura de que fuera algo que debiéramos discutir en el archivo.

Hildebrand me cogió la mano. “Rozemyne, quiero ayudarte”.

Me quedé mirándole sorprendida, devanándome los sesos para discernir lo que quería decir. No tuve mucha oportunidad, pues el ruido de pasos nos interrumpió.

“Hildebrand, ¿qué estás haciendo?”

“Madre...” El príncipe se había puesto pálido — señal de que probablemente había dicho demasiado.

Magdalena me miró. “Lady Rozemyne, ¿qué le dijo mi hijo, si se puede saber?”

“Que quería ayudarme”, le dije. “Ya me he recuperado de mi fiebre, pero veo que el príncipe Hildebrand sigue tan atentamente preocupado por mí”. Por supuesto, no iba a mencionar nada sobre la candidatura de Zent.

Magdalena me lanzó una mirada escrutadora y suspiró. “Hildebrand, vamos a tomarnos un *descanso*”, dijo, poniendo fin a nuestra conversación.

Después de comer, volvimos directamente al trabajo. Magdalena vigilaba a Hildebrand aún más de cerca esta vez, decidida a asegurarse de que no volviera a dirigirme la palabra.

Fue entonces cuando llegó Sigiswald. Era la primera vez que lo veía aquí desde el comienzo de la Conferencia de Archiduques. Elogió nuestro trabajo en el archivo en favor de la familia real y luego indicó a Hannelore que volviera a su dormitorio para descansar.

“Le agradezco mucho su preocupación”, dijo Hannelore al primer príncipe antes de marcharse. Me miró varias veces mientras se marchaba, sus ojos delataban su preocupación.

Me levanté, pero me pidieron que volviera a sentarme. “No hay otro lugar donde podamos hablar”, explicó Sigiswald con una sonrisa apacible mientras tomaba asiento frente a mí.

“Anastasius me ha dicho que, para transmitir las intenciones de uno, hay que ser casi ofensivamente franco al hablar contigo. Por eso me gustaría hablarte con franqueza, si no te importa”.

La forma de expresarse de Anastasius me molestó un poco — pero no se equivocaba: era mucho mejor ser franco que permitir que arraigara cualquier malentendido, sobre todo cuando se trataba de la familia real.

“No me importa”, respondí, “mientras no me ejecuten por mi propia franqueza”.

“No temas; no ejecutaríamos a una candidata a Zent tan valiosa”, dijo Sigiswald con una sonrisa, y luego me miró de frente. “En efecto, Anastasius nos lo dijo. También mencionó que no se puede obtener la Grutrissheit sin estar registrado como miembro de la familia real”.

Parecía que el giro de dedicación de Detlinde y la reciente Ceremonia de Unión de las Estrellas habían hecho que el Templo de la Soberanía pareciera cada vez más fiable ante los ojos de los nobles del país. Como resultado, cada vez eran más sonoros los llamamientos para que se revivieran las antiguas ceremonias y se encontrara un verdadero Zent. La realeza había supuesto que incluso yo lograría obtener la Grutrissheit, pero... henos aquí.

“Tal y como le dijo el príncipe Anastasius, no estoy cualificada para obtener la Grutrissheit. Por lo tanto, le aconsejo que alguien de la familia real la obtenga en su lugar. Por favor, pídaselo a Lady Eglantine”.

“Desgraciadamente... la familia real no tiene margen para hacer eso”, explicó Sigiswald, con aire preocupado. Al igual que el equivalente de la biblioteca a una fundación había estado a punto de quedarse sin maná, también lo estaban innumerables herramientas mágicas en la Soberanía. “Que esto quede entre nosotros, pero hay muchas herramientas mágicas en la

Soberanía que han dejado de funcionar por completo por falta de alguien que las suministre. Justo el otro día... una fue destruida”.

“¿Fue destruida...?”

“Algunas herramientas mágicas se desmoronan cuando se les agota completamente el maná”.

Rara vez ocurría eso con las herramientas mágicas que utilizábamos normalmente, pero supuse que las de la Soberanía eran especialmente antiguas.

Sigiswald continuó: “No podemos permitir que valiosas herramientas mágicas que han sobrevivido desde un pasado lejano sean destruidas en nuestra generación. Padre y el resto de nosotros ya estamos consumiendo pociones de rejuvenecimiento todos los días en nuestro esfuerzo por recargar aquellas que se consideraron menos relevantes y se abandonaron hace años. Por lo tanto, no tenemos suficiente maná para empezar a aportar a los santuarios. Permíteme ser franco: nuestra única opción es llevarte a la familia real lo antes posible, para que podamos disponer tanto de tu maná como de tu incuestionable capacidad para que la nobleza te siga”.

Desde luego, tenía motivos para estar preocupado; Yurgenschmidt acabaría al borde de la destrucción si la familia real dejaba de abastecer sus herramientas mágicas.

“En circunstancias normales, esperaríamos a que fueras mayor de edad para casarte con la familia y hacerte miembro de la realeza... pero no podemos esperar tanto. Deseamos que te unas a la familia real tan pronto como puedas. Nuestra esperanza es que Aub Ehrenfest te repudie para que Padre pueda adoptarte en su lugar, hasta que seas mayor de edad y te cases conmigo. ¿No es este el mejor futuro posible en todos los casos?”

Significaría salvar a Ferdinand de tener que casarse con Detlinde y posteriormente ser castigado por sus crímenes... Sin embargo, aceptar la oferta no era una opción — no con la situación actual de Ehrenfest.

“Mi padre hizo a Aub Ehrenfest varias ofertas, creyendo que Ehrenfest debía recibir una justa recompensa por su cooperación... pero el aub las rechazó todas”.

Hice una pausa. “¿Cuáles fueron sus ofertas?”

“Eran bastante razonables”, adelantó Sigiswald. “Padre propuso elevar el rango de Ehrenfest, dar al ducado un trato preferente y acoger en la Soberanía al mayor número posible de sus nobles para fortalecer tu posición como Zent”.

La familia real había esperado que Sylvester se alegrara, ya que a los ducados mayores siempre les gustaba ganar influencia. Él los había rechazado, sin embargo, diciendo que el acuerdo en realidad no beneficiaría a Ehrenfest.

Y, bueno, tenía razón.

“Debo admitir”, continuó el príncipe, “que nos preocupa que Ehrenfest responda tan egoístamente”.

“Príncipe Sigiswald, los nobles de Ehrenfest ya están luchando para mantenerse al día con las nuevas expectativas que han llegado con nuestro repentino y continuo ascenso en la clasificación. Otros ducados nos dicen con frecuencia que no nos comportamos de una manera acorde con nuestra posición. Por ello, preferimos que nuestro rango se mantenga — o incluso descienda, hasta que consigamos alcanzarlo. Subirlo más solo haría sufrir a Ehrenfest”.

Sigiswald recibió mi explicación con los ojos muy abiertos. Se encontraba en una posición en la que tanto los ducados inferiores como los superiores estaban a su entera disposición. Ni una sola vez se había parado a considerar cómo lucharía Ehrenfest, atrapado como estaba entre los dos extremos de la jerarquía del país. También era de la opinión de que todos los problemas debían resolverse de inmediato; en ningún momento se le había ocurrido que algunos sólo podrían solucionarse mediante cambios radicales a lo largo de varios años. Al mismo tiempo, había llegado a ver a Ehrenfest como un ducado con grandes ambiciones, teniendo en cuenta que habíamos dejado pasar una posición aún más alta en la clasificación para recibir el mismo trato que los vencedores de la guerra civil del país.

“En ese caso, ¿aceptar a nobles de Ehrenfest en la Soberanía para fortalecer su posición también sería negativo?” Preguntó Sigiswald.

“La población de nuestro ducado ya es demasiado pequeña. Y, debido a circunstancias extremas que no voy a detallar aquí, nos vimos obligados a llevar a cabo una purga durante el invierno. Ehrenfest apenas tiene nobles suficientes para mantenerse en estos momentos y seguramente se derrumbaría si los que quedan fueran enviados en masa a la Soberanía”.

Sigiswald se llevó una mano a la frente y me miró en silencio. Estaba claro que no había entendido cómo eran las cosas en Ehrenfest.

“En resumen”, concluí, “Ehrenfest tiene sus propias circunstancias con las que lidiar. No puedo ser adoptada por la familia real en tan poco tiempo”.

“¿Aunque sea crucial para salvar a Yurgenschmidt del colapso al que se aproxima rápidamente?” Había una clara ansiedad en la voz del primer príncipe, pero aun así me negué a ceder.

“El colapso del que hablas puede resumirse en una escasez de maná, ¿no? Eso lo puede resolver cualquiera. Mientras tanto, Ehrenfest me necesita a mí específicamente”.

“Explícate”, dijo Sigiswald, inclinándose hacia delante.

“En Ehrenfest tengo funciones en la imprenta y en la familia archiducal. También ejerzo como Sumo Obispa y directora del orfanato del templo. No tardaré mucho en poder confiar mis deberes de candidata a archiduque a mis hermanos, pero el resto no será tan fácil”.

Melchior y sus asistentes tendrían que observar todos los rituales y ceremonias antes de poder asumir mi labor como Sumo Obispo, lo que llevaría al menos un año. También era necesario preservar el estado actual del orfanato. Seguramente también habría

complicaciones con la imprenta; tendríamos que supervisar el traspaso a Elvira y decidir si los Gutenberg me acompañarían a la Soberanía o seguirían viajando.

“Además”, continué, “mi compromiso con Wilfried estabiliza actualmente su posición como próximo aub. Disolverlo significaría sumir a Ehrenfest en el caos, para lo cual tendríamos que prepararnos a toda costa. Al igual que usted y el resto de la familia real han deseado evitar otra guerra entre los ducados mayores desde la gran purga, Aub Ehrenfest desea evitar una guerra entre nuestros giebés cuando nuestra propia purga ha puesto al ducado en un estado tan precario”.

Eglantine y Anastasius habían mencionado en muchas ocasiones que querían evitar provocar otra guerra civil. No dejaría que fingieran no saber cómo nos sentíamos.

“Pero eso no es todo; mi madre adoptiva está embarazada y no podrá suministrar maná a Ehrenfest hasta que haya dado a luz. En invierno, mi hermana menor realizará su ritual de protecciones divinas en la Academia Real, y el año que viene por estas fechas, mi padre adoptivo tomará a su segunda esposa. Como mínimo, por motivos de maná, no puedo abandonar Ehrenfest hasta entonces”.

“Los problemas de maná de Yurgenschmidt son mucho más urgentes que los de Ehrenfest...”

“No para mí”, dije, ignorando el intento de protesta con una sonrisa. “La familia real simplemente necesita maná. Por lo tanto, permíteme intercambiar un poco por otro año en Ehrenfest. También te pido que utilices tu nueva comprensión de nuestras circunstancias para prepararte a aceptar una condición que realmente nos beneficie. Recuerda que no somos uno de los grandes ducados con los que estás tan acostumbrado a tratar”.

Sigiswald se quedó momentáneamente con cara de piedra; luego, sonrió a su vez. “Mis disculpas. Parece que no te he escuchado”.

Volví a repetirlo, palabra por palabra.

“¿Pretendes cambiar un año de maná por un año más en Ehrenfest?” Sigiswald confirmó. “Harías bien en recordar que actualmente hay siete miembros de la familia real suministrando maná; por muy abundante que sea el tuyo, no puedes aspirar a igualarnos tú sola”. Hablaba con una sonrisa apacible, como si se dirigiera a una niña que no comprendía un hecho tan básico. Aun así, mi expresión no vaciló; ya sabía que mi maná por sí solo no sería suficiente.

“En ningún momento he dicho que yo pretenda usar mi propio maná. Recuerda que la Academia Real está actualmente *llena* de individuos ricos en maná”.

Una vez más, Sigiswald me dirigió una mirada pétrea. Luego sonrió por segunda vez — aunque parecía mucho menos natural — y murmuró: “¿Llena de ellos...?” Parecía que quedarse inmóvil un momento y luego sonreír era su forma de expresar sorpresa.

Me recuerda a la forma en que Ferdinand se paraliza cuando se esfuerza por procesar algo.

Adopté una sonrisa aún más amplia, tratando de enfatizar mi ventaja, mientras me devanaba los sesos en busca de mis condiciones de victoria. En el mejor de los casos, informaría al país de que se iba a celebrar otro Ritual de Dedicación — no en mi favor, sino en beneficio de la familia real —, delegaría los preparativos y me aseguraría el maná suficiente para comprar otro año en Ehrenfest. La familia real también nos ayudaría a ganarnos un poco más la gratitud de los demás ducados, ya que a nuestros nobles les costaba mucho conseguirlo por sí solos. Entonces, desde nuestra posición de superioridad, les obligaríamos a aceptar la mayor cantidad posible de nuestras exigencias a cambio de mi adopción en la familia real.

Un interruptor dentro de mí se había activado, y ahora estaba en pleno modo comerciante. Miré a Sigiswald directamente a los ojos; mi objetivo en esta batalla inicial era asegurarme, como mínimo, un año de tiempo. No actuaría tan servilmente como el noble promedio, limitándome a asentir con la cabeza mientras la familia real enumeraba una exigencia tras otra, sino que tomaría el control absoluto de la conversación. En este combate de lucha verbal, iba a tener el control absoluto del ring.

El hombre que tenía delante ya no era un príncipe, sino alguien con quien negociar. Al igual que Sylvester, la familia real tendía a dejar la negociación a sus eruditos y se limitaban a dar el veredicto final. Hacerlo aquí en el archivo, donde Sigiswald estaba solo y sin sus asistentes, mejoraba enormemente mis posibilidades de éxito.

Tengo que utilizar todas las herramientas a mi alcance para conseguir más tiempo en Ehrenfest y garantizar que la familia real asegure a Ferdinand unas condiciones de vida más hospitalarias. ¡Allá voy! ¡Benno, préstame tu fuerza!

“Realicemos un Ritual de Dedicación durante la Conferencia de Archiduques de este año”, sugerí.

“¿Pretendes tomar maná de los aubs reunidos...?” Respondió Sigiswald, moviendo ligeramente los labios. “Eso no tendría precedentes”.

Tal vez, pero la familia real ya había demostrado que estaba dispuesta a recoger maná de los estudiantes; aceptar algo de los aubs no sería un gran salto. Además, no pretendía tomar maná *solo* de los aubs — los asistentes que los acompañaban también participarían en el ritual.

Cuando tengas una oportunidad, aprovéchala y saca todo el provecho que puedas. ¿No es así, Benno?

“Vaya. ¿Hay alguna razón para tu sorpresa?”, pregunté. “Realizar el Ritual de Dedicación es necesario para conceder tu deseo, ¿no es así?”

Evidentemente, Sigiswald no había relacionado ambas cosas; me dirigió una mirada de preocupación e incluso ladeó un poco la cabeza, haciendo oscilar sus exuberantes mechones dorados. “¿Mi deseo...? ¿Te refieres a mi deseo de que seas adoptada por el Zent, obtengas la Grutrisheit y te cases conmigo tras alcanzar la mayoría de edad?”

“No exactamente. Tu deseo, según tengo entendido por Aub Ehrenfest y los eruditos que le han acompañado, es que me convierta en la Sumo Obispa de la Soberanía, visite los ducados para celebrar ceremonias religiosas e impulse mejores cosechas y más protecciones divinas por todo el reino. ¿Acaso elevar el promedio de maná de Yurgenschmidt no es tu mayor prioridad?”

“Eso es—”

Sigiswald intentó protestar, pero no le di oportunidad. “Eso fue lo que le pediste a Aub Ehrenfest, ¿no? Estoy segura de mi afirmación”. Sus demandas de hacía apenas unos días habían puesto en aprietos a los nobles de Ehrenfest, así que no iba a permitir que actuara como si todo aquello no hubiera ocurrido.

“Así pues”, continué, “llevaré a cabo el Ritual de Dedicación, según tu deseo. La participación de los aubs y nobles del país les permitirá comprender mejor la importancia de sus templos y ceremonias religiosas. También debería darles suficiente experiencia para repetir el proceso en casa, mejorando así sus cosechas y permitiéndoles obtener más protecciones divinas. El Templo de la Soberanía seguramente estará a bordo, considerando sus peticiones de más individuos ricos en maná para realizar ceremonias religiosas”.

Los nobles de otros ducados habían estado presionando para que la “Santa de Ehrenfest” fuera nombrada Sumo Obispa de la Soberanía y les transmitiera sus conocimientos sobre ceremonias religiosas. Mientras tanto, el Templo de la Soberanía quería un Sumo Obispo rico en maná, ya que no podían efectuar los antiguos rituales sin uno. Ambas partes se verían obligadas a participar en el Ritual de Dedicación — y, por lo que vi, no había forma de que ninguna de ellas pudiera negarse.

Pueden aprender una de las ceremonias que tanto ansían realizar, y nosotros podemos exprimirles hasta la última gota de maná. Fácil.

“Esto no solo elevará el promedio de maná en todos y cada uno de los ducados — un resultado que usted y el resto de la familia real desean fervientemente — sino que también te asegurará una abundancia de maná. Esto, a su vez, me permitirá otro año en Ehrenfest. ¿No te parece una idea maravillosa que beneficia a todos?”

Una vez más, Sigiswald me miró sin comprender. Hizo una pausa mientras procesaba mi pregunta, pero de repente se puso en marcha y volvió a sonreír. “Efectivamente, es una idea maravillosa, pero ¿cuándo tendría lugar exactamente este ritual?”

En ocasiones, la Conferencia de Archiduques podía durar más de dos semanas. Aún nos quedaba más de una semana, tiempo de sobra para preparar el ritual. Claro que el calendario tendría que ser un poco más apretado de lo habitual, ya que tendríamos que prepararlo todo mientras se celebraba la conferencia, pero no esperaba que eso fuera mucho problema; la Soberanía contaba con muchos más nobles de los que Ehrenfest solía tener.

“El último día de la Conferencia de Archiduques debería bastar”, dije. “Eso daría a todos tiempo más que suficiente para prepararse”.

“Aún es demasiado pronto. No podemos modificar de repente el calendario cuando van a participar tantos nobles”.

Es de suponer que Sigiswald estaba acostumbrado a que sus asistentes y eruditos hicieran los planes por él; de hecho, no me habría sorprendido oír que se limitaba a hacer lo que le indicaban. No debe de haber experimentado que otras personas cambiaran bruscamente sus planes, obligándole a actualizar su agenda con muy poca antelación. Esa fue la impresión que me dio su reticencia a mi sugerencia.

También me di cuenta de que Sigiswald encontraba agotadora mi avalancha de sugerencias aparentemente excéntricas. Como príncipe, no estaba acostumbrado a ocuparse él mismo de tales asuntos, y aquí no había nadie a quien pudiera consultar. Pero eso no iba a detenerme; estaba decidida a arrinconarlo.

¡Necesito ir a por todas ahora, para que Sylvester pueda negociar más fácilmente con la familia real en el futuro!

“Vaya...” Dije, fingiendo sorpresa. “Príncipe Sigiswald, nunca esperé que dudaras tanto sobre este Ritual de Dedicación. Pensé que lo aceptarías como la idea perfecta — especialmente después de que proclamaras que elevar el promedio de maná del país era nuestra mayor prioridad”. Me llevé una mano a la mejilla y dejé que unas lágrimas de cocodrilo humedecieran mis ojos. “¿Me mentiste sobre la urgencia de la crisis del maná? ¿Fue tu intención simplemente llevarme al Templo de la Soberanía para apaciguar a los aubs de otros ducados?”

“Yo nunca...”

“Aub Ehrenfest estaba tan preocupado por la petición de la familia real de que yo fuera la nueva Sumo Obispa de la Soberanía... Y pensar que la crisis del maná no era más que una artimaña...” Inspirándome en Angélica, bajé la mirada en un intento de parecer desconsolada. El impacto fue enorme; Sigiswald dejó a un lado su sonrisa y sacudió desesperadamente la cabeza.

“Por favor, espera Rozemyne. Todo esto es un malentendido. Es inequívocamente cierto que debemos elevar el promedio de maná entre los nobles de Yurgenschmidt con gran premura. Sin embargo... seguramente una ceremonia a tan gran escala debe realizarse solo después de una extensa discusión con el templo de la Soberanía y los eruditos relevantes. Simplemente me sorprendió que hicieras tal sugerencia cuando aún no la habíamos tenido en cuenta en nuestros planes. Los preparativos llevarán tiempo, del que tenemos muy poco”.

Ooh... ¿Eso es lo que vas a decir? Mala jugada.

Ahora me tocaba a mí poner cara de piedra. Después de dar varias excusas, Sigiswald me preguntó si lo había entendido, con su habitual sonrisa. Le dediqué una sonrisa excepcionalmente fría.

“Príncipe Sigiswald, ¿puedo hacerle una pregunta?”

“Por supuesto”.

“Nunca fue un objetivo en mi vida entrar en la familia real. Aun así, ¿no suele ocurrir que la adopción de un candidato a archiduque por parte del Zent solo tenga lugar después de haber mantenido una extensa conversación con el aub respectivo, y de que haya transcurrido el tiempo suficiente para que se realicen los planes y preparativos pertinentes?”

Sigiswald se limitó a mirarme fijamente, con los labios aún cortésmente curvados. Aproveché su silencio para continuar.

“Dime, qué es más repentino y drástico: ¿Qué te ordenen prepararte para un Ritual de Dedicación, o que te ordenen unirte a la familia real como hija adoptiva del rey? ¿Realmente es tan trivial mi adopción como para elegir lo primero? Me sorprende que Ehrenfest y yo signifiquemos tan poco para todos ustedes”.

El príncipe parpadeó varias veces y ahora parecía muy serio. Tal vez pensara que yo era una recatada niña rica que aceptaría cada una de sus palabras, o tal vez solo se había enfrentado a personas que expresaban sus ligeras críticas indirectamente a través de eufemismos.

Por fin, dijo: “En ningún caso te menospreciamos a ti ni a Ehrenfest. Actuamos porque su adopción es urgente y necesaria”.

“No, lo verdaderamente ‘urgente y necesario’ es solucionar la escasez de maná de la familia real. Si están tan desesperados que no pueden esperar a que alcance la mayoría de edad y desean sumir a Ehrenfest en el caos, entonces estoy segura de que podrían ordenar al Templo de la Soberanía y a los aubs que se preparen para el Ritual de Dedicación. Puede parecer poco razonable, pero también lo es la petición que me has hecho. Además, creía que la especialidad de la familia real era ignorar las intenciones de los demás a la hora de hacer peticiones”.

“¿Cree sinceramente que damos prioridad a nuestras propias necesidades?” Preguntó Sigiswald, desconcertado. “Puede parecer que estamos siendo egoístas, pero intentamos maximizar el beneficio para todos”.

Hice una mueca. “Dado que me consultas, puedo aceptar que al menos tienen cierto deseo de complacer a los demás. En la práctica, sin embargo, has repetido una y otra vez las necesidades de la familia real mientras ignorabas mis circunstancias. ¿Has hecho siquiera una sugerencia en mi beneficio? En primer lugar, esas necesidades de maná, la Grutrisheit, mi adopción y la educación de los aubs sobre las ceremonias religiosas... Son todo lo que *deseas*. Ni uno solo de ellos me ayuda a mí o a Ehrenfest. ¿Lo entiendes?”

En realidad, *sí quería* obtener y leer la Grutrisheit, pero no iba a decirlo aquí. Necesitaba acorralar a Sigiswald para que aceptara que la familia real celebrara otro Ritual de Dedicación.

“La única razón por la que sugiero este problemático Ritual de Dedicación es porque se ajusta a las necesidades de la familia real. Para ceremonias religiosas y similares, los aubs pueden simplemente consultar sus propios templos y ocuparse ellos mismos de la situación.

Incluso el príncipe Anastasius dijo que los ducados deben ocuparse de sus propios problemas”.

Tras escuchar atentamente mi explicación, Sigiswald ladeó la cabeza hacia mí. “El propósito del ritual sería permitirte otro año en Ehrenfest, pero tú y tu ducado son los que necesitan ese tiempo, no nosotros”.

La familia real llevaba años buscando infructuosamente la Grutrissheit, y ahora esta colgaba ante sus ojos; sin duda habían perdido de vista todo lo demás. Expuse la realidad de nuestra situación ante el rostro confuso del príncipe.

“Solo han pasado unos días desde que me determinaron como la más próxima a obtener la Grutrissheit. Usted y el resto de la familia real siguen haciendo que mi adopción parezca sencilla, ¿eso significa que todo está listo para mí? A los miembros de la realeza bautizados se les dan villas, ¿no es así?”

Sí, firmar un acuerdo de adopción era bastante sencillo, pero no era ni mucho menos lo único que habría que tener en cuenta. Para vivir como hija adoptiva del rey, necesitaría una villa, artículos para amueblarla, candidatos a asistentes de entre los nobles de la Soberanía, alojamiento para los asistentes de Ehrenfest que me acompañaran, capas y broches de la Soberanía, y mucho más de lo que se me ocurrió inmediatamente.

“No creo que la familia real pueda adoptarme sin hacer antes los arreglos necesarios”, dije. “¿O es que no piensan darme una villa? ¿Será que planean arrojarme al Templo de la Soberanía y que sirva como su Sumo Obispo hasta mi mayoría de edad? Ese debe ser el caso, a menos que pretendas decirme que has preparado mi alojamiento en pocos días. Oh, con nobles de la Soberanía tan talentosos, no debería tomar ni siquiera un día preparar un simple Ritual de Dedicación. Qué tranquilizador”.

Sigiswald recorrió la sala con la mirada, sin perder la sonrisa. Sus ojos verdes oscuro se posaron finalmente en el espacio exterior del archivo, donde sus asistentes esperaban su regreso. Hildebrand y Magdalena también estaban allí, pero debían de haberles dicho que no interrumpieran nuestra conversación; ambos miraban en nuestra dirección, pero no intentaban acercarse a nosotros.

“Para que quede claro... íbamos a darte una habitación en una de nuestras villas”, dijo Sigiswald, prácticamente forzando las palabras. “Planeábamos que te quedaras conmigo o con mi madre, que para entonces sería tu madre adoptiva...”

“¿Oh?” Le dirigí una mirada de exagerado asombro. “¿Es costumbre de la familia real conceder villas solo a sus hijos biológicos, mientras que a sus hijos adoptivos no les dan más que una habitación individual? Si es así, es la primera vez que oigo hablar de ello. Los rumores pintan a mi padre adoptivo como un hombre cruel que también discrimina entre sus hijos, pero se aseguró de que mi alojamiento fuera igual al de mis hermanos. ¿Me concedería el Zent menos que eso? ¿Cómo voy a creer que no nos desprecia a Ehrenfest y a mí cuando pretende tratarme tan mal?”

Aquello golpeó a Sigiswald en su punto débil; hizo una mueca de dolor y parpadeó frenéticamente mientras intentaba encontrar una respuesta. El hecho de que *un príncipe* ya no pudiera fingir una sonrisa era la confirmación de que ahora yo dominaba la conversación.

“Si me tomara el tiempo de identificar cada uno de los problemas en tu sugerencia, ya no necesitaría el Ritual de Dedicación”.

Aunque en realidad no debería hacer eso. No quiero que la familia real y los otros ducados me guarden rencor en el futuro.

Este era mi último recurso, pero en su estado de pánico, Sigiswald seguramente pensó que solo estaba diciendo lo obvio. Lo adiviné por su falta de protestas.

Continué: “Tienes razón en que un Ritual de Dedicación repentino resultará inconveniente, así que comprendo que la familia real no lo considere la mejor opción. Sin embargo, lo sugerí para que *todos* puedan disponer de un año más para hacer lo que necesiten. Tal vez debería ayudar con el ritual. ¿O sacrificamos algo más para ganar el tiempo que necesitamos?”

Me quedé mirando a Sigiswald. Él me devolvía la mirada, buscando mi intención.

Tras una larga espera, el príncipe suspiró. “Seguiré tu consejo, con gratitud, y aconsejaré al Zent que realicemos otro Ritual de Dedicación”. Parecía haber decidido cortar por lo sano, así que hice toda una lista de sugerencias adicionales que evitarían que Ehrenfest tuviera que participar.

“A Ehrenfest le costaría obtener permiso para utilizar el altar y los instrumentos divinos, así que dejaremos los preparativos para el Ritual de Dedicación a la Soberanía. Utilizar el auditorio sin el escenario dejaría espacio suficiente para que los asistentes de los aubs también participen”.

Sigiswald se quedó helado, luego sonrió — su rutina habitual. “¿Pretendes que participen los asistentes además de los aubs? ¿Cuánto maná pretendes tomar?”

“Bueno, ¿qué puedo decir?” Hinché el pecho y repetí lo que Benno me había enseñado: “Me educaron con la creencia de que, cuando surge una oportunidad, hay que aprovecharla y sacar todo el provecho posible”.

“Así que a esto se refiere la gente cuando dice que los educados en el templo entienden las cosas de otra manera...” murmuró Sigiswald, con cara de conflicto.

¡Cerca, pero no! ¡Yo me crié como una plebeya, no como una doncella de santuario! ¡Qué mal por ti!

“Si me permites ofrecerte otro consejo” dije, “convertir el Ritual de Dedicación en algo anual sería muy beneficioso para todos. En este caso, ¿por qué no permitir que los ducados participantes repitan el ritual de protecciones divinas cada año, animándoles así a participar? El proceso lleva un tiempo, por lo cual yo esperarí que solo dos ducados pudieran completar los rituales cada Conferencia de Archiduques. Sin embargo, si se les presentara la

oportunidad una vez cada década de obtener más protecciones divinas, cualquier ducado empezaría a tomarse en serio las ceremonias religiosas”.

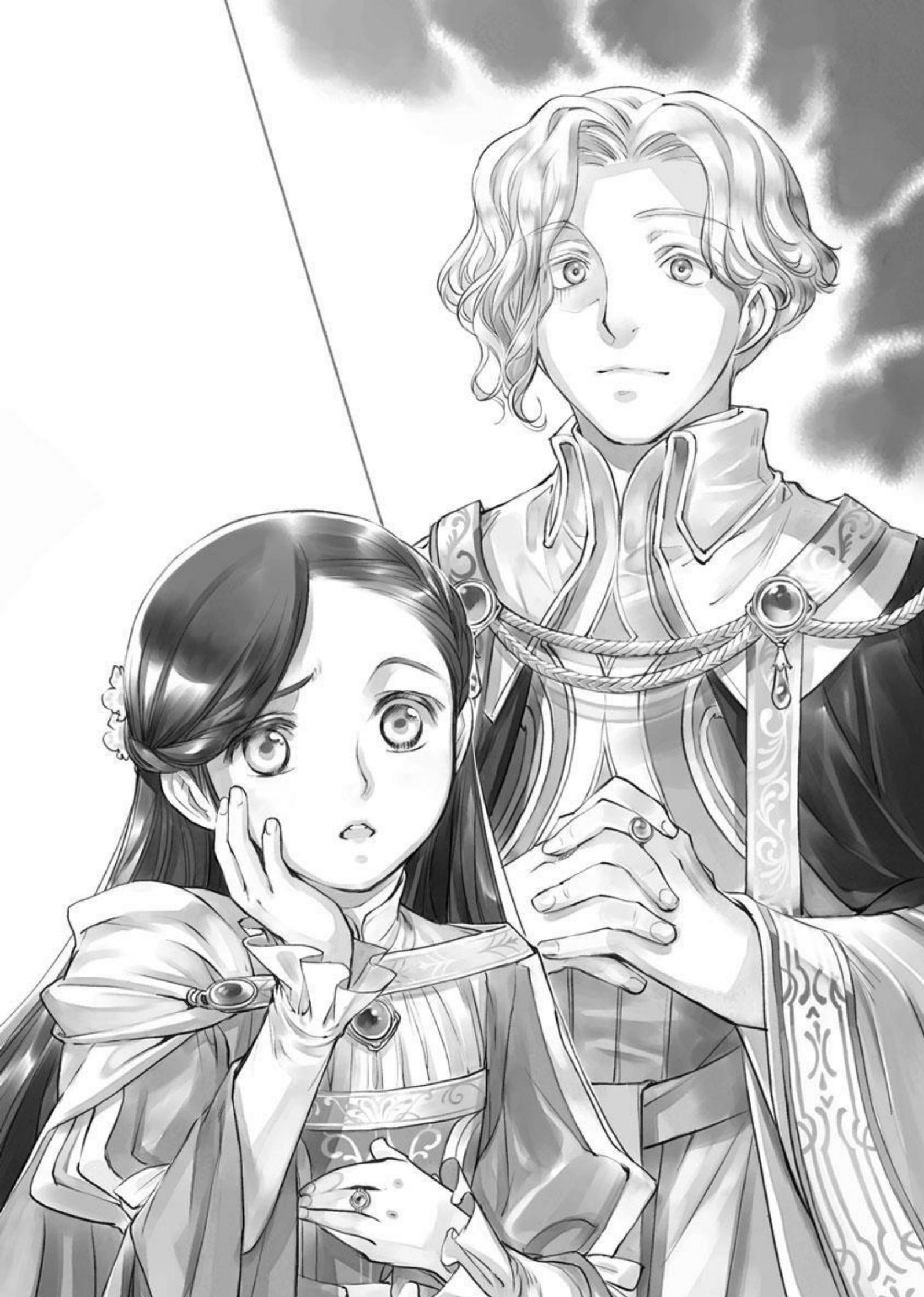
Si realmente deseaban aumentar el promedio de maná del país, los adultos también tendrían que tomarse en serio las ceremonias. Sus contribuciones animarían a los niños a hacer lo mismo.

“Además”, continué, “Aub Klassenberg ya nos ha pedido que realicemos anualmente el Ritual de Dedicación en la Academia Real. Si lo manejas bien, recibirás bendiciones de maná al final de cada primavera *e* invierno”.

“Rozemyne, el maná no es algo que debas negociar tan a la ligera”.

“¿Pero adoptarme sí lo es? Como has dejado claro, la crisis de maná es tan urgente que la familia real debe utilizar *cualquier* método a su alcance para obtener más. ¿No deberías dedicar tu tiempo a idear todos los enfoques que puedas?”

Esta vez, Sigiswald se quedó completamente inmóvil. Por sus ojos abiertos de par en par, deduje que la familia real nunca había esperado una sugerencia así.



“Por supuesto, estas son solo algunas ideas que me vienen a la mente, pero de dónde obtiene la familia real su maná y si el Ritual de Dedicación se convierte en un evento anual no tienen absolutamente nada que ver conmigo. ¿Puedo seguir detallando los preparativos que deben realizarse antes de llevar a cabo el ritual?”

“Sí, por supuesto...”, dijo el príncipe, aunque apenas seguía el ritmo.

Cogí papel y empecé a escribir, manteniendo la mirada baja mientras daba mi explicación. “No costaría mucho esfuerzo preparar ordonnanzes o invitaciones para enviar a los distintos ducados, informándoles de la fecha del evento y de lo que deberán traer. Si haces que los nobles que se alojan en las villas preparen piedras feys vacías, y que el Templo de la Soberanía se prepare para el ritual, entonces no debería repercutir mucho en la Conferencia de Archiduques. Ah, sí, y ahora que la Oración de Primavera ha terminado, podemos utilizar el cáliz grande tanto de la Real Academia como del Templo de la Soberanía. Que el Templo de la Soberanía los prepare también”.

En ese momento, dejé de escribir y miré bruscamente a Sigiswald. Se estremeció al ver mi sonrisa, sin duda presintiendo peligro. Tenía razón al desconfiar.

“Además, asegúrate de que la familia real anuncie que el Ritual de Dedicación se celebra gracias a la ayuda de Ehrenfest. Hemos sido un ducado de rango inferior durante tanto tiempo que no somos tan hábiles para promocionarnos”.

“Espera un momento. ¿Esperas que la familia real promocione Ehrenfest?” Preguntó Sigiswald, tratando de comprender la idea.

Asentí como si fuera obvio. “Si quieres que yo; Hartmut, nuestro Sumo Sacerdote; y mis caballeros guardianes vestidos de azul participemos, entonces esa es nuestra tarifa. Dijiste que la familia real intenta maximizar el beneficio para todos, ¿no es así?”

Sigiswald frunció el ceño. Luego suspiró, esbozó una sonrisa pacífica y prometió ayudar a Ehrenfest a ganarse el favor de los demás ducados. Esto sería infinitamente más eficaz que dejarlo en manos de nuestros nobles, que todavía tenían los pies bastante pesados cuando se trataba de maniobras políticas. Sylvester se pondría muy contento cuando se enterara.

Sylvester, Benno... ¡Lo logré! Esta es una victoria decisiva para esta etapa de apertura, ¿verdad?

Le di a Sigiswald las notas que había hecho. Él les echó un vistazo, y luego dijo: “Me pregunto, sin embargo... ¿no les disgustará a los ducados que les quiten tanto maná?”

“Si estableces bien de antemano que el maná es un pago por participar en un ritual que aumentará las probabilidades de obtener protecciones divinas, no deberías recibir demasiadas quejas. Los ducados que realmente tengan problemas pueden simplemente no participar”.

“¿No hará eso que participen menos ducados? ¿Obtendremos suficiente maná para justificar el tiempo empleado en prepararlo?” Preguntó Sigiswald. En efecto, mientras le miraba, sólo me venía a la mente un pensamiento:

Este tipo sí que es un príncipe.

“Los que participen en el Ritual de Dedicación verán el bien que hace a sus cosechas y futuras protecciones divinas. Aquellos que se muestren reticentes podrían verse obligados a pensárselo dos veces si expresas tu pesar por el hecho de que los otros ducados se vuelvan más ricos y acaben dejándolos atrás”.

Klassenberg participaría ante la mención del Ritual de Dedicación de la Academia Real, mientras que Drewanchel ni siquiera necesitaría ser incitado, ya que todo el ducado estaba tremendamente ansioso por obtener más protecciones divinas. Por no mencionar que los ducados que habían perdido la oportunidad de participar en el ritual anterior de la Academia Real seguramente no querrían perder esta oportunidad también.

“Además, cuando les permitamos repetir el ritual de las protecciones divinas, serán muy recompensados”, dijo. “Si se insinúa el conocimiento obtenido del archivo subterráneo, seguramente muchos ducados aprovecharán la oportunidad. No tendrás que preocuparte por la afluencia”.

Sigiswald cerró los ojos durante un largo instante, luego volvió a suspirar y a sonreír. Parecía muy afectado; tal vez yo era demasiado mordaz para un príncipe mimado.

¡Bueno, mis mentores fueron Benno y Ferdinand, así que no hay mucho que pueda hacer al respecto!

“Ah, y como se trata de un ritual para educar a los ducados que nunca antes han participado en una ceremonia religiosa, no creo que la familia real tenga que tomar parte como hicieron ustedes en invierno”, añadió.

Sigiswald se sintió aliviado al oír eso. “Entiendo. Prepararemos la ceremonia nosotros mismos y animaremos a los ducados a participar. Sin embargo, ¿podríamos pedirte que prepares las pociones de rejuvenecimiento? En la Soberanía, debemos dar prioridad a hacerlas para la familia real”.

“Los ducados prepararían las suyas propias, ¿no? La mayoría de los nobles llevan al menos una en la cadera, así que bastaría con advertirles de que traigan repuestos”.

Al instante, los ojos del príncipe se abrieron de par en par. “¿Pero no las preparó Ehrenfest para la ceremonia de la Academia Real?”

“Por aquel entonces, los ducados participaban en nuestras investigaciones, así que consideramos necesario darles una recompensa. En esta ocasión, en cambio, Ehrenfest ya ofrecerá su tiempo y experiencia para enseñar al país los rituales a petición de la familia real. No veo ninguna razón por la que necesitaríamos preparar también pociones de rejuvenecimiento. ¿No es mucho más importante que continúe trabajando con los documentos del archivo subterráneo?”

Tendré que disfrutarlo mientras pueda. Cuando termine la Conferencia de Archiduques, el traspaso de poderes y demás me ocuparán tanto tiempo que probablemente no podré leer en todo un año.

Esta era mi única oportunidad de visitar el archivo subterráneo, y el tiempo de lectura era obviamente mucho más importante que las pociones de rejuvenecimiento.

Continué, “También podríamos fabricarlas para venderlas, pero no lo considero una opción; Drewanchel compraría todas nuestras existencias y dedicaría sus recursos a replicar nuestra receta. Tal vez podríamos vender las pociones de rejuvenecimiento más potentes que se enseñan en clase, pero, de nuevo, me opongo a la idea. Esas son propiedad de todos y no aportarían muchos beneficios a Ehrenfest”.

Tener a los caballeros reunidos en nuestro puesto para que nuestros ya ocupados eruditos pudieran hacer pociones de rejuvenecimiento solo nos supondría una carga.

“Ahora veo por qué Ehrenfest se ha enriquecido tan de repente”, dijo Sigiswald. El cansancio se apoderó de su sonrisa. “También soy dolorosamente consciente de por qué los nobles de su ducado luchan por mantener su nuevo rango”.

Le devolví la sonrisa. “Es realmente maravilloso que hayamos llegado a entendernos mejor. Concluamos nuestra discusión sobre el Ritual de Dedicación y pasemos a mis condiciones para convertirme en la hija adoptiva del rey”.

“¿Todavía hay más?!”

¿Hm? Eso fue solo el tema preliminar. Ni siquiera hemos abordado la cuestión más apremiante todavía, ¿verdad?

13 - Condiciones Para Ser Adoptada.

“¿Necesitas preguntarlo?”, le dije. “Lo único que hemos hecho hasta ahora es ponernos de acuerdo para ganar más tiempo. Todavía no hay ninguna razón para que Ehrenfest acepte la adopción”.

“¿Cómo es que el año extra no es ya suficientemente beneficioso?”, preguntó Sigiswald, con la cautela surgiendo de sus ojos. “Fuiste tú quien lo sugirió, ¿y por qué nos pedirías algo de lo que no te beneficiarías?”

Más que eso, quería saber por qué había pensado que un año para prepararme contaría como una ventaja para mi adopción.

Suspiré. “Si alguna circunstancia urgente te obligara a marcharte a otro ducado y quedarte allí, ¿podrías trasladarte de inmediato? Necesitarías tiempo para hacer los preparativos y entregar las riendas, entre otras cosas. Y, en ese escenario, si solo te dieran un año para prepararte, ¿lo considerarías un regalo de gracia que te beneficiara a ti y a la Soberanía?”

“Yo soy un adulto, mientras que tú aún eres menor de edad. Por mucho que tú hagas en Ehrenfest, yo asumo mucho más”.

Solo entonces se me ocurrió que su comprensión de mis deberes difería mucho de la mía. La familia real parecía suponer que yo no hacía más que cualquier otro hijo de un aub.

Aah. Por eso suponían que vendría en cuanto estuvieran preparados para mí.

“Príncipe Sigiswald, creo que no lo entiende — en lo que respecta a la imprenta y al templo, no me limito a ayudar a Aub Ehrenfest o hacer preparativos para el futuro. Soy la que está al mando. Por eso mi traspaso me llevaría tanto tiempo”.

“Pero eres menor de edad”, comentó el príncipe con una sonrisa rígida. “Debes tener tutores adultos que supervisen tu trabajo”.

“Qué atrevido eres al decir eso”, repliqué, dirigiéndole la mirada más fría que pude conseguir sin dejar de parecer cortés. “Antes *tenía* un tutor, pero fue enviado a Ahrensbach por decreto real. Ahora no hay nadie que me supervise en el templo. Yo soy la Sumo Obispa y directora del orfanato, mientras que el Sumo Sacerdote es uno de mis asistentes. Por supuesto, él me acompañaría a la Soberanía junto con mis otros asistentes, lo que significa que tendríamos que entrenar a un nuevo Sumo Obispo, director de orfanato y Sumo Sacerdote en solo un año”.

No es que ya tuviéramos adultos en esos puestos que simplemente necesitaran más formación, sino que en su mayoría eran mis asistentes, y que mis asistentes se marcharan conmigo causaría muchos problemas. No había ninguna posibilidad de que Hartmut se quedara en Ehrenfest — se aseguraría de venir a la Soberanía por mucho que nos incomodara al resto.

¡No quiero parecer demasiado confiada, pero Clarissa absolutamente también vendría!

“En un solo año”, dije, “mis sustitutos tendrían que memorizar las oraciones y los procedimientos de cada ceremonia, así como los preparativos necesarios para llevarlas a cabo. La carga es ciertamente pesada; las ceremonias religiosas tienen un impacto directo y considerable en la cosecha del ducado, y no se puede leer la biblia del Sumo Obispo sin comprender el lenguaje antiguo. ¿Te das cuenta ahora de que el traspaso no será sencillo?”

No pude evitar una sonrisa; los de la familia real aún no eran capaces de leer los escritos antiguos, así que no había nada que pudieran decir en protesta.

Sigiswald me dirigió una mirada escrutadora, buscando el verdadero significado de mis palabras, antes de acabar cediendo. “¿En qué está pensando el Aub Ehrenfest?”, murmuró. “Convertir a una niña tan pequeña en la máxima autoridad en tantos campos dista mucho de ser normal”.

“Hartmut, el hombre al que Ferdinand entrenó para sustituirle como Sumo Sacerdote, es a la vez mi asistente y un adulto. Pensamos que era perfecto para el papel, al igual que Aub Ehrenfest, y esperábamos tener hasta mi mayoría de edad para formar a su sucesor. Preferiría que no supieras que Ehrenfest puede simplemente tomar trabajadores cualificados de otros ducados como hace la Soberanía. Dije que sufríamos de falta de mano de obra, ¿no?”

Sigiswald bajó un poco los ojos. Solo ahora, después de tanto tiempo, se daba cuenta de que una simple afirmación podía dar lugar a todo tipo de interpretaciones drásticamente diferentes.

“Incluso aquellos que simplemente se casan con otro ducado necesitan un año o dos para arreglar sus asuntos, asegurarse lo que necesitarán para su nueva vida y despedirse, ¿no es así?” Pregunté. “Entonces, ¿bajo qué perspectiva puede considerarse un simple año concedido a Ehrenfest — no, más que concedido, regateado — como algo generoso?”

Mientras hablaba sutilmente mal de la familia real por no habernos concedido más tiempo desde el principio, pensé en mis planes a futuro. Teniendo en cuenta el estado de la industria de la imprenta y el hecho de que los Gutenberg no volverían de Kirnberger hasta la primavera, realmente habría preferido dos o tres años, si fuera posible.

Continué: “Un solo año ni siquiera se acercará a compensar las devastadoras pérdidas que sufrirá Ehrenfest en mi ausencia. En cuanto a mí, tendré que renunciar a mi tiempo de lectura para poder dedicarme a la formación de un Sumo Obispo sustituto, un director del orfanato y un supervisor de la imprenta. Es un hecho que la familia real necesitará compensar lo que nuestro ducado va a perder, pero ¿qué se ofrece además de eso? No puedo aceptar un trato que no beneficie a Ehrenfest en general”.

El príncipe acababa de ver mi determinación de exprimir todo el valor posible de los otros ducados, y ahora temblaba de miedo por lo a fondo que exprimiría a la familia real.

“Puedo entender las partes del Sumo Obispo y del director del orfanato”, dijo, “¿pero la industria de la imprenta? ¿Estás a cargo de eso también?”

“La mayor parte de mi control inmediato sobre la industria de la imprenta de Ehrenfest ya ha sido traspasado, así que no espero que esa parte del proceso de traspaso sea un gran problema. Sin embargo, aún quedan muchas preguntas por responder: ¿Llevaremos la industria a la Soberanía? ¿Cuántos miembros de mi personal me acompañarán? ¿Se les permitirá abrir tiendas allí? ¿Podrán construir talleres? Ah, y luego debemos decidir cuántos artesanos conseguiré que vengan conmigo, cuántos necesitaré contratar de nuevo, durante cuánto tiempo deberán formarse, cómo harán negocios con los comerciantes y tiendas de la Soberanía... Como ves, son muchos los detalles que hay que pulir. La carga de trabajo es tan abrumadora que una rara vez querría siquiera pensar en ello, como estoy segura de que estarás de acuerdo”.

Sigiswald se quedó mirando la mesa unos segundos, con cara de piedra, y luego sonrió. “Ese es trabajo de eruditos y asistentes, no de candidatos a archiduque”.

“Por supuesto, les confiaré todo lo que pueda, pero aun así tendré que hacer yo misma las comprobaciones finales, como estoy segura de que puedes imaginar. Los documentos no siempre reflejan toda la verdad, los eruditos no siempre son del todo honestos en sus informes, y los métodos empleados en Ehrenfest difieren de los de la Soberanía”.

Recordé ocasiones en las que los eruditos habían dado informes inexactos sobre situaciones problemáticas en un intento de no parecer incompetentes. En muchas ocasiones, uno tenía que comprobar en persona las primeras líneas para confirmar lo que realmente estaba ocurriendo.

“Es una perspicacia notable, Rozemyne. Veo que realmente te encargas de esas cosas”.

“Así es. Razón de más para que confíes en mí cuando te digo que un solo año no es tiempo suficiente”, dije, repitiendo enérgicamente mi deseo.

Sigiswald negó con la cabeza, manteniendo su expresión cortés. “Aunque comprendo tus circunstancias, y la cantidad de maná obtenida durante el Ritual de Dedicación puede cambiar algo las cosas, el tiempo que podemos esperar es limitado. Haz todo lo posible para terminar todo dentro del próximo año. Ahora, deseo preguntar qué propondría Ehrenfest como compensación por sus pérdidas. Tal vez sea mejor si permitimos que Lady Magdalena se una a nosotros”. Sus ojos verdes estaban visiblemente tensos, sin duda debido a las próximas negociaciones.

“Um, Príncipe Sigiswald... Discutiré con usted las condiciones de Ehrenfest, pero debes saber que expondré mis propias opiniones únicamente para que puedan corregirse malentendidos y discrepancias inadvertidas. Al final, Aub Ehrenfest y el Zent deben tomar las decisiones finales. No veo la necesidad de convocar a Lady Magdalena a una conversación como esta”.

Dijera lo que dijera, no tenía autoridad para decidir sobre asuntos de tanta importancia para el ducado. Sylvester decidiría en nombre de Ehrenfest durante una reunión con los Zent y todos los demás.

“Como ya hemos llegado a un entendimiento sobre temas de sentido común y la naturaleza del valor”, dije, “solo tienes que transmitir mis peticiones al Zent. Después de todo, no nos corresponde a nosotros decidir qué términos se presentan y acuerdan al final”.

Hice hincapié en que no iba a ser una conversación decisiva para que no me regañaran por pasar por encima del aub o por decir cosas que no debía. Además, era la vía de escape perfecta para mí si la familia real apuntaba a una u otra debilidad mía; podía decir simplemente que la decisión final recaía en Aub Ehrenfest.

En ese sentido, podría usar una lógica similar para nuestra discusión sobre el Ritual de Dedicación. Aunque era una sugerencia mía, Sigiswald había decidido finalmente llevarlo a cabo, lo que significa que yo no había actuado por mi cuenta.

Solo hice algunas sugerencias y lo provoqué un poco. La familia real tendrá que ocuparse y solventar las cosas, así que... estamos bien.

Por encima de todo, tan solo había pasado un año desde que la familia real decidió trasladar a Ferdinand a Ahrensbach por decreto real, a lo que un archiduque no podía hacer nada para oponerse. Aún recordaba cuánto le había dolido aquello a Sylvester, y no iba a permitir que volviera a sentirse impotente.

“Ah, sí. Esto no es algo que debemos decidir entre nosotros”, dijo Sigiswald con una risita; enterarse de que yo no tenía la última palabra en el asunto había supuesto un tremendo alivio para él. “Dígame, por favor, ¿cuáles son sus condiciones para la adopción?”.

Me pregunto si habré conseguido caerle mal. Bueno, da igual.

“Aub Ehrenfest querrá hacer sus propias peticiones, imagino, pero le diré las mías. Si se aceptan estas condiciones junto con un año o más de tiempo de preparación, aceptaré la adopción sin rechistar. Por supuesto, si son rechazadas, no recurriré a la traición ni nada por el estilo. No pretendo causar ningún problema indebido, se lo aseguro”.

“Ya veo”, respondió Sigiswald. Hacía poco que Sylvester había rechazado las anteriores sugerencias de la familia real, así que mi pequeño prefacio debió de ser una grata noticia.

“Sin embargo”, continué, aprovechando esta oportunidad para dejar claro un punto, “me replantearía seriamente mi relación con el resto de la familia real. No puedo llevarme bien con quienes dan prioridad a sí mismos y al país mientras muestran un desprecio tan flagrante por mi ducado. Ehrenfest es mi Geduldh, y fui criada en el templo — por favor, recuérdelo si pretende que me adopten”.

Sin duda se consideraba normal que alguien que era adoptado o se casaba en otro ducado diera prioridad a su nuevo hogar ante todo, pero no era como si Sylvester cancelara mi adopción actual y eso me hiciera olvidar mi conexión con Ehrenfest. Definitivamente no era algo de lo que alardear, pero seguía unida a Ferdinand y a la ciudad baja a pesar de que ambos me habían sido arrebatados. Los valoraba mucho y sin duda montaría en cólera si los pusieran en peligro.

“Comprendo que es mejor no esperar que el sentido común se aplique a ti. Entonces, ¿qué pago buscas para Ehrenfest?”, preguntó Sigiswald, instándome a continuar con semblante tranquilo.

“Le dije lo mismo al príncipe Anastasius, pero quiero que Ferdinand sea liberado de su compromiso y regrese a Ehrenfest. Su regreso resolvería la mayoría de nuestros problemas”.

Ferdinand solo tardaría un año en resolver nuestra escasez de maná, contener a los Leisegang y entrenar a nuestros sucesores, y yo ya no tendría que preocuparme por su salud. Durante mis dos años de letargo en la jureve, Justus se había hecho cargo de las comunicaciones con los mercaderes de la ciudad baja.

“Estoy seguro de que Anastasius ya te lo ha dicho, pero no podemos devolver a Ferdinand a Ehrenfest sin más; hacerlo significaría llevar a Ahrensbach a la ruina”, dijo Sigiswald, rechazando la mejor opción para Ehrenfest antes incluso de consultarla con el Zent. “Sería posible si envías a otro miembro soltero y sin compromiso de una familia archiducal para gobernar Ahrensbach en su lugar, pero no se nos ocurre ningún candidato adecuado. Si conoces alguno de Ehrenfest, convénzalo para que acepte y preséntenoslo en el curso del próximo año”.

De hecho, eso era básicamente lo que Anastasius había dicho. Parecía que ni una sola persona de la familia real estaba dispuesta a dejar salir a Ferdinand de Ahrensbach. Eso me molestó, pero estaba dentro de mis expectativas; por mucho que no quisiera aceptarlo, Ferdinand estaba ahora tan profundamente arraigado en la estructura de poder de Ahrensbach que no podía ser removido fácilmente.

En ese caso, solo tengo que garantizar su seguridad y mejorar sus condiciones de vida.

Sylvester me había dicho que Ferdinand se había ido y que ya no podíamos considerarlo parte de nuestro ducado. Por lo tanto, como Aub Ehrenfest, no iba a interceder por él durante estas negociaciones. Yo tendría que tomar cartas en el asunto.

Después de todo, el príncipe Anastasius dijo que debía hacerlo.

Endurecí mi expresión y luego sonreí. La sonrisa del primer príncipe vaciló, pero solo por un momento.

“Comprendo que cancelar el compromiso de Ferdinand no sería factible en este momento”, dije. “También comprendo que la obtención de la Grutrissheit podría cambiar esa situación”. Mi intención era ver si la opinión de Anastasius era compartida por otros miembros de la familia real.

Sigiswald asintió lentamente. “Sí, la obtención de la Grutrissheit haría posible la cancelación del compromiso”.

“Entonces le pediría que retrasara la boda hasta que, o bien obtenga la Grutrissheit, o bien confirmemos que nunca podré hacerlo. Puede evitar el castigo por asociación mientras no esté casado con Lady Detlinde, ¿correcto?”

Es sencillo: si para cancelar el compromiso es necesario que obtenga la Grutrisheit, entonces podemos retrasarlo hasta que eso ocurra.

Sigiswald se cruzó de brazos y se quedó pensativo. “No podemos retrasar su Unión de las Estrellas más de lo que ya lo hemos hecho. Teniendo en cuenta el posible impacto en el estatus de Letizia en la Academia Real, tendrán que casarse en caso de que Detlinde se convierta en aub”.

En cuanto Detlinde tiñera la fundación de Ahrensbach y fuera reconocida como aub del ducado durante la siguiente Conferencia de Archiduques, la ley de Ahrensbach exigiría que Letizia fuera reducida al estatus de archinoble. Para evitarlo, tendrían que asegurarse de que Letizia fuera adoptada entre la Ceremonia de Unión de las Estrellas celebrada el primer día de la conferencia y las confirmaciones de aub al final. Su estatus en la Academia Real cambiaría drásticamente dependiendo de si entraba como candidata a archiduque o como archinoble.

“En ese caso, ¿no podría la familia real simplemente anular esa extraña ley que ha hecho caer de estatus a tantos candidatos a archiduque?”

“Solo los aubs pueden anular las leyes del ducado. Hicimos la misma sugerencia que usted, pero el difunto Aub Ahrensbach no siguió nuestro consejo, así que no podemos hacer nada más”.

Mientras las prácticas de un ducado no contradijeran *El Libro de Leyes*, la familia real no tendría poder para cambiarlas. Las leyes de los ducados solían surgir de problemas e incidentes históricos únicos, por lo que, aunque a veces parecían extrañas o sin sentido desde una perspectiva exterior, a menudo eran cruciales para el buen funcionamiento del ducado que las seguía.

Hablando de eso, supongo que Dunkelfelger también tiene un montón de leyes extrañas, debido a su larga historia.

“Si su objetivo es evitar que Ferdinand sea considerado culpable por asociación, ¿no deberíamos acelerar tu adopción en la familia real?” Preguntó Sigiswald.

La Ceremonia de Unión de las Estrellas se celebraba el primer día de la Conferencia de Archiduques, así que la idea era que me adoptaran poco antes de la conferencia y luego volver al archivo. Obtener la Grutrisheit en ese momento significaría que podría salvar a Ferdinand de tener que casarse con Detlinde, mientras que, si no la obtenía, su matrimonio seguiría su curso normal. Pasara lo que pasara, Letizia no saldría perjudicada.

“Por supuesto, esto le dará algo menos del año que ha solicitado”, explicó el príncipe. “¿Es aceptable?”

Mis ojos se desviaron un poco. Ferdinand me había dado instrucciones de retrasar las cosas al menos un año, pero ¿un poco menos que eso estaría bien? Tendría que preguntar.

“No puedo darte una respuesta ahora mismo”, dije. “Debo considerar cuánto tiempo necesitaremos para liberar con seguridad a Ferdinand de su compromiso. Mientras tanto, hasta el día en que sea liberado o se case, estará atrapado en Ahrensbach como un mero invitado. Pido que el Zent ordene que, como mínimo, se le proporcione una habitación oculta”.

Sigiswald pasó de estar relajado una vez que no insistí más en el asunto, a tener una cara de piedra. Luego, como era de esperar, sonrió. “Es costumbre que los que se casan en otro ducado vivan como invitados y no tengan sus propias habitaciones ocultas hasta que se casen. No creo que podamos imponer tal exigencia a Ahrensbach”.

Por su tono cortés pude adivinar que pensaba que mi educación en el templo me había vuelto una vez más ignorante sobre la cultura noble, pero estaba muy equivocado; Florencia y Bonifatius ya me habían educado. En cualquier caso, si Sigiswald quería apelar a la tradición, que así fuera. Me limitaría a combatir el fuego con fuego.

“Conozco esa costumbre”, respondí, “y por eso no hice mi petición antes. Pero, ¿sabe qué más se acostumbra? Que se cancelen los compromisos por retrasos persistentes. Dadas las complicaciones a las que se ha enfrentado hasta ahora, Ferdinand normalmente tendría motivos suficientes para volver a Ehrenfest y pedir que se rompieran las relaciones con lady Detlinde. El decreto real le obliga a seguir comprometido con ella, pero lo menos que puedes hacer es permitirle regresar a Ehrenfest mientras espera. Mientras no se cancele el compromiso, no se incumplirá en absoluto el decreto real”.

No se podía obligar a una novia o a un novio a quedarse en otro ducado si, tras su llegada, su boda se retrasaba repentinamente. Un error tan grave era una negligencia por parte del ducado receptor, y era un problema lo bastante serio como para que los novios estuvieran en su derecho de cancelar el compromiso.

Sigiswald negó con la cabeza. “Ferdinand no solo fue emparejado con Detlinde por decreto real, sino que además ahora es responsable de un montón de trabajo administrativo muy importante en Ahrensbach; no puede regresar a Ehrenfest por miedo a que filtre información sensible. Puedes entenderlo como candidata a archiduque, ¿no?”

“Entiendo que el hecho de que Ferdinand lleve a cabo tareas tan cruciales en primer lugar, a pesar de ser solo un invitado, demuestra el inequívoco egoísmo de Ahrensbach y de la familia real. Basándonos en la tradición, tiene todo el derecho a volver a casa”.

Para ser claros, Ferdinand había aceptado el decreto real y cortado los lazos con Ehrenfest para evitarnos problemas. Era poco probable que quisiera volver, pero eso no tenía nada que ver con esta negociación. Mi objetivo ahora mismo era asegurarle una habitación oculta.

“Si usted y el resto de la familia real realmente valoran la tradición, entonces permita que Ferdinand regrese a Ehrenfest hasta que la fundación de Ahrensbach haya sido teñida y la boda pueda finalmente celebrarse. Si no lo hace, debe exigir que se le dé una habitación oculta. Luego, durante el funeral del difunto Aub de Ahrensbach en verano, la familia real deberá confirmar que Ahrensbach ha hecho realmente lo que se le ordenó. Se niegan a

cancelar el compromiso, lo que no me deja otra opción que asegurarme de que Ferdinand al menos tenga mejores condiciones de vida”.

Ante la disyuntiva de elegir entre un compromiso u otro, Sigiswald esbozó una amplia sonrisa y luego dejó escapar un tranquilo suspiro. “En cualquier caso, no es una decisión que pueda tomar yo mismo. Le daré a padre el veredicto final. ¿Es aceptable?”

Aunque el resultado más feliz sería que Ferdinand regresara a casa, comprendí que ni siquiera la tradición lo permitiría cuando en este momento estaba cargando con el gobierno de Ahrensbach y educando a Letizia. Precisamente por eso, debía asegurarme de que tuviera una habitación oculta.

Asentí, pensando que estaba bien dejar la decisión en manos del Zent.

Sigiswald me miró atentamente, sin cambiar su expresión. “Usted sin duda está interesada en Ferdinand, Rozemyne”.

“Por supuesto. Cuando estaba en el templo, estaba más enferma de lo que podrías imaginar. Su duro trabajo y su suministro de pociones me salvaron la vida. Luego, me entrenó diligentemente para asegurarse de que sobreviviría en la sociedad noble. Gracias a sus enseñanzas, cada año soy la primera de mi clase en la Academia Real. Le debo tanto, pero ni siquiera una fracción de mi deuda ha sido pagada. Es mi mentor y, a mis ojos, mi familia”.

Como mínimo, quería salir de esta sala con la garantía del príncipe de que Ferdinand no sería considerado culpable por asociación.

Y continué: “Quiero que la familia real imagine la preocupación que me produce su situación actual y la furia que siento hacia quienes se la impusieron en primer lugar. Ferdinand, que es tanpreciado para mí, fue trasladado a un ducado en malos términos con Ehrenfest, comprometido con una chica que no le agrada, y empujado a una situación que le obliga a ser tan dependiente de las pociones como el rey Trauerqual. Tiene prohibido volver a casa incluso ahora que su boda ha sido aplazada, y a pesar de su afición a pasar el tiempo en su taller, inmerso en la investigación, ni siquiera le han dado una habitación oculta. Te aseguro que lo que imaginas no será agradable”.

Sigiswald se quedó helado en el sitio. Aunque las comisuras de sus labios seguían dibujadas hacia arriba, la sangre se estaba drenando de su rostro.

Me llevé una mano a la mejilla y suspiré. “Lo peor de todo es que, además de todo lo que está teniendo que soportar Ferdinand, va a ser castigado por los crímenes de lady Detlinde. Debo admitir que, por mucho que me digan que lo vea como a un extraño ahora que vive en Ahrensbach, me veo incapaz de mantener la calma. Nunca he sido buena conteniendo mis emociones, y mi maná es infame por descontrolarse. Me pregunto qué pasaría si tal desenfreno ocurriera ahora”.

En serio, ¿qué pasaría? No puedo ni imaginar el impacto que tendría.

Ahora tenía mucho más maná, lo controlaba mejor y mi schtappe había evolucionado. Pero, ¿y si mis emociones me dominaban? Mientras reflexionaba sobre esto, Sigiswald también parecía estar contemplando algo. Tras un largo silencio, me miró a los ojos y sonrió.

“Para disipar tus temores, Rozemyne, hablaré con mi padre sobre cómo podemos ayudar a Ferdinand. Dedicaré todo mi empeño a que no sea condenado injustamente”.

“Cielos... qué encantador. Pondré mi confianza en usted, Príncipe Sigiswald”.

¡Síiiii! Ahora no debería preocuparme por nada de eso del “castigo por asociación”. ¡Lo hice, Ferdinand! Esto me hará ganar un “muy bien” o dos, ¿verdad?

Apreté el puño victoriosa. Cumplir con el mínimo de mis requisitos me había puesto de tan buen humor que quería tararear, pero nuestra discusión estaba lejos de terminar. Endurecí la expresión, ajusté la postura y pasé rápidamente a la siguiente de mis condiciones.

“Para compensar el hecho de que Ehrenfest ha perdido a Ferdinand y acabará perdiéndome a mí, el ducado necesitará nuevas fuentes de maná. En ese sentido, aconsejaría al Zent que impusieran una regla de cinco años: solo se permitirá que los novios y novias se casen *dentro* de Ehrenfest. No perderemos ni una persona más a manos de otro ducado”.

Floencia había sugerido esa condición. Debido a nuestro creciente rango y a la abundancia de nuevas tendencias, había muchos ducados que querían relacionarse con nosotros, y cada vez cortejaban a más alumnos nuestros. Teníamos un promedio de diez Uniones de las Estrellas al año, y aproximadamente la mitad de ellos eran con otros ducados; estábamos destinados a adquirir un flujo constante de nuevos adultos si hacíamos obligatorio casarse en Ehrenfest. Además, es de suponer que esas parejas casadas tendrían hijos, lo que lo convertiría en un método muy eficaz para aumentar la población del ducado.

Los matrimonios en los que no estuviera implicada la familia archiducal solo requerían el permiso de los aubs pertinentes, por lo que Sigiswald me dedicó una enérgica inclinación de cabeza. “Lo más probable es que esa sugerencia sea aprobada”.

“También me gustaría que se dieran entre treinta y cuarenta de las herramientas mágicas dadas a los recién nacidos. Tenemos un exceso de niños que no pueden convertirse en nobles por falta de una, y me gustaría aprovechar esta oportunidad para criarlos como es debido”.

“¿De treinta a cuarenta?”, repitió Sigiswald. “¿No es un número inusualmente grande para pedir?” Su sonrisa se acentuó, tal vez para indicar que mi petición resultaría problemática y costosa.

“¿Oh? Teniendo en cuenta que es una condición para el matrimonio, creo que hemos sido generosos con nuestros cálculos. Ferdinand y yo tenemos tal riqueza en maná que treinta o cuarenta mednobiles ni siquiera se acercarán a compensar nuestra pérdida. Por favor, detente a pensar cuánto daño está infligiendo la familia real a Ehrenfest”.

Si nos daban las herramientas mágicas que yo pedía, así como un año para prepararnos, entonces Ehrenfest presumiblemente tendría suficiente maná incluso después de mi traslado a la Soberanía.

“Además”, dije, “¿podrías quizás ordenar a los nobles de la soberanía de Ehrenfest que regresen temporalmente a casa?”

Esa era una petición de Sylvester. Tal y como estaban las cosas, no estábamos recibiendo ninguna información de la Soberanía ni de otros ducados. Justus había... *conseguido* abastecernos de alguna manera en el pasado, pero ahora que se había ido, íbamos a ciegas. Teníamos que depender de Clarissa para obtener información, lo que demostraba lo grave que era la situación.

También sería una buena oportunidad para conocer a los nobles de la Soberanía de Ehrenfest antes de ir yo misma a la Soberanía.

Sylvester se había negado, pero la familia real le había instado a enviar más nobles de Ehrenfest a la Soberanía para fortalecer mi base de poder allí. Probablemente era normal escoger a los asistentes de entre la nobleza de la Soberanía para empezar a establecer una facción — y con ese pensamiento, una oleada de comprensión me golpeó de repente. ¿Sería capaz de coincidir con los nobles de la Soberanía? Se habían marchado durante el apogeo del reinado de Verónica, mientras que yo solo había conocido un Ehrenfest sin ella. Ya podía prever que nos costaría comunicarnos. Si no nos conocíamos y rompíamos el hielo antes de mi adopción, seguramente me costaría decidir a cuál de ellos querría en mi séquito.

“Eso es precisamente lo que esperábamos también”, dijo alegremente Sigiswald, aceptando de inmediato otra de mis condiciones. Al parecer, a la familia real le había preocupado que tan pocos de nuestros nobles de la soberanía quisieran volver a casa. Utilizarían nuestra petición como excusa para enviarlos de vuelta en invierno.

“Por último, hay algunas condiciones personales no relacionadas con Ehrenfest que deseo. Debido a varias circunstancias, tengo asistentes menores de edad que me han jurado su nombre. Pido permiso para traerlos a todos conmigo, sin importar su edad o estatus”.

“¿No puedes esperar a que alcancen la mayoría de edad?”, preguntó el príncipe, confuso. “Si tus asistentes son menores de edad, entonces necesitarás el permiso de sus padres. Además, teniendo en cuenta los sucesos en la Academia Real, sería mejor que se quedaran en Ehrenfest”.

“Algunos de ellos ya no tienen padres”, respondí, y luego expliqué lo que quería que se comunicara al Zent. “Como sus nombres y sus vidas están en mis manos, tengo más autoridad sobre ellos que sus propios padres. Cualquier cosa que hagan requiere mi permiso, y hay una razón por la que no pueden quedarse en Ehrenfest sin mí. Puedes pedirle los detalles a Aub Ehrenfest”.

Decidí dejarlo así y respiré hondo; la siguiente condición era una que no podía perder en absoluto. Me incorporé y Sigiswald hizo lo mismo. Seguía sonriendo, pero pude ver que se tensaba ligeramente.

Dirigí al príncipe la mirada más intensa que pude. “Esta es mi condición más importante, y una en la que no puedo ceder en absoluto. Si deseas casarte conmigo, príncipe Sigiswald, hay algo a lo que debes prestar mucha atención”.

“¿Y qué podría ser?”

Con mi voz más enérgica, dije: “Deseo la libertad de entrar en cualquier biblioteca o sala de libros de la Soberanía, y permiso para leer todos los documentos que contengan, en parte para obtener información no disponible en el archivo subterráneo. También quiero una sala de libros en mi villa”.

Sigiswald guardó silencio unos segundos; luego esbozó una rígida sonrisa. “¿Una sala de libros en tu villa, dices...? ¿Una separada de la biblioteca real?”

“En realidad, acepté casarme con Wilfried y convertirme en la primera esposa de Ehrenfest a cambio del control total sobre las salas de libros del ducado. Cualquiera con quien me case debe darme una biblioteca. Si vas a ser mi esposo, príncipe Sigiswald, entonces debes poner una sala de libros en la villa que me den. Mi propuesta soñada implica que mi futuro esposo me muestre una biblioteca diseñada solo para mí, y los incontables libros que coleccionaron para llenarla”. Sonreí. “Deseas casarte conmigo, ¿verdad?”

Asintió con la cabeza. “Me alegro de que seas tan abierta con nuestra unión”.

Camarada... Puedo verte nervioso.

“Por cierto...” Sigiswald continuó, “esta sala de libros que deseas — ¿cuán grande esperas que sea?”

“Más grande que la del castillo de Ehrenfest, pero... no me importaría que fuera más grande que la que perteneció a Ferdinand”.

“¿Ferdinand...?”

“Efectivamente”, respondí con un firme movimiento de cabeza. “Me confió su hacienda y una vasta colección de libros antes de marcharse a Ahrensbach. Ahora, heme aquí casándome con un príncipe; ¿sería un error esperar un regalo aún mayor que el que me hizo mi tutor? Debe ser bastante sencillo para la familia real crear una sala de libros mayor que la que perteneció a un miembro de la familia archiducal de Ehrenfest. Jejeje...”

Empecé a entrar en detalles sobre la sala de libros de Ferdinand, describiendo sus dimensiones y el número de libros que había en su interior... y la sonrisa fue desapareciendo poco a poco del rostro de Sigiswald.

¿Hmm? Espera... ¿Es mucho pedir para un príncipe?

“U-Um... Si crees que mi petición de una sala de libros en mi villa es muy poco razonable, entonces podrías darme la biblioteca real en su lugar. Vivir en una biblioteca siempre ha sido mi sueño. Estoy deseando ver lo que me regalarás como mi futuro esposo”.

Le dediqué al príncipe mi sonrisa más dulce hasta el momento, tratando de indicarle que era su oportunidad de engatusarme... pero él se limitó a mirarme aturdido y murmurar: “¿De verdad voy a casarme con esta chica...?”

¿Hm? Fuiste tú quien sacó el tema, ¿no? ¿Eh? ¿Me equivoco o qué?

Ladeé la cabeza y decidí preguntarle en confirmación. Sería muy embarazoso que yo estuviera operando bajo algún tipo de idea equivocada.

“Dijiste que *querías* casarte conmigo en beneficio de la familia real, ¿verdad?”, pregunté. “¿Te he oído mal o algo?”

“No, en absoluto. Yo simplemente estoy... ¿Cómo decirlo? ¿Sorprendido...? En beneficio de la familia real... Sí, es cierto. Pero, ¿estás realmente satisfecha con la idea?”

Por fin, algo le había impulsado a preguntarme qué sentía por todo aquello. Era mi única oportunidad de ser sincera, así que decidí decir la verdad.

“No me interesa en absoluto convertirme en la esposa de un hombre cuyo segundo matrimonio bendije como Sumo Obispa... pero si este es mi deber como hija adoptiva del rey, entonces aceptaré mi destino. Por eso solicito al menos una biblioteca — para proteger mi cordura”.

Mi compromiso con Wilfried era lo mismo. No podía hacer otra cosa que aceptar la voluntad de mis guardianes; no era un entorno en el que pudiera hacer lo que quisiera.

“*Al menos una biblioteca...*” Repitió el príncipe Sigiswald, con una mirada distante. Desde luego, no parecía alguien que hubiera conseguido su deseo después de hablar de ello con tanta pasión. Pero, ¿por qué? No lo entendía.

Bueno, dejando eso a un lado...

“Con esto concluyo mis sinceros pensamientos y condiciones”, dije. “Dejaré la toma de decisiones al Aub Ehrenfest y al Zent. Por favor, ten cuidado cuando hables de estos asuntos con la familia real — una vez que me adopten, mi esperanza es que todos podamos permanecer en buenos términos en los años venideros”.

14 - Condiciones Aseguradas.

Después de mi reunión privada con Sigiswald, expliqué a Sylvester y a los demás lo que me había dicho la familia real: concretamente, que habían pensado que estaban tratando especialmente bien a Ehrenfest. Hubo muchos malentendidos entre nosotros, pero no habían querido simplemente descargar toda la carga sobre nosotros, por lo que creía que aún había margen para la negociación.

A continuación, informé de que la familia real iba a celebrar otro Ritual de Dedicación el último día de la Conferencia de Archiduques, y de que les planteé nuestras condiciones por si querían adoptarme en buenos términos. También me aseguré de mencionar mis repetidos recordatorios respecto a que no hacía más que expresar mis propias opiniones y que el aub tendría la última palabra — quería que Sylvester y los demás reconocieran mis esfuerzos por evitar que se repitiera el desastre del año pasado.

A Sylvester debió de irritarle que, tras no conseguir su aprobación, la familia real intentara actuar a sus espaldas obteniendo la mía; me elogió por bloquearles y recalcar que la decisión final no me correspondía a mí.

Poco después, Sylvester recibió otra citación de la familia real. Debía volver a reunirse con ellos dentro de dos días.

“Muy bien, Rozemyne”, dijo Sylvester a su regreso, “cuéntame exactamente cómo negociaste con la familia real”. Estábamos en una sala de reuniones sin Florencia ni sus asistentes, y por alguna razón parecía inequívocamente enfadado. Sus ojos se entrecerraron y empezó a hundir repetidamente un dedo en mi mejilla.

“¿Pooley...?”

“¡No! Esta vez nos hemos reunido sin asistentes para poder hablar con más claridad — y adivina lo que descubrí. Fuiste increíblemente grosera con el príncipe Sigiswald en el archivo, ¿verdad?”

Ladeé la cabeza mirando a Sylvester, sin saber por qué me estaba regañando. “Te dije que fui franca con el príncipe Sigiswald, ya que prometió no castigarme por expresar mi opinión. ¿Realmente estaba tan herido que consideró necesario quejarse contigo? Eso no es muy varonil de su parte”.

“No, no se quejaba. Quería que te advirtiera que no usaras el mismo tono con nadie más, ya que él estaba seguro de que lo podrías volver a hacer. Sentí que se me revolvía el estómago del estrés al escucharlo”.

Así que realmente no es varonil.

Si hubiéramos acordado hablar como nobles, incluso yo habría tenido el sentido común de ser más discreta. Sigiswald *me había dicho* que fuera franca, así que no estaba bien que ahora se quejara de ello.

“Volviendo a tu petición original” dije, “sí, presioné para que la familia real organizara otro Ritual de Dedicación. Pero solo para ganar tiempo, Y no creo que haya hecho algo más, que no pueda ser descrito como negociación . Ten en cuenta que no tengo autoridad para tomar decisiones. Como mucho, podría decirse que les amenacé un poco para asegurarme de que perdonaran a Ferdinand”.

“¡Espera un momento!”, exclamó Sylvester, llevándose las manos a la cabeza con incredulidad. “Acabo de asegurarle al príncipe Sigiswald que *no* le amenazaste — que debió de malinterpretarte, ya que tú nunca recurrirías a tales medios. ¡¿Pero tenía razón?!”

Me sentí un poco mal al saber que Sylvester se había esforzado tanto por defenderme, pero... efectivamente, el príncipe tenía razón. Mis amenazas eran totalmente deliberadas.

“No importa cuánta preocupación muestre por Ferdinand, nadie en Ahrensbach lo tratará como de la familia. El príncipe Anastasius incluso me dijo que tendría que tomar el asunto en mis propias manos. Pedir ayuda a la familia real por medios normales no funcionó, así que me vi obligada a hacer uso de la rara oportunidad que me brindaba el archivo. Si esa conversación hubiera tenido lugar en cualquier otro lugar, en presencia de otras personas, me habrían ejecutado. ¿No es cierto?”

Estar en el archivo me había permitido decir lo que pensaba. Por supuesto, si no funcionaba, tendría que pensar en algún otro medio para lograr mi objetivo.

“En cualquier caso”, dijo Sylvester, “la familia real te ha entendido alto y claro, así que ya no tienes que preocuparte de ello”.

La esperanza brotó de mi corazón. “¿Aceptaron mis peticiones para que Ferdinand recibiera mejores condiciones de vida y no fuera considerado culpable por asociación?”

Sylvester respondió con un cansado asentimiento. “Sí. Dijeron que ordenarían a Ahrensbach que le asignara una habitación oculta”.

“¡Sííí! ¿Y las demás condiciones?”

“Aprobaron más o menos todas. En cierto modo... estoy bastante seguro de que todo eso es gracias a ti”.

Continué contándome cómo había transcurrido el resto de la reunión. La primera vez que fue convocado, solo habían utilizado una herramienta mágica de bloqueo de sonido que afectaba a la zona, pero esta vez habían hablado solos, sin asistentes ni guardias presentes, y habían utilizado bloqueadores de sonido individuales. Luego, en este entorno de extrema contención, la exhausta familia real había repasado mis condiciones, se había asegurado de que eran precisas y de que se habían entendido correctamente, y luego había confirmado que todo el mundo estaba de acuerdo.

Sylvester continuó: “Por lo que sé, la familia real está bastante dividida en cuanto a cómo tratarte”.

Trauerqual, por ejemplo, creía que cualquiera que obtuviera la Grutrissheit merecía convertirse en el próximo Zent, y que habría que obedecerle sin rechistar. A sus ojos, preparar una villa y demás para mí era un absurdo error de prioridades; en su lugar, sostenía que yo debía ser acogida en el palacio real como la próxima Zent del país mientras él se mudaba a una villa.

“También tiene la creencia de que establecer una facción propia generaría un gran beneficio”, me informó Sylvester, “y que los Zents necesitan rodearse de gente en la que puedan confiar. Precisamente por eso abrió nuestra primera reunión con la oferta de aceptar en la Soberanía a tantos nobles de Ehrenfest como fuera posible — y se escandalizó cuando la rechazamos”.

También estaba el asunto de mi matrimonio. Todo el mundo sabía que los compromisos eran un medio crucial para crear nuevas facciones, así que, aunque Trauerqual quería adoptarme para obtener la Grutrissheit, se abstendría de involucrarse en absoluto después. Al parecer, creía que los nuevos Zent debían gobernar Yurgenschmidt como mejor les pareciera.

“Todo eso suena muy bien”, repliqué, “¿pero no se reduciría eso a que el rey Trauerqual descargase su carga sobre mí?”

“El príncipe Sigiswald parecía pensar lo mismo. Dijo que la simple obtención de la Grutrissheit no sería suficiente para que alguien gobernara”.

Como yo era de Ehrenfest, no tendría mucha autoridad que digamos, ni podría contar con la ayuda de los ducados mayores. Dudaba que Trauerqual hiciera mucho para apoyarme tampoco, ya que estaba tan en contra de entrometerse o involucrarse en mi gobierno. Estos hechos habían impulsado a Sigiswald a formular una pregunta muy importante: ¿Cuánto se podía esperar realmente de un simple estudiante con solo la Grutrissheit? Abandonarme para que gobernara sola no era una opción. Por eso había propuesto en su lugar que me casara con la familia real tras mi adopción; introduciría la menor discordia, permitiéndome depender de ellos, además de su base de apoyo ya existente.

Incluso entonces, Trauerqual se había negado a ceder. “Tu postura es sólida, pero nosotros no tenemos la última palabra en este asunto”, había dicho. “El próximo Zent debe decidir nuestros destinos”.

“Me han dicho que estabas de acuerdo con el príncipe Sigiswald”, me comentó Sylvester.

“Simplemente creo que, si están dispuestos a aceptar mis condiciones, casarme con él es lo menos que puedo hacer”.

Según Sylvester — y quizá no resulte sorprendente — Anastasius había discrepado tanto de la postura de su padre como de la de su hermano. “Dijo que obtener la Grutrissheit y la autoridad de un Zent no te daba la aptitud política necesaria para gobernar un país. Hasta entonces, parecía estar de acuerdo con el príncipe Sigiswald, pero después de eso...”

“¿Sí? ¿Qué dijo?”

“Bueno... En sus palabras: ‘No podemos confiar Yurgenschmidt a una gremlin tan inadaptada y obsesionada con los libros. Sus costumbres nacidas en el templo chocarían con las nuestras, y la sociedad caería en el caos. Por el bien de todos, debemos quitarle la Grutrissheit lo antes posible.’ Y déjame decirte que el Rey Trauerqual lo puso en su sitio por ello”.

“Eso fue grosero... pero no está equivocado”.

Anastasius había continuado diciendo que, si quitarme la Grutrissheit era una opción, aliviaría las frustraciones del país hacia Ehrenfest haciéndome servir al Templo de la Soberanía como su Sumo Obispa hasta mi mayoría de edad. Entonces, me permitiría regresar a casa. Si quitarme la Grutrissheit *no* era una opción, propondría que ocultaran mi condición de Zent, me convirtieran en la tercera esposa de Sigiswald y me recluyeran en una biblioteca siempre que no se necesitara mi ayuda. Esa, había dicho, sería la solución más pacífica.

En respuesta, Trauerqual regañó a Anastasius por ser tan irrespetuoso con el próximo Zent y, posteriormente, le había prohibido hablar conmigo en el archivo subterráneo.

“El rey Trauerqual declaró que haría todo lo posible por seguir las peticiones de Ehrenfest”, dijo Sylvester, “pero también te pidió muy diplomáticamente si podrías, como próxima Zent, ser más considerada con el presupuesto de la Soberanía y el estado de su tesorería”.

“¿Es eso de alguna manera relevante para Ehrenfest...?”

Sylvester me fulminó con la mirada. “Tú pediste tu propia y extravagante sala de libros, ¿no?”

En un giro sorprendente, la sala de libros que había solicitado costaría una fortuna, y la familia real estaba agonizando sobre qué hacer. En comparación, las demás condiciones habían sido trivialmente fáciles de cumplir.

“Tu Sala de libros fue la única condición con la que no podía estar de acuerdo la familia real”, continuó Sylvester. “Así que Ehrenfest acordó renunciar a eso”.

“¡NOOOOOOOO! ¡¿Has renunciado a la única cosa en la que te dije que no iba a ceder?! ¡Eso es muy mezquino! ¡MI BIBLIOTECAAAA!”

Grité hasta que no me quedó aire en los pulmones, luego me agarré la cabeza, empecé a jadear y miré a Sylvester con lágrimas en los ojos. Me había esforzado tanto durante mi reunión con Sigiswald, pero él no se había dado cuenta de lo que más me importaba.

Sigiswald... ¡Tonto colossal!

“Cálmate, Rozemyne. Era una decisión a tomar entre el Zent y yo. Acéptalo. Dijiste que obedecerías cualquier conclusión a la que llegáramos, ¿no?”

“¡GAAA! ¡YO DIJE ESO!”

¡Eso me convierte en LA tonta colossal!

“Te permitirán visitar la biblioteca del palacio y sus diversos archivos a tu antojo, así que no es como si no fueras a tener ningún libro. Además, las demás condiciones eran mucho más importantes que el hecho de que tuvieras tu propia sala de libros. Podemos agradecer a tu ridícula petición el hecho de que todas fueran aceptadas, pero vamos. Ríndete. La familia real parecía completamente agotada”.

Sigiswald había llegado al archivo subterráneo esperando una conversación elegante con una noble, solo para encontrarse cara a cara con una comerciante inquebrantable y recibir una reprimenda firme por no estar en la misma página que Ehrenfest. Al parecer, el encuentro le había hecho perder la confianza en la forma en que los demás veían a la realeza, entre otras cosas, y el informe que había entregado posteriormente a su familia les había hecho agachar la cabeza.

La familia real tenía motivos claros y excusas de cara al público para celebrar un Ritual de Dedicación el último día de la Conferencia de Archiducos. También tenían instrucciones escritas a mano que detallaban cómo llevarlo a cabo — cortesía de su servidora — así que su única preocupación tendría que ser cambiar el horario de todo el mundo. Aun así, tenían mucho que ganar con el ritual, así que valía la pena insistir un poco para que se llevara a cabo.

Sin embargo, la familia real no podía hacer mucho. Las exigencias de Ehrenfest habían tenido mucho sentido, dada su situación, y nuestra petición de que Ferdinand recibiera mejores condiciones de vida tampoco había sido demasiado descabellada. Mi habitación de libros era la única excepción; simplemente no era factible, no importaba cómo trataran de enfocarlo.

“En primer lugar, ¿en qué estabas pensando al pedir tu propia sala de lectura?”

“¿Eh? ¿No es normal tener una en casa?”

Había salas de libros en el templo y el castillo de Ehrenfest, y el dormitorio de Ehrenfest tenía un rincón de lectura dedicado. Ferdinand también tenía una biblioteca en su propiedad — aunque esta era ahora “Mía” para amar y apreciar. Una villa adecuada para la hija adoptiva de un rey seguramente tendría una sala de libros, como mínimo.

“Abandonar Ehrenfest me obligaría a renunciar a la biblioteca que me regaló Ferdinand, ¿no es así?” Pregunté. “¿Era realmente tan extraño que quisiera una nueva como compensación? Parece impensable que la calidad de vida de uno empeore tras ser adoptada por el rey”.

“Aah... Me hace doler la cabeza que equipares la calidad de tu vida a los libros, pero, en cualquier caso — prepararán un lugar para que guardes los libros que ya posees. Coge lo que quieras de la biblioteca de Ferdinand”.

“¿Disculpa? Es *mi* biblioteca. El traspaso ya ha tenido lugar, muchas gracias”.

“Como quieras”. Sylvester desechó mi queja, desinteresado. “Pero no agotes el presupuesto del país con tus exigencias relacionadas con los libros”.

“Nunca fue mi intención. Si una biblioteca recién hecha era mucho pedir, entonces me habría parecido bien que el príncipe Sigiswald me diera la suya. Eso fue lo que hizo Ferdinand, ¿verdad? Solo quiero libros nuevos para leer — con que mi futuro marido me permitiera compartir los suyos sería suficiente, incluso. Las estanterías podrían haberse llenado fácilmente con transcripciones de los libros de la biblioteca de palacio, así que...”

“Ferdinand, ¿eres *tú* la razón de que ella esté así...?”, murmuró para sí Sylvester, negando con la cabeza. Luego me miró directamente y me dijo: “Rozemyne, un pequeño consejo: muy pocas personas poseen tantos libros como Ferdinand poseyó en su día. El príncipe Sigiswald, por ejemplo, solo toma prestados libros de la biblioteca de palacio — nunca ha comprado uno para quedárselo. ¿Te imaginas entonces cuántos libros habría tenido que comprar la familia real para satisfacer tu petición? Intentar igualar la colección de Ferdinand llevaría a Yurgenschmidt a la bancarrota”.

Las fuerzas se agotaron en mi cuerpo. No obtendría *ningún* libro nuevo por mudarme a la Soberanía.

“Esto es horrible. Simplemente horrible”, gemí. “¿Cómo puede ese hombre llamarse príncipe cuando no posee ni un solo libro? Está aplastando los sueños de las niñas de todo el mundo. Encima, ya tiene dos esposas. ¡¿Cómo se supone que haga que mi corazón palpite por él?! ¡Quiero decir, ni siquiera puede hacer una sola biblioteca para proponerme matrimonio!”

“¿Qué rayos estás diciendo?”, se quejó Sylvester. Estaba desconcertado, pero se trataba de un asunto de suma importancia.

“Wilfried me dijo que podía hacer lo que quisiera con la estantería del Dormitorio Ehrenfest. ¡Wilfried! Sin embargo, un *príncipe de verdad* no puede prometerme ni un solo libro. No puedo creer que tenga que renunciar a mi sala de libros, incluso después de haber sugerido mudarme a la biblioteca de palacio”.

La calidad de mi vida no era lo único en declive — también lo era la calidad de mis prometedos. Esto era una pesadilla. Nunca se me había pasado por la cabeza que ser adoptada por la familia real me costaría tanto.

“Estoy aturdida”, dije. “Deprimida, incluso. El príncipe Sigiswald es la mayor decepción de mi vida”.

En un instante, las escasas razones que tenía para ser optimista sobre mi traslado a la Soberanía se habían esfumado por completo. Había planeado pasar el año siguiente dedicada a mis deberes de traspaso, contenta de saber que me esperaba una nueva sala de libros, pero ahora mi motivación se iba por el desagüe. Swoooooosh.

“Aun así iré, ya que prometieron mejorar las condiciones de vida de Ferdinand y librarle del castigo, pero... no quiero”. Se me escapó un profundo suspiro. “Y pensar que voy a perder mi biblioteca...”

“Déjalo ya. Puede que no te proporcionen ningún libro, pero al menos te harán una sala para ello. Y tienes ese sistema de depósito de libros, ¿no? Te enviaremos los que hagamos aquí, y tus estanterías empezarán a llenarse enseguida. ¿Cuál es la diferencia?”

Mi traslado introduciría un retraso considerable entre la fabricación de los libros y su llegada a mis manos. En otras palabras, iba a seguir estando peor. ¿Cómo era incapaz de entender algo tan simple?

“En fin, ya está bien de libros”, dijo Sylvester. “Lo hecho, hecho está. Tenemos que discutir las otras decisiones que se tomaron. Escucha con atención, ya que esto va a determinar cómo debes enfocar estas cosas”. Su decisión unilateral de adelantar la conversación me frustró, pero no podía hacer nada; ninguna queja por mi parte cambiaría un acuerdo hecho entre el rey y un archiduque.

Con los hombros caídos, solo pude permitir que Sylvester continuara.

“La familia real supervisará otro Ritual de Dedicación, como sugeriste. Luego, con un excedente de maná en su haber, el rey Trauerqual y el príncipe Sigiswald pasarán el año siguiente intentando obtener la Grutrisshheit. Si sus intentos acaban en fracaso, te adoptarán como estaba previsto”.

No quedaba ni el más mínimo rastro de sonrisa en mi rostro. “Si consiguen la Grutrisshheit sin nosotros, ¿seguirán satisfaciendo nuestras peticiones...?”

“Como pago por nuestra ayuda en el archivo subterráneo, concederán a Ferdinand una habitación oculta y se asegurarán de que no sea castigado junto a su prometida. Pero eso es todo. Y... aunque harán un intento por su cuenta, esperan que sea una tarea formidable, si no imposible. El rey Trauerqual solo lo alienta porque cree que la familia real no debe dormirse en sus laureles y esperar que un estudiante de otro ducado lo haga todo por ellos”.

Bueno, si nuestras condiciones relacionadas con Ferdinand iban a seguir cumpliéndose, me parecía bien. Para empezar, yo no quería mudarme a la Soberanía, así que su resolución era muy de agradecer.

Tanto que me dan ganas de atiborrarlos de pociones de rejuvenecimiento ultra desagradables. Pero no lo haré. Puede que sean efectivas, pero sería sospechosa de intento de envenenamiento.

“Hay que sentar muchas bases”, me dijo Sylvester, “así que pasaremos el próximo año preparándonos. Tal y como están las cosas, tendré que repudiarte durante la próxima Conferencia de Archiducos, momento en el que el rey te adoptará en su lugar. En apariencia, mantendremos el statu quo, pero Ehrenfest y la familia real se estarán preparando en realidad para dicho intercambio”. Bajó la voz y dijo: “¿Entendido?”

Asentí; que necesitábamos mantener esta adopción en secreto era una conclusión inevitable. Era bueno, pues, que Ehrenfest ya hubiera establecido un control total en su red de información, lo que nos facilitaría mucho las cosas y nos permitiría trabajar desde las sombras. Nos las arreglaríamos.

Sylvester continuó, “Pienso vaciar la sala de asistentes cuando discutamos esto de regreso en Ehrenfest. Podemos decidir a quién contárselo después”.

“Tendremos que informar a los asistentes de Melchior y a los míos, así como a los del templo. El traspaso y sus planes futuros requerirán cierta deliberación. ¿Y cuándo se lo diremos a los Gutenberg? ¿Cómo enseñaremos sus tecnologías a la Soberanía? ¿Solo tendrán que visitarnos, como de costumbre, o tendrán que trasladarse allí? Tendremos que avisarles con tiempo; si no, la carga será demasiado pesada”. El próximo año lo pasaría gestionando el templo, a los Gutenberg y a mi personal.

“No espero que las cosas sean fáciles para los Gutenberg, pero ¿no pueden esperar esas cosas hasta que te hayan adoptado y tengas las cosas listas para tus artesanos? Siempre tienes los ojos puestos en mí para que no apresure a los plebeyos”.

“Lo hablaré con Benno y decidiré a partir de ahí. En cualquier caso, tendremos que dirigirnos a los eruditos de la soberanía y asegurarnos de que se envíen los documentos necesarios lo antes posible. Mientras tanto, ¿me concederías permiso para compartir asistentes con Melchior, cosa que antes te negabas a permitir? Estoy sufriendo una grave escasez de archicaballeros en la Academia Real”.

Viajar simplemente entre el dormitorio y el auditorio estaba bien con mi escuadrón actual, pero necesitaría archicaballeros para visitar el archivo subterráneo, y quería tanto tiempo como pudiera para educar a los asistentes de Melchor.

“Dependerá de la respuesta de Melchior, pero... eh, claro. Por cierto... aunque actuaremos como si nada hubiera cambiado durante el próximo año, ¿qué opinas de Wilfried ahora que ya no estarás comprometida con él?”

A pesar de mis mejores intentos por evitarlos, me vinieron a la mente mis pensamientos sobre Wilfried. “Para ser sincera, no siento nada porque nuestro compromiso llegue a su fin. Siempre fuimos más hermanos que pareja, y apenas hemos interactuado en bastante tiempo. Ni siquiera apreció los ordonnances que le envié. Pero, sobre todo, no hemos hecho ninguno de los rituales necesarios para un compromiso”.

No habíamos intercambiado piedras feys y habíamos decidido no empezar a mezclar colores hasta que fuéramos un poco mayores. En resumen, nuestro compromiso había sido un acuerdo verbal con la aprobación del rey y nada más. Sigiswald iba a sustituir a Wilfried, claro, pero ése era prácticamente el único cambio; yo no estaba emocionalmente involucrada en ninguno de los dos matrimonios políticos, ni tampoco estaba románticamente interesada en ninguno de mis pretendientes.

“Sin embargo”, continué, “reconozco que este cambio de planes afectará a Wilfried. Su compromiso conmigo fue la única razón por la que tantos decidieron pasar por alto su conexión con Lady Verónica y el hecho de que entrara en la Torre de Marfil. Lamento que el futuro por el que pasó tanto tiempo trabajando se vaya a hacer añicos de la nada, y como resultado de un decreto real que no tiene poder para revocar”.

“Sí...” Sylvester murmuró de acuerdo, la viva imagen de un padre preocupado por su hijo. No estaba pensando en mí en absoluto, y esa constatación me hizo suspirar.

“Pero eres consciente de que Wilfried no será el único que tendrá que soportar las consecuencias de un decreto real que le cambiará la vida, ¿verdad? Nunca tuve la intención de abandonar Ehrenfest, y sin embargo aquí estoy, en riesgo de perder todas mis pertenencias y a todos los que me son preciados. Y no te olvides de Ferdinand, que ya ha pasado por eso. Wilfried, en cambio, se quedará en Ehrenfest. Solo tienes que cuidar de él como su padre”.

Wilfried al menos se quedaría con su querida familia — y eso era suficiente para que yo lo envidiara. Hubo una pausa antes de que Sylvester respondiera:

“Tienes razón”.



Unos días después, llegó una invitación de la familia real y Sylvester anunció formalmente el Ritual de Dedicación que iba a celebrarse el último día de la conferencia. Los nobles lanzaron gritos de júbilo al oír que ya no tendrían que soportar la presión de los demás ducados, pero también se sorprendieron de que se les hubiera ordenado participar a su vez para obtener más protecciones divinas; muy pocos de ellos habían participado antes en una ceremonia religiosa.

“Asistentes de Rozemyne”, dijo Sylvester, “espero que estén allí con sus túnicas azules, apoyando y protegiendo a todos durante todo el ritual”.

“Entendido”.

Solo tendríamos que presentarnos y realizar el ritual en la fecha especificada, así que no teníamos nada que preparar. Solo tenía que seguir visitando el archivo subterráneo hasta el último día de la Conferencia de Archiduques.

“Así que la familia real organiza un Ritual de Dedicación...” dijo Hannelore durante el almuerzo. “Me han dicho que ha sido posible gracias a Ehrenfest, que ha querido responder a los llamados de los demás ducados y enseñarles las ceremonias religiosas. Incluso nosotros, los de Dunkelfelger, estamos encantados de participar. Ehrenfest debe estar encontrándolo difícil”.

“Lo admito”, repliqué, “no esperaba que Dunkelfelger participara. Su investigación ya ha demostrado que se pueden obtener protecciones divinas a través de las ceremonias que se realizan antes y después de los juegos ditter”.

“Parece que también nos interesan otras ceremonias religiosas. Hay un número limitado de protecciones divinas que podemos obtener a través de nuestros rituales de ditter, ¿no?”

Eso me sorprendió. Tal vez fuera descortés, pero nunca esperé que los de Dunkelfelger se preocuparan por otra cosa que no fuera el ditter.

Porque, quiero decir, siempre están hablando de eso, ¿no? Así que... Sí.

Según Hannelore, los eruditos y los asistentes también querían protecciones divinas de otros dioses. “También queremos que nuestros adultos tengan otra oportunidad de realizar el ritual de protecciones divinas. Mi padre y mi madre están debatiendo cómo involucrar también a nuestros laynobles y mednobles, a pesar de que normalmente no pueden asistir a la Conferencia de Archiducos”.

Magdalena asintió con la cabeza — ella también escuchaba — mientras Hildebrand se lamentaba de no poder participar en el ritual.

“Hannelore tampoco podrá participar este año”, dijo Magdalena con tono mordaz. “Algunos han sugerido que se incorpore al plan de clases de la Academia Real, y que Klassenberg y Ehrenfest lo realicen anualmente como investigación conjunta. Ten paciencia hasta que te matricules”.

“Para entonces, ya será demasiado tarde...” refunfuñó Hildebrand, con los labios fruncidos.

“¿Participará la mayoría de los ducados en el ritual, como cabría esperar?” preguntó Hannelore.

Magdalena asintió. “En efecto. Ahrensbach ha declinado, ya que tienen a Ferdinand para enseñarles, pero todos los demás ducados han anunciado su intención de participar”.

Recordaba que Ferdinand había escrito que había viajado por Ahrensbach con un grupo de nobles para la Oración de Primavera. Sin embargo, no bastaba con tener experiencia en ceremonias religiosas; si uno quería nuevas protecciones divinas, tendría que repetir el ritual de las protecciones divinas.

“¿No sería prudente que participaran de todos modos?” Pregunté con una inclinación interrogativa de la cabeza. “La mayoría de los nobles solo quieren tener la oportunidad de obtener nuevas protecciones divinas”.

Magdalena me dio una sonrisa fría, como si estuviera conteniendo algunas emociones mucho más oscuras. “Según Lady Detlinde, podrán repetir ‘ese ritual insignificante’ tantas veces como deseen una vez que ella se convierta en Zent”.

“¿¡Realmente dijo eso?! ¡¿En serio?!”

“Tres veces, cortesía de su ordonnanz. Los intentos desesperados de sus asistentes por detenerla también se incluyeron en la grabación, pero en cualquier caso, toda la familia real estuvo presente para ello”.

¡AAAAAAH! Puede que haya tenido que amenazar a un príncipe, pero me alegro mucho de haber conseguido salvar a Ferdinand.

15 - El Ritual de Dedicación de la Conferencia de Archiduques.

Hirschur hizo una rara aparición en el Dormitorio Ehrenfest y me entregó una pizarra, en la que había una lista de todos los ingredientes necesarios para fabricar herramientas mágicas móviles como Schwartz y Weiss. “Lady Rozemyne, participaré en el Ritual de Dedicación”, dijo, sonando muy satisfecha de sí misma. “Dale las gracias al aub de mi parte”. Su anuncio no tenía nada que ver con la junta, así que no sabía si darle las gracias o seguirle el juego.

“Te agradezco mucho por entregar esto”, finalmente respondí. “También me alegra saber que se te ha permitido unirse al ritual”.

El primer Ritual de Dedicación que celebramos en la Academia Real fue con fines de investigación, por lo que solo se había permitido participar a los candidatos a archiduque y a los estudiantes de archierudito. Esto había molestado profundamente a los profesores aficionados a la investigación, muy interesados en las ceremonias religiosas que permitían obtener más protecciones divinas.

Al principio, la noticia de que se iba a celebrar otro Ritual de Dedicación había supuesto otra decepción para los profesores; solo los aubs y sus asistentes habían recibido invitaciones. Hirschur había vuelto a refunfuñar por haberse quedado fuera; entonces había conseguido que Sylvester enviara un ordonnanz a la familia real solicitando que incluyeran también a los profesores.

No creía que a la familia real le importara. Cuantos más participantes, mejor, después de todo.

“Soy consciente de que esta vez se pidió a los participantes que trajeran sus propias pociones de rejuvenecimiento”, comentó Hirschur. “Gundolf estaba bastante frustrado. Los estudiantes habían dicho que las pociones de Ehrenfest eran especialmente eficaces, así que quería probar una por sí misma”.

Solté una risita. Tal como predije, Drewanchel estaba pensando ante todo en nuestras pociones de rejuvenecimiento.

De repente, noté un brillo en los ojos de Hirschur. “La familia real quiere hacer de esta ceremonia un acontecimiento anual, pero la promesa de protecciones divinas y nada más seguramente provocará un creciente descontento”.

“¿Oh? ¿Y eso por qué?”

“Aunque tener la oportunidad de realizar el ritual una vez cada diez años está bien en sí mismo, uno necesitará obtener varias protecciones divinas antes de sentir un impacto en el uso de su maná. Uno debe ofrecer continuamente su maná durante la ceremonia para ganarse el derecho a repetir el ritual, pero aquellos que reciban su oportunidad durante el primer o segundo año apenas recibirán protecciones divinas”.

Hirschur tenía razón; la cantidad de protecciones divinas que uno obtenía dependía de la cantidad de maná que uno ofrecía y de si su comportamiento habitual llamaba la atención de

los dioses. No bastaba con realizar algún que otro ritual y seguir con la vida cotidiana. Si se tenía en cuenta el número de protecciones obtenidas por mis asistentes, que visitaban el templo todos los días como parte de una tonta competición para ver quién transformaba antes su schtappe en un instrumento divino, y el número de protecciones obtenidas por Wilfried, que había realizado la Oración de Primavera y ofrecido maná a la fundación desde que entré por primera vez en una jureve hacía cinco años, quedaba claro que la cantidad y la constancia eran tremendamente importantes.

Continuó: “Lo más probable es que sean los ducados perdedores los primeros en repetir sus rituales. Para empezar, su maná es escaso, y es poco probable que obtengan muchas protecciones divinas tras su primer ritual. Después, tendrán que esperar toda una década antes de poder repetirlo de nuevo, encerrados en participar una y otra vez por miedo a quedarse atrás. Todos esos años de lucha inspirarán sin duda frustración... ¡Y por eso, Lady Rozemyne! ¿No cree que debería distribuir pociones de rejuvenecimiento para aliviar su carga y convertir su dolorosa lucha en algo más tolerable?”

Consideré el punto de vista de Hirschur. Parecía una buena idea ofrecer una recompensa inmediata para aliviar la inevitable insatisfacción de los nobles.

“Si cree que esto es importante, profesora Hirschur, entonces le aconsejaría que se lo dijera a la familia real y sugiriera que los profesores de la soberanía trabajasen juntos para hacer esas pociones de rejuvenecimiento”, dije, rechazándola con una sonrisa cortés. “Al menos uno de ustedes debe tener la receta de una poción muy eficaz. No es un problema que Ehrenfest deba esforzarse por resolver”.

Hirschur se encogió de hombros, indiferente. “Tienes razón en que hacer pociones de rejuvenecimiento para los ducados derrotados no sería beneficioso en lo más mínimo. Nunca perdería el tiempo que podría dedicar a investigar en un empeño tan infructuoso”.

“Estoy de acuerdo de todo corazón. Del mismo modo que usted no querría renunciar a la oportunidad de sumergirse en tu preciada investigación, ¿por qué querría yo desperdiciar un tiempo que podría dedicar a la lectura? Además, la familia real es la que celebra este ritual. No me gustaría intervenir”.

Hirschur soltó una carcajada. “Eso afirmas, pero está más claro que el agua que estás ideando una solución a su descontento. No sería la primera vez que hace algo sin valor aparente para usted. En ese sentido... se está haciendo un cambio bastante grande en el plan de estudios de la Academia Real. Imagino que también inspiró eso. Harías bien en entender que tus palabras conmueven a la familia real. A este paso, querrán tenerte para ellos”.

Su advertencia había llegado demasiado tarde, pero era un buen indicio de que la noticia de mi adopción aún no había circulado.

“¿Cómo están cambiando los planes de clase?”, pregunté.

“La familia real declaró que tendría más sentido obtener el schtappe después de aprender comprensión de maná y obtener protecciones divinas. Querían volver a las viejas costumbres,

cuando los estudiantes tenían que esperar hasta el año de su graduación, pero se vieron obligados a transigir cuando un número abrumador de ducados proclamó que preferían que la generación más joven aprendiera a usar sus schtappes en la Academia Real que en casa. Así pues, ahora los estudiantes las obtendrán durante su tercer año”. Resultó que el hecho de que los alumnos obtuvieran antes sus schtappes facilitaba las clases a los profesores, por lo que estos no habían protestado por el traslado del acto al primer curso. Hirschur sospechó de mi implicación porque el tema había surgido tan bruscamente y durante la segunda mitad de la Conferencia de Archiduques.

¡Ngh! ¡Por mucho que me duela, su deducción es acertada!

Hirschur continuó: “También se nos ordenó que volviéramos a los anteriores planes de clases para los alumnos de primer y segundo año. El grupo de Gundolf está supervisando esto, con miras de tener el proceso terminado a tiempo para el próximo año académico”.

En un principio, los profesores se habían opuesto a este calendario, argumentando que los planes de estudio no podían cambiarse con tan poca antelación — pero Fraularm ya había sentado un precedente para utilizar los planes antiguos durante nuestro segundo año, así que al final se habían quedado con las manos atadas.

¿Oh? Supongo que hay veces en las que los pequeños planes de la profesora Fraularm benefician a la familia real.

“También se preguntó si el Ritual de Dedicación podría añadirse al plan de estudios estándar”, me informó Hirschur. “Por el momento, muchos ducados siguen esforzándose por visitar el templo, pero la familia real declaró que hay que introducir de una vez cierto grado de competencia. Quieren que los estudiantes experimenten muchas ceremonias religiosas y recen todo lo posible durante las clases para que puedan obtener más protecciones divinas”.

En realidad, esta sugerencia había sido rechazada, ya que los profesores no sabían casi nada de ceremonias religiosas. Al final, se decidió que los nuevos contenidos se incorporarían al plan de estudios de forma gradual a lo largo de un periodo mucho más largo — y que Ehrenfest y Klassenberg seguirían realizando investigaciones conjuntas centradas en el Ritual de Dedicación.

“Una vez que comience el curso, se pedirá a Ehrenfest que participe en esta investigación conjunta, imagino. También tengo entendido que Klassenberg está ayudando a la familia real a prepararse para el próximo ritual, de modo que puedan aprender el proceso y hacer sus propios preparativos en el futuro”.

Klassenberg y la familia real actúan con rapidez, aunque no me imagino que Ehrenfest pida mucho por ello. Justo hoy me han informado de que hemos llevado un juego de prueba de nuestras biblias ilustradas a la Academia Real y hemos empezado a promocionarlas.

Y entonces caí en cuenta — ya había dicho en el pasado que Ehrenfest no tendría ningún reparo en repetir el ritual siempre que Klassenberg se ocupara de los preparativos.

Hirschur me dirigió una mirada de comprensión. “Ah, entiendo. Así que esto ya se había discutido. Se mencionó que la carga sobre Klassenberg caería en picada cuando el ritual acabase formando parte del plan de estudios y los ducados empezaran a traer sus propias pociones de rejuvenecimiento. Ah, en cuanto a las pociones — quizá te interese saber que Klassenberg estaba receloso de la aparente facilidad con la que Ehrenfest preparaba tantas”.

Preparar pociones de rejuvenecimiento es ciertamente una tarea difícil.

Hacerlas ya era bastante agotador, pero la mayor complicación era reunir los materiales. Los puntos de recolección de Ehrenfest no solían ser muy abundantes, y supuse que ese seguía siendo el caso de otros ducados.

Podían regenerar sus propios puntos de recolección, pero para eso había que conocer la oración, así que...

Mientras reflexionaba sobre esto, Lieseleta entró con una comida caliente empaquetada cuidadosamente en una caja — nuestra forma de agradecer a Hirschur que me trajera el tablero y me proporcionara tanta información adicional. Intentó colocarse cerca de la pared y esperar a que termináramos nuestra conversación, pero la profesora, demasiado impaciente, le hizo un gesto para que se acercara sin demora.

“Lieseleta, por favor”, dijo, y enseguida cogió la caja con una sonrisa. “Si me disculpan, entonces, debo regresar a mi laboratorio”.

“U-Um, Profesora Hirschur...” balbuceé. “Todavía hay cosas que debo preguntarle—”

“Que tenga un buen día, Lady Rozemyne. Que nos volvamos a ver durante el Ritual de Dedicación de la Conferencia de Archiduques”.

Tras conseguir su comida, Hirschur giró sobre sus talones y se marchó rápidamente, sin molestarse siquiera en concluir nuestra conversación. Me quedé aturdida, lo que hizo que Lieseleta bajase los hombros.

“Mis disculpas, Lady Rozemyne... No pensé que se retiraría tan deprisa. Debería haber tardado más en prepararle la comida”.

“No puedo culparte por no haberte dado cuenta de sus intenciones. Puede que la profesora Hirschur enseñe aquí en la Academia Real, pero nunca se comporta como debería hacerlo un noble”. Ni siquiera yo esperaba que se fuera tan abruptamente. Era un espíritu demasiado libre.

“Le agradezco mucho su consuelo, Lady Rozemyne, pero conozco a la profesora Hirschur desde hace años. Fue un fallo mío como asistente no haber previsto lo que iba a hacer. Esa fue una oportunidad tan crucial para que usted también reuniera información...”

Entiendo cómo te sientes, pero Hirschur es totalmente impredecible. Los asistentes no leen la mente, así que ¿qué se puede hacer?



Seguí transcribiendo en el archivo subterráneo, luego pasé el almuerzo con Magdalena, discutiendo el Ritual de Dedicación de la familia real. En un abrir y cerrar de ojos, era el último día de la Conferencia de Archidukes. A pesar de lo repentino del asunto, todo se preparó sin incidentes.

Después de desayunar, me aseeé, me puse la túnica de Sumo Obispa y me dirigí con mis asistentes de túnica azul a una sala de espera específica, donde esperaríamos el comienzo del ritual.

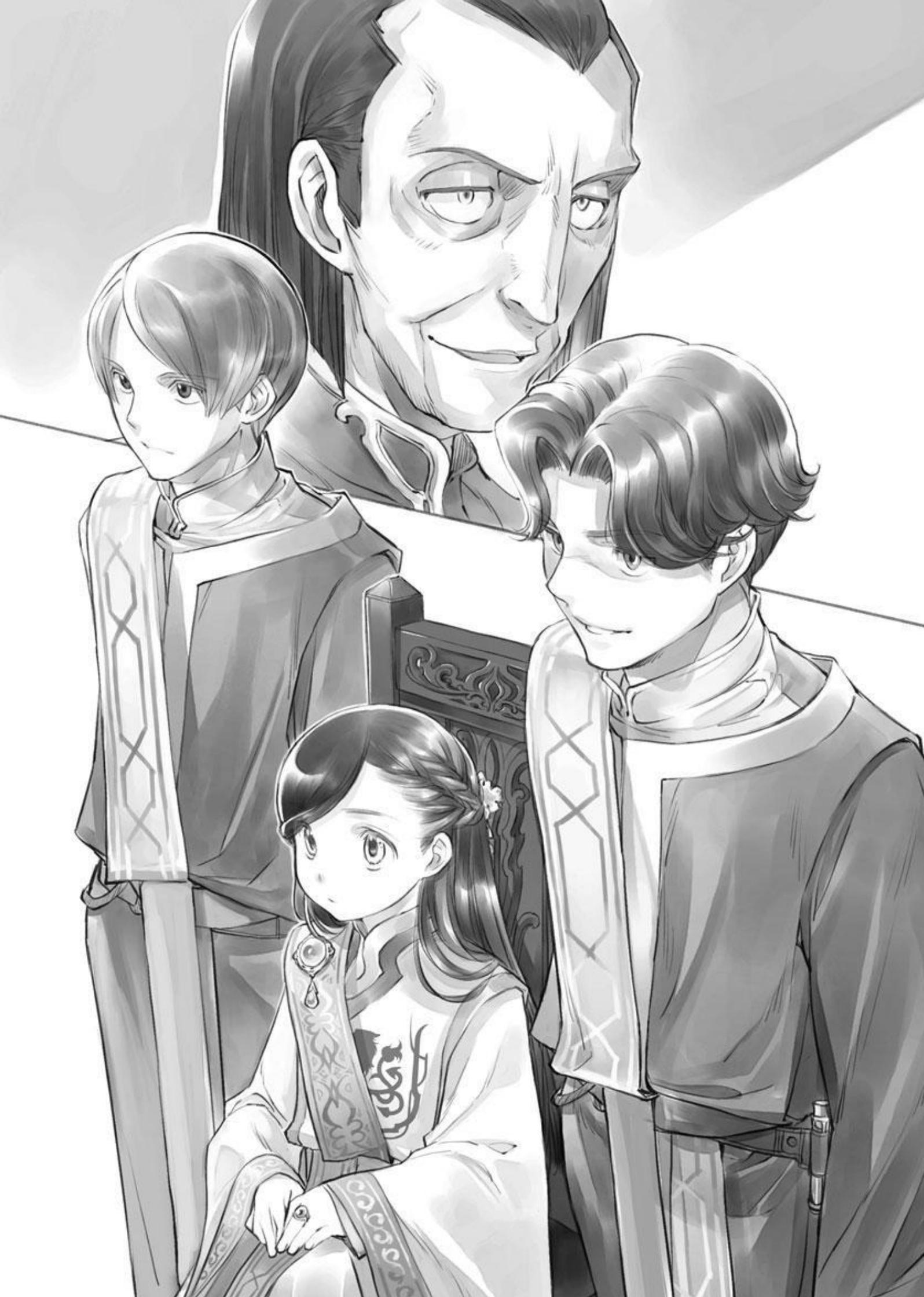
Geh. Es Immanuel.

Apenas entramos en la sala, nos encontramos cara a cara con el Sumo Sacerdote de la Soberanía. Recordé su intento de cortarnos el paso tras la Ceremonia de Unión de las Estrellas y sentí un repentino impulso de alejarme de él por repugnancia, pero Cornelius me puso una mano en el hombro para mantenerme en mi sitio. Luego me apartó un poco hacia un lado, detrás de Hartmut.

Miré a Cornelius, que me dedicó una pequeña sonrisa tranquilizadora. Luego adoptó una expresión más neutra y se colocó junto a Hartmut. Ambos miraron fijamente a Immanuel, con quien intercambié los saludos habituales antes de tomar los asientos que nos ofrecían.

“Lady Rozemyne”, dijo el Sumo Sacerdote de la Soberanía, “estoy más que agradecido de que pronto le demos la bienvenida como nuestra Sumo Obispa de la Soberanía”.

Hartmut negó con la cabeza. “Como hemos mencionado, Lady Rozemyne es candidata a archiduque de Ehrenfest. No hay planes para que se una al Templo de la Soberanía. Está aquí sólo para cumplir una petición de la familia real”. A continuación, dirigió al hombre una fría sonrisa que prácticamente gritaba: “Métetelo ya en la cabeza”.



“Poco después de que concluya esta ceremonia, espero que Ehrenfest reciba un decreto real”, dijo Immanuel, curvando los labios. “Uno que ordene a Lady Rozemyne ser enviada al Templo de la Soberanía para servir como Sumo Obispa. Según tengo entendido, existen métodos para trasladar a un candidato a archiduque a la Soberanía — y Ehrenfest no podrá hacer nada para impedirlo”.

Hartmut pareció momentáneamente sorprendido, y luego sonrió provocativamente. “Por ley, la única forma de que un candidato a archiduque pase a la Soberanía es mediante el matrimonio — pero alguien que está casado no puede convertirse en la Sumo Obispa. ¿No lo sabías, a pesar de ser un sacerdote de la soberanía? Aunque *se* traslade, nunca entrará en tu templo. Ah... ¿Quizás los de la familia real pretenden tomarla para ellos?”

Era evidente que Immanuel tenía un conocimiento limitado de la cultura noble; solo se había enterado de que los candidatos a archiduque normalmente no podían ser acogidos en la Soberanía a través de una conversación con Ferdinand. Nos miró con los ojos muy abiertos y murmuró: “¿La familia real pretende acogerla...?” Él había creído sinceramente que yo empezaría a servir como Sumo Obispa de la Soberanía una vez que la familia real tomara cartas en el asunto.

Quiero decir, tienen formas de cancelar mi adopción en Ehrenfest, y hablaron con el Templo de la Soberanía para que me uniera a sus filas... Tal vez realmente pensó que tenía una buena oportunidad de ganar.

A mediados de la Conferencia de Archiducos, sin embargo, había salido a la luz que yo era un candidato de Zent a punto de adquirir la Grutrisheit. La familia real se centró entonces en adoptarme a mí. Probablemente se habían olvidado por completo del Templo de la Soberanía.

Todo cambió realmente en el transcurso de esta conferencia.

“Immanuel, deberías ir al auditorio”, le dije. “Tendrás que indicar a los nobles cómo entrar y disponerse, ¿no?” Traté de alejarlo — su concurso de miradas con Hartmut empezaba a ser molesto — pero prefirió quedarse y contarme sus quejas sobre la ceremonia de hoy.

“Lady Rozemyne, la Ceremonia de Dedicación debe celebrarse de cara al santuario, no con todo el mundo de pie en círculo. Por favor, pida a la familia real que recolocque a los nobles participantes”.

De hecho, la práctica habitual al realizar una ofrenda a los dioses era mirar hacia el santuario, ya que así el maná dedicado fluiría hacia los instrumentos divinos del altar. Por desgracia para Immanuel, ésa no era nuestra intención para hoy. Necesitábamos el maná para nuestros propios fines, así que los nobles implicados debían arrodillarse alrededor de los cálices en su lugar.

Continuó: “Llenar todos los instrumentos divinos será de enorme beneficio para el Templo de la Soberanía”.

“No tengo ninguna intención de proporcionar maná al Templo de la Soberanía”, repliqué. “Las cosechas en todo el país han empeorado específicamente porque se llevaron a los mejores sacerdotes azules y doncellas de santuario de cada ducado — ¿no es cierto? Bueno, en este caso, creo que el Templo de la Soberanía debería devolver el favor”.

Tras la guerra civil, el regreso de los aprendices más abundantes a la sociedad noble ya había causado bastantes problemas, pero la caza furtiva del Templo de la Soberanía había herido de verdad a los templos de los ducados menores del país. El estado de los sacerdotes azules que quedaban en Ehrenfest lo decía todo.

“En cualquier caso”, continué, “si de verdad quieres que el maná de los ducados aquí presentes se entregue hoy al Templo de la Soberanía, consulta a la familia real. Ellos son los anfitriones del ritual, no yo”.

De nuevo, hice un gesto al Sumo Sacerdote de la Soberanía para que se marchara. Hartmut y Angelica básicamente lo obligaron a salir de la sala de espera esta vez.

Leonore me miró preocupada. “¿Se encuentra bien, Lady Rozemyne? Ya parece agotada”.

“Últimamente tengo tantas cosas en la cabeza que debo de estar perdiendo el sueño. No estoy tan cansada como para no poder realizar el ritual, pero ahora mismo no tengo fuerzas para enfrentarme a Immanuel”. Su mirada lunática y algo desenfocada siempre me ponía de los nervios. El mero hecho de estar en su presencia era asqueroso e inquietante. Era como si el simple hecho de enfrentarme a él me drenara la fuerza vital.

Ni siquiera había hablado con mis asistentes de que me iban a adoptar en la familia real. Pensar en todo lo que tendría que hacer a mi regreso a Ehrenfest me hizo suspirar. Tendría que informar a Wilfried de que nuestro compromiso se cancelaba, confirmar lo que mis asistentes pretendían hacer y entrenar a Melchior para que se hiciera cargo del templo — además de atar los cabos sueltos de la ciudad baja.

También tengo que escribir otra carta a Ferdinand, esta vez con tinta invisible. Hay tantas cosas que necesita saber, como que le aseguré una habitación oculta y protegí no sólo Ehrenfest, sino todo el país. Ah, y nuestros descubrimientos relacionados con la peligrosa tela de plata, y la cosa rara que la profesora Hortensia le dijo a Detlinde... Solo una tonelada, en realidad. Me pregunto si Sylvester me dará permiso...



“Lady Rozemyne, todos los participantes han llegado y han recibido una explicación de la ceremonia de hoy. Como el Templo de la Soberanía va a realizarla, yo actuaré como Sumo Sacerdote”.

Levanté la mirada para ver a Immanuel; evidentemente había venido a buscarme mientras yo estaba perdida en mis pensamientos. Me tendió la mano, pero Hartmut la apartó con un manotazo.

“Sería demasiado peligroso para ti actuar como Sumo Sacerdote”, dijo con una sonrisa. “Un sacerdote azul que no sea él mismo un noble nunca podría soportar a tantos aubs haciendo una ofrenda. En el mejor de los casos, el flujo te dejaría sin maná. En el peor, te mataría. Incluso quedarte en las afueras pondría tu vida en peligro”.

Hartmut se limpió con cuidado la parte de la mano que había tocado a Immanuel y añadió en voz baja que, aunque no le importaba la suerte que corriera el Sumo Sacerdote de la Soberanía, no quería que ocurriera nada que pudiera molestarme. Luego, me ofreció su mano en su lugar. Mis ojos revolotearon entre los dos hombres antes de aceptarla.

“En efecto, no queríamos que fallecieras durante el ritual”, dije a Immanuel, y luego dirigí mi atención a mis asistentes. “Damuel, te ruego que participes junto al borde del círculo. Por favor, haznos una señal si la carga se vuelve demasiado grande”.

“Entendido”.

“Todos los demás, no participen. Concéntrense en su deber de guardia”.

“¡Sí, mi lady!”

Así, con mis asistentes rodeándome, me dirigí al auditorio. Angélica estaba detrás de mí, y podía sentir que estaba prestando una insoportable atención a cada movimiento de Immanuel.

“La Sumo Obispa entrará ahora”, fue la llamada esperada, y una campana empezó a sonar.

Hice mi aparición, y todos los nobles reunidos se volvieron para mirarme. Estaban arrodillados sobre un paño rojo y, fieles a las quejas del Sumo Sacerdote de la Soberanía, colocados alrededor de cálices en lugar de estar de cara al santuario.

Se parecen un poco a un gráfico de pastel...

Cada noble llevaba una capa del color de su ducado, y su formación de rosquilla sólo hacía que la comparación fuera más llamativa. En cuanto a las proporciones, los ducados mayores tenían más representación, mientras que los ducados menores tenían... considerablemente menos. Cuanto más débil era el maná de uno, más cerca estaba de los anillos exteriores, así que tenía sentido que las parejas archiducales estuvieran todas tan cerca del centro.

Mientras caminaba entre los nobles, oí que Damuel detenía a Immanuel con un cándido: “Hasta aquí llegas”. Era mejor dejarle la situación a él.

Eché un vistazo a las capas ocres de Ehrenfest y divisé a Sylvester arrodillado al frente. Florencia estaba ausente en lugar de a su lado — como era de esperar, teniendo en cuenta su embarazo — pero Karstedt y varios otros de la Orden de Caballeros vigilaban desde fuera del círculo.

Ah, también participan nobles de la soberanía.

Un grupo con capas negras se situó entre las rojas y azules. Eran eruditos y asistentes, supuse. Los miembros de la realeza no iban a participar, por lo que se encontraban a poca distancia del paño rojo y de los nobles arrodillados sobre él.

Rodeando a la familia real estaba la Orden de Caballeros de la Soberanía, tan imponente como siempre. Nos miraban fijamente.

Pronto llegué al centro del círculo, donde había dos cálices grandes y algunos mucho más pequeños. Me dijeron que no había sido muy difícil reunirlos; aunque la Soberanía no tenía giebes, los miembros de la realeza que no eran los Zent suministraban maná a sus villas y a las tierras circundantes como lo harían los giebes. Comprobé que los cálices contuvieran piedras feys vacías y asentí. Servirían de sobra.

“Aub Ehrenfest. Rozemyne”, proclamó el Zent. “Como representante de todos los aquí reunidos hoy, les agradezco que hayan accedido a cooperar con tan poca antelación”.

Crucé los brazos, me arrodillé y coloqué las manos sobre la tela roja. Hartmut se arrodilló a mi lado, pero mis caballeros guardianes de túnica azul permanecieron de pie.

“Soy uno de los que ofrecen oración y gratitud a los dioses que han creado el mundo”, dije, y luego esperé pacientemente a que todos repitieran después de mí.

“Soy uno de los que ofrecen oración y gratitud a los dioses que han creado el mundo”.

Sus voces no coincidían al principio, pero poco a poco se fueron uniendo, como en nuestro anterior ritual de dedicación en la Academia Real. Y como de costumbre, ondas de luz empezaron a descender por la tela roja hasta los cálices.

Espera, ¿qué? Solo brilla el instrumento divino de la Academia Real.

Tenía entendido que las ceremonias realizadas con el schtappe de cada uno formaban pilares de luz, mientras que las realizadas con instrumentos del templo no — pero evidentemente me equivocaba. Solo uno de los cálices empezó a brillar de color carmesí, como si se declarara el único instrumento real entre un grupo de farsantes. La luz brillaba como una llama y luego se elevaba en el aire como chispas. Era otro acontecimiento extraño, completamente diferente de una columna de luz.

Algo parecido a lo que vi en la Noche de Flutrane.

Mientras contemplaba el espectáculo, hipnotizada, oí a Damuel decir que ya habíamos hecho bastante. Quitó las manos del suelo y me levanté con elegancia.

“Todos, por favor, quiten las manos de la tela”, dije. “Supongo que algunos de ustedes están llegando a los límites de su maná, así que terminemos aquí la ceremonia”.

Damuel era un laynoble con el maná de un mednoble, pero su límite debía ser considerablemente inferior al de un noble dotado como para asistir a la Conferencia de Archiduques; incluso una poción de rejuvenecimiento medianamente eficaz lo restauraría. Los aubs ya tenían experiencia en abastecer sus fundaciones, por lo que se mostraron totalmente imperturbables, y aunque los que nunca antes habían participado en una ceremonia religiosa parecían cansados, nadie parecía estar a punto de derrumbarse. Era más de lo que podíamos decir del anterior Ritual de Dedicación.

Mm-mhmm. A este ritmo, no deberían tener problemas para hacerlo cada año y adquirir más experiencia con las ceremonias. Nadie daría demasiado y se dispararía en el pie. ¿No es perfecto?

Pero en cuanto una sonrisa victoriosa adornó mis labios, los sacerdotes azules y las doncellas del santuario que aparentemente habían estado participando al límite se desplomaron, inconscientes. Solo pude taparme la boca y pronunciar un “Uuups”.

Me... olvidé de que estaban aquí. Y, espera — si hacen este ritual todo el tiempo, ¿no deberían conocer sus límites?!

Fue un shock tremendo, pero mantuve una expresión neutra mientras miraba a los nobles e indicaba a los que necesitaban una poción de rejuvenecimiento que se la bebieran. La sala se volvió más ruidosa a medida que la gente empezaba a reponerse, pero aun así pude hablar fácilmente por encima de ellos.

“En realidad, esta era una ceremonia de invierno destinada a llenar cálices para que los giebes los utilicen para después derramar su contenido sobre la tierra. Si siguen rezando y ofreciendo maná en sus templos, sus cosechas aumentarán en abundancia. El proceso les permitirá incluso obtener protecciones divinas de los dioses”.

Puntalicé mi último comentario señalando cuántas protecciones divinas había recibido Wilfried.

Tras escuchar atentamente mi explicación, el Zent asintió con gravedad. “En adelante, realizaremos un Ritual de Dedicación cada invierno para que nuestros alumnos adquieran más experiencia con las ceremonias religiosas. Nuestros hijos necesitarán rezar desde una edad más temprana si desean obtener estas protecciones críticas. Se propuso que Klassenberg y Ehrenfest siguieran organizando estas ceremonias para avanzar en su investigación conjunta, y ambos ducados han expresado que están dispuestos”.

¿Acordamos formalmente eso?

El asunto había surgido en el archivo subterráneo, pero ¿sabía Sylvester algo de esto? ¿O contaba como asunto de la academia y no requería su permiso? En cualquier caso, ahora que el Zent lo había anunciado — y ante un público tan importante — nos sería más o menos imposible echarnos atrás. Los nobles instados a participar en el ritual de hoy estaban igual de atrapados; todos echaban un vistazo a sus fundas para la poción de rejuvenecimiento con miradas que parecían decir: “¿Pretendes seguir robándonos el maná?” No pude evitar sentir lástima por ellos.

“Como ha dicho el Zent, es necesario realizar ceremonias religiosas no sólo para obtener protecciones divinas, sino también para apoyar a Yurgenschmidt en su conjunto”, pronuncié. “Dicho esto, como inevitablemente hay que proseguir el ritual con una poción de rejuvenecimiento, comprendemos la carga que esto supondrá para los estudiantes”.

Varios nobles levantaron la cabeza para mirarme — sobre todo los de los ducados perdedores. “¿Distribuirá Ehrenfest pociones de rejuvenecimiento como en el anterior Ritual de Dedicación?”, preguntó uno de ellos.

“Me temo que no. Como seguro que se imaginan, ni siquiera un ducado tan grande como Klassenberg podría fabricar pociones de rejuvenecimiento para toda la Academia Real. Ehrenfest no tendría ninguna posibilidad”. La esperanza se desvaneció rápidamente de sus ojos, pero no podía arriesgarme a poner una carga tan pesada sobre Ehrenfest cuando había muchas posibilidades de que ni siquiera estuviera allí el año que viene. “En su lugar, para facilitar que cada uno elabore sus propias pociones, me gustaría enseñarles a todos una oración que rejuvenecerá sus puntos de recolección”.

“¿Hm? ¿Nuestros puntos de recolección...?”

Los nobles parecían confusos, así que asentí. Les enseñaría la plegaria y nada más; si querían mejores ingredientes, tendrían que rejuvenecer sus puntos de recolección ellos mismos. Por eso esta vez sólo les habíamos sacado una cantidad conservadora de maná.

“Hay unos misteriosos círculos mágicos grabados en los puntos de recolección que se conceden a sus dormitorios”, dije. “Si todos sus nobles presionan sus manos contra ellos y ofrecen su maná como han hecho aquí, sus puntos de recolección se repondrán con abundancia de materiales. Esto les facilitará la elaboración de pociones de rejuvenecimiento, y servirá como otro ritual que pueden llevar a cabo”.

Mientras el murmullo en la sala se hacía más fuerte, me enfrenté a los nobles y les enseñé la plegaria a Flutrane que se utilizaba durante la Plegaria de Primavera. A algunos les costaba oírme por encima del ruido, así que la repetí una y otra vez mientras canalizaba sigilosamente mi maná hacia los cálices no del todo llenos.

“¿¡Ahora el cáliz brilla en verde?!”, gritó alguien.

“¿Hm...? Oh, mis disculpas”, dije. “Estaba repitiendo la oración, así que debo de haber empezado accidentalmente una ceremonia completamente distinta”. Retiré frenéticamente las manos de los cálices, ahora llenos, y esbocé una sonrisa. Aquello casi había sido una metedura de pata gigantesca, pero añadir esa pizca extra de maná sin duda me había asegurado el año completo que había negociado.

Y así, el Ritual de Dedicación de la Conferencia del Archiduque terminó sin incidentes.

Antes de irnos, pedí a los adultos de Ehrenfest que rejuvenecieran nuestro lugar de reunión. Lo hicieron sin problemas gracias a su gran número, lo que supuso un gran alivio; me alegraba saber que se las arreglarían una vez que yo me hubiera ido.

16 - Epílogo.

“Hecho por fin”.

Tras la conclusión de la Conferencia de Archiduques, Hildebrand se sentó a cenar con su madre, Magdalena; era demasiado joven para participar en el Ritual de Dedicación, así que quería saber cómo había ido. Había pensado en pedir a sus asistentes que participaran y luego interrogarlos, pero sus guardias no podían dejar su cargo desatendido. También había sido necesario que se quedaran y ayudaran a vigilar la Soberanía mientras tantos estaban ausentes para la ceremonia.

“¿Cómo ha ido, madre?”, preguntó el príncipe con entusiasmo. “¿Viste algún pilar de luz?”

En lugar de limitarse a observar el ritual como miembro de la familia real, Magdalena había participado como noble de la soberanía. Hildebrand estaba impaciente por conocer su experiencia; las ceremonias que Rozemyne realizaba como Sumo Obispa eran siempre tan dramáticamente únicas.

Magdalena cortó el ave envuelta en hierbas que tenía en el plato, se llevó un bocado a la boca y observó la sala. El entusiasmo del príncipe debió de contagiarse a su asistente y a los caballeros guardianes, que también escuchaban con gran interés.

“No, ni siquiera vislumbré el ‘pilar rojo’ que los otros miembros de la realeza dijeron que ocurrió durante el invierno”.

“Oh... ¿Es así...?” replicó Hildebrand, cabizbajo. Había supuesto que los sucesos extraños eran algo normal cuando Rozemyne celebraba una ceremonia.

“Lady Rozemyne especuló con que utilizar uno de los instrumentos divinos del templo en lugar de su shtappe podría haber sido la razón — o el hecho de que estuviéramos celebrando una ceremonia de invierno en primavera”.

“¿Te decepcionó, madre? Sé cuánto deseabas verlo”.

Magdalena no había podido participar en el anterior Ritual de Dedicación, ya que había tenido que quedarse en palacio para realizar trabajos administrativos. Sin embargo, había oído hablar de él a los miembros de la realeza que asistieron, y sus descripciones le habían hecho declarar que algún día lo vería por sí misma.

“Dicho esto”, continuó Magdalena, con sus ojos rojos entrecerrados en una sonrisa maliciosa, “uno de los cálices brilló con el mismo rojo divino, y fuimos testigos del espectáculo más maravillosamente fantástico cuando la luz brilló hacia el cielo”.

“¡Lo sabía! ¡Algo *ocurrió!*”, exclamó Hildebrand, de nuevo animado. “Por favor, cuéntame más, madre”.

Tal y como había dicho Magdalena, el pilar rojo visto durante el Ritual de Dedicación de invierno no había vuelto a aparecer — pero eso no significaba que no tuviera nada que contar. A medida que los participantes habían empezado a rezar en sincronía, habían

comenzado a sentir que se estaban convirtiendo en uno. Entregarse al flujo de maná había sido bastante reconfortante. Al oír la alegría en la voz de su madre, Hildebrand se sintió ofendido por las restricciones de edad que le habían impedido asistir.

“Era la primera vez que celebraba una ceremonia religiosa con tantos asistentes”, continuó Magdalena, “y debo admitir que la alegría que me produjo fue indescriptible. Incluso el agotamiento posterior fue bastante agradable”.

Al parecer, varios de los participantes se habían desmayado durante el ritual anterior, por lo que Rozemyne había puesto fin a su repetición invernal mucho antes. Gracias a su consideración, ninguno de los nobles se había desmayado por falta de maná.

“Pero eso no quiere decir que *nadie* se desmayara”, señaló Magdalena. “El maná fluyó tan deprisa que los sacerdotes azules y las doncellas del santuario del templo de la Soberanía fueron incapaces de detenerse a tiempo. Rozemyne estaba muy preocupada, pues ya les había dicho que no tenían suficiente maná para seguir el ritmo”.

Era natural que hubiera una gran disparidad de maná entre los sacerdotes que nunca antes habían comprimido su maná y los aubs y sus asistentes, quienes mantenían a sus ducados. Incluso en el templo de Ehrenfest, se decía que Rozemyne realizaba el Ritual de Dedicación por separado de los sacerdotes azules locales.

“Supongo que no se podía evitar, ya que el Templo de la Soberanía nunca había celebrado el Ritual de Dedicación con nobles”, dijo Magdalena riendo. Creía que el Templo de la Soberanía se había vuelto demasiado engreído desde que descubrió la forma de encontrar al próximo Zent. Había exigido una y otra vez a la familia real... pero su humillación durante la ceremonia había satisfecho su sentido de la venganza.



Después de la cena, madre e hijo se trasladaron del comedor a un salón. Arthur preparó té para ambos, después de lo cual Hildebrand despejó la habitación; había sido una Conferencia del Archiduque tan agresivamente turbulenta para la familia real que no les faltaron asuntos confidenciales que discutir. Incluso el menos serio de ellos requería privacidad y el uso de herramientas mágicas de bloqueo de sonido.

Hildebrand empuñó una de esas herramientas y miró a Magdalena, que disfrutaba tranquilamente del aroma de su té. “¿Ha funcionado?”, preguntó en voz baja. “¿Hemos reforzado la impresión que todos tienen de Rozemyne como santa, y demostrado que es lo bastante especial como para ser adoptada por el rey?”

“Bastante. El ritual por sí solo habría bastado, pero entonces ella repitió una oración que facilitaría a todos la elaboración de sus propias pociones de rejuvenecimiento. Los acontecimientos que siguieron no formaban parte de nuestro plan, pero fueron sumamente convenientes; ver el cáliz brillar en verde debió de borrar cualquier duda persistente de las mentes de los no creyentes. Ahora todos deberían estar de acuerdo en que no se debe permitir que Ehrenfest se la quede para sí mismos”.

Rozemyne no sólo había reforzado el hecho de que sus ceremonias religiosas producían fenómenos extraños, sino que también había demostrado que conocía la letra de una oración que podía rejuvenecer los puntos de reunión. Luego, había hecho brillar un instrumento divino simplemente mientras intentaba compartir sus conocimientos. Todo ello era más que suficiente para justificar su reputación de santa acostumbrada a hablar con los dioses.

Magdalena continuó: “Incluso sin la Grutrisheit, ella pertenece a la Soberanía. Ehrenfest la considerará una gran pérdida, pero pocos más protestarán por su adopción”.

De hecho, cuando se trataba de ceremonias religiosas, Rozemyne poseía una gran sabiduría y experiencia. Su capacidad de maná era propia de una Zent, y las pizarras traducidas del archivo subterráneo indicaban que, dado que había conseguido entrar en todos y cada uno de los santuarios de la Academia Real, era omni-elemental. Aunque no pudiera convertirse en la próxima gobernante del país, su maná beneficiaría enormemente a las futuras generaciones de la familia real.

“Me cuesta tanto creer que sea la misma joven que pidió una sala de libros como requisito para casarse...” Magdalena suspiró y dio un sorbo a su té.

Hildebrand cogió también su taza, procurando sostenerla como su madre sostenía la suya. “Rozemyne no quiere casarse con Sigiswald”, dijo, y luego bebió un sorbo.

Rozemyne había llorado y empezado a temblar a mitad de su conversación privada con Sigiswald en el archivo subterráneo. Que le hubiera puesto una condición tan imposible era prueba suficiente de que quería evitar casarse con él a toda costa.

“Tenemos suerte de que Aub Ehrenfest haya accedido a prescindir de esa petición”, dijo Magdalena.

“Pero... ¿Realmente Padre ha aprobado esto? Queremos poner fin al compromiso de Rozemyne con Wilfried, así que...”

El actual compromiso de Rozemyne ya había recibido el apoyo del rey, y la palabra del rey era absoluta. ¿Realmente podían emparejarla con otra persona? De ser así, se preguntó Hildebrand, ¿le sería posible cancelar su propio compromiso? Tantas preguntas le rondaban por la cabeza.

Magdalena dejó la taza y se encogió de hombros. “No se opuso, ya que este nuevo acuerdo es la forma más pacífica de resolver nuestros problemas. Lord Wilfried podría haberse unido a Lady Rozemyne en la Soberanía como su príncipe consorte, si Ehrenfest fuera más poderoso, pero Aub Ehrenfest tenía claro que ese papel sería demasiado para su hijo. Supongo que, con la escasa población de su ducado, no deseaba perder más nobles con talento”.

Por lo que Magdalena sabía, el repentino ascenso de Ehrenfest en el escalafón se debía en gran medida a Rozemyne, y sus individuos más talentosos pertenecían a la generación más joven.

Y continuó: “Aub Ehrenfest se mostró dispuesto a tragarse las exigencias que se le planteaban, como cabría esperar de un ducado menor... pero uno de los jóvenes eruditos que le acompañaban se opuso, introdujo sus propios términos y mostró intención de negociar”.

Después de recibir tantas peticiones de los demás ducados para que Rozemyne fuera nombrada Sumo Obispa del Templo de la Soberanía, Sigiswald y el Zent habían hecho la sugerencia a Ehrenfest. El aub y sus asistentes no habían respondido ni una palabra, limitándose a poner cara de preocupación, hasta que un joven erudito se atrevió a protestar.

“Eso está fuera de lugar”, había dicho con una sonrisa tranquila y deslumbrante. “El primer Zent fue un Sumo Obispo — y, durante algún tiempo, también lo fueron los que le siguieron. Ehrenfest lo honra seleccionando a sus propios Sumos Obispos entre sus candidatos a archiduques. Del mismo modo, ¿un templo bajo la jurisdicción de la familia real no debería ser supervisado por un miembro de la familia real? Yo sugeriría al Príncipe Hildebrand. Que sirva como Sumo Obispo hasta que alcance la mayoría de edad. Si desea saber qué deberá estudiar para prepararse, se lo explicaré; ya estoy supervisando la educación de un futuro Sumo Obispo”.

La familia real acababa de proponer el traslado de un candidato a archiduque de Ehrenfest al Templo de la Soberanía, así que no estaban en posición de negarse a enviar también a uno de los suyos.

“¿Así que tendría que trasladarme a Ahrensbach y soportar el templo...?” Preguntó Hildebrand. Le trataban tan mal en comparación con sus hermanos mayores, que consiguieron permanecer como miembros de la realeza. ¿Era realmente tan inferior a los ojos de su padre?

“Nunca permitiría que eso ocurriera”, declaró Magdalena, consolando a su hijo con ojos amables. Su calidez le hizo sentirse seguro, aunque seguía hablando en voz baja mientras decía...

“¿Debo casarme con Ahrensbach...?”

Hildebrand quiso oír las mismas palabras tranquilizadoras — que su madre nunca dejaría que se lo llevaran — pero ella le dedicó una sonrisa seca. “Eso es un decreto real, me temo”.

“Me inquieta pensar que Detlinde es mi futura suegra. ¿Y realmente podré llevarme bien con una candidata a archiduque criada por alguien como ella?”

Solo había oído brevemente la voz de Detlinde cuando estaban en el archivo subterráneo, y de la mayoría de sus otros comentarios solo le fueron repetidos por otras personas, pero aun así le bastaba para calibrar qué clase de persona era. Y luego estaba el ordonnanz de Ahrensbach expresando su negativa a participar en el Ritual de Dedicación. Aun así, no podía negarse abiertamente a un decreto real. Su madre era la única a quien podía expresar su malestar.

Magdalena se levantó enseguida y abrazó suavemente al príncipe sentado. “Todo va a salir bien. Eliminaré a Lady Detlinde antes de que tengas que partir hacia Ahrensbach.

Normalmente se esperaría que su prometido, Lord Ferdinand, la vigilara de cerca y evitara que cometiera tales actos maliciosos, pero no veo razón para contar con él para eso”. Su tono se volvió más enérgico al continuar: “Él debe saber mejor que nadie que sus fechorías también le afectarán a él una vez casados, y que se esperaba que la adiestrara antes de verse abocado a un destino tan miserable — pero ha pasado medio año entero y ella sigue siendo tan revoltosa”.

Magdalena continuó enumerando los muchos errores de Detlinde y reprendiendo a Ferdinand por haberlos permitido. Según sus palabras, no entendía el corazón de las mujeres y era demasiado descuidado a la hora de cuidar de los demás. Sin embargo, sus defectos no se limitaban al sexo opuesto — era el tipo de persona que se negaba a relacionarse con la mayoría de la gente en general.

“Permítanme ser clara”, dijo, “Lord Ferdinand es un hombre atractivo, obtuvo notas prodigiosas, y su fuerza como caballero es innegable. Desde lejos, parecería el hombre perfecto. Puede negociar, manipular facciones e idear complots tan maliciosos que nadie se preguntaría por qué se le llama el Lord del Mal... pero eso es todo. Es una cáscara de hombre sin emociones, incapaz de relacionarse con los demás a nivel personal”.

Hildebrand recibió con los ojos muy abiertos el despiadado análisis de carácter de su madre. Su descripción de Ferdinand distaba tanto de todas las cosas positivas que Rozemyne había dicho de él durante las meriendas y los almuerzos.

“Um, madre... ¿Podrías estar confundiéndolo con otra persona? Era el mentor de Rozemyne, ¿no?”

“Lo fue, pero no me equivoco. Lord Ferdinand debe haber hecho que sus asistentes cuidaran de Lady Rozemyne en su nombre”. Hizo una pausa y luego anunció con sinceridad: “Ese hombre nunca podría criar a una niña pequeña. Jamás”. Al parecer, era tan estricto e implacable que cualquier niño a su cuidado se marchitaría antes de tener la oportunidad de crecer.

“Aun así, Rozemyne puso su seguridad como una de las condiciones para su adopción, ¿no es así? ¿No lo tiene cerca de su corazón, entonces?” Tendría que tener fuertes sentimientos por él para haber hecho tal demanda durante las negociaciones con la familia real.

Magdalena asintió, insatisfecha. “Efectivamente, ese parece ser el caso. Para ser sincera, cuando el príncipe Sigiswald me lo dijo, no pude contener mi asombro; nunca pensé que nadie más que Aub Ehrenfest se preocupara por Lord Ferdinand como familia”.

Ferdinand debía de estar recibiendo el trato más desafortunado en Ahrensbach; ¿por qué, si no, Rozemyne habría considerado necesario hacer una petición a la familia real, rogándoles que mejoraran sus condiciones de vida y le librarán del castigo por asociación?

“Madre, quiero ser el próximo Zent. Entonces no tendré que ir a Ahrensbach, ¿verdad? Debe ser un lugar terrible si Rozemyne tuvo que recurrir a tales medios”.

“No me detendré ante nada para corregir Ahrensbach antes de que te traslades allí, todo para que puedas vivir sin miedo”, dijo Magdalena, abrazándole aún con ternura. “Sin embargo, no puedes convertirte en el Zent”.

“¿Por qué no?”

“Aunque empezaras ahora, no habría tiempo suficiente para prepararte. Ya estamos en una situación tan desesperada que apenas podemos esperar un año para la adopción de Rozemyne. Mientras tanto, tú no tienes suficientes elementos, ni siquiera te has matriculado en la Academia Real. ¿Cuánto tiempo crees que te llevaría obtener los requerimientos necesarios? El colapso de Yurgenschmidt no esperará a que crezcas. Pero incluso esas razones son sólo secundarias. Lo más importante de todo es que si adoptamos a Rozemyne el año que viene, y obtiene con éxito la Grutrissheit... se convertirá en la próxima Zent”.

No podía haber dos Zent a la vez — y si el joven príncipe Hildebrand, hijo del rey Trauerqual, llegaba a ser reconocido como candidato a Zent, la posterior contienda por el trono dividiría al país.

“Ni el actual Zent ni yo permitiremos que la familia real se vea perturbada durante el reinado de una nueva Zent, especialmente una cuyo compromiso cancelamos y a la que forzamos a llegar al poder por nuestros propios medios. Como miembro de la realeza que eres, no debes introducir tal inestabilidad”.

El príncipe agachó la cabeza ante las duras palabras de su madre. Aunque sabía que decía la verdad, no quería creerla.

“Madre, Rozemyne está enferma — no podría soportar las duras obligaciones de un Zent. Necesita a alguien que la apoye. Solo quiero ayudar”.

Hildebrand ya sabía, al ver el agotamiento de su padre, que las obligaciones del trono serían demasiado para Rozemyne. No se podía esperar que gobernara una muchacha tan pobre como para desmayarse en las fiestas del té. Al igual que la ley obligaba a las archiduquesas a tomar maridos de entre las familias archiduciales del país para apoyarse, él creía que una reina necesitaría casarse con alguien cualificado para ser un Zent.

“Tienes razón en preocuparte, Hildebrand, pero el príncipe Sigiswald es el más adecuado para apoyarla — como prometido y como esposo. No te corresponde intervenir”.

“Estoy seguro de que Sigiswald hizo que Rozemyne lo odiara...” Hildebrand refunfuñó, con los labios fruncidos por la insatisfacción. “Yo le mostraría mucha más amabilidad”.

Magdalena dirigió a su hijo una mirada escrutadora. “Me doy cuenta de que el tiempo que has pasado con lady Rozemyne te ha hecho encariñarte con ella, pero no debes pensar por encima de tus posibilidades. Estás comprometido con Lady Letizia y debes aprender a manejar mejor tus emociones”.

No importaba el grado de disgusto del príncipe, los decretos reales eran inamovibles. La única persona que podía anular su compromiso y el de Rozemyne era el Zent.

Al convertirme en el Zent, pensó Hildebrand, podría salvar a Rozemyne de verse obligada a contraer un matrimonio que no desea y de tener que ocupar el trono. Tampoco necesitaría trasladarse a Ahrensbach.

El príncipe se zafó del abrazo de su madre. “Si esto es realmente tan urgente, ¿no debería estar toda la familia real trabajando en ello?”

“Pudimos reunir maná durante el reciente Ritual de Dedicación, pero nuestros deberes no terminan ahí. Incluso ahora, es poco probable que tengamos suficiente margen para enfocarnos en ello. Y aunque lo tuviéramos... no obtendrás tu schtappe hasta tu tercer año en la Real Academia”.

“¿Mi... tercer año?”

“Ha habido un cambio en el plan de estudios de la Academia Real. Sólo podrás obtener el schtappe que necesitarás para entrar en los santuarios cuando Lady Rozemyne ya haya alcanzado la mayoría de edad”.

Pero eso significa que nunca llegaría a tiempo. ¡¿Por qué mi padre ni siquiera me da una oportunidad?!

Hildebrand se tragó su descontento con otro trago de té; sabía que, dijera lo que dijera, los demás miembros de su familia no le harían caso. Sin embargo, sus sentimientos no se desvanecieron, sino que se enconaron en la boca del estómago.

Y así terminó la cena entre madre e hijo.



Después de la Conferencia de Archiduques — que había resultado especialmente tumultuosa tanto para la familia real como para el tercer príncipe personalmente — Hildebrand volvió a su rutina habitual. Iba a entrenarse con Raublut, el comandante de los Caballeros de la Soberanía, por primera vez en bastante tiempo. La Orden de Caballeros había estado ocupada con tareas de guardia durante toda la conferencia, por lo que el príncipe se había limitado a entrenar con sus caballeros guardianes entre el desayuno y la visita al archivo subterráneo.

Hildebrand y Raublut empezaron con un repaso práctico de los fundamentos antes de cruzar finalmente sus espadas. Sin embargo, su intercambio fue breve; Raublut no tardó en hacer una mueca y exigirles que se detuvieran.

“Tu trabajo con la espada está mal”, dijo. “¿Qué demonios ha pasado? Ningún entrenamiento te servirá hoy”.

Hildebrand fue con Raublut a la zona de descanso, llevando aún su pesada espada. Había creído que ocultaba con éxito sus emociones, así que se sintió frustrado por haber sido descubierto tan fácilmente.

Arthur, el ayudante principal del príncipe, se sorprendió de que su protegido regresara tan pronto. Aun así, les sirvió té.

Raublut bebió de su taza. “Entonces, ¿qué te tiene tan deprimido?”

“Yo... no puedo decirlo”.

Hildebrand era incapaz de admitir su reticencia a casarse con Ahrensbach. La idea de que Detlinde fuera su suegra era deprimente sin parangón, pero no podía revelar que buscaba una forma de escapar a su actual compromiso. Hacerlo sería oponerse a un decreto real.

Tampoco podía decir que Rozemyne era la más cercana a convertirse en la próxima Zent; la familia real ocultaba tal información a sus propios asistentes, por lo que hablar de ello abiertamente era impensable. Sus creencias de que Sigiswald era un mal partido para Rozemyne y que él mismo lo haría mucho mejor como su marido también estaban fuera de lugar.

El tercer príncipe no quería otra cosa que acelerar su comprensión de maná, rodear los santuarios de la Academia Real con su padre y Sigiswald, y cumplir los requisitos para convertirse en el próximo Zent con Rozemyne a su lado. Tendría que conseguirlo antes de su mayoría de edad, pero le aseguraría el poder para cancelar su propio compromiso y liberar a Rozemyne del suyo.

Pero había un problema — debido al reciente cambio en el plan de estudios de la Academia Real, ahora obtendría su shtappe en su tercer año en lugar del primero, momento en el que Rozemyne ya sería mayor de edad, y tratar de convertirse en el Zent no tendría sentido.

Incapaz de expresar sus verdaderas opiniones, Hildebrand hinchó las mejillas y cambió de tema. Ya le frustraba que todos siguieran haciéndole preguntas sobre temas tan delicados.

“Me preguntaba cuáles son las flores de Schlaftraum”, dijo.

Raublut levantó la cabeza para mirar al príncipe. “¿Cómo dice?” Parecía incapaz de seguir el repentino giro de su conversación, y al ver la sorpresa en su rostro, Hildebrand sonrió.

“Hortensia le preguntó a Detlinde por ellos en la Academia Real, en el archivo de la biblioteca. ¿Te gustan, Raublut? Parece que solo se encuentran en Ahrensbach. ¿Cómo son?” Hildebrand recordó lo sorprendido que se había quedado al saber que el musculoso caballero comandante tenía debilidad por las flores — y que le gustaban las de Ahrensbach, de entre todos los lugares.

“¿Ah, sí?” Raublut hizo una pausa y luego adoptó la sonrisa que los nobles solían esbozar para ocultar su malestar. Sus ojos recorrieron la habitación; luego, tras buscar sus próximas palabras, dijo: “Las flores de Schlaftraum son... blancas. Y perfumadas. Me gustan, sí, pero son difíciles de encontrar. Debía de querer saber si florecían este año”.

¿Era raro que florecieran? Hildebrand ladeó la cabeza hacia el comandante de los Caballeros Soberanos. “¿No eres de Gilessenmeyer? ¿Cómo sabes de una flor que solo florece en Ahrensbach?”.

Con una mirada distante, Raublut alzó la mano para tocarse la cicatriz descolorida que tenía sobre la mejilla. Hildebrand tuvo la impresión de que tenía algo que ver con su respuesta; la expresión del caballero comandante era la de un hombre que aún lloraba una pérdida.

“¿Recuerdas algo?”, preguntó Hildebrand.

“Eran los favoritos de la señora de una villa a la que me destinaron nada más cumplir la mayoría de edad. Tenía un invernadero en una esquina, en el que florecían las flores. Ni siquiera la propia señora podría decir cuándo aparecieron por primera vez, pero varias generaciones las habían atesorado. Sin embargo... Fui reasignado no más de cinco años después. La villa ha sido cerrada y ya no tiene señora”.

Quizá las flores procedían de un candidato a archiduque de Ahrensbach que se casó con la familia real, pensó Hildebrand. La guerra civil había tenido lugar antes de que él naciera, pero había oído hablar de villas que tuvieron que cerrarse tras la purga de muchos miembros de la realeza. Raublut seguramente se refería a una de ellas.

“Ahora, con mis viejos recuerdos a un lado...” Raublut dijo: “Me gustaría escuchar sus problemas, Príncipe Hildebrand. Si te quedas como estás, tus estudios sufrirán tanto como tu trabajo con la espada”. Miró hacia Arthur. “No soy el único que está preocupado por ti”.

En efecto, Arthur también parecía preocupado. A pesar de los esfuerzos del príncipe por cambiar de tema, habían vuelto al punto de partida. Raublut incluso bromeaba haciéndose el ofendido porque Hildebrand hiciera preguntas mientras él mismo se negaba a responder.

El joven se sintió obligado a complacerles... ¿pero cómo? No podía decir que no quería casarse con Ahrensbach, ni tenía libertad para decir que Rozemyne era la más cercana a convertirse en la próxima Zent, o que el rey iba a adoptarla. Y, por razones obvias, no podía declarar que pensaba que él sería mejor marido para Rozemyne que cualquier otro. Como mucho, podía quejarse del cambio en el plan de estudios de la Real Academia.

“Esperaba obtener mi shtappe lo antes posible, pero mi padre ha cambiado el plan de estudios de la Real Academia. Eso me ha amargado un poco el ánimo”.

“¿Lo antes posible, hm...?” repitió Raublut, con los ojos muy abiertos. Luego entornó los ojos hacia Hildebrand y se burló. “Eres un príncipe. Puedes abrir la puerta de la Sala Más Lejana cuando te plazca”.

“¿De verdad?!” Exclamó Hildebrand — justo cuando Arthur ladró una protesta.

“¿No es usted el Comandante de los Caballeros de la Soberanía?! ¿Cómo puedes decir semejante cosa?!”

Raublut levantó una mano para silenciar al jefe de los asistentes. “*Sin embargo*, el Zent debe haber cambiado el plan de estudios por tu bien, príncipe Hildebrand. Harías bien en reconocer el acto de compasión de tu padre”.

“¿Qué...?” preguntó Hildebrand. ¿Cómo había podido ser algo así? Quería convertirse en candidato a Zent antes de que Rozemyne alcanzara la mayoría de edad, y entonces pondría

fin a los compromisos de ambos. Para ello, necesitaba conseguir su sctappe de inmediato. ¿Cómo podía el cambio de plan de estudios no ser un obstáculo?

Raublut explicó cuidadosamente: “Hemos aprendido que es mejor comprimir el maná al máximo antes de obtener un sctappe. También hay que rezar a los dioses para obtener sus protecciones divinas y más elementos. Por eso se cambió el plan de estudios, y debe de haber ocurrido tan de repente porque el Zent desea que obtengas el mejor sctappe que puedas”.

Arthur asintió, aliviado. “Príncipe Hildebrand, el caballero comandante dice la verdad. Por favor, comprenda que el rey Trauerqual ha hecho esto por usted”.

Oír “el mejor sctappe” hizo reflexionar a Hildebrand. Su madre había dicho durante una conversación entre miembros de la realeza que visitar los pequeños santuarios de la Academia Real y obtener las protecciones divinas de todos los dioses subordinados le otorgaría a uno también las protecciones de los dioses primarios. No era muy hábil a la hora de transcribir textos, así que había pasado la mayor parte del tiempo en el archivo replicando mapas.

¿Visitar los santuarios me dará más elementos?, se preguntó el príncipe. Tal vez, después de todo, podría convertirse en el próximo Zent.

“¿Significa esto que, suponiendo que obtuviera todos los elementos mediante la oración y la compresión de maná, Padre no me impediría conseguir mi sctappe?”

Raublut asintió. “Sin duda harías bien en comprimir tu maná y obtener nuevos elementos junto al Zent. Hablaré con él cuando llegue el momento”.



Hildebrand sonrió de oreja a oreja; sabía, por su larga relación con Raublut, que el caballero comandante estaba siendo sincero. Arthur también sonrió y agradeció al hombre su consideración.

“No fue nada especial”, dijo Raublut, negando con la cabeza y devolviéndole la sonrisa. A continuación, hizo un gesto a un caballero cercano, que se acercó y entregó a Arthur una caja. “Dentro hay nuevos materiales didácticos que nos ofrece Ehrenfest, a saber, libros y juguetes diseñados para ayudar a memorizar los nombres de los dioses. Al parecer, son una de las razones secretas por las que las calificaciones del ducado subieron tan bruscamente”.

Ehrenfest vendería ahora los recursos a otros ducados, por lo que se habían ofrecido copias a la familia real. El rey había ordenado que se entregaran a Hildebrand para ayudarlo en sus estudios, y la inspección de los mismos acababa de concluir.

“Lady Magdalena dijo que debíamos esperar a que entraras en la Academia Real antes de dártelos”, explicó Arthur, “pero no hay nada malo en adelantarse en los estudios. Utiliza bien estos materiales; conocer los nombres de los dioses es esencial para las oraciones que necesitarás”.

Arthur entregó entonces al príncipe un libro de Ehrenfest. Hildebrand ya estaba acostumbrado. Lo hojeó y vio las más espléndidas ilustraciones junto a explicaciones fáciles de entender. Tal vez estos recursos le ayudaran a acercarse a Rozemyne.

Voy a aprender los nombres de los dioses, a rezarles, a obtener nuevos elementos y a pedirle a Padre mi schtappe.

Hildebrand se alegró; por fin tenía un camino que seguir. Después de vagar sin rumbo por la oscuridad, alguien le había dado una luz.

Raublut sonrió y se puso en pie, espada en mano. “Ahora, príncipe Hildebrand — reanudemos nuestro entrenamiento y veamos si tu espada es tan recta como tu mirada”.

“¡Bien!”

Tras devolver el libro a Arthur, Hildebrand tomó su propia espada y persiguió al caballero comandante.

17 - Un Matrimonio No Deseado.

Esto ocurrió a finales del invierno, varios días después de la ceremonia de graduación de la Academia Real. Todavía no me lo creía cuando mi asistente vino a buscarme al dormitorio Drewanchel.

“Lady Adolphine, Lord Ortwin solicita una reunión. La pareja archiducal también estará presente”.

Después de asistir al Torneo Interducados y a la posterior ceremonia de graduación como prometida del príncipe Sigiswald, quería saber más sobre el círculo mágico que había aparecido momentáneamente durante el giro de dedicación de Lady Detlinde, así como la razón por la que el Sumo Obispo del Templo de la Soberanía la proclamaba candidata a Zent. Había dos fuentes obvias para la información que buscaba — la familia real y el Templo de la Soberanía — pero también estaba Ehrenfest; al parecer, Lady Eglantine había convocado a Lady Rozemyne cuando reunía su propia información.

El asunto era lo bastante delicado como para que la familia real hubiera decidido no mantenerme informada, y así esperaba que siguieran las cosas. Por eso le había pedido a Ortwin que se pusiera en contacto con Ehrenfest, por si acaso podía hacer algún tipo de descubrimiento.

“¿Realmente aprendió algo de Lord Wilfried...?”, pregunté, atónita.

Ya era bastante tarde, la ceremonia de graduación había concluido y todos se preparaban para regresar a sus ducados de origen. No había pensado que Ehrenfest respondería a la investigación de mi hermano, y mucho menos que nos dirían algo. Si hubiera sido otro ducado invitando a alguien de Drewanchel, nos habríamos negado sin falta. Parecía que Ortwin había establecido un vínculo mucho más estrecho con Ehrenfest de lo que yo creía.

“Me dirigiré de inmediato a la sala de reuniones”, dije.

Si el Sumo Obispo de la Soberanía estaba en lo cierto, y Lady Detlinde se convertía en la próxima Zent, entonces la actual familia real sería inevitablemente eliminada. Eso, a su vez, violaría los términos del contrato de compromiso entre el rey y Drewanchel, dejándolo sin efecto.

¡Después de todo, podría cumplirse mi deseo!

Había pasado años trabajando sin descanso para convertirme en la próxima Aub Drewanchel, solo para que el Zent se abalanzara sobre mí y aplastara mis sueños. Tras la guerra civil, había tratado de reforzar su base de apoyo mediante un matrimonio con el ducado mayor Drewanchel, por lo que ahora tenía que casarme con uno de los príncipes en su lugar.

Oh, ¿cuántas veces he deseado no haber nacido hija de una primera esposa?

El archiduque había decidido que el compromiso beneficiaría a Drewanchel, y mi deber como miembro de la familia archiducal era obedecer. Ya estaba todo escrito en piedra,

aunque uno de mis pretendientes hubiera querido la mano de lady Eglantine solo para obtener el trono y el otro no pensara en mí en absoluto.

Para ser sincera, detestaba tanto mi compromiso que haría cualquier cosa por escapar de él — incluso apoyar que Lady Detlinde, de entre todas las personas, se convirtiera en la próxima Zent.

“Ortwin, ¿qué dijo Ehrenfest?”, pregunté al llegar a la sala de reuniones. Mi hermano menor ya estaba sentado con nuestros padres.

“Hermana, por favor”, respondió, y me tendió un bloqueador de sonido.

Acepté la herramienta mágica y la apreté; esta era una discusión que podía cambiar el curso mismo de mi vida. Esperanzada, miré fijamente a los ojos castaños de Ortwin.

“Wilfried juró silencio, como era de esperar”, dijo. “No dio ningún detalle, pero parece que el simple hecho de provocar la aparición de ese círculo mágico no convierte a lady Detlinde en la próxima Zent. No afectará a tu matrimonio con el príncipe”.

“Entiendo”, dijo Padre. “Bien hecho, Ortwin”.

Mis padres se sintieron aliviados, pero yo me sentí inmensamente decepcionada. Que me hubiera atrevido a tener esperanzas en primer lugar hizo que el dolor fuera aún mayor.

“Qué desgracia...” murmuré. “Si ella hubiera ocupado el trono, habría sido la oportunidad perfecta para anular mi compromiso”.

“Adolphine, ¿aún sigues con eso? Tu compromiso ya ha sido formalmente concertado”.

“Vaya. ¿No fuiste tú quien lo describió como un contrato entre Drewanchel y el Zent? Parece natural que el hecho de que otra persona ocupe el trono nos obligue a rehacerlo o incluso cancelarlo”.

El mío era el matrimonio político perfecto: Drewanchel apoyaría al próximo Zent, quien a cambio sería más complaciente con nuestro ducado. Pero si ocurría algo que impidiera al príncipe Sigiswald acceder al trono, entonces nuestra unión no serviría para nada. Nuestra prioridad sería forjar una relación con el nuevo gobernante.

“Te vas a casar con un príncipe de la realeza y el heredero aparente — ¿qué más se puede pedir?”, dijo mi padre. “Ni siquiera puedo empezar a comprender la razón de tu disgusto”.

“Entonces que quede claro: me caso con el príncipe Sigiswald, un hombre cuya malcriada educación le ha hecho repulsivamente arrogante, y que menosprecia a los demás sin ni siquiera darse cuenta. Peor aún, nadie puede siquiera mencionarle estos flagrantes defectos. Su estatus hace imposible que alguien pueda decírselo sin correr peligro”.

“¡Hermana!”

“Adolphine, tú...”

Me había limitado a decir la verdad, pero Ortwin estaba atónito, padre sin habla y madre frunciendo el ceño.

“Mi trato como su prometida ha estado lejos de ser ideal”, dije. “Dudo que eso cambie cuando me convierta en su esposa. ¿De verdad esperas que chille de alegría simplemente porque me voy a casar con un príncipe? ¿Crees que soy tan tonta? Desde el fondo de mi corazón, daría la bienvenida a cualquiera que ocupara mi lugar”.

En el lapso de tiempo donde Lady Eglantine aún no había elegido pareja, mi futuro marido me había ignorado por completo, a pesar de ser candidata al compromiso. Eso apenas había cambiado incluso ahora que era formalmente su prometida. El príncipe Sigiswald solo hacía lo mínimo que se esperaba de él; yo recibiría un trato mucho mejor como prometida de un candidato a archiduque de otro ducado.

“Pero no teman”, continué. “Comprendo mi posición y no pretendo huir de este compromiso. Mis sentimientos al respecto no tienen ninguna relevancia, como bien saben, así que cumpliré con mis obligaciones como miembro de la familia archiducal. Si se violaran los términos de nuestro contrato, haría todo lo posible por anularlo, pero tal y como están las cosas, he sido derrotada una vez más”.

En ese momento, me levanté y salí enérgicamente de la sala de reuniones. Sabía que le había faltado al respeto a la familia real, pero no estaba de humor para escuchar las quejas de nadie al respecto.



El invierno había pasado y pronto llegaría la primavera. Faltaban pocos días para la Conferencia de Archiduces, así que estaba trasladando las últimas pertenencias a la villa del príncipe Sigiswald y gestionando la preparación de la habitación a la que me mudaría después de nuestra boda. Ver cómo poco a poco se iba recomponiendo mi nuevo hogar no me llenaba ni de vértigo ni de ilusión por mi futuro.

“Su desinterés se nota claramente en su rostro, Lady Adolphine”.

“Debe estar equivocado, Oderkunst. Por razones de seguridad, solo un número limitado de personas puede entrar en esta villa, y solo por un tiempo limitado. No podré contar con el personal de Drewanchel después de mi boda, y no queda mucho tiempo antes de la Ceremonia de Unión de las Estrellas. Simplemente, me preocupa si todo saldrá según lo planeado”.

Oderkunst era un erudito de la soberanía de Drewanchel, que se convertiría en mi asistente tras la Unión de las Estrellas. Su hermana menor, Lisbeth, era mi asistente, así que me sentía más a gusto con él que con otros nobles de la soberanía.

“No me han faltado quejas de Lisbeth, pero si insistes”, respondió Oderkunst, enarcando una ceja burlonamente. Tendría que regañar a la chica por filtrar información sensible, pero era alentador saber que al menos una de mis asistentes de la Soberanía sabía cómo me sentía de verdad.

“Y lo que es más importante...” dije, “¿qué asuntos tienes aquí? Me dijeron que no me presentarían a mis asistentes de la Soberanía hasta después de la ceremonia. Aún no me estás sirviendo, ¿verdad? ¿Te parece bien estar así en mi habitación?”

“No soy más que un mensajero”, respondió. “El príncipe Sigiswald desea verte. Dijo que yo era una buena elección para la tarea, ya que voy a convertirme en tu asistente dentro de ‘unos cuantos días.’”

El hecho de que Oderkunst y mis otros futuros asistentes fueran a entrar a mi servicio después de la Ceremonia de Unión de las Estrellas significaba que, además de sus preparativos habituales para la Conferencia de Archiducos, tenían que prepararse para el traslado de su residencia. No tenían tiempo libre, y normalmente sería impensable tratar a quienes aún no me habían sido asignados formalmente como si ya fueran mis asistentes.

Me repugna que el príncipe Sigiswald suponga que está más ocupado que los demás, y que exija despreocupadamente a quienes aún ni siquiera han sido asignados al trabajo en cuestión.

“Me pregunto qué noticias podrían inspirarle a convocar a su ocupada futura esposa tan poco antes de nuestra Unión de las Estrellas...” reflexioné en voz alta. “Solo puedo esperar que tenga noticias maravillosas — tal vez que la ceremonia se cancele, o al menos se retrase”.

“¡Lady Adolphine!”, gritó Lisbeth, con los labios fruncidos.

Suspiré y rechacé su protesta. “Todos los presentes son de Drewanchel. Permíteme esta breve oportunidad para desahogarme antes de la boda”.

Tras seleccionar a varios de mis ya ocupados asistentes para que me acompañaran, fui a responder a la llamada del primer príncipe. Este pequeño inconveniente solo retrasaría nuestro trabajo. Era propio de él no avisar con antelación ni mostrarnos la más mínima preocupación.

¿Qué voy a hacer si se trata de algo insignificante?

Me hice esa pregunta mientras me dirigía al salón donde me esperaba el príncipe Sigiswald, pero mi temor se disipó pronto. Sus ojos verde oscuro se suavizaron en una sonrisa mientras me daba noticias de vital importancia.

“Nahelache ha dado a luz, y no queremos que mi maná cambie mientras el bebé es tan pequeño. Por lo tanto, nuestra intimidad debe aplazarse durante algún tiempo”.

Era increíble. Me quedé sin palabras. El shock fue tan grande que mi mente se quedó en blanco.

¿Qué demonios cree este príncipe que está diciendo?

No tenía nada de extraño que Lady Nahelache diera a luz antes de mi boda. También era lógico que la noticia se mantuviera en secreto, ya que, por lo general, los niños no se hacían públicos hasta después de ser bautizados. No había mostrado ninguno de los signos

reveladores de embarazo durante la ceremonia de graduación, por lo que pude deducir que había transcurrido al menos una temporada desde que dio a luz. El príncipe no había dicho exactamente cuánto tiempo habría que posponer nuestra “nueva vida juntos”, pero seguramente tenía intención de esperar hasta que su maná dejara de influir en el niño.

Sin embargo, seguía sin tener sentido. Normalmente, uno no dejaría embarazada a otra mujer tan pronto después de comprometerse con otra, y un hombre que no quisiera que su prometida influyera en su maná retrasaría todo el matrimonio. Después de todo, no tendría sentido realizar la Ceremonia de Unión de las Estrellas.

¿Era eso lo que quería decir? ¿Que nuestra boda se está retrasando, no solo nuestra vida juntos? Sí, debe ser eso. Un príncipe nunca haría algo tan incomprensible.

“Mis disculpas”, le dije. “Querías decir que nuestra boda se va a retrasar, pero te he entendido mal. No temas — Drewanchel no se quejará”.

Este nuevo acontecimiento nos obligaría a cambiar significativamente nuestros planes, por lo que era lamentable que no se nos hubiera informado tras confirmarse el embarazo de lady Nahelache. Si nos hubieran avisado antes, habría hecho todo lo que estuviera en mi mano para acomodar el retraso.

“Debo informar a mi padre de esta noticia urgente...”, le dije.

“Pero te equivocas, Adolphine. Harías bien en prestar más atención cuando otros te hablan. No estamos retrasando nuestra Ceremonia de Unión de las Estrellas, solo el comienzo de nuestra vida juntos”.

*Y pensar que hice todo lo posible para dejarle pasar esto como un malentendido.
¿Realmente debo casarme con este hombre?*

Si esta tontería hubiera venido de mi hermano pequeño, Ortwin, en lugar del primer príncipe y futuro Zent, no habría dudado en darle una buena reprimenda. La situación era insultante y absurda, pero aun así conseguí evitar fruncir el ceño y adoptar una sonrisa cortés.

“Dígame, por favor”, le dije, “¿por qué no cumple con la tradición y pospone nuestra Ceremonia de Unión de las Estrellas?”

Es indignante que me ordene convertirme en su esposa cuando no tiene intención de tratarme como tal. Más vale que haya una razón de peso para esta locura.

Ya me mostraban solo el mínimo de cortesía, pero ahora mi futuro marido decía que no me trataría como a una esposa ni siquiera después de nuestra Ceremonia de Unión de las Estrellas. ¿Cómo podía alguien menospreciarme tan cruelmente?

Incluso ahora, el príncipe Sigiswald era ajeno a mi enfado y humillación; me miraba como si fuera una niña ingenua y esbozaba una sonrisa preocupada. “Supongo que no lo sabes, Adolphine. Desde la guerra civil, la familia real sufre escasez de maná. Necesitamos tantos miembros de la realeza como podamos conseguir”.

“¿Cómo explica eso tu decisión de dejar de lado las tradiciones nobles y casarte conmigo por la fuerza? Entiendes que tomar un nuevo cónyuge en tanto que uno no pueda cambiar su maná es cualquier cosa menos apropiado, ¿no?” Me preocupaba profundamente tener que soportar esta farsa en primer lugar.

El príncipe parecía aún más preocupado, como si no hubiera esperado mi respuesta. “Por supuesto que lo entiendo. No obstante, le pido humildemente que nos ayude”.

Sinceramente lo dudo, y tu “petición” ha sido de todo menos humilde.

Estaba más claro que el agua que el príncipe Sigiswald esperaba que obedeciera todas sus órdenes, y que nunca consideraba los sentimientos, deseos u objeciones de nadie más. Exudaba una arrogancia nacida de una educación privilegiada y pasaría el resto de su vida sin darse cuenta.

“Si tus circunstancias son realmente tan terribles que nuestro matrimonio no puede retrasarse un año, entonces muéstrame algún razonamiento”, exigí. Al parecer, la escasez de maná había sido un problema desde la guerra civil, pero las Ladys Nahelache y Eglantine se habían unido a la familia real desde entonces. Aunque una de ellas estuviera ahora atendiendo a su recién nacido, debían de tener más margen de maniobra que antes.

Sigiswald no hizo ningún esfuerzo por disimular su pena. “En efecto, son terribles. Una antigua herramienta mágica que habíamos decidido no suministrar hasta que tuviéramos más maná de sobra se ha colapsado”.

“¿Se ha colapsado...?” Repetí. “Nunca antes había oído hablar de una herramienta mágica que se colapsara simplemente porque no se le suministrara maná. Debía de estar cerca de una fundación...”

Un escalofrío me recorrió la espalda. Una herramienta mágica que había sido custodiada por la familia real y almacenada en el palacio real desde tiempos remotos tenía que haber sido un pilar crucial de apoyo para el país.

“Efectivamente”, dijo el príncipe. “Ahora debemos investigar todas las herramientas mágicas que dejamos de suministrar y reponer las que estén al borde del colapso. Por eso necesitamos tantos miembros de la realeza como podamos conseguir — y hay que llenar el hueco dejado por Nahelache”.

En otras palabras, ahora que su esposa es incapaz de cumplir con sus deberes como miembro de la realeza, quiere que yo ocupe su lugar.

Se me heló el corazón. Incluso en el contexto de un matrimonio político, había formas más delicadas de plantear la situación. ¿Quién aceptaría un compromiso ya de por sí insultante después de que le dijeran que lo necesitaban como poco más que un esclavo de maná?

“Además”, continuó el príncipe Sigiswald, “Rozemyne va a bendecir nuestra Ceremonia de Unión de las Estrellas como Sumo Obispa. Hemos cooperado con Ehrenfest y el Templo de la Soberanía para que esto ocurra; no podemos permitirnos posponerlo”.

“Lady Rozemyne, ¿sirviendo como Sumo Obispa? Esto es nuevo para mí...”

Cambiar al Sumo Obispo activo era algo muy importante; ¿por qué no se había informado a Drewanchel? Pregunté qué había inspirado el cambio, lo que provocó que el príncipe diera una respuesta despreocupada.

“¿Recuerdas la bendición que llovió sobre Eglantine y Anastasius durante su graduación? Desde entonces hemos sabido que procedía de Rozemyne”.

Esa bendición había desatado rumores de que el príncipe Anastasius era más apto para convertirse en el próximo rey que el príncipe Sigiswald. Yo lo sabía bien, pues había estado allí para presenciarlo. Evidentemente, la familia real había pedido a Lady Rozemyne que ejerciera de Sumo Obispa para disipar todas y cada una de las dudas de que el primer príncipe era el mejor candidato para reinar.

Qué idiotez tan infantil.

El príncipe Sigiswald no necesitaba demostrar su valía; el rey ya lo había nombrado heredero al trono, y el mero parloteo de los forasteros no cambiaría eso. Si los nobles pudieran anular tan fácilmente las decisiones de la realeza, yo ya me habría librado de mi compromiso.

“¿Llamarías a una estudiante de otro ducado para que sirviera como Sumo Obispa en la Ceremonia de Unión de las Estrellas...?”, pregunté asombrada. “Me opongo a ello. No me imagino que Lady Rozemyne quiera verse involucrada, y no hace falta decir que al Sumo Obispo de la Soberanía no le gustará que le arrebaten su papel. ¿Cómo piensa responder cuando esto empeore nuestra ya delicada relación con el Templo de la Soberanía?”

“¿Quién sabe? Anastasius propuso la idea, así que él asume la responsabilidad. Desconozco los detalles”.

Qué irresponsable. ¡Es tu deber como su hermano mayor reprenderle y declarar que no necesitas tal bendición!

El príncipe Sigiswald siempre estaba desesperado por empujar hacia abajo a su hermano menor y elevarse a sí mismo. El príncipe Anastasius pudo haber propuesto la idea, pero era muy probable que solo lo hubiera hecho debido a la presión indirecta ejercida sobre él por el primer príncipe.

“En cualquier caso, ese es el estado actual de las cosas”, dijo el príncipe Sigiswald. “La Ceremonia de Unión de las Estrellas continuará según lo previsto, pero nuestra vida como matrimonio no comenzará hasta dentro de un año”. Después de decir lo que tenía que decir, se levantó con una sonrisa de oreja a oreja. Era su forma de decirme que me fuera.

Nunca podría llegar a gustarme un hombre tan arrogante.

“Príncipe Sigiswald, no puedo aprobar que nuestra Ceremonia de Unión de las Estrellas se celebre este año cuando no tienes intención de tratarme como tu esposa. Casémonos durante la próxima Conferencia de Archiduques. Consultaré con mi padre y le enviaré una respuesta

más formal más tarde. Mientras tanto, por favor, informa a Lady Rozemyne de que retrasamos la ceremonia”.

En cuanto oyó mi objeción, el príncipe Sigiswald se volvió para mirarme, haciendo que su suave cabello rubio se balanceara ligeramente. Sus ojos verde oscuro se abrieron de par en par de asombro cuando dijo: “Adolphine, ¿no me has oído?”

Volvió a sentarse, sin duda con la intención de repetirlo, así que me levanté y me fui. Ya no valía la pena seguir con aquel intercambio; mi padre, Aub Drewanchel, se encargaría del resto. No importaba si mi compromiso se retrasaba; él aprovecharía la oportunidad en beneficio de nuestro ducado.

“Oh, he oído cada palabra”, repliqué mientras me dirigía a la puerta. “Tus intenciones de ignorar las costumbres nobles, priorizar tu propia conveniencia sobre todo lo demás y privarme del respeto que merezco han sido transmitidas en su totalidad”.

“Es que... No he dicho que *nunca* te trataría como a mi esposa. Ese momento llegará. Solo se retrasarán los asuntos de alcoba. No hace falta que te diga que un día serás respetada como mi primera esposa”.

Si yo no hubiera protestado, el príncipe Sigiswald habría concluido que el asunto estaba oficialmente zanjado y habría presionado a los demás para que lo cumplieran diciendo que ya había obtenido mi consentimiento. Tal vez tales trucos funcionarían con una mujer educada para obedecer a su marido, pero yo me había entrenado para convertirme en archiduquesa y enfrentarme a los archiducos de otros ducados. Su suposición de que simplemente me doblegaría ante él solo complicaría nuestra vida juntos.

“No seré menospreciada como una mujer desechada por su marido”, dije. “Como mínimo, explicarás *personalmente* las circunstancias a mis padres y asistentes. Si dejas claro que el retraso de nuestros deberes matrimoniales es culpa tuya, no mía, entonces no estaré del todo indispuesta a prestar mi apoyo”.

El príncipe Sigiswald me miraba con los ojos muy abiertos, incapaz de pronunciar sus siguientes palabras. Puede que fuera demasiado intensa, teniendo en cuenta que estaba tan acostumbrado a que todo el mundo le obedeciera, pero mi vida entera estaba en juego; no me doblegaría.

Como suele decirse, lo más importante es cómo se prepara el escenario.



Así llegó el día de mi Ceremonia Unión de las Estrellas. Padre había hecho una mueca cuando el príncipe Sigiswald le explicó la situación, disgustado por la ruptura de la tradición; pero había determinado que lo mejor era respetar las circunstancias de la familia real a pesar de la naturaleza extremadamente ofensiva de su petición. Según tenía entendido, había exprimido más que suficiente al primer príncipe como compensación por las molestias.

No esperaba menos de mi padre. Es tan fiable como siempre.

Por cierto, también había dicho que ahora entendía por qué nunca pude amar al príncipe Sigiswald. Seguía siendo de la opinión de que yo debía aceptar la unión por sus ventajas políticas, pero había murmurado que yo era “libre de tener mis preferencias”.

“Listo”, dijo uno de mis asistentes. “Todo listo. Qué guapa está, Lady Adolphine”.

“Adolphine, elimina ese ceño fruncido de una vez”, añadió mi madre. “No debes dejar que se conozcan tus verdaderos sentimientos. Sonríe tan alegremente que cualquiera pensaría que eres la novia más feliz del mundo”.

“Sí, madre”.

Salí de mi habitación con madre y mis ayudantes, que me habían preparado para la ceremonia. Mi padre me esperaba en el vestíbulo; me miró y suspiró.

“Eres inteligente y trabajadora. Espero que sigas siendo tenaz incluso después de unirme a la familia real. Finge obediencia cuando debas, y explota al príncipe Sigiswald todo lo que puedas en beneficio de nuestro ducado”.

“Haré lo mejor que pueda”.

“Entonces vámonos”.

Nuestros nobles me colmaron de felicitaciones y palabras de aliento mientras abandonábamos el Dormitorio Drewanchel. Padre me escoltó hasta la sala de espera de la familia real, mientras nuestros asistentes nos rodeaban. Uno de ellos llevaba una caja de madera vacía.

“Príncipe Sigiswald, hemos llegado”, anuncié. Él y sus asistentes estaban presentes, pero los demás miembros de la familia real no aparecían por ninguna parte. Seguramente estaban esperando en otro lugar o ya se dirigían al auditorio.

“Primero, el intercambio de capas”, respondió el primer príncipe.

Mi asistente me desabrochó el broche, me quitó la capa de Drewanchel y guardó ambas en la caja de madera. Ya no podría entrar libremente en nuestro dormitorio.

A continuación, uno de los asistentes del príncipe se acercó con otra caja, de la que sacó otra capa. Esta era negra por ambos lados, lo que identificaba a su portador como miembro de la realeza. Los nobles de la soberanía que no pertenecían a la familia real llevaban capas que solo eran negras por fuera; por dentro mostraban el color de su ducado de origen.

Mi asistente me colocó la prenda sobre los hombros y luego la abrochó con un broche. El verde esmeralda al que estaba tan acostumbrada fue sustituido por el mismo negro tinta de la capa real.

La pena de separarme de Drewanchel y la ansiedad de contraer un matrimonio sin esperanzas se apoderaron de mi corazón, pero me las tragué y esbocé la elegante sonrisa de una candidata a archiduquesa del Gran Ducado, orgullosa de estar prometida a un miembro de la familia real.

“Ahora, pues, dirijámonos al auditorio”.

Padre dio un paso atrás y luego se arrodilló ante mí. Una parte de mí quería preguntarle: “¿Qué haces?”, pero entonces me di cuenta de que — ahora que llevaba mi capa negra, era formalmente la primera esposa del futuro rey. Era natural que un aub mostrara tal reverencia, pero la visión de mi propio padre arrodillándose ante mí me incomodó por completo.

“Lady Adolphine, rezo por su felicidad”, dijo.

“Eso me alegra, Aub Drewanchel”.

Después de despedirme de mi padre y de muchos de mis asistentes, participé en la Ceremonia de Unión de las Estrellas y recibí la bendición de Lady Rozemyne. La bendición fue fantástica, como nada que hubiera visto antes, y me hizo sentir lo bastante optimista como para tomar la resolución de apoyar a Yurgenschmidt como primera esposa del príncipe Sigiswald y miembro de la familia real.

En cuanto a poner esa resolución en práctica, sin embargo...

El inicio de la Conferencia de Archidukes me había colocado en una posición extraordinariamente incómoda. A pesar de mi matrimonio, no podía socializar como un miembro de la realeza, ya que no había asistido a ninguna de las reuniones preparatorias de la familia real. Tampoco se me permitía participar ya en las reuniones de Drewanchel.

En circunstancias normales, utilizaría este tiempo para descansar y recuperarme mientras mi cuerpo se acostumbraba a la intimidación inherente a la vida matrimonial — pero como esas actividades se estaban retrasando, no me era necesario tal descanso. Simplemente me habían dicho que no saliera de la villa y me habían puesto bajo vigilancia.

“Ciertamente, están desesperados por mantener las apariencias...” dije.

“¿Y quién puede culparles? Las apariencias son importantes tanto para los nobles como para la realeza”, respondió Lisbeth mientras limpiaba después del desayuno. “¿Cómo vas a pasar el día? Al fin y al cabo, estás recién casada. Tal vez podrías bordar algo para tu marido”.

“Consideraré tales deberes maritales cuando realmente me trate como su esposa. Se casó conmigo por mi maná, así que quizá debería hacerle pociones de rejuvenecimiento o algo parecido. Parece mejor prepararlas ahora, mientras aún tengo suficiente margen”.

Así que convoqué a mi nuevo erudito Oderkunst y le informé de mis intenciones. “Eso no es muy de esposa en absoluto...”, dijo en respuesta.

“Ah, qué parecidos suelen ser los hermanos”.

Oderkunst intercambió una mirada con Lisbeth, que estaba detrás de mí, y enarcó una ceja. Sus miradas exasperadas me obligaron a proponer un compromiso:

“Muy bien, entonces. No solo prepararé pociones de rejuvenecimiento, sino también amuletos para mi marido. Supongo que eso es lo suficiente ‘de esposa’ para ustedes. Tengo entendido que a la realeza se le permite repetir el ritual para obtener protecciones divinas, lo

que significa que se gana mucho rezando tan a menudo como sea posible. Los amuletos grabados con los símbolos de los dioses deberían ser de alguna utilidad, ¿no?”

“Una idea excelente”.

Una vez obtenida su aprobación, me puse mi atuendo para elaborar pociones y me dirigí a la sala de elaboración de la villa. Mis eruditos trajeron los materiales y recetas pertinentes.

“No reconozco esta receta del plan de estudios de la Academia Real”, dijo Oderkunst.

“Esta poción repone principalmente el maná”, expliqué. “Cuando Lady Rozemyne realizó su Ritual de Dedicación en la Academia Real, se me permitió entrar como prometida real. La poción de rejuvenecimiento que recibí entonces era realmente maravillosa. He estado trabajando para recrearla desde entonces, y creo que estoy bastante cerca”.

“¿Puedo echarle un vistazo más de cerca? Um, a menos que tenga la intención de mantenerlo en privado, es decir”.

Algunas recetas se daban a conocer al mundo, mientras que otras se mantenían en secreto. Tenía la intención de mantener esta entre mis asistentes y yo, al igual que Lady Rozemyne estaba haciendo con la suya.

“Tendrás que guardártela para ti”, dije, “pero pienso hacer que todos utilicen esta receta de todos modos. Que trabajemos juntos para mejorarla aún más”.

Les enseñé la receta a Oderkunst y a mis otros eruditos, y luego cómo preparar los ingredientes y lavar los utensilios.

“Lady Adolphine, ¿va a elaborar usted misma la poción?!”, exclamaron los eruditos de otros ducados, pero los de Drewanchel respondieron rápidamente en mi favor.

“Pero claro. Drewanchel es conocida por su investigación; allí no es nada raro que los miembros de la familia archiducal elaboren pociones”.

“Lady Adolphine lleva a cabo sus propias investigaciones. Los eruditos estamos aquí para preparar las pociones de rejuvenecimiento que consume a diario y otros detalles similares. Es esencial que conozcamos sus descubrimientos, además de los ingredientes y recetas que utiliza”.

El intercambio me recordó que las familias archiducal de otros ducados rara vez elaboraban pociones.

Entiendo... Es cierto que los asistentes experimentados del propio ducado son importantes en la Soberanía. Si no fuera por los sabios consejos de mis asistentes, concedores tanto de Drewanchel como de la Soberanía, los dos grupos habrían tardado siglos en entenderse.

“Va a ser la primera vez que hagan esta poción, así que les haré una demostración”, dije. “A partir de ahora, espero que todas las pociones de rejuvenecimiento se hagan según esta receta”.

“Por cierto, su demostración significa que no permitirá errores”.

“Oderkunst, yo no soy mi padre. Tal rigor no me conviene. Permitiré *tres* errores antes de perder la paciencia”.

Al instante, todos los eruditos se pusieron serios. Observaron atentamente mis manos y la receta mientras trabajaba; luego, cuando terminé, uno de ellos probó la poción que había producido.

“Mi maná se recupera a una velocidad tremenda”, dijo el erudito, con la cabeza ladeada. “¿Qué es lo que no le satisface de esta receta, Lady Adolphine?”

“Aún no puede competir con las pociones que Lady Rozemyne distribuyó. Puede que te impresione, pero su velocidad de recuperación era muy superior. Me pregunto qué ingredientes utilizó...”

Oderkunst se quedó pensativo un momento. “Aunque cualquier mejora sería obviamente bienvenida, la velocidad del rejuvenecimiento no es particularmente importante. Uno puede beber una poción antes de acostarse y despertarse completamente repuesto, así que estas bastarían en el día a día”. Me pareció que intentaba decir: ‘Por favor, no lo pienses más’.

“Eso es cierto”, respondí asintiendo. “Todos, continúen elaborando hasta que tengan la receta memorizada. Haré amuletos para regalar al Príncipe Sigiswald. Oderkunst, préstame tu asistencia”.

Después de dar instrucciones a mis eruditos, empecé a trabajar en los amuletos. Le di a Oderkunst un bloqueador de sonido, y luego empecé a dibujar círculos mágicos sin perder de vista a los demás.

“Me han dicho que la familia real está experimentando una grave crisis de maná”, dije. “¿Por qué te resistes a mejorar las pociones?”

“Cuanto más rápido se reponga tu maná, más te harán trabajar. Es mejor que uses pociones de rejuvenecimiento estándar y te asegures un tiempo de descanso”.

Con nuestros deberes matrimoniales en suspenso, lo único que el príncipe Sigiswald esperaba de mí era que ofreciera mi maná a la familia real y realizara las tareas administrativas que antes se habían confiado a lady Nahelache. Oderkunst estaba claramente preocupado por mí, y llegué a la conclusión de que lo mejor sería hacer caso a su advertencia.

“Las cosas están peor de lo que nunca imaginé”, murmuré. “Mejoraré la poción de rejuvenecimiento en secreto. Dejando eso a un lado, Oderkunst — ¿qué noticias tienes de la Conferencia de Archiducos?”

“Ninguna en absoluto. Como sus asistentes, estamos confinados en esta villa con usted. Algo debe estar ocurriendo afuera, y ellos realmente no quieren que te enteres”.

“En efecto. Alguien ha bloqueado todos mis intentos de contactar con Padre y los demás. No esperaba que me encerraran así”. Suspiré y reanudé mi trabajo en el círculo mágico. “Aun así, ¿por qué no nací como Ortwin?”

“¿Te importaría explicarlo?”, preguntó Oderkunst, enarcando una ceja mientras colocaba ante mí algunos materiales ricos en Viento. Había deducido que los necesitaría tras observar mi círculo.

“Si hubiera acabado en el mismo curso que Lady Rozemyne, supongo que mis días de estudiante habrían sido agitados y profundamente entretenidos. Además, a los hombres al menos se les permite perseguir sus sueños, ¿no es así?”

Incluso los hombres podían terminar obligados a contraer matrimonio político, pero era mucho menos probable que se encontraran comprometidos y en camino a otro ducado en un abrir y cerrar de ojos. Un hombre que había trabajado incansablemente para convertirse en el próximo aub y obtenido calificaciones acordes con el papel nunca habría sido expulsado de Drewanchel.

“En cualquier caso, ¿qué amuleto estás haciendo?”, preguntó Oderkunst.

“Esto debería responder a tu pregunta”, respondí, y luego dibujé un símbolo.

“Lady Adolphine, le ruego que no regale a su marido un amuleto dedicado a Jugereise, la diosa de la separación”.

Este es para mis propios fines. Nunca le regalaría una debilidad tan obvia de la cual se aprovechara”.

Mi amuleto para el príncipe Sigiswald estaría dedicado a otro dios, aunque aún intentaba decidirme por uno. Me debatía entre Gebordnung, la Diosa del Orden, para que dejara de priorizar su propia conveniencia por encima de todo a la hora de tomar decisiones, o Erwachlehen, el Dios de la Guía, con la esperanza de que mejorara su personalidad de forma más general y llegara a ser realmente apto para gobernar.

“Preferiría que tampoco lo hicieras para ti”, dijo Oderkunst, pero fingí no oírle.



Permanecí aislada durante el resto de la Conferencia de Archiduques. Solo el último día se me permitió salir de la villa, y solo para despedirme y observar el Ritual de Dedicación que, al parecer, se estaba celebrando. Para empezar, pregunté por qué se celebraba el ritual, pero los demás miembros de la familia real se limitaron a sonreír y a decir que me lo explicarían más tarde. Me obligaron a participar — y, una vez más, no estaba preparada.

Pasé los últimos momentos de la conferencia atónita, incapaz de creer los rumores que corrían. Nunca en mi vida había pensado que sería tan difícil sonreír y fingir que no estaba completamente ajena.

“Príncipe Sigiswald, exijo respuestas”, dije. Mis eruditos estaban igual de sorprendidos y ya se apresuraban a recopilar toda la información posible. Yo, sin embargo, iría directamente a la fuente.

“Ah, justo a tiempo. Estaba a punto de contarte las decisiones que tomamos”.

Me llevaron a una sala aparte y al llegar descubrí que la segunda esposa del príncipe, Lady Nahelache, ya estaba allí. Tenía una sonrisa animada, pero yo no podía llevarme bien con ella. La forma en que vivíamos, nuestras perspectivas de las cosas y los objetivos que perseguíamos eran totalmente incompatibles.

“El rey adoptará a Rozemyne para que obtenga la Grutrisheit para nosotros”, me informó el príncipe Sigiswald. “La tomaré como mi tercera esposa una vez que alcance la mayoría de edad”.

¿Qué tontería está diciendo esta vez?

“Mis disculpas, pero ¿podría explicarme mejor? ¿Cómo ha llegado a suceder?”

“Mientras tú descansabas tranquilamente en mi villa, la Conferencia de Archiduques se puso bastante frenética”.

Resultaba casi cómico oír esas palabras de alguien que había apostado guardias alrededor de la villa para impedirme salir. Más que hacerme “descansar”, me habría gustado que me incluyeran en ese ridículo plan. En cambio, solo me enteraba a posteriori.

Simplemente no tengo los recursos ni las personas que necesito. Estoy en una desventaja abrumadora aquí.

“Príncipe Sigiswald, permíteme confirmar algo: ¿Debo sentirme respetada como tu esposa cuando haces cosas como esta?”

“¿Oh? Pensé que era obvio que, como futuro Zent, debo involucrarme con cualquiera que pueda obtener la Grutrisheit. Mi reinado es la base de nuestro contrato con Drewanchel, ya sabes. Pero, por supuesto, si tú, mi primera esposa, me la aseguraras en su lugar, sería sin duda lo ideal”.

En otras palabras: “No te quejes a menos que puedas conseguirme la Grutrisheit”. ¿No te das cuenta de que, como próximo gobernante de Yurgenschmidt, deberías adquirirla tú mismo y con tu propia fuerza?

Que Lady Rozemyne obtuviera la Grutrisheit, la marca inequívoca del Soberano, la convertiría a ella en la próxima Zent, no al príncipe Sigiswald. ¿No le avergonzaba la mera idea de tomarla como tercera esposa para convertirse en Zent?

“En cualquier caso”, dijo, “este asunto está zanjado”.

“Nada importa más que convertir al príncipe Sigiswald en el próximo Zent”, añadió Lady Nahelache, todavía con la misma sonrisa animosa. “Haré todo lo que pueda para ayudar”. Se podía adivinar que solo le importaba preservar su actual estilo de vida.

“¿Supongo que Lady Rozemyne y Aub Ehrenfest están de acuerdo, entonces?” Pregunté.

“Tenían varias condiciones, pero logramos llegar a un acuerdo amistoso. La experiencia me enseñó que Anastasius tenía toda la razón: La educación de Rozemyne en el templo de un ducado menor ha hecho que sea casi imposible conversar con ella. Tratar con ella era agotador. No tiene ningún sentido común”.

Debe de tener más que tú, y debe de ser más fácil comunicarse con ella.

El príncipe Sigiswald sacudió la cabeza y se encogió de hombros, buscando algún acuerdo, pero sus palabras me irritaron tanto que solo respondí con una fría mirada.

“Debió de ser muy desagradable tratar con una niña tan extraña”, dijo lady Nahelache, acudiendo en ayuda del príncipe. Podía aventurar que su experiencia no había sido nada comparada con lo que había pasado Lady Rozemyne, teniendo que soportar los intentos de la familia real de intimidarla hasta la sumisión.

“Debemos pasar el próximo año preparándonos para recibirla como hija adoptiva del rey”, explicó el príncipe Sigiswald. “Agradecería tu ayuda, Adolphine, pero tal vez te resulte demasiado difícil. Hace poco que te convertiste en miembro de la realeza”.

¿Qué tan escaso es tu sentido común? El problema no es lo exigente que pueda ser la tarea, sino el hecho de que intentes descargármela a mí en primer lugar. ¿Cómo no te das cuenta?

Me asaltó el impulso de enfrentarme al tutor del primer príncipe por su evidente incapacidad para hacer su trabajo, pero me reprimí rápidamente. “Tú no vas a adoptar a Lady Rozemyne — sino el Zent. La preparación de su ingreso en la familia real debería recaer, por tanto, en su primera esposa. Si no vas a casarte con ella de inmediato, ¿no daría una impresión equivocada que le diera la bienvenida?”

“Sí, va a entrar en la familia real como hija adoptiva del rey, pero debemos hacer creer a la opinión pública que la recibimos como mi tercera esposa. Anastasius es mucho más cercano a Rozemyne que yo, y no queremos que los nobles del país asuman que él se casará con ella cuando alcance la mayoría de edad”.

En otras palabras, no quería que el príncipe Anastasius se la arrebatara como había hecho con lady Eglantine. Sin duda actuaba movido por el fuerte impulso de mantener a quien obtendría la Grutrisheit dentro de su esfera de poder.

Hm... Parece que este acuerdo para que Lady Rozemyne se case con el Príncipe Sigiswald no es todavía más que un acuerdo verbal.

Si hubiera sido la voluntad del Zent, entonces el príncipe Sigiswald no habría necesitado considerar a su hermano como un enemigo. Mi corazón se compadeció de Lady Rozemyne; al igual que yo, estaba al albur de la arrogancia del primer príncipe. No pude evitar sentir que existía un compañerismo tácito entre nosotras.

Si acaba uniéndose a la familia real... quizá podríamos investigar juntas.

Eso me levantó un poco el ánimo. Como mínimo, me aseguraría de que Lady Rozemyne viviera con relativa comodidad hasta que alcanzara la mayoría de edad y se viera obligada a mudarse a la villa del príncipe Sigiswald.

“No me importa prestar mi ayuda”, dije, “pero como hija adoptiva, ¿no recibirá su propia villa? Me pregunto cuál le darán. Las de la Soberanía están todas en uso, ¿no?”

“Planeamos darle una villa en los terrenos de la Academia Real. Raublut acaba de recibir la llave para que pueda investigarla. De paso, se amueblará, limpiará y demás. No debería llevar tanto tiempo prepararlo como una villa normal. Además, está su proximidad a la biblioteca que tanto le gusta a Lady Rozemyne”.

*¿La biblioteca de la Academia Real no cierra después de la Conferencia de Archidukes?
¿Pretenden mantenerla abierta todo el año por el bien de ella?*

En cualquier caso, el príncipe Sigiswald parecía bastante interesado en Lady Rozemyne ahora que creía que podría obtener la Grutrissheit. Comparar su trato con el mío me hizo suspirar, pero una vez más reprimí mi descontento.

El príncipe continuó: “Espero que el próximo año sea bastante agotador, pero la adopción de Rozemyne debería aligerar la carga para todos. Como mínimo, será una excelente fuente de maná”.

Era tan egocéntrico que me empezó a doler la cabeza. Apreté mi amuleto recién hecho y, sin dudarle un instante, empecé a verter mi maná en él.

¡Oh Jugereise, la Diosa de la Separación, te lo suplico! Haz descender tu instrumento divino y corta los sucios lazos que me atan.

18 - Flores de Schlaftraum.

“Bueno, Solange, he terminado por hoy. Encontrémonos mañana hasta que la Diosa de la Luz se levante”.

“Cuídate, Hortensia. Hasta que la Diosa de la Luz se levante”.

Tras despedirme de Solange, me dirigí al edificio central. Ahora que los estudiantes habían regresado a sus ducados, me desplazaría entre mi casa y la Academia Real en lugar de utilizar el dormitorio de la biblioteca.

Mis tareas actuales incluían organizar los archivos de pilas cerradas y reparar los libros dañados — tareas para las que no teníamos tiempo durante el año académico. Tampoco faltaba trabajo; Schwartz y Weiss llevaban tanto tiempo inactivos que muchas secciones de la biblioteca estaban ahora descuidadas. También estaba previsto que la familia real y los miembros del Comité de la Biblioteca empezaran a revisar los documentos del archivo subterráneo durante la Conferencia de Archiduques, así que también tendríamos que prepararnos para ello.

Solo me había ofrecido como voluntaria para este trabajo de bibliotecaria a petición de mi marido, pero ahora valoraba y me enorgullecía de mi trabajo.

“He regresado”, anuncié a mi asistente, como hacía siempre al volver a casa. Pero fue Lord Raublut quien vino a saludarme. No recordaba la última vez que me había recibido en casa, si es que alguna vez lo había hecho; como caballero comandante de la soberanía, la mayoría de las veces estaba trabajando.

“Dios mío, Lord Raublut. ¿Está todo bien?”

“Hay algo que quiero preguntarte en privado”, dijo. “Ven a mi habitación antes de cenar”.

Esto era *excepcionalmente* raro. Solo podía preguntarme qué había provocado todo esto. Fui a mi habitación a cambiarme y me apresuré a ver a mi marido.

“Asistentes, despejen la habitación”, dijo. “Hortensia, sujeta esto”.

Tragué saliva; estábamos en casa, así que su decisión de vaciar la habitación de asistentes y utilizar herramientas mágicas para bloquear el sonido indicaba circunstancias graves. Debía de haber ocurrido algo muy grave.

“Una antigua herramienta mágica del palacio — una que dejamos de suministrar mana tras la guerra civil, ya que parecía no estar en uso — se ha disuelto por completo”.

“¿Una herramienta mágica disuelta simplemente porque se quedó sin maná? Eso es...”

Si uno dejaba de suministrar una herramienta mágica destinada a iluminar una habitación, la luz simplemente se apagaba. Nunca había oído que una herramienta mágica se disolviera por negligencia.

“Las herramientas mágicas formadas puramente de magia, como los cimientos y las destinadas a proteger edificios, aparentemente sí se rompen al quedarse sin maná”, explicó mi marido.

“¡Oh, qué terrible!”, exclamé. “¿Quieres decir que también se ha derrumbado un edificio?!”

“Efectivamente. Una pequeña torre que se utilizaba como almacén se disolvió en arena blanca. El palacio se volvió loco. Los eruditos están revisando todos los edificios restantes para asegurarse de que ninguno corra la misma suerte, mientras que la familia real está suministrando maná a cualquier cimiento que parezca peligroso”.

Lord Raublut hablaba con tanta rotundidad que uno podría suponer que no había frenesí alguno, pero el desmoronamiento de una de las torres del palacio era un acontecimiento de enorme trascendencia.

Y continuó: “El rey ha declarado que las herramientas mágicas de la biblioteca de la Academia Real también deben ser revisadas. Ahora que sabemos que su archivo contiene documentos valiosos, no podemos permitir que se derrumbe. ¿Podrías completar esas comprobaciones antes de la Conferencia de Archidukes? Quédate en el dormitorio de la biblioteca si es necesario. La familia real suministrará cualquier herramienta que necesite maná durante la conferencia”.

“Oh, no debería necesitar quedarme allí. La biblioteca de la Academia Real estará bien. Investigué sus herramientas mágicas con Raimund, a petición de Lady Rozemyne. Su equivalente de fundación estaba en peligro, pero Lady Rozemyne lo rellenó usando el maná sobrante del Ritual de Dedicación. Puedes hacérselo saber al Zent”.

Esperaba aliviar las preocupaciones de Lord Raublut, pero su ceño se frunció aún más. “Tenía entendido que las herramientas mágicas como las fundaciones requerían maná real. Ah, pero supongo que la familia real participó en *ese* Ritual de Dedicación. Entonces, ¿les pertenecía una parte del maná donado?”

Había intentado desesperadamente restaurar yo misma la herramienta mágica protectora de la biblioteca, pero entré en pánico cuando mis esfuerzos no sirvieron de nada para cambiar su color. ¿Acaso el problema era mi falta de maná real y no el tamaño de mi ofrenda?

Mientras hacía inventario mental de las herramientas mágicas de la biblioteca, Lord Raublut enarcó una ceja en aparente comprensión. “Hortensia... Los bibliotecarios también son eruditos, ¿verdad? ¿Puedo suponer que tienes autoridad para entrar en el edificio de los eruditos?”

“¿Eh? Ah, sí. Nadie que me viera entrar lo consideraría extraño”.

Para ser franca, dudaba que alguien notara mi entrada, para empezar. Los profesores del curso de eruditos que se quedaban en la Academia Real entre cursos en lugar de regresar a la Soberanía estaban demasiado obsesionados con sus investigaciones como para prestar atención a otra cosa.

“En ese caso, mis disculpas, pero te pediría que revisaras el edificio de eruditos junto a la biblioteca y el dormitorio de la biblioteca. Los profesores de los cursos de caballeros y asistentes responden con rapidez a las órdenes, pero los del curso de eruditos que aún están en la Academia Real se negarán a hacer otra cosa que no sea su investigación”.

Esbocé una sonrisa irónica y asentí con la cabeza; tenía motivos para estar preocupado. Ordenar a los eruditos que revisaran las herramientas mágicas de su edificio antes de que llegara la familia real para la Conferencia de Archiduques serviría de muy poco. En el mejor de los casos, lo pospondrían hasta que la conferencia ya estuviera sobre ellos.

“Durante la Conferencia de Archiduques, la familia real tiene la intención de visitar el archivo subterráneo”, me informó Lord Raublut. “Estoy seguro de que tienen preparativos que hacer, así que debo pedirles que permanezcan en el dormitorio de la biblioteca hasta entonces”.

“Muy bien. Lo aceptaré como una orden del Zent”.



Al día siguiente de mi discusión con Lord Raublut, me preparé para regresar al dormitorio de la biblioteca. Iba a quedarme allí hasta la Conferencia de Archiduques, pero con ayuda de Raimund, ya había comprobado el uso y el suministro de maná de las herramientas mágicas de la biblioteca. En primer lugar, cada edificio solo tenía una herramienta de fundación.

Tampoco tenía mucho que hacer para preparar la Conferencia de Archiduques. Había que limpiar la zona de descanso fuera del archivo, consultar con Solange hasta dónde podían entrar en el dormitorio de la biblioteca los ayudantes que preparaban el almuerzo y el té, y luego buscar un lugar de descanso para los asistentes acompañantes. Los bibliotecarios no podíamos entrar nosotros mismos en el archivo, así que teníamos que dejar eso en manos de Schwartz y Weiss.

“Supongo que eso me da más tiempo para centrarme en las reparaciones, y no tener que pensar en mis desplazamientos diarios es agradable, pero... Para ser honesta, no hay suficiente trabajo para justificar quedarse en el dormitorio”.

Quedarme en el dormitorio significaba que solo podía tener un asistente conmigo, ya que incluso los profesores estaban limitados en ese sentido. Había elegido a Dirmira, y teníamos equipaje más que suficiente entre las dos.

“¿Cree que Lord Raublut podría invitar a otra mujer a la casa mientras usted está ausente?”, preguntó.

“¿Otra vez con esto? ¿Has olvidado desde cuándo somos marido y mujer?”

Dirmira me había servido desde antes de casarme con Lord Raublut. Éramos de la misma edad e íntimas amigas. Su rasgo más inusual era su antiguo desdén por mi marido y su asistente principal. No importaba cuántos años pasaran, sus extrañas frustraciones permanecían.

Inmediatamente después de mi boda con Lord Raublut, su asistente principal se me acercó y me dijo en términos inequívocos: “Harías bien en saber que mi lord tiene a alguien a quien no puede olvidar”. Sus palabras no me sorprendieron, y tampoco significaron gran cosa; para empezar, yo no buscaba el amor.

Dirmira, en cambio, seguía enfadada por ello. “¡Qué cosas se le dicen a una novia que visita por primera vez su nuevo hogar!”, espetó, no menos furiosa que cuando lo había presenciado. “¡Cuando llegue el momento de ascender por la imponente escalera, elevaré una queja a los dioses!”

“Y estoy segura de que encontrarán tu vengatividad tan preocupante como lo hago yo”.

Nos teletransportamos a la Academia Real a través de un círculo en el palacio real, y luego comenzamos a caminar desde el edificio central hasta el dormitorio de la biblioteca. Por el camino, nos cruzamos con la Orden de Caballeros de la Soberanía. A su cabeza estaba Loyalitat, el vicecomandante.

“Vaya. Lord Loyalitat”.

“Lady Hortensia. Ha pasado demasiado tiempo. Yo... escuché que fue asignada a la biblioteca de la Academia Real, pero ¿qué le trae por aquí con equipaje y un asistente?”

“Por decreto real, me quedaré en el dormitorio de la biblioteca hasta la Conferencia de Archiduques. Debo investigar unas herramientas mágicas”.

Asintió, habiéndome comprendido de inmediato. “El comandante regresó a casa con ese propósito, ahora que lo menciona. Nosotros también estamos bastante ocupados; además de todos los incidentes de los que tenemos que ocuparnos estos días, ya que no contamos más con usted, para ayudar al comandante con su papeleo”. Se encogió de hombros y añadió: “Siempre que puede lo pospone”.

Una sonrisa se dibujó en mis labios. “Les deseo la mejor de las suertes”, dije.

Me había casado con Lord Raublut después de perder tanto a mi lord como mi vida como asistente. Para entonces, ya era demasiado vieja para tener hijos, lo que me dejaba con poco más que hacer que ayudar a mi marido con su papeleo y empezar a elaborar pociones de rejuvenecimiento y herramientas mágicas.

“¿Y qué les trae por aquí?”, pregunté. “Es raro verlos a todos en la Academia Real”.

“Estamos revisando nuestra seguridad en el período previo a la Conferencia de Archiduques. Hay menos que hacer en comparación con el año pasado, cuando tuvimos que mantener la vista puesta en el dormitorio del Viejo Werkestock por encima de todo lo demás, pero... como ya sabrá, Lady Rozemyne va a realizar la Ceremonia de Unión de las Estrellas de este año como Sumo Obispa. Tenemos que revisar nuestros planes con eso en mente, y resolver los detalles con el Templo de la Soberanía”.

El Sumo Obispo de la Soberanía estaba furioso por la situación, sobre todo porque el Sumo Sacerdote de la Soberanía pretendía sustituirle permanentemente por un candidato a

archiduque rico en maná con tal de revivir las antiguas ceremonias. Así pues, el Templo de la Soberanía se había dividido en dos facciones: los que apoyaban al Sumo Obispo, que se negaba a dejar que los nobles les robaran los últimos deberes que tenían; y los que apoyaban al Sumo Sacerdote, que estaba decidido a explotar a la nobleza en aras de revivir los antiguos rituales y devolver al templo su antigua gloria.

“¿Lady Rozemyne vendrá a la Conferencia de Archiducos para ejercer de Sumo Obispa?”, repetí. “Vaya. Esto es nuevo para mí”. Sabía que vendría a transcribir y traducir documentos del archivo subterráneo, pero era la primera vez que oía hablar de sus planes de celebrar la Ceremonia de Unión de las Estrellas.

“A petición de la familia real, me han dicho. Desean que el príncipe Sigiswald reciba una verdadera bendición durante su Unión de las Estrellas, ya que se convertirá en el próximo rey. Acomodar este repentino giro de los acontecimientos no ha sido tarea fácil”.

“Un momento”, intervino uno de los caballeros. “Creía que Lady Rozemyne exigía servir como Sumo Obispa para poder mostrar al Templo de la Soberanía cómo eran las verdaderas bendiciones”.

“¿Qué?! ¿Quién te dijo eso?!”, ladró otro caballero. “Sus únicas peticiones fueron que la familia real obtuviera el acuerdo del Templo de la Soberanía y aumentara la seguridad para el evento. Era lo menos que podían hacer, después de todo”.

“¿No te parece presuntuoso que hiciera peticiones a la familia real?”

“Vamos. Es obvio que la llegada de Lady Rozemyne causará algún tipo de revuelo. Cualquiera en su posición haría las mismas peticiones”.

Miré fijamente a los caballeros pendencieros durante un momento, y luego dije: “Parece que incluso la Orden de Caballeros de la Soberanía está experimentando un fallo de comunicación. No comparten ni información ni opiniones”.

A los miembros de la Orden de Caballeros siempre se les proporcionaba la misma inteligencia consolidada para que pudieran obedecer la voluntad de Zent sin vacilar. El discurso público no significaba nada para ellos; solo les preocupaban las opiniones del trono.

“La Orden de los Caballeros está parcialmente desorganizada en estos momentos”, explicó Lord Loyalitat. No estaba al tanto de los detalles, pero había llegado a mis oídos que algunos Caballeros de la Soberanía se habían descarriado durante el invierno. “Cada vez es más frecuente que incluso el comandante actúe en solitario, supongo que por órdenes confidenciales del Zent. Quiso realizar la investigación preliminar de aquella villa por su cuenta, y solo unos pocos fuimos informados de su plan de regresar a casa para comunicarte la voluntad del Zent”.

“Vaya, vaya... Entiendo la necesidad de mantener la confidencialidad de la información, pero ¿cómo pueden ustedes, caballeros, relajarse cuando su comandante actúa de tal manera...?” Parecía que la desconfianza mutua campaba a sus anchas por toda la Orden de Caballeros de la Soberanía.

“Lady Hortensia, tal vez debería ser cautelosa a la hora de permanecer en la Academia durante un periodo tan prolongado”, dijo uno de los caballeros. “El comandante podría traer a otra mujer a casa”.

“¿Tú también lo crees?!”, exclamó, no yo, sino mi asistente Dirmira.

El caballero se quedó helado. “Er, mis disculpas. Solo hablaba en broma...”.

“Pero no lo habrías dicho sin una buena causa. ¿Me equivoco?”, preguntó ella, haciendo que todos los caballeros retrocedieran.

“Um, Lady Hortensia...” Lord Loyalityat dijo, “¿Pasó algo entre usted y el comandante?”

“Unas palabras malsonantes hace más de una década, después de casarnos. Eso fue todo. Dirmira ha estado así desde entonces”.

El vicecomandante ahogó una carcajada aclarándose la garganta, y luego se volvió hacia mi ayudante. “No tema. No hay nada de que preocuparse. Lord Raublut es un marido leal”.

Lord Loyalityat continuó explicando que, el año pasado por estas fechas, había aparecido una horda de bestias feys mientras la Orden investigaba el Viejo Werkestock. Los caballeros habían participado en su matanza.

“Necesitábamos combatir para avanzar en nuestra investigación”, dijo, “pero, bueno... Hay algunos caballeros que necesitan el consuelo de una mujer después de una lucha tan feroz. La primera esposa de Ahrensbach nos informó de que las flores de Schlaftraum florecían maravillosamente ese año, y luego nos llevó a un lugar privado. Mientras los caballeros elegían a sus mujeres, Lord Raublut señaló un jarrón lleno de flores blancas. Dijo que eran tan hermosas que preferiría tenerlas en su lugar”.

“Creo que todos estamos de acuerdo en que Lord Raublut nunca se interesaría por las flores”, espetó Dirmira, evidentemente escéptica. “¿Eran realmente de su gusto?”

Los caballeros arrugaron la cara, intentando no estallar en carcajadas. Solo Lord Loyalityat mantuvo el semblante completamente serio: “Es muy probable. Me pareció que les tenía un fuerte apego sentimental”. Desde luego, el vicecomandante tenía una voluntad de hierro.

Hice una pausa. “Dicho esto, no recuerdo que Lord Raublut trajera flores blancas a casa. ¿Y tú, Dirmira?” Seguramente habrían destacado, pero ninguno de los dos habíamos visto ninguna.

“¿Quizás dudaba en traer a casa flores que hubiera obtenido en otra parte?” Aventuró Lord Loyalityat.

“Pensar que era capaz de tanta consideración...”

“Bueno, estaban en un jarrón, ¿no?” Dijo Dirmira. “Deben de haberse marchitado. Está intentando engañarla, Lady Hortensia”.

Estuve a punto de soltar una carcajada, pero logré contenerme.

Lord Loyallitat negó con la cabeza, con una sonrisa culpable. “Crean lo que quieran, pero el comandante es leal a su esposa. Le doy mi palabra. Lady Hortensia, me aseguraré de que los caballeros no vuelvan a hablar fuera de tono”.

Tras hacer que los caballeros se disculparan, el vicecomandante se marchó, claramente ansioso por separarse de Dirmira. Incluso al reanudar el camino hacia la biblioteca, ella no parecía nada convencida.



Como era de esperar, no tardamos nada en inspeccionar las herramientas mágicas de la biblioteca y el edificio de los eruditos. Anoté e informé de la ubicación y la cantidad de maná del equivalente fundacional de cada lugar, y luego me puse manos a la obra para airear y reparar los documentos del segundo archivo de pila cerrada.

“Solange, estos documentos se prestan con frecuencia”, dije. “¿Qué te parece si los trasladamos a la sala de lectura?”

“Buena sugerencia. Desde luego, lleva mucho tiempo tener que abrir la puerta cada vez que alguien desea tomarlos prestados”.

Schwartz y Weiss volvieron a registrar la ubicación de los documentos y los colocaron en las estanterías de la sala de lectura.

“Hace varios años, nunca habría imaginado que tantos profesores volverían algún día a los planes de clase de antes de la guerra”, reflexionó Solange en voz alta. “¿Será que la profesora Fraularm influyó en ellos?”

“Habla de lo mucho que se ha calmado Yurgenschmidt el hecho de que por fin se puedan utilizar los planes de clase de los profesores ejecutados”, repliqué. En efecto, era maravilloso, pero los documentos que ya se habían perdido nunca volverían. El archivo estaba mucho más vacío que cuando yo estaba en la Academia Real.

“Usuario. Aquí”.

“Guiando usuario”.

Los dos shumils habían hablado de repente. Solo los profesores del curso de eruditos venían a la biblioteca a esa hora; ¿cuál de ellos estaba aquí ahora? A menudo exigían cosas poco razonables a Solange, que no era más que una mednoble, así que decidí adelantarme.

“Les recibiré en el vestíbulo”, les dije. “Solange, continúa tu trabajo aquí”.

Salí de la sala de lectura y abrí la puerta del vestíbulo. Tras una breve espera, llegó un grupo vestido con capas negras. Pero no eran profesores.

“Oh, Príncipe Anastasius. ¿Qué le trae por aquí?”, pregunté, sorprendida por su inesperada aparición. No había avisado y solo estaba acompañado de un pequeño grupo de asistentes, lo que sugería que estaba de visita en secreto. “¿Es posible que estés aquí para suministrar maná al edificio de eruditos?”

El príncipe negó con la cabeza. “No, hay algo urgente que quiero que investigues. ¿Tienes algún lugar donde podamos hablar en privado?”

“En ese caso, el despacho sería mejor que la sala de lectura”.

Les guí al interior, momento en el que el príncipe Anastasius hizo retroceder a sus asistentes y me entregó una herramienta mágica para bloquear el sonido. No quería que ni siquiera su propio séquito nos oyera, lo que me puso comprensiblemente nerviosa.

“No quiero involucrar a la Orden de Caballeros en este asunto”, dijo. “Soy consciente de que tu marido fue la razón por la que te convertiste en bibliotecaria, pero antes debo pedirte que firmes esto”. Puso ante mí dos contratos mágicos, el primero una declaración de mi lealtad al rey y el otro, un voto de secreto. Qué inquietante.

“Me temo que no puedo firmar el contrato jurando mi lealtad al rey”.

“¿No puedes?!”, ladró el príncipe Anastasius, con los ojos muy abiertos, la voz mezclada de sorpresa e ira. “¡Hortensia...!”

“Cuando me convertí en bibliotecaria y guardiana del conocimiento, juré obedecer a Mestionora, la diosa de la sabiduría. Jurar lealtad a otro, incluso al Zent, violaría nuestro contrato. No tengo intención de actuar contra la familia real... pero no puedo firmar ese contrato”.

“¿Qué es un ‘guardián del conocimiento’?”

Hice lo posible por explicarlo.

“Así pues”, concluí, “me convertí en guardián del conocimiento tanto para obtener la llave del archivo subterráneo como para ayudar a la familia real a adquirir la Grutrissheit. ¿Aún no es evidente mi lealtad? ¿Harás que me ejecuten como se hizo con los archibibliotecarios tras la purga de la guerra civil?”

Continué señalando que los archibibliotecarios ejecutados también habían sido guardianes del conocimiento, lo que les había impedido firmar contratos mágicos para demostrar su lealtad a los Zent.

El príncipe Anastasius me miró estupefacto. “Eso no lo sabía... Me estremezco ante nuestra propia falta de piedad”.

“Los bibliotecarios en cuestión eran del Viejo Werkestock, por lo que rápidamente fueron considerados amenazas cuando se negaron a jurar lealtad al rey Trauerqual. Yo soy de Klassenberg, y mi lord fue el difunto príncipe Waldifrid; puedo simpatizar al menos en parte con la difícil situación de la familia real en aquel entonces”.

Hubo un tiempo en que la familia real se enfrentó a una traición tras otra, hasta el punto de que ya no podían confiar en ninguna de las personas que les rodeaban. Las circunstancias habían obligado a extremar las precauciones con personas de ducados enemigos, y era razonable desconfiar de quienes ni siquiera podían firmar un contrato de lealtad.

“En cualquier caso”, continué, “aunque fue su familia la que ordenó la purga, en aquel momento no eras más que un niño, sin edad suficiente para haber sido bautizado. Aunque es importante recordar el pasado, la culpa de aquellas muertes no recae sobre tus hombros. Pero sí eres responsable de lo que ocurra después”.

El príncipe Anastasius miró con desprecio el contrato. Para la mayoría, jurar lealtad al rey era sencillo, así que era de suponer que esta era la primera vez que se encontraba con un problema. Estaba claro como el agua que ahora se estaba devanando los sesos para saber cómo tratar a alguien que era obediente pero incapaz de demostrarlo.

“Príncipe Anastasius, aunque no puedo firmar su contrato de lealtad, al menos puedo firmar este voto de silencio”.

“Con eso será suficiente”.

Una vez firmado el contrato, el príncipe Anastasius me contó que los caballeros de la Soberanía habían interrumpido una partida de ditter de la Academia Real, arrastrando incluso a estudiantes de ducados menores y medianos. Se sospechaba que una planta conocida como trug estaba involucrada.

“¿Una planta peligrosa que desprende un olor dulce cuando se seca y se quema, y que produce alucinaciones, intoxicación y recuerdos distorsionados...?”

“Sí”, dijo el príncipe. “Eso es lo que nos ha dicho Ehrenfest, pero no podemos actuar basándonos solo en su palabra. Si hacemos nuestra acusación sin pruebas, algunos dirán que Ehrenfest lo orquestó por su cuenta para actuar contra la Orden de Caballeros de la Soberanía. Padre me ha ordenado obtener las pruebas que necesitamos en completo secreto”.

Muchos veían Ehrenfest con hostilidad y recelo, pero ninguno tanto como mi marido, Lord Raublut. La razón por la que me envió a la biblioteca en primer lugar fue para investigar las intenciones del ducado.

El príncipe Anastasius continuó: “Exploramos la biblioteca de palacio en busca de información sobre la planta, pero no encontramos ni una sola mención. Sin embargo, un erudito de más de cincuenta años recordó que un profesor de herbología le enseñó sobre el trug en clase. Dicho profesor se jubiló antes de que el erudito se graduara. Cuando se lo planteé a uno de los bibliotecarios de palacio, me respondió que era más probable que la biblioteca de la Academia Real tuviera documentos relacionados con los estudios de un profesor”.

Aquel bibliotecario tenía razón; había muchas más posibilidades de que los estudios de un profesor estuvieran en la Academia Real que en la biblioteca de palacio. Aun así, era sorprendente que esta última no contuviera ni una sola referencia a la planta que buscaban; el trug tenía que ser realmente raro.

“Es posible encontrar materiales relacionados con el curso especificando un profesor”, dije. “Y si tenemos la suerte de que los discípulos de este herbólogo hayan conservado sus documentos, puede que incluso encontremos los nombres de los eruditos que siguieron su

curso. No espero que muchos hayan tomado una clase especializada en hierbas raras, pero seguro que hubo alguno”.

“Entiendo”, dijo el príncipe Anastasius. Parecía esperanzado, aunque simplemente no debería de estarlo; no quería que se llevara una decepción.

“Sin embargo”, proseguí, “dependiendo de dónde nacieran, es más que probable que el profesor y sus discípulos fueran ejecutados y los documentos se perdieran. Sobre todo con la falta total de materiales relevantes en la biblioteca de palacio. Buscaré en todo, incluidas las guías de estudio dejadas por estudiantes de otros ducados, pero no hay garantía de que encuentre lo que buscas”.

Los archieruditos ejecutados habían dedicado sus últimos momentos a conservar el mayor número posible de documentos, pero no todo había acabado en el tercer archivo. Solange había dicho que era natural que algunos se perdieran.

“Haz todo lo que puedas. Contamos contigo”.



Tras despedirme del príncipe Anastasius, empecé a identificar a los profesores de herbología con la ayuda de Schwartz y Weiss. Como ya conocía la generación en la que se había jubilado, encontrar al hombre que buscábamos fue especialmente fácil, al igual que encontrar el nombre del discípulo que había heredado su obra.

Sin embargo, era tal y como sospechaba. El discípulo ya había sido ejecutado.

A continuación, revisé todos los documentos de herbología de la sala de lectura y del segundo archivo de pila cerrada, con la esperanza de ver si alguien había continuado el trabajo del profesor. Parecía que no. De hecho, el nuevo plan de clases no incorporaba nada de su predecesor; había muy pocas descripciones de hierbas raras, y la investigación se centraba, en cambio, en cómo cultivar las hierbas especiales de cada ducado en otros territorios.

“Solo puedo esperar tener éxito en el tercer archivo de pila cerrada...” Me dije, dirigiéndome hacia allí con Schwartz y Weiss. Este tercer archivo contenía documentos de investigación de los ejecutados como criminales políticos.

De nuevo, busqué entre los documentos con Schwartz y Weiss, pero ni uno solo pertenecía al profesor. No había registros sobre Trug que encontrar.

“Hm... Si la planta es tan rara, ¿podría haberse conocido con otro nombre?” Cambié de enfoque, esta vez buscando registros de algo que produjera efectos similares.

“Hortensia, toma”, dijo Weiss, tendiéndome un documento — concretamente un diario de hace doscientos años. En él se describía un fármaco que parecía encajar a la perfección, utilizado sobre todo en mujeres de una posición determinada. Uno de los ingredientes era la “flor de Schlaftraum”, y eso era todo.

¿"Flor de Schlaftraum"? ¿Todavía la llaman así en Ahrensbach?

Una vez más, actualicé mi búsqueda, pero no había ninguna otra mención de las flores de Schlaftraum como ingrediente de un medicamento.

Y pensar que esto es todo lo que queda... ¿Cuántos documentos valiosos se perdieron en la purga?



Una vez que mi investigación se asentó, envié un mensaje al Príncipe Anastasius, y luego comencé a contemplar el estado de mi hogar. Como comandante de la Orden de los Caballeros de la Soberanía, mi marido casi nunca estaba allí, y mi propia ausencia me hacía preguntarme si nuestros asistentes estaban teniendo problemas para vigilar el lugar por sí solos.

“Comprendo tu preocupación”, dijo Dirmira. “Me inquieta dejar cualquier cosa en manos de ese encargado”.

“¿Cuántas veces te he dicho que no hables así de él?”

“No puedes contar con él para que te diga si Lord Raublut está trayendo a otra mujer a tu casa, Lady Hortensia”. De repente, hubo un brillo divertido en sus ojos. “Sabe... Esta es una oportunidad. Podrías volver a casa con el pretexto de haber olvidado algo”.

Tenía razón en que el asistente principal de Lord Raublut daría prioridad a su lord sobre mí — pero no había nada extraño en ello, teniendo en cuenta la duración de su relación.

Además, Dirmira es exactamente igual conmigo.

“No veo razón para hacerlo. Ve sola, si es necesario. Te has cansado ya de la vida de dormitorio, ¿no? Te permito un día de permiso para abastecerte de jabón y maquillaje”.

Después de enviar a Dirmira a casa por negocios, pasaría el día de su ausencia trabajando en la sala de lectura de la biblioteca.



“Bienvenida, Dirmira”, le dije a su regreso. “¿Había otra mujer en mi casa, por casualidad?”

“Una mujer no. El Sumo Sacerdote de la Soberanía”.

Ella había llegado para encontrar a mi marido en algún tipo de negociación, en la que el Sumo Sacerdote de la Soberanía aparentemente había dicho: “Si puedes prometerme la flor de Ehrenfest a cambio, entonces...”

“Solo estaba cerca cuando les serví el té, así que no sé de qué iba su negociación”, me informó Dirmira. “Pero tu marido lucía una falsa sonrisa de nobleza, a pesar de que nunca suele sonreír. Me hizo creer que estaba urdiendo algún plan malvado. Parecía un villano, no un caballero comandante”.

Comprendí cómo se sentía. Quizás debido a la cicatriz sobre su mejilla, la cara de Lord Raublut se convertía en algo diabólico cada vez que sonreía.

“Para que haya llegado tan lejos, debe haber tenido que ver con el trabajo”, dije. “Lord Loyaltat dijo justo el otro día que la Orden ha entablado negociaciones más frecuentes con el Templo de la Soberanía como resultado de la Ceremonia de Unión de las Estrellas”.

“Es cierto, pero ese tipo de negocios siempre los lleva a cabo un grupo de caballeros. Me pareció extraño que Lord Raublut actuara solo”.

En efecto, la Orden de los Caballeros siempre contaba con la participación de varias personas en sus negociaciones e investigaciones; esto ayudaba a evitar cualquier clandestinidad o sentimiento personal que pudiera interponerse en el camino. Me costaba creer que mi marido violara esa regla.

“Tal vez se ausentaron de la mesa durante el breve momento en que estuviste allí”, sugerí.

“El número de tazas sugería lo contrario, y el encargado no mencionó a ningún otro invitado. ¿No es sospechoso?”

“Podría pensarse que sí, pero ¿por qué iba a hablar con el Sumo Sacerdote de la Soberanía si no era por trabajo?” La relación de la familia real con el Templo de la Soberanía había sido tensa desde la guerra civil, y mi marido, como sirviente de los Zent, tampoco había tenido nunca buenas relaciones con ellos. La sola idea de que de repente se hubiera hecho amigo de alguien del templo y se reuniera casualmente con él era risible.

“Lord Loyaltat *dijo* que últimamente opera solo con más frecuencia, lo cual ha de tener algo que ver con su trabajo. Al menos, el intercambio con el que me encontré no parecía de naturaleza romántica”.

“Oh cielos, Dirmira. ¿Qué estás diciendo?”

Nos miramos y nos reímos. En cualquier caso, me alivió saber que todo estaba bien en casa.



Antes de la Conferencia de Archidukes, el príncipe Anastasius visitó la biblioteca para preguntar por los resultados de mi investigación. Parecía especialmente ocupado. Me entregó un bloqueador de sonido al entrar en mi despacho y tomé asiento frente a él.

“En conclusión, no quedan registros del trabajo realizado por el profesor en cuestión”, dije. “Su discípulo era de Werkestock”.

“Entiendo...”, respondió el príncipe, con los hombros caídos. Sus ojos se desviaron hacia la pila de documentos que tenía a mi lado.

“No pude encontrar ninguna mención a una planta llamada ‘trug’ en la biblioteca de la Academia Real. Sin embargo, investigando registros de drogas e ingredientes con efectos similares, pude obtener algunos resultados significativos”. Cogí uno de los documentos y pasé a una página que había marcado. “Príncipe Anastasius, ¿conoce la flor de Schlaftraum?”

“No. Pero supongo que la decisión de darles el nombre del Dios de los Sueños, subordinado al Dios de la Vida, es significativa de algún modo. Un código, tal vez. O algún tipo de eufemismo”.

“Bastante. Este es un registro de hace doscientos años, cuando parecía ser un eufemismo para un ingrediente de la droga. La droga se usaba en mujeres selectas que servían de compañía nocturna a la familia real y a los aubs”. Señalé una línea en particular. “El autor de este diario deseaba conseguir el ingrediente, pero no pudo, pues se cultivaba en un lugar de difícil acceso”.

El príncipe Anastasius le echó un vistazo y frunció el ceño. “¿Y crees que esto podría referirse al trug?”

“Sí, pero no puedo decirlo con certeza. Esta fue la única mención del uso de ‘flores de Schlaftraum’ como ingrediente para una droga. Con el paso de las generaciones, pasó de ser el nombre de un ingrediente a un apodo para un determinado grupo de mujeres. Hay muchos más registros de este último uso”.

Señalé varios ejemplos en otro texto y los leí en voz alta. ““Durante la Conferencia de Archiduques, Aub Werkestock recibió una invitación marcada con una flor blanca — una invitación de una de las flores de Schlaftraum. Cómo deseo obtener una yo mismo’. Y por aquí, ‘El segundo príncipe buscó una de las flores de Schlaftraum, pero fue rechazado””.

Continué: “Según tengo entendido, hace unos cien años existía un establecimiento donde las mujeres invitaban a los archiduques y a los miembros de la familia real a dormir con ellas. Aquellas mujeres eran conocidas como las flores de Schlaftraum. Es difícil saber por qué se las bautizó con el nombre de un ingrediente de una droga. Una teoría es que ellas mismas consumían la droga, pero la verdad sigue siendo incierta”.

El príncipe hizo una mueca de disgusto. Tal vez el relato era demasiado extremo para él, o él era demasiado virtuoso como para desaprobarlo automáticamente.

“Príncipe Anastasius, podría aprender más sobre la droga y sus ingredientes si investiga las flores de Schlaftraum en la biblioteca de palacio. ¿O ya tienes una idea? Fui erudita del príncipe Waldifrid durante mucho tiempo, pero ni una sola vez oí hablar de tales flores ni vi una invitación marcada con flores”. Los registros solo tenían cien años, pero tal información nunca había surgido en el palacio real, ni siquiera como un relato del pasado.

“Yo tampoco”, respondió el príncipe. “Supongo que están conectados a las ofrendas florales. ¿La sede podría haber estado en el templo de la Soberanía?”

“El templo Soberano no habría tenido la autoridad para servir exclusivamente a los aubs y la familia real. Incluso los profesores de la Academia Real pueden entrar como les plazca. Tal vez las cosas eran diferentes hace generaciones, pero cualquier cambio de esa naturaleza se mencionaría absolutamente en los registros del templo de la Soberanía”.

Cualquier conexión entre las flores de Schlaftraum y las ofrendas florales del templo no se registraría en la biblioteca de la Academia. El príncipe Anastasius debió captar la indirecta,

porque sonrió y dijo: “Buscaré las flores de Schlaftraum en la biblioteca del palacio. Su ayuda es apreciada.” Pero cuando se puso de pie, rápidamente grité.

“Un momento, por favor. Parece que el término ‘flores de Schlaftraum’ se aplica ahora a las mujeres que se regalan a los caballeros después de la batalla”.

El príncipe frunció el ceño, claramente escéptico. “Nunca he oído que se utilice así”. Ni la Orden de Caballería ni Klassenberg habían empleado nunca el término de ese modo; para mí también era nuevo.

“Yo tampoco lo había oído hasta el otro día. Me dijeron que el año pasado, después de que la Orden de Caballeros matara a las bestias feys que interrumpieron su investigación sobre el Viejo Werkestock, Ahrensbach usó el término para describir a las mujeres que le proporcionaba”.

“¿Ahrensbach, dices?” El príncipe Anastasius enarcó una ceja. Era tan distinto a sus reacciones anteriores que no pude evitar parpadear mirándole con curiosidad.

“¿Sabe usted algo?”

“No, su mención simplemente me sorprendió. ¿Qué dijeron los caballeros? ¿Vieron alguna planta rara en Ahrensbach o notaron algún humo de olor dulce?”

Estaba a punto de decirle que podía preguntárselo él mismo cuando recordé que no quería involucrar a la Orden de Caballeros. “Mis disculpas, pero surgió brevemente durante un intercambio de cumplidos. Eso fue hace varios días, y no me pareció especialmente importante en aquel momento. Mi recuerdo de la conversación dista mucho de ser perfecto, pero creo que dijeron...”

La primera esposa de Ahrensbach había llevado a los caballeros a algún lugar, diciendo que las flores de Schlaftraum estaban floreciendo maravillosamente ese año. Lord Raublut se había negado entonces a participar; en su lugar había querido un jarrón de flores blancas.

“Hm. Mis disculpas, pero ¿podría ver si el término ‘flor de Schlaftraum’ es común en Ahrensbach?”

“¿Quiere que pregunte a los caballeros del ducado?”

“No, nada tan evidente. Solo... abordar el tema casualmente y ver cómo reaccionan”.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Podía entablar conversaciones amables con mis compañeros profesores, nobles de la soberanía y los de mi ducado natal, pero ¿cómo iba a hablar casualmente con nobles que nunca habían visitado la biblioteca?

“No espero que nadie de Ahrensbach visite la biblioteca durante la Conferencia de Archiduques”, dije, expresando mis dudas. “Deseas que sea discreta, pero ¿no sería poco natural pedirles que nos visiten o esperarles junto a la entrada de las salas de reuniones? Si no le importa esperar hasta el invierno, podría preguntar a los estudiantes, pero sospecho que los muchachos son todos demasiado jóvenes para ser de alguna utilidad”.

“Enviaré a Detlinde o a alguien de su séquito a la biblioteca. Pregúntales cuando lleguen. ¿Y podrías hacer que Rozemyne escuche su conversación? Esa chica se las arregla para recoger información de los lugares más extraños”.

Podía entender por qué quería involucrar a Lady Rozemyne; sus ideas eran siempre tan extrañas pero intrigantemente matizadas.

“¿Pero cómo voy a preguntar? No puedo mencionar las flores de Schlaftraum de la nada”. Para los de Ahrensbach, el término parecía referirse a las mujeres de un papel determinado. No era algo para mencionar a la ligera.

“Simplemente exprese su disgusto porque a su marido le presentaron e incluso aceptó flores de otra mujer. Eso parecería bastante natural”.

“¿Lo sería...?”

“Hortensia. *Tu marido aceptó flores de otra mujer. Incluso ahora, imagino que estás luchando por mantener la compostura*”.

Oho, entiendo. Si estuviera en mi lugar, el Príncipe Anastasius seguramente estaría perdiendo la cabeza ahora mismo. Qué lindo.

A menudo oía rumores sobre el intenso amor del príncipe por Lady Eglantine, pero esta era la primera vez que realmente lo presenciaba. Era tan... inocente. Y juvenil de una manera que me calentó el corazón.

“Tal vez podría imitarte y fingir envidia”, dije. “Aunque resulte embarazoso, en realidad no me importó lo más mínimo; de hecho, me alegró que recibiera unas flores de su agrado”.

“¿Por qué las mujeres Klassenberg siempre reaccionan así?! ¡Unos cuantos celos son importantes para una relación! ¡Su marido recibió flores blancas de otra mujer, y las contempló sentimentalmente! Está claro que...”

Así comenzó un apasionado sermón del príncipe enamorado.



Me aclaré la garganta, interrumpiendo el agudo cacareo de Lady Detlinde. “Lady Detlinde, si me permite una pregunta...” Luego, con voz lo suficientemente clara como para que Lady Rozemyne me oyera: “¿Son las flores de Schlaftraum tan hermosas como siempre este año?”

“¿Las flores de Schlaftraum?”

“Oh, ¿no las conoce? Solo se pueden conseguir en Ahrensbach, y a mi marido le gustan mucho. Pregúntele por ellas a Lady Georgine la próxima vez que tenga ocasión”.

Lady Detlinde no era la única con la cara desencajada; incluso sus caballeros guardianes de más edad estaban desconcertados. Sus miradas no eran de indignación porque yo mencionara semejante tema a una joven, sino de ligera confusión, como si no tuvieran ni idea de a qué me estaba refiriendo. Era extraño.

¿Acaso el término solo lo utilizan los allegados a Lady Georgine, la primera esposa de Ahrensbach?

Inmediatamente después de mi investigación, se produjo un incidente en el archivo subterráneo. Entonces, durante la Conferencia de Archiduques propiamente dicha, una serie de acontecimientos inesperados sacudieron Yurgenschmidt hasta sus cimientos. Basta decir que no tuve ocasión de informar de mis modestos hallazgos al príncipe Anastasius antes de la conclusión de la conferencia.

Imagino que volverá a convocarme cuando las cosas se calmen.

Sintiéndome más tranquila, limpié la biblioteca con Solange, centrándome en particular en la zona de descanso junto al archivo subterráneo — que había estado especialmente concurrida — y en la sala de espera donde se habían quedado los asistentes que no podían entrar en el archivo. También organicé el despacho, ordené mi habitación en el dormitorio de la biblioteca y suministré maná a Schwartz y Weiss. Todo el proceso duró varios días.

No pasó mucho tiempo antes de que mi estancia en el dormitorio de la biblioteca llegara a su fin. Volví a casa con Dirmira... e inmediatamente después de mi llegada, Lord Raublut me llamó a su habitación.

“Hortensia, ¿quién te habló de las flores de Schlaftraum?”

Palabras del Autor.

Hola de nuevo, soy Miya Kazuki. Muchas gracias por leer *Ascenderé de Ratón de Biblioteca: Parte 5 Volumen 5*.

El prólogo de este volumen está escrito desde la perspectiva de Bonifatius. A pesar de estar retirado, ha estado entrenando a los caballeros guardianes a petición de Rozemyne, ayudando con el trabajo administrativo en el castillo, e incluso educando a Wilfried para cuando se convierta en archiduque. Es un abuelo tan considerado.

La historia principal comienza con Melchior y los demás niños celebrando la ceremonia de lealtad con Rozemyne ejerciendo naturalmente como Sumo Obispa. Ella participó en la misma ceremonia como plebeya al principio de la segunda parte. Ha crecido mucho desde entonces, ¿verdad?

Este volumen trata sobre la Conferencia de Archiducos, en la que se reúnen miembros de la familia real y aubs de todos los ducados. A los menores de edad no se les suele permitir asistir, pero Rozemyne fue convocada para ejercer de Sumo Obispa en la Ceremonia de Unión de las Estrellas y traducir los documentos del archivo subterráneo. Hablar con Hannelore después de tanto tiempo fue una fuente de consuelo en estos tiempos difíciles.

Rozemyne huyó de la biblioteca para alejarse de Detlinde, tropezó con un santuario y obtuvo una tablilla de un color divino. ¡No era para menos! Después de ese capítulo, muchos lectores de la versión de novela web dijeron que querían conocer las palabras dadas por los dioses, así que me aseguré de incluirlas en la novela ligera.

A partir de ahí, Rozemyne se transformó en la Santa Comerciante y se enfrentó a Sigiswald, luchando por retrasar un año su adopción y salvar a Ferdinand del castigo por asociación. Creo que ese capítulo dejó muy clara la influencia que Ferdinand y Benno han tenido en el crecimiento de Rozemyne... ¡Aunque es difícil saber cómo habrían reaccionado al verla en acción! Le habrían dado un golpe en la cabeza y le habrían gritado: “¡No puedes usar esas técnicas contra un príncipe!” ¿O la habrían elogiado por un trabajo bien hecho? (Jajajaja.)

Esta vez, el epílogo se escribió desde la perspectiva de Hildebrand. Como te habrás dado cuenta, está enamorado de Rozemyne y disgustado con su actual compromiso. Está desesperado por ver cumplidos sus deseos, pero es joven y aún no comprende lo que ocurre a su alrededor. ¿Qué va a pasar ahora que ha mencionado las flores de Schlaftraum a Raublut?

El primer relato corto original de este volumen fue desde la perspectiva de Adolphine. Me centré en lo que ella siente por Sigiswald y en los acontecimientos que siguieron a su boda. Su matrimonio político no le ha entusiasmado desde el principio, ya que deseaba convertirse en la próxima Aub Drewachel. ¿Cómo aborda su marido una situación tan delicada?

La segunda historia corta está escrita desde la perspectiva de Hortensia. Comenzaba con Raublut pidiéndole que se quedara en el dormitorio de la biblioteca para preparar la Conferencia de Archiducos. A continuación, investigó el trug por orden de Anastasius, durante lo cual encontró una conexión con las flores de Schlaftraum.

Magdalena fue el único personaje que recibió un diseño para este volumen. Es la tercera esposa de Zent, madre de Hildebrand y una auténtica dunkelfelgeriana. En cuanto se enteró de que Heisshitze y los demás habían convencido a su padre para que la casara con Ferdinand, a quien estaban desesperados por traer a su ducado, le “propuso matrimonio” a Trauerqual y consiguió ella sola un compromiso con la familia real. Es muy fuerte.

La portada de este volumen representa el círculo de los santuarios de la Academia Real. Incluye a tres miembros de la familia real, las pizarras de colores divinos y uno de los santuarios, aunque en realidad no se puede ver tras el título. Rozemyne tampoco lleva su atuendo escolar habitual, ya que es la Conferencia de Archidukes y el final de la primavera. En comparación con su uniforme negro, ¡su colorido atuendo es tan fresco y bonito!

La ilustración a color representa el trabajo en el archivo subterráneo. Están Rozemyne, Magdalena, Hildebrand y Hannelore. Esta fue la primera aparición de Hannelore en la historia en bastante tiempo, así que me aseguré de pedir que la incluyeran. Gracias, Shiina-sama.

Y, por último, mi más sincero agradecimiento a todos los que han leído este libro. Que nos volvamos a ver en el Volumen 6 de la Parte 5.

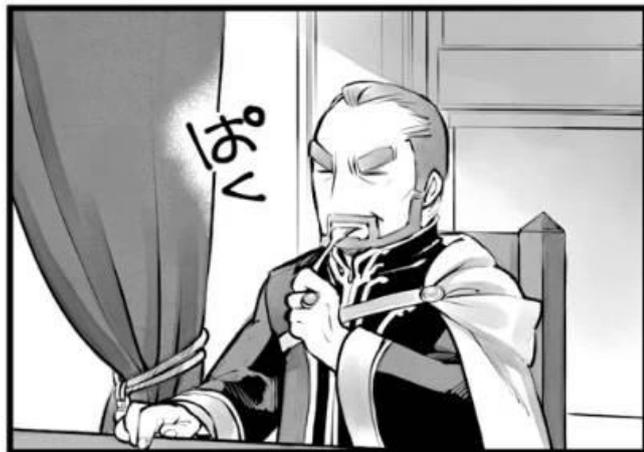
Enero de 2021, Miya Kazuki

毎度おなじみ
巻末おまけ

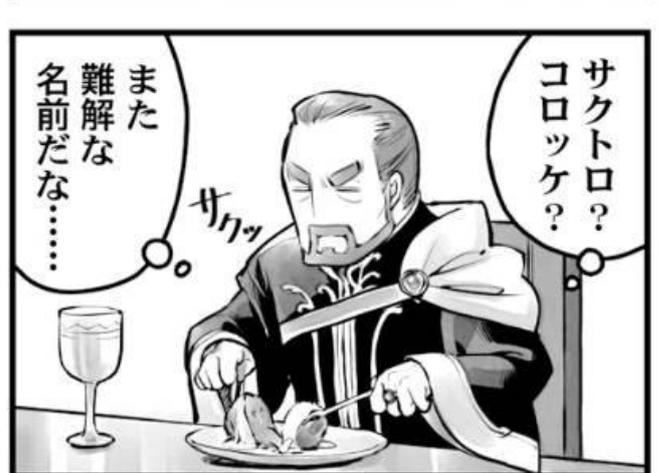
ジギスヴァルト夫妻
婚姻祝福式典
直後裏側

ゆるふわゆるふわ 日常家族

作: いなゆ



愛情倍増



最重要事項



美形です

